
SIDONIE BONNEC
EL SECRETO DE
LA NIÑERA
Una inquietante novela en el corazón de la alta sociedad londinense.
NdeNovela

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

EL SECRETO DE LA NIÑERA

Agradecimientos

Créditos

El secreto de la niñera

Sidonie Bonnec

Traducción de María Enguix Tercero

NdeNovela

Para Morgane, ya sabes por qué.
A la escoria, ya saben por qué.

No tengo nada bajo mis pies. Igual que un personaje de dibujos animados que se sale del borde de un precipicio, pero sigue corriendo durante un rato en el vacío sin darse cuenta. Yo me he dado cuenta. La caída empieza ahora.

RICHARD MATHESON, *En algún rincón del tiempo*

Mis ojos no se acostumbran a la oscuridad, es una negrura espesa y húmeda. Voy a ciegas, pero me llega un hedor a viejo, a madera, a orina, a cera, a velas apagadas. Paladeo el lugar; parece infinito, sin contornos y, sin embargo, sé que estoy encerrada. No me despego de las paredes, temo la caída, el vacío. Mis dedos son mis antenas, van tanteando, avanzan deprisa, son más audaces que yo. Porque en este preciso momento quiero desaparecer, no quiero seguir siendo yo, me siento tan aterrorizada que estoy dispuesta a renunciar a todo. Pienso aceptarlo todo, cerrar los ojos a lo que sé, a lo que he visto, a lo que he comprendido. Seré muy dócil, una mosquita muerta de la que se dispone a voluntad, una pobre chica sin apegos, sin futuro. La negrura es una pantalla perfecta sobre la que proyecto la película histérica de estos últimos meses; mi cerebro se resquebraja, agrupa los recuerdos, las emociones, las sensaciones, las dudas, procesa todo esto con rapidez y lo escupe en imágenes anárquicas. Intento hacer una síntesis, no entiendo dónde estoy. Me duele la cabeza. Quiero quedarme pegada a la pared, acurrucarme contra el gélido hormigón hasta que vengan a buscarme, a tranquilizarme; me portaré bien, lo prometo; devolvedme a la luz. Puedo fingir que no ha pasado nada.

Sin embargo, todo ha cambiado, lo sé.

Me despego de la pared, me aventuro en la habitación a pasitos, me da miedo caerme, hacerme daño, me da miedo sentir miedo. Tengo la sensación de que avanzo a pasos agigantados, pero apenas araño unos centímetros. De pronto, mis dedos rozan algo, se echan a temblar. Es otra piel. Entre ellas se reconocen, por supuesto. Una piel fría y suave. En mis entrañas se forma un grito que brota a borbotones. Un grito enloquecido, ronco. La piel no reacciona.

Antes. Plouhernec, lunes 12 de febrero de 1996

El cielo gris plomizo descarga con todas sus fuerzas sobre los alumnos que se precipitan entre las patas de cemento armado de la enorme araña que es el instituto Chateaubriand. Morgane y yo salimos a toda pastilla para coger el autobús de las seis y doce, después tendremos que esperar hasta las seis y cincuenta y cinco, cero ganas. ¿Qué crees que puedes hacer en Paimpol un mes de febrero cuando ha caído el manto de la noche, el insti ha cerrado sus puertas y la cafetería del barrio ha sido ocupada por los alcohólicos? Nada. Te lo aseguro, mejor vete a casa. Sí, aunque tu casa esté en Plouhernec, una ciudad que apenas merece este título, pero como llevas el odio dentro y no quieres hundirte más, dices que es una ciudad y no un pueblucho. Hay que arañar la esperanza de donde se pueda. Llegamos a tiempo, el autobús engulle a los pasajeros antes de volver a escupirlos uno a uno o en racimos por la carretera del acantilado. Morgane se pega a la ventana, es su sitio favorito, y tira de las mangas de su jersey negro de acrílico para taparse las estropeadas manos. Con la larga cabellera castaña y rizada y la nariz recta, es igual que una princesa triste, lo cual es el colmo cuando eres tan guapa. Yo estoy tranquila, nadie fantasea conmigo: rubia, sosa, cabello lacio, nariz aguileña. Observo a los otros alumnos pasar. Pero ¿en qué están pensando los que se meten en esta movida? Todo el mundo presenta la misma facha: un cuerpo enorme y flácido cubierto por una chaqueta demasiado grande, un cuerpo que se comba a la derecha o a la izquierda bajo el peso de una mochila enorme. Diez kilos de promesas: matemáticas para una brillante carrera de ingeniero, latín para entrar en la Escuela Normal

Superior, historia y geografía para tu deslumbrante destino como periodista. Pero, en serio, ¿quién se lo cree? Porque al día siguiente, cuando te despiertas, nada ha cambiado, te toca recorrer el mismo camino en sentido inverso. En pie a las seis y veinte, porque a las siete sales de tu casa, que está pegada a la de tus vecinos, sola con tu puta cartera llena de promesas. No has podido terminarte las galletas, está oscuro, hace frío y nadie te acompaña. Tus padres se han ido más temprano que tú. ¿Qué creías, que tienen tiempo de tomarse un té de jazmín mientras hojean el periódico? A estas alturas, ellos ya se están partiendo el espinazo en su criadero de ostras, así que tus sueños de adolescente rebelde... Si lo observaras todo desde arriba, verías a decenas de zombis salir de sus míseras casas y avanzar al unísono, con los brazos colgando a los lados y la cabeza metida en el cuello de la chaqueta para exhalar un poco de calor, el paso todavía pegado al sueño, todos juntos en dirección a la parada de autobús Moulin de Craca, cuya «r» alguien ha tachado para hacer un buen chiste que arranca las risas de los turistas, pero no de los jóvenes de Plouhernec, porque el Moulin de Craca es nuestro monumento, el único molino de viento de la costa norte de Bretaña que fabrica su propia harina, ¿te suena de algo? Nuestro molino plantado en el arrecife desde hace dos siglos es prácticamente lo único que rula por aquí. Aunque, como nosotros, nunca ha despegado.

Cuando Morgane ve que me enfado, a veces susurra: «Emmylou...», y luego se rasca el dorso de las manos. Tiene cuatro hermanos, dos chicos y dos chicas. Como yo, ella no existe en la familia. Demasiados hijos, demasiadas deudas, demasiado trabajo, demasiado de todo, sus padres están ausentes. El padre pesca en el Atlántico Norte en un barco de arrastre, un infierno marino, y la madre es cajera en un pequeño supermercado: se está calentito, es verdad, te saludan y te dan las gracias cuarenta veces al día, pero desgasta. ¿El tiempo? No existe en su familia, como tampoco en la mía. En clase de filosofía estudiamos precisamente eso, la noción del tiempo y las siguientes preguntas, de lo más pertinentes: ¿En qué medida nos pertenece el tiempo? ¿En qué sentido podemos decir

que el hombre no solo vive en el presente? ¿El tiempo es un límite para el hombre? ¿El tiempo es nuestro enemigo o nuestro aliado? Pero ¿quién dispone de tiempo libre para hacerse estas preguntas? ¿Y para responderlas? En casa solo tenemos una respuesta, y es esta: «No tengo tiempo». Por eso me ahogo, exploto, chillo, les grito a mis padres, a mi hermana pequeña, Maëlle. Morgane, por su parte, se borra, se hace diminuta, se diluye. Y se hace daño. Se clava las uñas en el dorso de la mano derecha. No es culpa suya, es cosa de su enfermedad. Pongo la palma de mi mano encima de la suya y se la aprieto con ternura para que sienta el calor y cicatrice. Morgane y yo no somos familia, nosotras nos hemos elegido, lo que es mejor. Ella saca su walkman y se pone los auriculares, escucha a Jean-Jacques Goldman, su pasión, el amor de su vida: *«J'irai au bout de mes rêves, tout au bout de mes rêves»...* «Iré hasta el fin de mis sueños»... Yo prefiero soñar en inglés: *«But I still haven't found what I'm looking for»...* «Pero aún no he encontrado lo que busco»... U2 es mi escapatoria, mi futuro. Morgane y yo nos hemos jurado que saldremos del arroyo, con la mirada puesta en una sola dirección; directas a otra parte, muy lejos, lo más lejos posible, más allá de los acantilados marrones, más allá de los kilómetros de páramos tenebrosos, más allá de las casas de granito rosa ajadas por las inclemencias del tiempo.

Aquí, incluso el rosa es un asco.

El olor del purito me satura las fosas nasales. Finjo que me gusta, pero la verdad es que apesta. Habría comprado de buena gana cigarrillos, como los demás compañeros, pero son muy caros y me he conformado con los puritos que el jefe de mi padre le ha regalado. En mi casa no se fuma, la caja está a la vista de todos en la cómoda del salón, solo sirve para eso. A veces, por la noche, cuando todo el mundo se ha acostado, pillo uno, me lo planto entre los labios, abro la ventana de mi habitación y contemplo la noche. Me tomo mi tiempo, hago rodar la piedra del mechero que encontré en uno de los cajones llenos de chismes de mi madre. La hago rodar varias veces porque me da una sensación de autocontrol, prolonga el momento. Doy una calada, es un poco fuerte, me produce un leve mareo. Escupo el humo en la negrura exterior y me invento historias. Soy una abogada brillante, parisina, que repasa su último caso con un colega de profesión; es tarde, el bufete se vacía y fumamos mientras nos tomamos un whisky para relajarnos. A veces soy una escritora que dialoga con sus personajes en la soledad de la noche. También me encanta ser esa reportera que prepara sus entrevistas a mano en un cuaderno gastado por los viajes, mientras fuma en el bar de un hotel de mala muerte en Medellín.

Pero esta noche solo soy yo, y eso es jodido. No me han dejado llamar a Morgane. «Sale muy caro, os enrolláis mucho», me dice mamá. «No me paso el día trabajando para que luego tú estés de palique». Esa es su frase. No se da cuenta de que me hace daño. Ella no necesita hablar, pero yo sí, nosotras sí; hablar, desahogarnos, apaciguarnos, soñar, ese es nuestro bálsamo. Mi ira choca contra las paredes de mi habitación bajo el tejado. Me siento minúscula e impotente en esta casa adosada. Me avergüenza este barrio en el que han decidido embutir a los más pobres de la ciudad, un barrio muy bien delimitado para que no se desborde. Me muero aquí

dentro. Por suerte, tengo mis libros. Decenas de libros de bolsillo que ya han vivido lo suyo, los recojo delante de los casoplones a orillas del mar. Siempre hay gente que deja algunos abandonados y, cuando necesito un título concreto, el sábado voy al mercado, donde hay un tipo que tiene un montón de cajas llenas a un franco el ejemplar. Eso me ilusiona más que comprar un jersey. En mis estanterías, los compis de piso se llevan la mar de bien; Zola se codea con Bret Easton Ellis, Maupassant comparte espacio con Raymond Carver sin poner reparos. Esa es mi paz, mi ansiolítico. Aplasto el puro en el alféizar ya mugriento de mi ventana, se acabó la pausa, doy la espalda a los compis de piso y termino de repasar el examen de historia previo a la selectividad. Tal vez el día de mañana sea más interesante que este. Por soñar que no quede.

«El juego de las potencias en las relaciones internacionales desde 1945». Llevamos tres horas sudando la gota gorda con el examen de historia. Las espaldas están encorvadas sobre las hojas, las manos sostienen las frentes, las miradas de unos y otros se cruzan furtivamente, se respiran hastío y desesperación. Me queda poco menos de una hora para terminar. El tema de la evaluación no es emocionante, pero me esmero con esta asignatura. Para ser periodista es indispensable, me ha dicho el profe. Se abre la puerta, el jefe de estudios le susurra algo al oído al docente, que se muestra estoico, busca con la mirada y viene hacia mí. Me susurra que coja mis cosas y siga al responsable del centro. No entiendo, no pienso en nada, hago lo que me dicen. Recorro un largo pasillo silencioso, rozo las docenas de abrigos colgados en los ganchos, pieles blandas y deformes, abandonadas. Oigo los pasos rígidos y regulares del jefe de estudios, que marcan la pauta, y luego los míos, que intentan mantener la cadencia. Al llegar a su despacho, me anuncia, incómodo, que tengo que salir del instituto, que alguien me espera delante de la verja para hablar conmigo. No puede decirme la razón, eso no le corresponde a él. Bajo por las escaleras, cuento los peldaños para no perder el equilibrio, para no perder la cabeza, cruzo el patio con sus tres árboles pelados que juegan a ser un bosque.

Percibo una silueta cerca de la verja, parece el padre de Morgane. Son las once y diez, ¿qué está haciendo aquí? Mi amiga no ha venido en autobús esta mañana, he pensado que estaría enferma, a veces le pasa. Abro la puerta de la derecha, es pesada y me deja la mano húmeda. «Hola, Gérard...». Parece exhausto después de sus días de descanso fuera del barco pesquero. Se acerca a mí, oigo que me dice: «... algo a Morgane». No tiene su voz de marinero, ni su voz de padre. Es un fantasma. Repite como si se disculpara: «Le ha

pasado algo a Morgane. Se ha suicidado». No entiendo esa frase. Sin embargo, he oído esas palabras en la tele, las he leído en mis novelas, bajo todas sus formas, en todos los tiempos. De pronto, me caigo.

Odio esta canción, aunque antes me encantaba. Recuerdo el día en que Morgane me la descubrió, hacía un frío de muerte, estábamos en su cama, en su casa, envueltas en su colorida manta cien por cien poliéster. Metió la cinta en el walkman y me puso los auriculares en las orejas. A través de la espuma agujereada y suavísima, se reveló esta letra desgarradora: *«Puisque tu pars»*, «Porque te vas». La historia de alguien a quien no es posible retener, cuyo corazón se va a latir a otro lugar. Alguien a quien no quieres ver partir, pero cuya mano debes soltar. Estas palabras de Jean-Jacques Goldman, cuando las escuchas con una amiga, se te meten en las entrañas, pero siguen siendo una canción, la partida de alguien que no conoces, una historia que te conmueve, pero no te afecta, y eso es lo bueno de la desgracia ajena. Pero cuando te toca a ti, la melodía es una basura, te aplasta los ojos, te lapida el corazón. Hay canciones que nunca deberían escribirse o, por lo menos, nunca deberían escucharse. Y esta, lo sé, me desangrará en vida, hasta el final.

El féretro está colocado en el centro del pasillo de la iglesia. Han dejado un marco sobre su madera lisa y nueva. En la foto, el rostro de mi mejor amiga. Sonriente. Pienso en por qué sonreía aquel día... Tal vez era feliz en aquel momento, tal vez imaginaba la vida estupenda que acabaría teniendo, tal vez quería a la persona que sacó la foto, tal vez sonreía porque es lo que se hace en las fotos. Tengo ganas de vomitar. Qué incongruente me parece su sonrisa, cuánto daño me hace en este lugar. Es como si le hubieran dicho: «Esta foto estará en tu féretro, será la última imagen que tendrán de ti», tu sonrisa frente a todas esas caras anegadas de tristeza, esos allegados que han venido para asistir a la misa de despedida, a tu «sepelio», como dicen los adultos. No consigo establecer un vínculo entre la caja y la cara, entre sus padres, sus amigos y ese

sacerdote que suelta palabras en cascada sobre lo que vendrá después, sobre la otra vida, sobre los alégrense-esto-es-solo-el-principio. No entiendo por qué hace buen tiempo fuera cuando dentro caminamos sobre nuestras lágrimas. Morgane saltó por la ventana de su edificio hace una semana. Quinto piso, sin alas, cayó sobre el asfalto, delante de unos niños que jugaban. No dejó ninguna carta, solo un vacío que yo lleno de preguntas. ¿Por qué quería morir? ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué no éramos suficiente para ella? ¿Por qué yo no era suficiente para ella?

Con estas palabras y esta música que me dan ganas de morir, sale el féretro, rumbo a la tierra, al lado de los otros, de todos esos muertos, de todo ese dolor. Después, los padres de Morgane nos citan en la sala de fiestas de Plouhernec. El ambiente está enrarecido. Algunos globos multicolores, platos de cartón blancos llenos de galletitas, jarras de zumo de naranja y vasos de plástico transparente. Se diría que estamos celebrando la primera comunión o el cumpleaños de un niño de diez años. La foto de Morgane está encima de una de las mesas, la miro y le pregunto: «¿Y yo? ¿Cómo voy a pirarme de aquí?».

Curiosa noche. Apoltronada en un sillón destartalado, rodeada de los cinco amigos más íntimos de Morgane, apiñados en un sofá desgastado por el uso, delante de una chimenea que nos calienta las mejillas. Estamos bien, en calma, no hay adultos, solo nosotros, nos tomamos una, charlamos sin levantar mucho la voz, sin querer tener la razón. Estamos en casa de una amiga de Morgane, Virginie. No es que le apeteciera acogernos, pero era la única que estaba tranquila en su casa. No conozco bien a esa chica. Antes no nos hablábamos, incluso tenía la impresión de que me ignoraba cuando me la cruzaba con Morgane. Esta noche es diferente, la desgracia nos une. Virginie nos propone a las dos chicas del grupo que nos quedemos a dormir porque sería demasiado duro añadir soledad a nuestra tristeza y porque nadie puede entender este sufrimiento, aparte de nosotras. Yo siempre voy un poco a mi bola, pero dadas las circunstancias, acepto. Mis padres están demasiado cansados después de su jornada de trabajo para consolarme. Le pregunto:

—Pero ¿tus padres no dirán nada?

—¿Mis padres? —se ríe—. Ni les va ni les viene. Mi padre se largó hace tres años, nunca volvió del trabajo. Y mi madre no está mucho en casa. Como de día no le alcanza con sus trabajillos de costurera para pagar el alquiler y la comida, de noche trabaja limpiando las oficinas de Fimapêche, en la zona industrial. Así que yo hago lo que quiero, siempre y cuando cuide de los gemelos. Ya están acostados, tienen ocho años, llegaron sin ser esperados, mis padres no pudieron quejarse, dos por el precio de uno. Por cierto, no hagáis mucho ruido cuando vayamos a mi cuarto, que duermen al lado.

Su habitación es aún más pequeña que la mía, abuhardillada, pero la madera es cálida y la cama doble es imponente. Nos apretujamos las tres. El edredón nos envuelve, nuestra pena se reconforta. Nos acordamos de los buenos momentos con Morgane, incluso nos dan

ataques de risa. Me relajo y, con la mirada puesta en las estrellas que pueden verse al otro lado del tragaluz, les hago algunas confidencias. Morgane y yo queríamos dibujarnos otra vida, buscábamos una forma de irnos, de largarnos, pero no porque sí, eso nos unía, lo comentábamos todo el tiempo, dábamos vueltas a varias soluciones, a soluciones que no costaran dinero. Imaginábamos trabajillos aquí y allá para pagarnos los estudios, una habitación que compartiríamos. Teníamos un plan para más adelante y ahora tengo un abismo ante mí.

Virginie también nos cuenta su vida. Antes de empezar su formación profesional como esteticista, viajó y dejó el insti al terminar primero, no tenía ganas de hacer la selectividad. Su padre se había largado, su madre estaba siempre de los nervios, así que puso rumbo a Inglaterra, donde estuvo un año entero.

—¡Guau, Inglaterra!

—Sí, estaba en Londres.

—¿Londres?

Estamos impresionadas, estamos celosas.

—Pero ¿qué hacías en Londres?

—Era *au pair*, trabajaba para una familia que está forrada, tenían dos hijos y yo los cuidaba. Hacía un poco de limpieza, pero también tenía bastante tiempo libre. Molaba vivir con gente que tiene una casa muy grande, un jardín bonito y que solo se relaciona con gente de pasta.

—Fijo, nada que ver. Londres no es Plouhernec.

Estoy flipando con su historia, me da mucha envidia.

—Pero ¿es caro hacer de *au pair*? —le pregunto.

—Uy, no, que no pagas tú, te pagan ellos a ti, ¡la que trabajas eres tú!

A Odile, la otra amiga, no le llama mucho el extranjero, está demasiado lejos. Pero yo tengo mil preguntas.

—¿Y solo te hablan en inglés?

—Claro.

Me digo que esa es la solución para poder aprender inglés de forma gratuita y probar suerte con los exámenes de admisión a las escuelas públicas de periodismo. Son superexigentes con el nivel de

inglés y, por ahora, yo soy nula. Además, así no veré a mis padres durante varios meses, ¡la leche!

En el desayuno, tenemos pinta de zombis, de quienes recuerdan por qué están ahí. El efecto tranquilizante de la noche azul ha terminado. Ha cedido el paso a la lividez, a la realidad. Me lanzo, no tengo nada que perder. Le pido a Virginie que me ponga en contacto con su familia inglesa. No parece que le haga mucha gracia, seguramente le gustaría ser la única protagonista de esa historia, pero insisto, se lo suplico. Necesito trabajar, necesito huir. Me responde:

—Si de verdad te interesa, puedo ponerte en contacto con ellos, pero no te prometo nada, son muy selectivos.

Me la pela, en mi cabeza yo ya me he marchado.

Eurostar, lunes 26 de agosto de 1996

Este tren que circula bajo el mar ya es toda una aventura para mí. Dejo atrás mi ciudad, a mi familia, un poco de esta tristeza que me ahoga por dentro, este vacío que me agujerea el estómago desde hace algunos meses, este duelo que no se termina.

Nunca me he sentido tan sola. He traído un cuaderno para escribir, para desahogarme, para avanzar, para dar sentido a mi vida. Miro a los otros pasajeros y me pregunto adónde van. ¿De qué huyen, con quién van a reunirse?

Me gusta este trayecto entre mi ciudad natal y el destino que he elegido, porque es una oportunidad para cambiar de piel y dejar atrás a esa pobre chica furiosa, en guerra con el mundo entero. Es una oportunidad para presentarme de otra manera, para ser otra yo.

En el reflejo de la ventana, los paisajes pasan a toda velocidad por mi rostro y, de pronto, entramos en un túnel. Odio mirarme, odio que me vean mirándome, odio que piensen que me miro, pero aquí, en este tren, nadie me conoce, tengo tiempo para este cara a cara. Veo mi melena rubia caer lánguidamente sobre mis hombros, mi nariz con su protuberancia, como la de mi madre; mi boca carnosa, como la de mi padre; mis ojos azules, como los de nadie. Es bastante común. Es fantástico, me digo.

Puedo ser cualquiera.

Londres, el mismo día

El Jaguar se desliza hacia el elegante barrio de High Barnet, al norte de Londres. Incluso filtrada por los altos árboles que jalonan la carretera, la suave luz me deslumbra, es una de esas luces que solo el final del verano sabe fabricar. Disfruto de la comodidad del asiento del pasajero, he apoyado las palmas en el cuero blanco, fresco, reconfortante. Esto es nuevo para mí. Mis manos absorben este lujo. Estoy emocionada. Voy a aprender inglés entre ricos, luego volveré a Francia, aprobaré el examen de admisión a periodismo y dejaré a mi familia para siempre. El plan perfecto.

Es extraña, esta carretera que lleva a casa de mi familia de acogida. Asfalto y bosque. Ni una acera. Una larga vía sinuosa para el coche. Los peatones no existen o se han muerto todos de golpe. Nos adentramos por ella. Cuanto más avanzamos, más escasos y lujosos son los vehículos. Todo es un espectáculo para mí. Es el padre quien ha venido a buscarme a la salida del metro. Me daba mucho respeto este encuentro. Nunca había visto a ricos de cerca y tenía miedo. ¿Cómo saludarlos? ¿Qué decirles? Temía que me miraran de arriba abajo, que se burlaran de mí. Unas semanas antes de partir, me habían enviado una foto para que pudiera familiarizarme con ellos y reconocerlos a mi llegada. Guapos, bien vestidos, bien peinados, sonrientes, perfectos, alineados en una playa delante del agua azul turquesa. Ellos también habían tenido la ocasión de verme a mí. Les había enviado una foto antes de que me aceptaran para el trabajo. Virginie me había dicho que, conociéndolos, seguro que habían hecho un casting importante para seleccionar a la mejor *au pair*. Pasé mucho tiempo eligiendo la foto que mejor me vendería a esas personas, aunque era consciente de

que lo que necesitaban no era un físico, sino a una chica espabilada que supiera ocuparse de sus dos hijos por la tarde, hacer de niñera y limpiar. Y, respecto a eso, mi foto no decía nada. Opté por una foto en la que estoy junto al mar, sentada en uno de los bancos de la playa de Plouhernec. Ese día me había arreglado mucho, me había maquillado y todo, era el cumpleaños de Morgane. Ella era la única que despertaba mis ganas de ser femenina.

Busqué al padre de familia entre la multitud que entraba y salía por la boca del metro. Buscaba a un hombre con el pelo oscuro, de ojos azules, tez pálida, muy alto y con una bonita sonrisa si estaba de buen humor. Apareció, se me acercó y me gustó enseguida. Antes de presentarse, levantó mi enorme mochila de viaje y me dijo riendo: «¿También te has traído a tu abuela?». Yo sonreí como una tonta. Me tendió la mano: «*I'm James, nice to meet you*, encantado de conocerte». «Yo también, encantada de *meet you*». Mi miedo desapareció, pero, en lo relativo al inglés, me quedaba todo por aprender.

James White habla mucho, me cuenta que es abogado. Esta mañana ha estado en los tribunales por un caso increíble del que no puede decirme nada, pero cuyos detalles pronto podré leer en el *Times*. «¿Lo conoces? Es el diario londinense de referencia». «Pero eso», me dice, «ya debes de saberlo, ¡puesto que eres una futura gran periodista!». La soltura de la peña con pasta. El dinero elimina las barreras sociales y acerca a las personas. Sobre todo a las más modestas. Yo, como no tengo ni idea de qué puedo contar, escucho.

Debajo de mis manos, el cuero blanco. Solo he conocido el coche de segunda mano de mis padres. En el asiento trasero, atrapada por el cinturón de seguridad, siempre palpé ese tejido acanalado, gris, grueso, basto. Ese tejido que te hace desear cualquier cosa menos esa vida, pero que te recuerda sin cesar que este es tu sitio, que este es tu día a día y que buena suerte si pretendes cambiar de entorno. Por la carretera, veo villas escondidas detrás de cortinas de árboles, intento ver a través de ellas, distinguir siluetas, movimiento, pero la tupida vegetación me lo impide. Imagino que la casa de mi familia de acogida disfruta del mismo lujo: no poder ser observada, solo adivinada. Lo justo para tener paz y dar envidia.

El padre aminora la marcha y tuerce a la derecha. «¡Bienvenida a Hidden Grove!». Un recinto de ladrillos rojos de varios metros de altura se yergue ante nosotros. Nunca había visto nada igual, parece una fortaleza. La inmensa verja negra se abre con lentitud, como para señalar su importancia. Sin un solo ruido. Ni siquiera sé cómo se ha abierto. En el interior, descubro cinco casas, también de ladrillo, pequeñas mansiones dispuestas alrededor de una plaza central poblada de árboles altos y delgados. Lo que me choca son los coches. Delante de cada villa, un cupé y un todoterreno. Todo es perfecto. Es muy bonito. Entro en el paraíso, y está bien protegido.

En la puerta, una mujer en la treintena, muy elegante, con una cabellera morena voluminosa y algo ondulada. Así es exactamente como yo me imagino a una mujer rica, con el pelo sedoso y vaporoso, un pelo seguro de sí mismo. Detrás de ella aparece un niño que camina apoyado en una muleta. Reconozco a Lewis, el mayor, tiene diez años. En la foto no salía la muleta. Lleva de la mano a su hermano pequeño, Simon, de dos años, que se bambolea, no debe de hacer mucho que camina. Como los padres, los niños son morenos y guapos: ropa impecable, vaqueros y camisas bien planchadas... Dicen *hello* con sus manos minúsculas, y sus labios dibujan palabras que no entiendo. Aún no he salido del coche y esta nueva vida todavía es una película muda para mí. De repente, mis manos se crispan sobre el cuero blanco del asiento delantero, veo desfilar los últimos meses y, sobreponiéndose a la emoción y a la alegría, aparecen la inquietud y el vértigo. Y también el miedo a no estar a la altura, a que la rabia me domine. Me enderezo, sonrío, me muestro orgullosa, disimulo mi ira y mi pobreza. Soy una persona nueva.

Parto de cero.

El padre sale del vehículo, lo rodea y se inclina para abrirme la puerta: un servicio de lujo. Mis temores se disipan. Entro en mi nueva existencia, y la banda sonora es alegre: *«Good evening! Welcome! Hello!»*. La voz grave y sosegada de la madre de familia se mezcla con las voces almibaradas y aflautadas de los niños. Nos miramos, nos sonreímos, inclinamos la cabeza, un poco incómodos, soltamos risitas de circunstancias. Me presento: *«I am Emmylou, nice to meet you»*. He repetido esta frase cientos de veces en el tren para no parecer boba. En el fondo, estoy orgullosa, voy a aprender y ayudar. Mi primer trabajo.

Antes de entrar, me proponen dar un paseo alrededor de la casa, hace bueno, hay que aprovecharlo. Lewis avanza lentamente, arrastrando la pierna. No veo que lleve escayola, ¿se habrá torcido el tobillo? Tiene la cara seria de un chico que debe prestar mucha atención para no caerse. ¡Vaya tela! ¡Cuando pienso que esta casa va a ser el decorado de mi vida durante un año entero! Es un edificio imponente con dos ojos enormes, uno encima del otro, que miran hacia el exterior. Aprendo mis primeras palabras: son *bow-windows*. Detrás hay un jardín plantado con árboles de todos los tamaños. Dentro, una cabaña, un columpio y un tobogán.

«*You like it?* ¿Te gusta?», me pregunta Monica. Divertida, pienso: «¡No, prefiero mi casa adosada cubierta de moho! Sí, claro, es magnífica». Podríamos haber entrado por la cristalera abierta del salón, pero insisten en que pase por la puerta principal. Entiendo el porqué: el vestíbulo es gigantesco, impresiona. Mi maleta y yo nos sentimos minúsculas. En el centro, la escalera se alza hacia el cielo como la habichuela mágica de Jack; está bañada por la luz, y conduce a dos plantas. Nunca había visto tantas puertas. Las abrimos una a una; el salón y el comedor, la cocina, en la planta baja. Todo es amplio y muy blanco. Monica me muestra la puerta de una habitación que no intenta abrir. «Es el despacho de mi marido, nadie entra, ¡ni siquiera yo!». Subraya la frase con un guiño. Parece adorable. Llegamos al pie de la inmensa escalera. James ayuda a Lewis a sentarse en una silla enganchada a la barandilla, aprieta un botón y observa a su hijo subir al primer piso.

Entiendo que no se trata de una lesión, sino de una discapacidad. Estoy sorprendida, nadie me ha comentado nada al respecto. ¿Está enfermo? Descubro las habitaciones de los niños, cada una del tamaño del salón-comedor de mis padres, no sé dónde posar la mirada: juegos, peluches, roperos... Son niños que tienen de todo y crecen en un entorno extraordinario. En la segunda y última planta, la guarida de los padres, un ensueño de elegancia; distingo una cama grande, un bonito cuarto de baño y un vestidor, es tan chulo como en Ikea. *«And this is your bedroom!».* «¡Y este es tu nido!». La puerta se abre a una habitación pequeñita con una ventana que da al jardín. Comienza mi nueva vida.

Vacío la maleta y lo apilo todo en los estantes de mi habitación. Lo que más pesaba eran los libros. Para diez meses, he tenido que contenerme, la elección ha sido difícil, me he traído tres novelas de Bret Easton Ellis (es un buen apoyo para mi rabia, este tipo está loco, es un desahogo perfecto), dos de Jay McInerney (un poco retorcido, pero con glamur y purpurina), otras cuatro de Stephen King (el maestro, el especialista de lo cotidiano que degenera en el terror) y una antología de relatos de Richard Matheson (por su fantasía hipnotizante). Me gusta el infierno en la ficción, la vida que se te va de las manos y te engulle. Me gusta cuando, en la literatura, todo empieza a tambalearse. Nada que ver con la vida idílica que estoy descubriendo. También tengo tres libros de inglés, historia y ciencias políticas, y un diccionario de bolsillo bilingüe Robert & Collins, mil doscientas sesenta páginas de nombres propios y comunes en papel de fumar. Voy a trabajar como una mula, quiero triunfar. Aquí tengo el marco ideal.

—¡Emmylou! ¡A comer!

Me siento como si fuera una niña o, mejor aún, una hija de papá. Lo saboreo. Bajo a cenar. En el comedor, una mesa grande de madera con patas rectas acoge a la familia. Las paredes están cubiertas con tapicerías beige, los grandes cuadros ofrecen decorados campestres, las sillas están tapizadas con gruesas telas blancas. Decididamente, el blanco es el color de los ricachones. En mi casa, ni nos lo planteamos, se ensucia demasiado. Preferimos el negro y el marrón, que son colores prácticos. Lewis está sentado y su muleta descansa en el respaldo de la silla. Lleva la raya a un lado y el cabello moreno repeinado a la izquierda. Me lo imagino, por la mañana, tomándose su tiempo para peinarse con gomina, alisándose los mechones rebeldes con la mano para obtener este resultado impecable. No sonríe, parece concentrado. Se porta

increíblemente bien, se ve que es un niño muy sensato. En su trona, Simon no para quieto, su cabello lacio sigue sus movimientos, intenta asir su cuchara de plástico naranja. James examina la botella de vino blanco que ha sacado, observa con detalle la etiqueta. Monica llega de la cocina y deja en la mesa lo que parece un asado de ternera. En la enorme fuente, un trozo de carne bañado en una salsa burdeos en medio de patatas, verduras y una especie de buñuelos.

—Son *Yorkshire puddings* —aclara James al ver mi semblante—. A nosotros, los ingleses, nos gustan mucho estos buñuelos, sobre todo con la salsa de vino tinto y el jugo de carne.

Me guiña un ojo como si se pusiera un poco en mi lugar. Eso me da confianza. Los niños están tranquilos, comen en silencio. Esta comida es irreal. Mi mente va y viene entre mi vida anterior y la actual. Pienso en mis dos primos pequeños: en la mesa, no paran, se dan patadas, se tiran la comida. Los padres gritan. La cena dura quince minutos, postre incluido. Aquí, los dos hermanos no se pelean, hacen lo que toca sin rechistar.

—«Emmylou» es bonito —comenta la madre—. ¿De dónde viene?

Estoy contenta: los entiendo, tienen un acento accesible. El padre me sirve vino. Me choca, pero acepto. ¿Es una forma de recordarme que soy una adulta a su mesa? Les explico con frases cortas que mis padres son fans de la música country, que les encanta la cantante estadounidense Emmylou Harris y que querían ponerle ese nombre a su primer hijo. Sin que yo le pregunte nada, Monica me habla de la elección del nombre de su hijo menor, Simon: cuando estaba embarazada, se embriagaba con las canciones de Simon & Garfunkel. Luego, dejando su copa de vino sobre el mantel, limpio y planchado a la perfección, añade:

—¡Me llevaría bien con tus padres!

Sonrío y, en mi cabeza, le respondo: cero posibilidades. James me pregunta:

—¿Y tienes hermanos?

—Sí, una hermana pequeña, Maëlle.

No añado nada más. No tengo mucho que contar sobre ella. Como me incomoda el silencio que provoco, les pregunto:

—¿La ciudad está lejos para ir a pie?

Se miran y se ríen.

—¿La ciudad? Yo diría que a unos treinta o cuarenta minutos —responde el padre—. Ojo, la carretera es peligrosa, pero no tendrás necesidad de ir, aquí lo tienes todo. Por eso elegimos esta zona, en Hidden Grove uno vive tranquilo.

Los escucho, los miro y me digo: esto de querer vivir aislados de todo debe de ser una movida de treintañeros.

Por primera vez desde la muerte de Morgane, mi despertar es dulce. Es incluso el mejor martes por la mañana de mi vida. Primer día de trabajo. No conozco ni el país ni la gente que me acoge, pero me siento bien. No tengo un nudo en el estómago. Morgane no ha venido a arrastrar su fantasma, a pasear como un alma en pena en la noche. No he intentado correr tras ella, darle alcance, no se me ha escurrido entre los dedos, no he cruzado mis ojos con sus ojos de muerta, esa mirada del más allá, intensa y ausente. No he soñado, simplemente he dormido.

Estoy tumbada en mi cama, boca arriba, con los brazos debajo de la almohada, el sol me cosquillea en la cara y se estira por la pared de la habitación. Los motivos «animales y vegetales» del colorido papel pintado son todo luz y fuerza, y de ellos saco la energía de este nuevo día, de esta nueva vida que se dibuja, de este camino que he elegido. Sí, he sido yo quien lo ha elegido, y mis padres no se cortaron a la hora de señalármelo. Se burlaron de mí cuando les anuncié la noticia: «¿Qué pintas tú en casa de unos ricachones, pobrecita mía? ¡Se van a aprovechar de ti! ¡Ni siquiera sabes cómo viven esos millonetis!». Mi padre tenía miedo, se le veía en los ojos. Mi madre ni siquiera se atrevió a mirarme a la cara, se encogió de hombros y siguió planchando. Me dolió en lo más hondo, pero aguanté el tirón, me marché, fue la primera decisión de mi vida. Sin duda, la mejor.

Me levanto y miro el jardín; el verde es insolente, un joyero en la ciudad. Estoy en Londres, una ciudad moderna, eufórica, ruidosa y, sin embargo, me siento dentro de un caparazón, resguardada del ajetreo. Agradezco la suerte que tengo y voy a hacer todo lo posible por merecerla. Oigo la puerta del dormitorio de los padres y el paso alarmado del padre, que baja a toda prisa por las escaleras. No tiene tiempo que perder. Las siete y trece. Me visto y voy a la primera

planta para despertar a los niños. Sus puertas están entreabiertas, Monica está con Lewis. Arrodillada junto a su hijo, le habla muy despacito, le dice que no se preocupe, que va a conseguirlo, le acaricia la frente, la mejilla, el cuello. El niño no debe de tener un despertar fácil. Luego, la madre pronuncia unas frases mientras mece la cabeza hacia delante y hacia atrás.

—*O Lord, our heavenly Father, Almighty and everlasting God, who hast safely brought us to the beginning of this day; Defend us in the same with thy mighty power; and grant that this day we fall into no sin, neither run into any kind of danger; but that all our doings may be ordered by thy governance, to do always that is righteous in thy sight; through Jesus Christ our Lord. Amen.*

Estoy en el vano de la puerta, no me atrevo a moverme. Entiendo *«sin»*, «pecado», *«God»*, «Dios», *«danger»*, «peligro», y *«Amen»*, «Amén». ¡Qué historia tan extraña le está contando! Muy alegre no parece. Monica se vuelve y se queda parada al verme. Luego le dice a Lewis con un tono más firme:

—Vamos, *my dear*, *wake up*, despierta, ¡vas a llegar tarde!

Me da mucha vergüenza haberlos sorprendido en un momento de intimidad. Pero ella me dirige una sonrisa y me siento aliviada.

Son las siete y diecinueve minutos y dieciocho segundos cuando entro en la cocina. El reloj de pared es formal y autoritario. Su sola presencia pone al mundo en guardia. James ya se ha marchado al trabajo. Monica me pide que observe cómo prepara el primer desayuno para poder ayudarla cada mañana. El *breakfast* es un asunto complicado en esta familia. Mamá enumera y los niños eligen: «¿Tostadas, tortitas o biscotes? ¿Copos de maíz azucarados, copos de avena o trigo inflado? En las tostadas: ¿mermelada o miel? La fruta fresca: ¿entera o cortada? La compota: ¿de manzana, mango o pera? La bebida: ¿leche fría, caliente o con cacao?». Es un menú de hotel, y más vale decidir pronto lo que se va a pedir. Se me hace la boca agua ante este lujo concedido a unos niños tan pequeños. En mi casa, era pan del día anterior y Nesquik, ¡punto! Y nada de tu mami ofreciéndote un abanico de posibilidades: te sirves tú sola, comes rapidito y recoges la mesa. Los niños me lanzan miradas curiosas. Soy la intrusa de la mañana. Intento mantener la compostura mientras corto una manzana en rodajas. Lewis me sonríe con la comisura de los labios, parece muy tímido. «Mamá, ¿tengo dibujo esta tarde?», pregunta con su voz pausada mientras mete la cuchara en un bol de cereales inflados. Ella lo mira con amor, pero también con inquietud. Cómo envidio a este niño, cómo envidio a esta mujer. «Sí, cariño, voy a acompañarte, pero antes harás tus deberes en el centro». ¿En el centro? Debe de ser su colegio, uno adaptado a su discapacidad. Lo preguntaré más tarde. La madre es tranquila, atenta, cariñosa. Un sueño de madre. Simon mordisquea su tostada, escucha las conversaciones, tiene los ojos y el pelo de quien sigue adormilado, todo está un poco alborotado, un poco arrugado, todo es adorable. Me gusta el ambiente de esta primera comida del día en la casa. Lo saboreo. «Cereales para el mayor, tostadas y compota de manzana y mango para el pequeño»,

intento retenerlo. También procuro localizar dónde guardan los productos, porque la cocina es una inmensa pared blanca en la que se adivinan armarios sin tiradores. No es que sea muy práctico, la verdad. Me digo que, en las casas de los ricos, nadie quiere ver los alimentos ni los envases, debe de ser vulgar. La comida se esconde y solo se saca cuando lo pide el cuerpo, para satisfacer la vileza de nuestra humanidad. ¿Quién quiere manzanas cortadas? Todos se han ido, Lewis se ha dejado la mitad del bol de cereales, pero al salir de la cocina me ha dicho: «*Thank you*, *Emmylou.* Gracias...». No es gran cosa, pero me ha llegado. Son las siete y cuarenta y seis minutos y cincuenta y seis segundos.

Me encantan estas primeras veces, son inolvidables. El primer desayuno es acogedor. La primera sesión para vestir a Simon es cañera. En su habitación, el crío me mira con el pañal puesto. Abro el ropero, que está a rebosar de ropita colorida de tejidos ultrasuaves. Son conjuntos ya combinados. Escojo uno al azar. Tiro el pañal, que ha cumplido bien su función, y busco algo para limpiar al pequeñajo. Pero él no se deja, se retuerce, se contorsiona, intenta escapar con el jersey a medio poner. Con las mallas pasa otro tanto, le meto una pierna y la otra se escurre. Corro tras él y veo a Monica en la habitación de enfrente. Está ocupada con Lewis. El niño está sentado en el borde de la cama y ella parece masajearle los pies, ¿o son las piernas? ¿De qué sufre? ¿Tiene una pierna dolorida, paralizada, un pie lesionado? Me da pena. Cojo a Simon en brazos, juega con mi pelo, es tan alegre. Me siento bien en esta familia.

—Ten, lo tienes todo aquí.

Monica me pasa un cubo con productos de limpieza, trapos, esponjas, una para las superficies, otra para los cuartos de baño y unos guantes. Me siento rara. Voy a hacer la limpieza por primera vez en casa de gente que no conozco, quitar el polvo, la suciedad, la mugre de muebles y lavabos que yo no he usado. No me había preparado para sentir esto: cierta incomodidad. ¿Soy yo la que se siente a disgusto por tener que limpiar o porque, si estuviera en su lugar, me incomodaría pedírselo a una estudiante, a una desconocida que ha cruzado el Canal de la Mancha para aprender inglés? La mugre de los demás no es moco de pavo. Es algo asqueroso y, sin embargo, esta familia hace todo lo posible por ser limpia. Monica no me da instrucciones por pudor. O por costumbre. No quiero ser la idiota que pregunta lo que hay que hacer. Porque imagino la respuesta: «Todo».

Oigo la puerta de la entrada. Monica acaba de marcharse. Me siento aliviada, no quería que me viera metida en faena. No en mi primer día. Mi esponja rosa y yo recorremos los muebles de la cocina, recogemos las migas de la mesa, eliminamos las salpicaduras de compota, absorbemos los numerosos líquidos que han corrido por el fregadero. La escoba se encarga del suelo, es casi lo más fácil, estoy a cierta distancia. Mi trapo engulle las cuatro motas de polvo del salón. Abro la puerta del cuarto de baño de la planta baja. Es un nido verde oscuro con una pila de revistas de decoración de estilo rústico, muy chic. Mi esponja azul roza la taza, por arriba está blanca, limpia, pero cuando la levanto, descubro orina, un pis amarillo fluorescente que ha goteado durante toda la semana por los repliegues del plástico. Me sobreviene una arcada. Froto muy rápido para que desaparezca, echo una buena cantidad de lejía, intento ahogar esa inmundicia. Me doy cuenta de que nunca he limpiado el

cuarto de baño de mi casa... Es mi madre quien se encarga de hacerlo todas las semanas, supongo. Me avergüenzo de ello.

Entro en el salón, es inmenso. La tarea de la limpieza me permite explorarlo y me tomo mi tiempo. Cuando llegué ayer, estaba tan deslumbrada por la amplitud y el lujo que no presté atención a los detalles de la estancia. Tiene forma de codo. Desde la cocina, a la izquierda, se extiende un amplio comedor y, a la derecha están el sofá, los sillones, el televisor y la biblioteca. El plumero me lleva más lejos, a un rincón donde la pared parece huir. Descubro otro espacio, sin decoración, con paredes color crema y una silla baja de madera oscura bastante curiosa plantada en el centro. La observo, no entiendo cómo se sienta uno en ella. La pruebo. Cuando poso el trasero en el asiento trenzado a pocos centímetros del suelo, las piernas me suben hasta el cuello; no resulta nada cómodo. ¿Habrá que arrodillarse y apoyar los codos en el respaldo? Me arrodillo y, cuando levanto la vista, veo una cruz de madera muy clara, muy sobria, que parece fundirse con la pared. Me siento como una monja en un convento. No me atrevo a moverme. Miro a mi alrededor; a la izquierda, un banco de madera sobre el que hay un libro gordo; a la derecha, el final de la pared, totalmente desnuda. La mirada no encuentra nada con qué entretenerse, regresa con naturalidad a la cruz.

Llegué anteayer. Pronto perderé el hilo que me une a Plouhernec, a mi primer día en Londres, a mi primera mañana, a mi primera noche.

Monica quiere verme. Ha llevado a los niños con el coche, como todas las mañanas. Me ha preparado un té.

—Tengo que hablarte un poco de Simon y de Lewis.

Estoy contenta, voy a enterarme de algo más. Estamos sentadas en los taburetes altos de la cocina, en torno a la isla. Frente a frente.

—¿Todo bien, de momento? —me pregunta.

No he oído el signo de interrogación, pero finjo que sí.

—Sí, todo perfecto. *Perfect!*

—Voy a darte algunas instrucciones —me dice—. Hay que vigilar a Simon muy de cerca, solo tiene dos años, es adorable pero muy revoltoso, no le quites ojo. En cuanto lo pierdes de vista, hace alguna travesura. ¿De acuerdo?

Lo ha vocalizado todo muy bien para que la entienda.

—Sí, por supuesto, señora. ¿Y Lewis?

—Llámame Monica, es más agradable.

¿Más agradable para mí o para ella? Todavía no sé por dónde van los tiros. Tiene la seguridad de una mujer pudiente. Da órdenes sin que lo parezca.

—Lewis es un niño muy reservado, tímido y sereno para su edad. Ya verás, es un niño muy dulce. Se acuesta temprano, le encanta leer en su habitación.

Percibo tristeza en su mirada. ¿El amor hacia un hijo va necesariamente acompañado de melancolía, del temor a perderlo? Monica se sobrepone a sus emociones.

—Te adaptarás muy rápido, y ellos te adoptarán, no me cabe duda.

Sonrío, asiento con un gesto y dejo que se instale el silencio. Aguardo. Aguardo a que me diga algo más acerca de Lewis. ¿Cómo debo ocuparme de él? ¿Tengo que cambiarlo? ¿Bañarlo? ¿Qué precauciones he de tomar? ¿Qué le pasa? ¿Sufre? ¿Adónde va durante el día? ¿Cómo es ese centro? ¿Qué hace allí? Pero ella no suelta prenda. Como si su hijo no caminara con una muleta. Como si no tuviera una discapacidad. Me quedo muda ante este descuido. Es mi jefa, me impresiona. Su silencio es una barrera. Monica se levanta. Fin de la sesión informativa. Ha dejado su taza de té en el fregadero. La meteré en el lavavajillas. Mensaje captado.

James es el más simpático de los dos. Monica es muy sonriente, pero no muestra mucho interés hacia mí y zanja rápidamente las conversaciones. Es ella quien decide la frecuencia y el ritmo de nuestros intercambios. James, por su parte, es más curioso, se toma su tiempo. Hace preguntas abiertas. Sin embargo, de los dos, quien trabaja es él. La cena es el único momento que tengo para charlar y practicar mi inglés. Lo aprovecho a fondo. Esta noche ha sido genial. James me ha hecho un montón de preguntas sobre Bretaña, sobre mi vida de estudiante en Francia. Me ha preguntado si todavía existe la selectividad, se lo he contado todo sobre el bachillerato, el examen de francés de primero, las pruebas de último curso, los cocientes, e incluso le he dicho que saqué un notable en literatura. Se ha quedado pasmado: *«Oh, God! Brilliant!»*. Luego se ha vuelto hacia sus hijos y les ha dicho que yo era todo un ejemplo para ellos, que era muy importante trabajar mucho para labrarse un buen porvenir. Simon no se enteraba mucho. Lewis ha seguido comiendo muy despacio la ternera con guisantes, como si la conversación no le incumbiera o como si fuera obvio que hay que esforzarse mucho en el colegio. A sus diez años, hace gala de una madurez fuera de serie. James ha añadido: «Tus padres deben de estar orgullosos de ti». ¿Mis padres? A mis padres se la sopla. Ni siquiera se molestaron en preguntarme si los exámenes me habían ido bien, y cuando les di el boletín con la calificación de notable, mi madre le dio el documento a mi padre, que lo dejó al lado de su transistor y dijo: «Pues una cosa menos». Luego cogió otra vez el periódico, lo abrió sobre el hule a rayas naranjas y verdes y, con la punta del dedo índice, reanudó la lectura de las noticias regionales. El peso de *Ouest-France* en la vida familiar. Me sentí asqueada. ¿He tenido que cruzar el Canal de la Mancha y aterrizar en una puta familia de desconocidos para que reconozcan mi trabajo? Tenía ganas de

decirles a mis padres: «¿Creéis que un notable lo sacas así como así? ¿Solo yendo al colegio, papeándome vuestra comida de mierda y metiéndome en el sobre a las nueve? He currado noches enteras y también entre las doce y las dos de la tarde. A esas horas en que el resto de los alumnos aprovecha para ligar y darse un voltio por el supermercado más próximo. Le he pedido a Morgane que me tomara las lecciones docenas de veces, me he tirado horas enteras en la biblioteca, lo he dado todo. ¿Creéis que sois los únicos que trabajáis?». Ninguna de esas palabras salió de mi boca, se estrellaron contra los huesos internos de mi cráneo, la mandíbula apretada como nunca para contener la pena aferrada a mi ira. Pero he sonreído y le he respondido a James: «Sí, claro que mis padres se sintieron orgullosos de mí».

Me he metido en mi papel de *au pair*. Desde hace ocho días, la jornada se organiza de la misma manera: el padre de familia se marcha al trabajo, la madre se encarga de llevar a los niños; Simon, a la guardería; Lewis, al centro. Luego vuelve a las diez, después de su clase de gimnasia. Yo me dedico a limpiar toda la mañana, repaso todas las habitaciones. Al mediodía como sola en la cocina. No he recibido instrucciones a ese respecto. Cuando Monica está en casa, come por su cuenta sin proponerme nada, de modo que me termino las sobras de la víspera, por educación. En cuanto puedo, subo a mi habitación a estudiar inglés y repasar para mi prueba de acceso a periodismo. Mi obsesión. Hacia las tres y media llegan los dos chicos, les doy la merienda, juego con ellos. A Lewis le encanta ganarme al Scrabble, y a Simon, tirarme sus peluches. Baño al pequeño, Monica se encarga del mayor, luego prepara la cena y cenamos todos juntos. Los padres acuestan a los niños, yo los ayudo un poco y les leo un cuento. Algunas tardes, hago de niñera en el piso de arriba, porque los padres cenan en la ciudad o reciben invitados en casa. En el segundo caso, especifican con firmeza que no se puede bajar, que es su momento entre adultos. Me intrigan sus veladas. A veces, cuando paso de la habitación de Simon a la de Lewis, echo un vistazo abajo para ver quiénes son sus invitados. No distingo los rostros, ocultos casi siempre por sombreros, pero he observado que siempre van vestidos con colores oscuros. En cualquier caso, para ser gente que está de celebración, no arman mucho ruido.

Limpiar es una cosa que odio, es aburrido, tedioso y agotador, pero he encontrado una contrapartida: cotilleo los armarios, los cajones, los vestidores. La emoción de mirar dentro de lo íntimo, de conocer los entresijos de mis jefes, de observarlos sin que se percaten. Tengo la impresión de descubrir quiénes son de verdad, sus gustos, sus hábitos, sus manías, sus defectos. Es una inmensa promesa de historias por venir, y cada mañana me motiva para subir del cuarto de la colada el pesado cubo gris y los productos de limpieza con olor abrasivo. Siempre empiezo por el dormitorio de los padres. Es el lugar que más me fascina. Quizá porque apenas una pared separa nuestras habitaciones. Es un teatrillo inaccesible para mí. Me los imagino: se despojan de su preciosa ropa, se dejan llevar, se hacen confidencias. Puede que hagan ruidos que no se atreverían a hacer delante de mí, pienso que deben de acariciarse la nuca, los hombros, las nalgas. A menos que se ignoren por completo, se cepillen los dientes, se pongan el pijama, se metan bajo el edredón y cada uno se gire de su lado, con el objetivo de dormir a pierna suelta. Es todo este conjunto de posibilidades lo que me perturba. Por eso, cuando limpio su dormitorio, busco indicios: miro si el edredón está muy arrugado o solo un poco abierto, tanto de un lado como del otro, para poder levantarse con más facilidad, si hay ropa interior tirada debajo de la cama... Mi madre diría que soy una metomentodo. ¿Y qué? Si eso me ayuda a aguantar el tipo...

Esta mañana constato que todo está impecable en la habitación, hasta demasiado ordenado incluso. Yo, cuando salgo pitando a clase por la mañana, lo revuelvo todo; ellos lo dejan todo en su sitio: el cepillo de dientes, la toalla del baño, la ropa de la víspera en el cesto de la ropa sucia... Envidio tanta perfección, tanto dominio. El cuarto de baño es inmenso, está inundado de luz, con todo a juego, la bañera con patas, el inodoro, *«the washbasins»*, «los lavamanos»

(me he enterado, hojeando las revistas de decoración en el baño, que los ricos no dicen *«sinks»*, «lavabos»). La cerámica blanca contrasta con el color *«linen»*, «lino», del suelo y las toallas (los ricos tampoco dicen «beige»). Estoy encantada de aprender dos lenguas: el inglés y el rico. Me afano limpiando lo que ya está limpio, puesto que lo lavé todo ayer y anteayer y anteanteayer.

Son las diez, oigo el coche de Monica. A través del ventanal de su habitación, veo que aparca el todoterreno; viene de dejar a los niños y de hacer su sesión de deporte. La llave que gira en la cerradura, la puerta que se cierra otra vez, otra vuelta de llave. Conozco los ruidos de la madre. Se prepara un té, luego se sienta a la mesa del salón, abre su gruesa agenda de cuero negro y se organiza. Hace algunas llamadas. Resopla. Resopla mucho... Espero que no sea por mi culpa, espero haberlo dejado todo ordenado y no haber cometido alguna metedura de pata. Echo un último vistazo al dormitorio principal: está impecable. Bajo a la planta de los niños. «¡Emmylou!», me llama Monica. Bajo por las escaleras a toda pastilla. Debo de haber olvidado algo. La madre me tiende una carta y un abrecartas. Estoy sorprendida. Le doy la vuelta al sobre para ver el remitente, pero no hay nada escrito. Estoy loca de alegría, me hace mucha ilusión que alguien se acuerde de mí. Le doy las gracias, abro el correo y le devuelvo el abrecartas, que deja en la consola del recibidor. Subo a mi cuarto, liviana.

Es una simple hoja blanca. La letra corre de través por toda la página, como si fuera a partirse la crisma.

Plouhernec, lunes 2 de septiembre de 1996

Hola, Emmylou:

¡Espero que estés bien! Estoy segura de que la familia te cae bien. Aquí todo sigue igual, llueve, los gemelos no paran de chincharse y mi madre se queja como siempre. Estás bien donde estás, te envidio. Todas las semanas voy a visitar la tumba de Morgane, es la más florida del cementerio. La limpio un poco, quiero que esté siempre impecable, la echo mucho de menos. Pero qué te voy a decir a ti. Por cierto, ¿cómo están los niños? ¿Lewis sigue siendo el primero de la clase? ¿Y Simon ya dice sus primeras palabras? ¿Se acuerda de mí? ¡Fíjate que a ese pequeñín lo vi nacer! Bueno, te dejo, ¡muchos besos!

Virginie

PD: No les digas a Monica y a James, ni a los niños, que te escribo. ¡Recuerda que se supone que tú y yo no nos conocemos!

Le estoy muy agradecida por haberme encontrado este trabajo. Fue todo un tejemaneje. Ella me explicó que sus jefes no querían contratar a una *au pair* que conociera a la anterior, por miedo a que se intercambiaran secretos de la familia. En estos círculos de gente importante la discreción es absoluta, prefieren empezar de cero en cada ocasión. Lo entiendo, aunque no consiga ponerme en su lugar ni por un instante. Ella solo me dio la referencia del anuncio y toneladas de consejos sobre el tipo de niñera que buscaban, y yo envié una candidatura «espontánea». ¡Qué suerte que me eligieran! Tuve que preparar un pedazo de dosier, con muchísimos

documentos: certificado médico que acredita mi capacidad para cuidar niños, análisis médicos, una recomendación del director de mi instituto... Hacerlo me llevó un montonazo de tiempo, pero hoy sé que mereció la pena. Cuando recibí la carta de los White para comunicarme que habían seleccionado mi candidatura, fue como si me hubieran dado un premio, ¡como si fuera la elegida!

Me guardo la carta en el bolsillo, le responderé esta noche para que pueda leerme la semana que viene. Me doy cuenta de que he olvidado las sábanas limpias de las camas de los niños y bajo otra vez al cuarto de la colada a buscar las fundas estampadas con dinosaurios y astronautas. Paso por delante del salón, pero ya no veo a la madre. En su lugar, unas hojas arrancadas de su agenda cubren la mesa. Siempre anda como desbordada. No acabo de entender por qué.

Hola, Virginie:

Gracias por tu carta, espero que tú también estés bien. Aquí todo va bien. Me ha sorprendido mucho que Lewis camine con una muleta...

Arranco la hoja de mi bloc de papel para cartas; cero inspiración. Estoy cansada de mi jornada de trabajo, de limpiar, de ordenar, de vigilar a los niños. Mi rabia, que la novedad había amansado, vuelve a rugir. ¿Ha sido buena idea este viaje? ¿Tendré tiempo para estudiar? Además, duermo mal. Siempre he dormido bien, pero desde hace unos días duermo sin dormir. Tengo ganas de hablar con una amiga, con mi única amiga. Abro el cuaderno.

Morgane, tu muerte ha dejado un vacío tan grande que no tengo suficientes recuerdos para llenarlo. Tu suicidio lo ha desgarrado todo, no sé cómo volver a coser las partes. Me da miedo enloquecer. No dejo que se me note, pero cuando pienso en ti, no puedo ver otra cosa que no sea tu último cuerpo. No entiendes de lo que hablo, tú no estabas ahí realmente, pero yo lo recuerdo. Ese cuerpo que tu abuelo me obligó a mirar, el de después de tu caída desde una altura de cinco pisos. Tu abuelo me dijo, enseñándome tus despojos en la funeraria: «¡Caray! Pues sí que se lo han trabajado, mira, está impecable. Al parecer, después de la caída, no era agradable de ver». Él se reía y estaba enfadado a la vez. Luego volvió a poner su cara de abuelo triste que no entiende por qué su querida nieta se ha ido antes que él y me dio el pésame como si tu familia fuera yo. Él sabía que éramos amigas, que estábamos juntas a las duras y a las maduras. Y yo, a su lado, no decía nada, no lloraba, observaba tu cuerpo. Era más pequeño que antes. Era casi tú. Estabas más delgada de cara, y

de pecho, llevabas la camisa marrón y naranja con dibujos psicodélicos que siempre te ponías para bailar. Cuando encuentre el valor, te preguntaré por qué te suicidaste. Tus padres me dijeron que fue por culpa de tu depresión. ¿Esa fue la verdadera razón? No lo sé, ahora no tengo ganas de pensar en ello, déjame, me duele la cabeza y, además, ya sabes, aparte de las cuatro horas de limpieza de esta mañana y las revisiones, he estado toda la tarde cuidando al pequeño (el mayor estaba en el médico con su madre). Hay que vigilar a Simon, ya está muy espabilado, camina, hace muchas travesuras, lo toca todo y nunca lo que debe. Y a veces cambia de comportamiento. No se parece en nada a Maëlle, aunque ya no recuerdo muy bien cómo era mi hermana con dos añitos. Hace un rato, mientras guardaba la ropa de los niños en sus roperos gigantes, he sorprendido a Simon delante del inmenso espejo de su cuarto, mirándose sin decir nada, y no me he atrevido a molestarlo. No sabía que un niño de esa edad podía escudriñarse de esa forma. Rozaba lo alucinante. Pero, vamos, es monísimo con su carita morena. Tiene el pelo muy oscuro, le queda como un pequeño casco sobre la cabeza, me fascina, yo que vengo de una familia de rubios desgreñados. Nuestro cabello amarillo es vaporoso, fino, enmarañado, rebelde, nos da un aspecto desaliñado permanente. El pelo oscuro, en cambio, me parece llamativo, favorecedor, les cae bien recto hacia abajo, es atractivo. Simon se miró unos segundos y luego se fue al cuarto de Lewis como alma que lleva el diablo. Mañana me moveré, exploraré la urbanización, empieza a faltarme el aire en esta casa. Me duermo leyendo Misery*, de Stephen King, siempre hay alguien más desgraciado y hundido en la miseria que tú:*

«Oscuridad. Luego el dolor de la bruma. Después, la certeza de que, aunque el dolor era constante, algunas veces quedaba mitigado como por un transitorio acuerdo de alivio. El primer recuerdo real: detenerse, verse violado por el aliento apestoso de aquella mujer... y devuelto a la vida por aquella violación».

Termino la limpieza un poco más rápido de lo previsto. Monica me ha avisado con tono apremiante: cita importantísima en el médico; sintiéndolo en el alma, me deja sola, espera que no me moleste. La he tranquilizado y he reprimido mi alegría.

Abro la puerta de la casa y me doy cuenta de que no he salido desde hace varios días. ¿Por eso me siento un poco mareada, con el estómago revuelto? Un frío nuevo viene a posar sus manos alrededor de mi cuello. Estoy sorprendida. Hay un cielo plomizo. ¿Y si estoy a punto de caer enferma? Doy un paso atrás y cojo el pañuelo rojo de Monica, que está colgado de un perchero. Es un rojo precioso, maduro, deslumbrante, con un toque oscuro de mujer fatal. Cuando me lo pongo alrededor del cuello, siento su extrema suavidad y el perfume delicioso que desprende. En cuestión de segundos, me siento distinta, transportada, guapa. He recuperado el entusiasmo de explorar el complejo residencial. La dirección de la visita no se impone de inmediato, es como si las casas estuvieran colocadas sobre una plataforma giratoria con una plaza de pueblo en el centro. ¿Por dónde empiezo? Decido dirigirme a la verja para retomarlo todo desde el principio. Estoy de espaldas a la majestuosa entrada. A la derecha, unos árboles inmensos jalonan la tapia del recinto. Son hermosos, verdes, altivos, me atraen. Tengo ganas de adentrarme en esta naturaleza, pero, al acercarme, descubro que son un espejismo de verdor, no son tan numerosos y cumplen una sola función: ocultar la gigantesca tapia. Los rodeo y observo la altura de la pared. Es impresionante, tengo que estirar el cuello para ver la cima. Al menos estamos a salvo, nadie puede escalarlo desde fuera. Llego delante de una de las casas y caigo en la cuenta de que aún no conozco a mis vecinos de la izquierda. Tengo la sensación de estar delante de mi casa. Los mismos ladrillos, los mismos *bow-windows* como ojos saltones, los mismos setos podados... Esta

perfección me produce cierta inquietud. Me quedo clavada en el suelo, incapaz de moverme. Me gustaría jugar a buscar las siete diferencias, pero no encuentro ni una sola. Incluso las cortinas son idénticas, de color beige; la tela gruesa se adivina a través de los cristales. De pronto, un movimiento en el primer piso atrae mi mirada. Juraría que la cortina se ha movido. ¿Me ha visto alguien? Mientras camino hacia las otras viviendas de la urbanización, no me cruzo con nadie, ni vecino ni empleado doméstico. Siento que me invade la angustia. No hay nadie y, sin embargo, me siento observada. Vuelvo a pasar por delante de mi casa y llego a la tercera vivienda. El cielo se ha resquebrajado, las primeras gotas de lluvia caen sobre el suelo perfectamente asfaltado, que se pone a brillar. Aquí tampoco hay sorpresas: la villa es preciosa, nueva, señorial. Intento pensar de un modo racional, no tengo nada que temer en un lugar tan seguro y protegido. Sin duda, estoy mejor aquí que fuera. Reanudo la exploración. Busco con la mirada buzones que puedan darme información sobre los apellidos de los residentes. Nada. Paso por delante de la cuarta casa y veo que hay una quinta; es la única sin ningún coche aparcado delante. Aparte de este detalle, los edificios son idénticos. Y, como los otros, sin señales de vida. Me siento decepcionada. Decido volver a casa para ponerme a estudiar. Cuando llego a la puerta de los White, me doy la vuelta. Mi ojo se cruza con otro: el de una cámara insertada entre el muro y la verja. Un globo pequeño, negro y reluciente que no parpadea. Me acerco a él, pero no se mueve. Cambio de dirección, tengo la sensación de que me sigue. Me siento vigilada. ¿Quién me está mirando?

Entro rápidamente en la casa y me quedo apoyada contra la puerta para recuperar el aliento, como si acabara de escapar de un asesino en serie. Me siento patética y sé que más tarde me reiré de este episodio.

Son las ocho y media de la mañana, todo el mundo se ha ido, es viernes. Sobre la mesa alta de la cocina, los restos del desayuno de la familia. Lewis apenas ha tocado sus cereales. Los copos de trigo empapados en leche están ahora deformados, terminarán en la basura. Este crío come poco. ¿Está enfermo? ¿Cuál es su dolencia? El té de Monica se enfría, solo ha bebido un par de sorbos, como de costumbre, pero veo en el borde de la taza la marca perfecta de su pintalabios color cereza. No desayuna, pero tiene tiempo para pintarse los labios. Me siento en su silla y hago como que sorbo su bebida, coloco la boca en el lugar de la suya e imagino que hablo con mi marido: «¿Has podido firmar el cuaderno de correspondencia de Lewis?». «¿Has visto, cariño? Me he puesto la pulsera que me regalaste por Navidad. Conjunta bien con mi jersey de cachemira blanco, ¿a que es elegante?». Cruzo y descruzo las piernas, hago como que miro mi reloj y me sirvo más té. Al igual que la madre que observo todas las mañanas, le presto una atención particular a Simon, sentado en su trona: «¿Está bueno, cariño?». Miro a Lewis con inquietud: «Haz un esfuerzo, come un poco, mi amor». Me enderezo y me dirijo a los niños imaginarios: «¡Deprisa, *darlings*, vamos a llegar tarde, a lavarse los dientes y nos vamos!».

Me meto en su pellejo y me encanta.

Mientras recojo la mesa, pienso en el padre, James. Es una lástima, porque no lo veo mucho y tiene pinta de que el curro se le sale por las orejas. Aunque, claro, para pagar un casoplón así... En cuanto él está en casa, tengo la impresión de existir, siempre tiene una pregunta para mí, una sonrisa, creo que me encuentra interesante. Por las mañanas, se toma un café fuerte, sin azúcar y de pie. Mordisquea las galletas a toda prisa. Después, solo deja migas puntiagudas. Al salir de la cocina, tropiezo con una montaña de ropa sucia, ¡qué extraña es esta nueva costumbre de tirarla al pie

de la escalera! Franqueo la pila compuesta de camisetas arrugadas, calcetines enrollados, pantalones vueltos del revés deprisa y corriendo, calzoncillos sucios... Siento náuseas. Lo dejo para más tarde. Quiero salir de la casa. Estaré sola hasta las diez. Hurgo en el cuenco nacarado que hay encima de la consola del vestíbulo, donde se dejan las llaves. Busco un mando a distancia para abrir la verja. Me agobia la movida de la cámara y me gustaría saber cómo se sale de la urbanización. No he reunido el valor para preguntárselo a los padres. ¿Y si les parezco una desagradecida, una curiosona? No tengo ganas de perder mi trabajo. Me quedaría como un pasmarote: sin trabajo, sin dinero... ¿Y después cómo vuelvo yo a casa? Me acerco a esa verja gigantesca que se abre misteriosamente y que solo cruzan los coches. ¿Cómo se pasa a pie? Descubro la pequeña cámara colgada en la parte superior de la tapia que enmarca la verja y me pregunto si en el exterior habrá otra igual, porque, a fin de cuentas, ¿para qué sirve la de dentro? ¿Para vigilar a los residentes? ¿A quienes han sido aceptados en el recinto? No lo entiendo. Debajo del ojo, percibo una caja negra. ¿Es un detector? Paso la mano, me acerco, busco un botón, retrocedo, gesticulo e incluso doy saltos para asegurarme de que se me vea. Nada. Imposible salir. Me quedo unos instantes empequeñecida frente a este muro de acero y, de golpe, las rejas tiemblan, los dos paneles negros se separan con pesadez, silenciosamente. ¡Lo he conseguido!

La narizota de un todoterreno me para en seco. No sé quién conduce semejante cochazo negro, montado sobre cuatro enormes ruedas como para permanecer lo más lejos posible del suelo. La ventanilla delantera se abre y aparece Monica. Cruzamos la mirada. Parece preguntarse qué hago aquí a esta hora, pero la severidad que percibo en sus ojos se disipa enseguida. Cuando llega a mi altura, me dice: «Me han cancelado la clase, estoy muy decepcionada, ¡lo necesitaba tanto!». Acuso el golpe; yo también lo necesitaba. Doy media vuelta. Al entrar, vuelvo a toparme con la montaña de ropa. Monica sigue mis pasos, esbelta en sus *leggings* negros segunda piel, su esterilla de gimnasia perfectamente enrollada bajo el brazo y su botella de agua en la mano. Es perfecta, rica y libre, ¡cómo la envidio! Ni siquiera repara en la ropa sucia que afea su vestíbulo. Deja sus cosas en la mesa del comedor y, sin volverse, dice en voz alta: «*By the way*, el domingo va a hacer bueno, organizo una barbacoa por el nuevo curso, hay que aprovechar los pocos días de sol que quedan». ¡Todo un acontecimiento! Estoy deseando ver a los vecinos, a sus hijos, ¿y quizá también a otras *au pairs*? Me muero de ganas de saber cómo son las otras. Hundo los dedos en los tejidos pegajosos, pringosos, sospechosos. Me trago mi orgullo.

Un rayo de sol hiende el cielo inflado, nublado, y todo el mundo está feliz. Estamos a finales de septiembre, la temperatura es de dieciséis grados y los vecinos visten jerséis informales de domingo en el jardín de mis jefes. Desde mi sitio, cerca de la terraza, tengo una vista completa de la fauna de la urbanización, y lo que veo me fascina. Hay mucha gente y cantidad de cosas que observar. Los adultos están de pie en grupos de dos o tres y sostienen sus bebidas alcohólicas en la mano, mientras que un enjambre de niños corretea por el jardín sin descanso. No tengo ninguna tarea pendiente esta tarde, es fin de semana. Es mi día de descanso, pero como soy una empleada me cuesta relajarme. Me resulta muy difícil acercarme a picotear los canapés de la mesa o probar el gin-tonic que ha preparado Monica. Nunca he tenido acceso a estas cosas, tengo la impresión de que no son para mí. Me quedo un poco al margen y observo.

Monica está radiante, nunca la había visto tan sonriente. Es la mujer encantadora que sirve las bebidas, se pone al día y ofrece un rollito de salchicha para acompañarlo todo. Sí, porque, por muy chics que sean, los ingleses comen salchichas. En cierto modo, es reconfortante, tenemos un punto en común. Mi mirada se cruza con la de James, que es intensa. ¿Desde cuándo no me quita ojo? Cuando se da cuenta de que lo estoy viendo, sonríe, me hace un gesto y se acerca.

—¡Ven, que voy a presentarte!

Su interés en mí me conmueve en lo más hondo.

—Estos son Lisa y David, viven en la primera casa a la derecha cuando entras en la urbanización.

—*Hello!*

Son muy altos y, al parecer, no tienen conciencia de su ventaja sobre el resto de la humanidad, porque no se inclinan ni intentan

ponerse a mi altura. Bajan los ojos y me saludan con tacaña amabilidad. James aclara:

—¡Son los padres de las gemelas, *the twins*, Alice y Abbie!

—*Great* —respondo mientras intento localizarlas en el grupo de renacuajos.

James añade que soy estudiante de periodismo y que me espera una gran carrera. Que me elogien en esta reunión de ricachones me saca los colores.

—¡Cariño! *Darling!* —llama Monica a James—. ¿Puedes ir a buscar un poco de Bass Pale Ale a la bodega? ¡Ya andamos cortos de cerveza!

Envidio muchísimo su desenvoltura, tiene el mundo a sus pies. James obedece a su mujer y me quedo sola con los dos espárragos ingleses. Es el momento más incómodo desde que llegué. Mi inglés se atranca y, en lugar de marcharme como lo exigiría el sentido común, les pregunto:

—¿Tienen una *au pair*? *An au pair,yes?*

Ellos la buscan con la mirada como si se hubieran olvidado de ella.

—Dory está allí —me dice David con la boca pequeña.

Fin de la conversación. Otro vecino, todo sonrisas, se acerca a nosotros. Él está más cerca del suelo, y eso me tranquiliza, la verdad.

—*Hello, Emmylou.*

Sabe cómo me llamo.

—*I am Mitchel*, ¡bienvenida al manicomio!

Se echa a reír. David y Lisa, con sus jerséis de Ralph Lauren a juego, miran a Mitchel como si fuera el primo un poco plasta que hay que soportar en las reuniones familiares. Holly se incorpora a nuestro grupo.

—*Ma bien-aimée, mon grand amour!* —añade Mitchel en francés, exagerando el acento.

Es risueño, me cae bien enseguida. Holly también parece maja. No es muy alta: pelo largo oscuro, vestido hippie, sombrero de fieltro bordado de perlas... Me encanta su estilo. Ambos me acribillan a preguntas, sin darme tiempo a hacerles las mías. James vuelve a aparecer después de haber ayudado a *darling*, que ahora mariposea

de grupo en grupo. Mitchel y Holly le preguntan a James a propósito de «su asunto», y yo aprovecho para echar un vistazo hacia donde está Dory. Es una chica rolliza con el pelo rojo y rizado. Está cerca del columpio, hablando con otra chica morena y esbelta. ¡Tengo tantas ganas de charlar con ellas! Lewis está en la terraza, sentado en una silla, con la muleta apoyada encima de las baldosas. Bebe una Coca-Cola con una pajita como un niño, pero observa el mundo como un viejo sabio. ¿En qué estará pensando? Decido lanzarme y me acerco a mis compañeras. Parecen intimidadas y me sonríen incómodas. Se presentan:

—Dory.

—Nela.

—Yo me llamo Emmylou.

Intentan pronunciar mi nombre, es complicado, nos reímos. Empiezo yo la conversación:

—¿Cuánto tiempo lleváis en Hidden Grove?

Dory mira detrás de mí y se cierra en banda. Me vuelvo y veo las negras pupilas de David. Dory me da a entender que no domina el inglés. Se disculpa. Monica me llama y me salva sin saberlo. Aunque se muestre más distante conmigo que James, me atrae. Monica podría ser yo; yo dentro de unos años, triunfando en la vida, vistiendo ropa que me queda perfecta y combina bien, con joyas gruesas que han encontrado su lugar natural alrededor de mis muñecas y de mi cuello. Con su sonrisa de «hazme un favor» que conozco de sobra, me pregunta si puedo vigilar a Simon, que acaba de pegarle a su vecinita, una de las gemelas. Reúno tres coches y me siento en el suelo de la terraza para jugar con él. Oigo las conversaciones, hablan de andarse con cuidado, de robos, de documentos desaparecidos, de seguridad. Me vuelvo, es una pareja a la que no conozco todavía, se les ve nerviosos, están con James, que asiente: «*Indeed*, sí, tenemos que estar alerta». No debería haber escuchado esta conversación, pero es demasiado tarde y estoy preocupada.

De pronto, un grito. Simon se queda quieto. Han empezado a caer chuzos de punta. Son las dos y doce, y la barbacoa ha tocado a su fin.

Esta noche, los padres cenan en casa de unos vecinos. Antes de que se fueran, he acostado a Simon y Monica se ha ocupado de Lewis, cosa que yo aún no he tenido ocasión de hacer. «¡Milou, Milou!». Simon me ha llamado varias veces, no le gusta que sus padres salgan, necesita que lo tranquilicen y aprovecho la ocasión, es mi único contacto humano. Mientras le ponía el pijama, hemos jugado al escondite con la parte de arriba y luego lo he apretado fuerte contra mí para leerle su cuento. Le he acariciado los rollizos piececitos, se ha reído... Estaba alegre, relajado. Al cabo de unos minutos, se ha dormido. Lewis se ha quedado obedientemente en su habitación. ¿Cómo hace pipí por la noche? ¿Puede levantarse solo y llegar a su cuarto de baño? Nunca me pide ayuda. Los padres no me han explicado nada. Su discapacidad es un tabú. He mirado por el vano de su puerta: con la muleta encajada detrás del cabezal de la cama, estaba sumido en la lectura de un grueso libro de cuero negro, el rostro impasible pero los labios en movimiento, como si estuviera aprendiendo o recitando palabras. Es un niño raro, nunca le oigo quejarse ni protestar. Hace pocas preguntas y tampoco se ríe. Es como si no quisiera ser una carga.

No tengo fuerzas para estudiar ni leer. Tumbada en la cama, cierro los ojos y me dejo llevar. Mi mente viaja a Bretaña, al instituto, a la sonrisa sombría de Morgane, al mar encrespado, a mi habitación; no sé si estoy nostálgica, serena o triste. De pronto, me incorporo. He oído un ruido. Como un roce seguido de un chirrido. Preferiría que viniera del jardín, pero mi cerebro es tajante: el sonido proviene del pasillo. No me atrevo a moverme, la puerta está entreabierta. «¿Hay alguien ahí?», oigo que dice mi voz de cobardica. Debería levantarme, salir de mi habitación, pero estoy paralizada. ¡Mierda! ¿Tengo dieciocho años y me asusto por un ruido nocturno? Nuevo roce, nuevo chirrido. Luego, silencio. Tengo las piernas de trapo.

Dejo pasar aún muchos segundos más antes de reunir el valor para levantarme. Cojo un Stephen King de los gruesos, empujo poco a poco la puerta y me planto en lo alto de las escaleras. Distingo una lucecita verde que parpadea en los últimos escalones, en el rellano de la planta de los niños. Nunca la había visto. No despego los ojos de ella. Deja de parpadear y se pone roja. Es el indicador del salvaescaleras. No lo entiendo. ¿Se ha encendido solo? ¿Ha hecho un trayecto de ida y vuelta sin nadie? Intento que baje mi nivel de estrés. Seguro que es un fallo, pero a pesar de mis esfuerzos por tranquilizarme, no puedo dejar de imaginar a Lewis arrastrándose con la muleta y luego en el salvaescaleras para... ¿Para qué? ¿Para plantarse detrás de mi puerta, mirarme en silencio, espiarme? Lo veo de nuevo absorto en su novela, murmurando, tumbado en la cama, con su cuerpo enfermo bajo el edredón. ¿Quién es ese chico? Me adormezco con esta pregunta que eclipsa mi serenidad.

Me sobresalto. Alguien acaba de llamar a la puerta de mi habitación. Estoy absorta en la lectura de mi libro de ciencias políticas. Me levanto y abro. Es James. Tardo unos segundos en comprender la situación. Son las dos y media de la tarde, el padre nunca está en casa a esta hora. Y nunca ha llamado a mi puerta.

—*Sorry, Emmylou!* ¿Te molesto? He venido a recoger un dosier. ¿Cómo lo llevas? ¿El repaso para los exámenes está siendo muy duro?

«Qué guapo eres».

Es la respuesta que me viene con naturalidad, nada adaptada a la situación, como comprendo a tiempo. De paso, me pregunto si voy bien vestida. ¿Llevo mi mejor sudadera, la azul real con el ribete amarillo? Él, tan elegante con su traje negro, con el primer botón de la camisa desabrochado. La corbata ligeramente aflojada deja imaginar el gesto lascivo que la ha precedido.

—Sí, lo llevo bien, es intenso, pero ¡lo soportaré!

Buena respuesta. Me felicito, mi superyó está haciendo su trabajo. James añade:

—Estoy seguro de que aprobarás. Me recuerdas a mí cuando era estudiante, cuando hice el examen del colegio de abogados, *the bar*. Trabajaba diez horas al día. Solo salía a hacer un poco de *jogging* de cuando en cuando.

Se apoya en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos. Está sumido en sus recuerdos y tiene ganas de hablar. Aprovecho la ocasión:

—Los estudios de abogado deben de ser muy difíciles, pero ahora estará saboreando el placer de ejercer la profesión que le gusta, ¿no?

Asiente con humildad. Me percato de que mi inglés mejora y de que me atrevo a mantener conversaciones. Mi jefe tiene un don para

que la gente se sienta cómoda con él.

—Justamente estaba pensando que me gustaría estirar las piernas, tomar el aire, me ayudaría a estudiar mejor. ¿Cómo se puede salir a pie de la residencia? ¿Con un mando a distancia, tal vez?

James no pierde su semblante despreocupado y responde:

—Tú sigue mi consejo y céntrate en los estudios. La ciudad de Londres es demasiado deslumbrante y vertiginosa para sumergirse en ella. No te dejes engañar. Es una auténtica trampa. Tú tienes un objetivo y no debes desviarte de él. Es un trabajo casi monacal, lo sé, yo también he pasado por eso, pero créeme, es la única solución para salir de esto, *to get you out of this*.

«To get you out of this». No sé qué hay en esta expresión, en el tono de James, pero percibo un peligro, una amenaza. No he entendido «salir» en el sentido profesional, sino en el sentido de: «Si no sigues mi consejo, no saldrás viva».

Soy incapaz de pedirle a James que entre en detalles. Estoy petrificada, pero el guiño que me hace me tranquiliza. Da buenos consejos. Eso seguro.

He decidido permanecer en vela. Quiero saber si Lewis se levanta por la noche, si se acerca a mi habitación para observarme, para escucharme respirar. Esta idea y esta sensación tan desagradable me han perseguido durante todo el día. Son las diez, los padres están acostados, pero los oigo hablar en su dormitorio. De pronto, el ruido de un objeto al caer. ¿Será un cuerpo? Es pesado, ha sido un golpe sordo. Pego la oreja a la pared, me gustaría saber qué pasa. La voz de Monica perfora las capas de yeso y la lana de vidrio. Es aguda e irritante. Percibo el tono grave de James, intenta apaciguar a su mujer. No distingo lo que dicen, pero el volumen alto y el ritmo de sus palabras indican una pelea. No tengo ganas de oírlos. Espero a que sus voces se apaguen y miro fijamente a los animales del bosque del papel pintado. A veces intento separarlos unos de otros, pero los vibrantes colores se mezclan, verde pino, violeta oscuro, rojo carmín, naranja amargo. Prefiero mi habitación de cinco metros cuadrados a su planta baja inmensa, me siento menos sola. Aunque no puedo abrir la puerta del todo, porque choca con la cama dispuesta debajo de la ventana que da al jardín. A la izquierda, un pequeño escritorio de madera con una estantería a juego encima; a la derecha, un armario empotrado para guardar algunas prendas. Mi vida y mis necesidades son minúsculas, me ha quedado muy claro.

La calma reina de nuevo. Bajo por las escaleras con pasos cautelosos. No hay ninguna luz verde parpadeante, la roja está inmóvil. A través de la rendija de la habitación de Lewis, compruebo que duerme, me siento aliviada. No sé si subir a acostarme. Pero la casa vacía me llama. Atravieso las estancias desiertas. Puedo tomarme mi tiempo para observar los detalles, la decoración. Las lámparas piloto encendidas en cada estancia me sirven de guía, la luz es tenue, apenas veo, pero me basta. Sobre el sólido aparador de madera oscura del comedor, ese gran cuadro que me intriga en

cada comida. Un paisaje de campo otoñal, una granja a lo lejos, a la derecha, y a la izquierda fardos de paja. Desentona con el interior moderno de la casa, no es bonito, pero su banalidad apacigua. Como el rincón para la oración. Durante el día, nunca me he atrevido a acercarme y hojear el libro que hay allí. Cuando no va a su clase de gimnasia, Monica siempre está en casa. Esta noche tengo tiempo. En el mes que llevo aquí, nunca he visto a los padres sentarse ahí ni rezar. Son discretos en su fe. El libro me llama la atención, es muy grueso, de cuero negro. Mis dedos rozan la cubierta, pero mi palma los reclama de inmediato y los aparto. Parece piel. Una piel humana por la que discurren largas venas deformes, dibujadas por el tiempo. En el lomo leo: THE HOLY BIBLE, «La Santa Biblia». Mi abuela tiene una biblia, pero no se parece en nada a este libro espeluznante que parece venir de tiempos inmemoriales. La cubierta reza:

THE **LORD**
is my **STRENGTH**
And
SONG
And he has
Become my
SALVATION
Exodus 15:2

Con las palabras importantes en negrita y mayúsculas. Las letras parecen haber sido grabadas con la punta de las uñas, son espantosas, me repugnan, como si alguien las hubiera inscrito durante largas horas de cautiverio, como si la sangre hubiera goteado y se hubiera secado. La sangre del esfuerzo, de la penitencia. Lo traduzco con bastante facilidad: «Mi Dios es mi fuerza y mi canción, y Él es mi salvación». A mí, que no soy creyente, estas palabras no me evocan nada, como no sea lo importante que es para los seres humanos tener un hombro en el que apoyarse, una compañía, una referencia.

Abro el libro sagrado. La primera página, muy fina, reza: HOLY BIBLE, KING JAMES VERSION. No sabía que existían otras versiones. Más adelante, descubro un pasaje subrayado, intento descifrarlo.

> Corinthians 13:4-7
> Love is patient and kind; love does not envy or boast; it is not arrogant or rude. It does not insist on its own way; it is not easily angered; it keeps no record of wrongs. Love does not delight in evil but rejoices with the truth. It bears all things, believes all things, hopes all things, endures all things.

Traduzco como buenamente puedo: «El amor es paciente y lleno de bondad; el amor no envidia, no se jacta; no es arrogante. No hace nada deshonesto, no sospecha el mal. No se alegra de la injusticia, sino de la verdad. Todo lo perdona, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».

Hojeo rápidamente las páginas siguientes, otros pasajes subrayados, pero no tengo tiempo de leerlos, una puerta se abre en el piso de arriba. Dejo la biblia en su sitio. Me pone los pelos de punta. ¿En qué cree esta gente? ¿Cuáles son sus prácticas, sus oraciones? La puerta se cierra.

¿De verdad el amor puede perdonarlo todo?

Mientras planchaba la pila de camisas blancas del padre, he tenido la desagradable sensación de remar en medio de un lago sin orillas. Aquí tengo la impresión de conocerlo todo. Cada día, la misma rutina. Todo parece cortado por el mismo patrón: una casa, un aparcamiento delante y un jardín detrás. Una pareja y sus hijos perfectos, su au pair *—avistada a lo lejos— servicial y discreta. Un universo sin sorpresas. La gente va al trabajo, hace deporte, se cruza, se saluda, todos sonríen, se invitan a cenas pese a que rara vez disponen del tiempo para organizarlas. En resumen, una comunidad engrasada, fluida, perfecta. Ya no tengo ganas de cruzar el umbral de la urbanización, un pegajoso letargo me inmoviliza. Cansancio, hastío. Mis jefes llevan razón, lo tengo todo aquí: trabajo, techo y comida. Tampoco tengo dinero para gastar en la ciudad. Gano el equivalente a cincuenta francos a la semana, y mis padres no me han dado nada. A fin de mes, apenas puedo pagar un bono de metro. Y, cuando lo pienso, me digo que no tengo tiempo de salir. Trabajo, trabajo, trabajo. En el fondo, esta rutina protectora me conviene, es un marco que contiene mi ira y mis inquietudes.*

No tengo noticias de mis padres. Pero, bueno, tampoco es que en casa hablaran mucho, así que escribir cartas... Y el teléfono es demasiado caro. Mi familia de acogida me lo ha explicado: los costes de las llamadas a Francia son desorbitados. También me han pedido que no conteste al teléfono cuando suene, debido a la cantidad de personas que incordian a James. Por eso te escribo. ¿Escribirle a tu mejor amiga muerta no es el colmo de los colmos? Eres mi único vínculo con mi vida anterior. Por cierto, todavía no te he contado lo paranoicos que son los ricos. Esta mañana, Monica me ha aconsejado que le diera mi carné de identidad para guardarlo en la caja fuerte del despacho de James. Me ha parecido raro, un carné de identidad es algo personal. Ante mi cara de sorpresa, me ha

explicado: «Es por los robos». ¿Robos? He hecho como que me enteraba en ese momento, pero me he quedado bastante flipada. Con la altura de la tapia que rodea el recinto, la verja siempre cerrada, las puertas de las casas blindadas y siempre con dos vueltas de cerrojo... «No te creas», me ha dicho Monica, «los ladrones prefieren precisamente los lugares más protegidos, porque saben que encontrarán cosas que robar. La semana pasada forzaron la puerta de Eve y John, los vecinos que estaban en la barbacoa y viven al fondo de la urbanización. Los que tienen una au pair *que se llama Nela, ya la conociste, ¿no? Les robaron joyas y documentos». «Esto lo hago por ti», ha añadido Monica. «Pedir un nuevo carné de identidad es un trámite largo y caro. Imagina que quieres volver antes a casa por el motivo que sea. Si no tienes tus papeles, estás atrapada, porque aquí, en Inglaterra, es difícil salir del país sin tu* identity card*». Así que me he dicho que no necesitaba un marrón así. Mejor aprovechar su caja fuerte, bien protegida. Le he dado mi carné y he respirado aliviada.*

Aparentemente, ella también.

Me gusta ponerme delante de la *bow-window* de la habitación de Monica y James, tengo una vista ideal de Hidden Grove. Desde ahí arriba, veo las cuatro casas, bien separadas unas de otras por jardines y setos podados geométricamente. Ni una hoja, ni una sola brizna sobresale. Incluso el viento que intenta enmarañarlo todo se rompe los dientes y se va con la música a otra parte. Pienso en la casa adosada de mis padres, achatada, pegada a su gemela en desgracia, de tamaño pequeño, de vida pequeña, cercada por árboles enclenques que dan pena. Como si no bastara con no tener dinero, además hay que compartir las paredes y los ruidos que corren sin avisar por las venas del hormigón, sonidos que no identificas al instante pero que se te clavan en el oído y te ponen en alerta. Cuando el vecino —gran aficionado al vino, como decíamos pudorosamente en mi casa— tenía el mal beber del sábado por la noche, su vozarrón nos llegaba a chorros y la pared del salón rezumaba su verborrea de mentecato dando lecciones al mundo entero. Mis padres se sobresaltaban, pero sin atreverse a rechistar. ¿Qué hacemos?, parecían decir sus cuerpos. Y eso me repugnaba, me entraban ganas de golpear las paredes, de pegar la boca al papel pintado de mierda y gritar aplastando los labios y desgarrándome la garganta, gritar para pedir silencio. Lo recuerdo con terror, porque fue en ese momento cuando la aguja de la inquietud comenzó a clavarse bajo mi piel.

Aquí, en High Barnet, el aire es blanco, neutro. En la casa de la derecha, la más cercana a la nuestra, veo a Mitchel con una chica en el jardín. ¿Será una amiga o su *au pair*? No la vi en la barbacoa. No estaba allí. Este Mitchel es muy simpático. Muy relajado. Me gustó su forma de abordarme, no me trata como a una empleada. Aunque James y Monica son agradables, no son tan naturales como él. ¡Qué suerte tiene su niñera! Desde pequeña siempre me pareció que los

Michel eran gente simpática. De hecho, los amigos más simpáticos de mis padres se llaman Michel. Los Patrick tampoco están mal, pero los Michel, no hay color, son lo más. A menudo tienen el pelo rizado, la cabeza un poco redonda, bigote y una voz suave, apaciguadora. Buscaré la etimología de ese nombre cuando suba a mi cuarto. En su jardín perfectamente conservado, Mitchel acaba de tocar el brazo de la chica. Eso es muy propio de los Mitchel, saben cuidar de los demás.

Mitchel: derivado del nombre Mika'el, que significa «semejante a Dios» en hebreo. En los escritos bíblicos, san Michel es uno de los tres arcángeles enviados por Dios. Michel es el príncipe de todos los ángeles, lo que explica su popularidad en los países de tradición católica. A menudo se le representa como un caballero alado.

«El príncipe de todos los ángeles...». Sí, en esta urbanización de ricos, él tiene que desempeñar ese papel. Miro con envidia a la familia de al lado. Aún no conozco a su *au pair*, debe de ser muy discreta. Todo el mundo tiene la vida muy ocupada «al servicio de».

Mi familia es rara, percibo un desequilibrio entre los padres: él simpático y ella cada vez más distante, permanentemente estresada. Parece proteger en exceso a sus hijos. A mi madre, en cambio, le traíamos sin cuidado. Monica lleva a menudo a Lewis y Simon al médico, entra muchas veces en su habitación por la noche para comprobar que están bien, escucharlos, olerlos. Se inclina sobre las camas y los cuerpecitos. Más de una vez la he sorprendido comprobando si Simon o Lewis respiraban, con la palma de la mano abierta debajo de la nariz. Envidio que los mimen tanto. Para mí, estar en esta familia es una forma de disfrute, de robar un poco de atención, sobre todo cuando James hace que me sienta valorada al preguntarme por mis estudios, mi examen de periodismo, mi oficio soñado.

La cena ha sido muy rápida, los niños se han acostado pronto. Monica no tenía buena cara y ha subido a su habitación. Puede que me haya pasado de curiosa. Les he preguntado quién vive en la quinta casa, porque de momento solo he conocido a cuatro parejas. Monica me ha respondido: «Nadie, la casa está en venta». Fin de la conversación. He ayudado a James a recoger la mesa. Hemos metido los cubiertos en el lavavajillas, estorbándonos, lo que nos ha hecho reír, nuestros brazos se entrecruzaban: «Perdón, pero voy a poner el plato hondo aquí, ¡glups!, voy a dejar el tenedor ahí». Lo he encontrado seductor y, al instante, me he avergonzado de pensarlo. Es un adulto, es mi jefe, un hombre casado, un tipo rico. Yo solo soy una chica a su servicio.

Después de ordenarlo todo, James ha encendido el televisor del salón, nunca había visto una pantalla así de grande. Me he quedado en el umbral de la puerta para mirar. Al cabo de unos minutos, James se ha dado la vuelta. Parecía sorprendido de verme, me ha sonreído y me ha preguntado: «¿Quieres quedarte a ver la película? Esta noche ponen *Loco por Mary*, con Ben Stiller y Cameron Diaz, es muy divertida». Luego ha leído en voz alta el resumen de la película, del que no he entendido ni la mitad: «Ted, el pringado, decide recuperar a su amor de juventud, la espléndida Mary. Contrata a un detective privado, Pat Healy, para localizarla. Convencido de que está frente a un degenerado, Healy se marcha a Miami y encuentra a Mary. Ella es guapa, amable, cuida de niños con discapacidad y está soltera. Decidido a quedarse a Mary para él, le cuenta a Ted que la chica ha engordado, está paralítica y tiene cuatro hijos. Pero Tucker, un arquitecto, también está enamorado de Mary. Se alía con Healy para deshacerse de Ted, que finalmente decide presentarse en Miami». James levanta una ceja: «No está mal, ¿no?». Su aire cómico me hace reír. Me siento a mil leguas del temario de ciencias

políticas que empollo en estos momentos. Su ligereza me ha seducido. Cuando vine a este país, me juré ser otra persona, esa chica nueva, popular e inalcanzable con la que te cruzas en los pasillos del instituto, esa chica a la que todo le queda bien, la melena por encima del hombro despeinada, pero deslumbrante, el jersey de cuello en V un poco grandote, pero supersexi, los vaqueros rotos de color crudo que nunca consigo encontrar en las tiendas. La perfección sin esfuerzo. Mi ropa, por el contrario, siempre es rígida, combina mal, básica, de calidad mediocre. Por más que lo he intentado, nunca he conseguido hacerla más flexible, un poco más mullida.

Pero aquí puede que todo sea diferente.

Al principio de la película no estaba muy a gusto. Me he sentado en el borde del sofá, sin atreverme a apoyar la espalda. No es la primera vez que oigo la historia de un padre de familia que liga con la niñera. Pero no veo en James ese deseo retorcido, fuera de lugar. Por eso he conseguido relajarme, he pensado en qué habría hecho la chica más popular de mi instituto y me he pasado la mano por el pelo, he sentido el cabello suave deslizarse entre mis dedos, he recogido las piernas bajo los muslos, he disfrutado del momento y me he reído mucho.

Esta tarde no me he cruzado con James y, como Monica ha subido a acostarse temprano otra vez, aprovecho la tranquilidad para estudiar. Me estoy quedando dormida sobre mis apuntes, he atacado el capítulo sobre la Guerra Fría del temario de historia. De pronto, oigo unos ruidos leves detrás del tabique que me separa de la inmensa habitación de mis jefes. Estoy en alerta, a la escucha, no me atrevo a moverme, los apuntes apretados contra el pecho, son las once y cuarenta y tres de la noche. ¿Alguien está llorando? ¿Riendo? ¿Están haciendo el amor? ¿Se pelean? Toda mi atención está concentrada y orientada hacia la pared detrás de mi cabeza; mi cuerpo está rígido, me duele todo, tengo miedo de haber hecho algo mal, miedo de esos desconocidos en su privacidad. Puede que esa habitación sea una caja de secretos inconfesables, como muchos dormitorios. ¿Se intensificarán los ruidos, rezumarán hasta mí? Distingo la voz de Monica, está sollozando, no para, es desgarrador. No quiero oírlo, no es asunto mío. ¿Alguien la consolará, la hará callar? Estoy inquieta: ¿y si tiene que ver conmigo y la responsable soy yo? Porque me quedé viendo una película con su marido o porque él le ha hablado de nuestra complicidad. No entiendo mucho de parejas, de relaciones entre dos personas, mis padres nunca se peleaban, nunca mostraban emociones ni discordia, son una misma persona silenciosa, trabajadora. De repente, el silencio. El sueño se apodera de mí y vence la tensión de mi cuerpo.

El martes acaba de empezar. Es la hora del desayuno. James se ha ido, dejando sus migas puntiagudas en la mesa. Corto la fruta en rodajas. Semana sin fin. Solo que Monica no es la misma de siempre. Si no la conociera, resultaría imperceptible. Intento no mirarla de frente, le lanzo miradas de soslayo. El pelo no le cae como de costumbre, sus rizos de *brushing* no están perfectamente redondos, no sabría decir, algunos parecen aplastados, y sus ojos... No los abre del todo, los tiene como hinchados. Simon está muy alterado, no para quieto un instante, canta a pleno pulmón, Lewis le acaricia la mano para calmarlo. Tienen una relación muy bonita, es como si el hermano mayor transmitiera su sabiduría al más joven. A sus diez años, es muy maduro. La mirada de Monica no se cruza con la mía, sorbe su té en silencio. Me concentro en mi tarea diaria, que consiste en cortar manzanas, plátanos, naranjas, pomelos y fresas, soy toda una experta. Dispongo los trozos de fruta en cuencos blancos. Me enjuago las manos y me las seco con el paño azul marino con ribete blanco. Todo el mundo picotea de los boles, nadie me da las gracias.

Cuando Monica vuelve del gimnasio, estoy arrodillada en medio de la pila de ropa. Separo lo que puede ir directamente a la lavadora de la ropa que tiene manchas y debe lavarse aparte. Monica está por encima de mí, emperifollada, un pibón, fresca como una rosa. Tengo ganas de preguntarle por qué tira la ropa de su familia desde lo alto de la escalera, por qué no me deja recogerla delante de cada habitación, sería mucho menos humillante. Pero su aire inocente y alegre es como un jarro de agua fría. Ella no se da cuenta, le parece normal. Eso es lo que resulta paralizante. Ya no tiene la mala pinta de esta mañana. Es otra Monica.

Exhala un suspiro de alivio, se quita las zapatillas de deporte y las deja en la entrada. Entra en el salón, donde he desplegado la tabla

de planchar, y se sienta a la gran mesa sin pronunciar palabra. Saca una agenda de su precioso bolso. Un monstruo de cuero negro desbordante de notas. Se ajusta las gafas de carey y se sumerge en el libro de su vida. Desde mi sitio, no veo nada, me gustaría enterarme de sus citas, sus actividades, los lugares y la gente que frecuenta, sus obligaciones, sus aficiones, lo que subraya, lo que tacha. Me encantaría hojear esa agenda cuyo sobrepeso anuncia a gritos lo importante que es. Monica está mirando una fecha que podría ser hoy o mañana, imposible saberlo. Con la cabeza entre las manos, de súbito parece disgustada. Pasa unas páginas hacia atrás, compara, no está contenta. Entonces arranca una hoja, la arruga y la tira encima de la mesa. Resopla. Se levanta, va a la cocina a servirse un vaso de agua y vuelve. Da unos pasos hacia el ventanal del salón. No entiendo qué puede cansar tanto a un ama de casa. Yo he clasificado la ropa y voy a planchar camisas durante dos horas, no tengo tiempo para quejarme. Ella vuelve a la mesa y al objeto de su cólera. Cierra la agenda con un golpe seco, la introduce en su bolso Yves Saint Laurent y se vuelve hacia mí: «¡Es increíble todo lo que tengo que hacer en un día! ¡Y solo tiene veinticuatro horas!». No sé si busca mi aprobación, pero se marcha antes de darme tiempo a reaccionar.

La hoja excluida de la vida de Monica se ha quedado encima de la mesa, arrugada. En este momento me dedico a planchar sus vestidos, una tarea más delicada y menos aburrida que alisar una camisa de hombre, siempre cortada por el mismo patrón. La página arrancada me despierta interés. Siempre he sentido debilidad por los rechazados, los renegados. No le quito ojo a Monica, creo que ha ido a tumbarse a su habitación; es lo que habría hecho yo si estuviera al borde del colapso como ella. Me río sola. Dejo la plancha, me inclino y cojo el trozo de papel. Lo despliego con el mayor de los sigilos. Leo en una cuadrícula negra y crema: «Martes, 15 de octubre – 17 h M».

El 15 de octubre es hoy. Pero Monica ha decidido que el día ya ha terminado.

¿17 h M?

Son las diez y media.

17 h M.

Más enigmático y te mueres. Arrugo la página otra vez, la dejo más o menos en el mismo sitio donde estaba y vuelvo a mi tabla de planchar. ¿Mi tabla o mi cruz?

Los niños vuelven del colegio. Lewis necesita ayuda para subir a su habitación. Simon viene corriendo a darme un beso. Me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que hace durante el día, quiénes son sus amiguitos, las cuidadoras de su guardería. ¿A qué barrio de Londres va? ¿A qué juega? Son las tres y media y es mi momento de júbilo. Este hombrecito, su sonrisa, su piel. Los primeros días, Monica observaba atentamente el momento del reencuentro, nos miraba, incluso nos vigilaba, pero ya llevo casi dos meses aquí y se ha relajado. Parece que confía en mí. Cuando estoy con Simon, dejo mi ira en un cajón y descubro lo que es un niño. De mi hermana pequeña casi no me ocupé, cada una hacía rancho aparte. Y si entrábamos en contacto era sobre todo para darnos guantazos y birlarnos las pertenencias. De Simon, por el contrario, estoy pendiente. Me encanta pasarle la mano por el pelo, que vuelve a su sitio natural en cuestión de segundos. Simon se ríe, se retuerce. Me fijo en una marca marrón que tiene detrás de la oreja derecha, del tamaño de una moneda pequeña. ¿Un lunar, una marca de nacimiento? Nunca la había visto. Monica asoma la cabeza y me pide con su mejor sonrisa que le dé la merienda y lo bañe. Me ha preparado un té, me espera en la mesa de la cocina, «¡Ojo, está caliente!». Le doy las gracias. Da un paso hacia nosotros y luego se para, como conteniéndose de saltar sobre su hijo para estrecharlo entre sus brazos. Lewis hace los deberes en su cuarto. Monica se ha pintado los labios, parece contenta. Yo estoy pendiente de la hora. Tengo las cinco de la tarde en el punto de mira. 17 h M. La puerta de la casa se cierra de un portazo. Llevo a Simon al primer piso, a su habitación, para ver a su madre desde arriba. Monica parece dirigirse a la casa del vecino simpático, Mitchel. Lewis grita, me necesita, «Ráápido», se ha pinchado la mano con una grapa;

abandono a regañadientes la *bow-window*. 17 h M. ¿«M» de Mitchel? Pero ¿por qué no ha escrito Mitchel, simplemente?

La luz de la mañana me despierta.

Es extraño, he olvidado cerrar los postigos. Odio eso. Por lo general, solo consigo dormir si no hay ningún resquicio por donde pueda colarse la luz; de lo contrario, siento que me están robando la noche.

Hace buen tiempo. Tengo la impresión de haber dormido diez horas.

Sueño-coma. Vuelvo en mí.

He soñado con Morgane. Estaba ahí, me hablaba, y yo le decía: «Pero ¿estás viva?». Y ella me miraba como si no entendiera de qué le estaba hablando.

Sentí un calor en las entrañas, una dulzura que no había sentido desde su muerte, un alivio loco, demencial.

Morgane estaba viva.

Y entonces abrí los ojos.

Ha sido el sueño más triste de mi vida.

—¿Siempre has querido ser periodista?

James no suele estar presente durante la cena, pero cuando lo está, se entrega, se interesa por los demás, a menudo por mí. Monica siempre tiene cara de preocupada. Como si tuviera algo atascado en algún sitio. No me gusta hablar de mí, pero como he venido a aprender inglés, me lanzo:

—*Yes*, he querido ser periodista desde que tenía nueve años, para mí es una forma de vivir otras vidas que no son la mía.

Monica me mira con extrañeza, parece impaciente, juguetea con su grueso anillo de oro, una serpiente enroscada alrededor de su dedo índice, parece que está viva, sus escamas se superponen y atenazan lentamente a su presa. ¿Algún día tendré yo también una joya venenosa que concite la atención y la envidia de todo el mundo? No sé si Monica está agobiada por mi culpa o molesta con su marido, pero está a años luz de la belleza radiante, segura de sí misma y alegre que me recibió a finales del mes de agosto. Dejo de hablar, es posible que esté ocupando demasiado espacio. James pregunta a sus hijos cómo les ha ido el día. Me levanto para ayudar, recojo los platos de la cena. Monica me sigue a la cocina. Sin pronunciar palabra, abre el frigorífico, coge el postre y vuelve al salón. No he conseguido hablar con ella, llamar su atención. Después de cenar, escribiré a Virginie, ella pasó un año con esta familia, quizá pueda orientarme; es posible que mi comportamiento no sea el apropiado para una *au pair*. ¿Tiene Monica algún quebradero de cabeza que la roe por dentro? Pienso en Lewis. Día tras día, una inquietud se ha ido tejiendo a su alrededor, un capullo de gusanos de seda, hilos finos pero densos que lo ahogan, que lo borran. Cuando camina, se arrastra un poco más que antes y la muleta golpea el suelo con algo más de fuerza para paliar la nueva debilidad.

Salgo de la habitación de Simon; he conseguido apaciguarlo y se ha quedado plácidamente dormido. Monica se planta delante de mí, nerviosa. Me ordena que arrope a Lewis. Baja a toda prisa por las escaleras hasta la planta baja, la oigo hablar fuerte con James. Para que el niño no oiga a sus padres discutir, cierro la puerta y me siento cerca de la cama. Lo miro. Su piel es imperceptiblemente más transparente, observo el azul de sus venas. Es la mezcla perfecta de sus padres. Rasgo a rasgo, cada expresión me recuerda a James y a Monica. Es inquietante. Lewis me mira fijamente, como si se preguntara qué hago aquí. Me gustaría poder hablar con él, acercarme un poco, es tan distante...

—¿Estás cómodo, Lewis?

—Sí, gracias.

—¿Ha ido bien hoy en el centro?

—Sí.

—¿Cuál ha sido el mejor momento del día?

—Mmm, no lo sé.

—¿Te gusta alguna asignatura más que otra?

Duda. Ve mi interés y responde:

—Mi clase de *theology*.

No entiendo esa palabra.

Lo repite varias veces: «*theology*», y me explica que se trata del estudio de la religión. Es sorprendente que a su edad le apasionen estas cuestiones, pero quizá no lo sea tanto perteneciendo a una familia creyente. Mientras limpiaba su habitación, me he fijado en una gruesa biblia negra metida bajo una pila de novelas para niños en su mesilla de noche. La señalo con el dedo y le propongo que leamos un pasaje juntos. Su rostro se tensa.

—Prefiero leer solo.

Me desea buenas noches.

Hola, Emmylou:

Has hecho bien en escribirme. Es verdad, Monica tiene sus cambios de humor, a veces era así conmigo. Tú ni caso, ve a la tuya. Es lo que yo hacía. Menos mal que está James. Él es menos intenso. No debe de ser feliz, el pobre, con una mujer así. Confía en él. Cuando yo estaba en Hidden Grove, Lewis no llevaba muletas. A lo mejor no es tan grave, ¿no? ¿Cómo está Simon? Echo de menos a los niños. No tengo fotos recientes de ellos, ¿podrías robar una para mí? Por lo demás, todo bien con mi certificado de formación profesional, ¡qué ganas tengo de empezar a trabajar de verdad y ganarme el pan!

Besos,

Virginie

Doblo la carta.

Me alegro de que hayamos encontrado esta estratagema para escribirnos. Para no suscitar las sospechas de James, que es quien envía mi correo, escribo a la tía de Virginie, la hermana de su madre, que tiene otro apellido: Le Bihan. James me comentó guiñándome un ojo que yo le tenía mucho cariño a mi amiga, a esta tal Christine. Le respondí con otro guiño: «Es mi mejor amiga».

Voy rápido a limpiar el baño de los padres. Estoy reventada y no son más que las nueve y veinticinco, pero saboreo la suerte de trabajar para esta gente rica. Son un buen ejemplo para mí, proyectan una imagen a la que me apetece parecerme. Por supuesto, no son perfectos, pero ¿qué esperaba? Al descubrir sus defectos, descubro la complejidad de las parejas y la familia. Quiero conocerlos mejor para comprenderlos más y encajar mejor en su mundo, en la mecánica de su vida. Froto el espejo de encima de la pila y veo una cara sin defectos ni cualidades, un modelo básico de

chica. Todo es de tamaño razonable, la nariz, los ojos, la boca, nada sobresale y, por eso mismo, nada llama la atención. No puede ser, tengo que hacer algo con este físico transparente. Tengo que ser capaz de encontrar lo que necesito en el armario del baño. Dejo la bayeta de los cristales en el borde de la pila y abro las puertas muy despacio. Inspecciono los productos de belleza en busca de una mejor versión de mí misma. La estrella del armario es un perfume Chanel Nº 5. Acapara toda la atención. Es un frasco rectangular, transparente, realzado con una etiqueta blanca con letras negras. La elegancia francesa en un hogar inglés. Nunca he olido un perfume de lujo. Desenrosco el tapón y mil aromas me arrebatan: limón, muguete, las rosas del jardín de mi abuelo, incluso hay vainilla y otras fragancias para las que no tengo palabras. Detrás del perfume, un lápiz de labios en su estuche negro brillante, es magnífico y me transmite una promesa de belleza y amor. Lo cojo y le quito la tapa. Deslizo lentamente la barra por el tubo y lo que sale es una maravilla, rojo sangre, graso, lascivo. Lo aprieto contra mi labio inferior, presiono para aplicar el color. El maquillaje deja un trazo sexi, irrevocable. Repito el gesto en el labio superior, con la dificultad añadida de perfilarlo bien, sin salirme de la línea, pasando del dibujo infantil al dibujo de mujer. Mi cara desaparece, devorada por mi boca, solo veo esta hendidura escarlata, provocadora, que me da un aire especial. Su aire. Me gusta. Sonrío y ya soy otra persona. Sigo rebuscando. Detrás de un bote grande de crema hidratante, un frasco translúcido coronado por un aplicador.

¿Para qué sirve?

Ninguna etiqueta, ningún nombre ni lista de ingredientes. Agito con cuidado el frasco, me recuerda al tinte moreno de mi madre para sus dichosas canas, que le salieron cuando tenía veinte años. Y es que me hablaba tanto del tema que he desarrollado una verdadera fobia a llegar a la veintena. A ser vieja tan joven. ¿Monica se tiñe el pelo? ¿Es este acaso el secreto de su moreno insolente, de su elegancia? ¿O es James quien se tiñe? Para salir de dudas, me dispongo a verter un poco de producto en la pila, pero entonces oigo pasos en la escalera. Lo recojo todo. Me muerdo y me relamo los labios para hacer desaparecer el rojo hurtado. Monica entra en su

habitación, está magnífica, enfundada en uno de sus muchos *leggings* de gimnasio —hoy ha elegido el azul real—, con el pelo recogido hacia atrás y atado en alto con un coletero de terciopelo blanco. Sus brazos son finos y largos, como los brazos de Barbie. Su esbelta figura se detiene un instante cuando me ve frente al lavabo. Se acerca, me mira y, con una carcajada, se inclina hacia mí. Me pone la mano en la mejilla y, con el pulgar, borra lo que imagino que es un resto de maquillaje. Me he quedado petrificada, no me atrevo a moverme. Me siento humillada, como una chiquilla a la que han pillado sisando. Monica sale del cuarto de baño diciendo con un tono divertido:

—Emmylou, ¡haz como si no estuviera aquí!

La inquietud se infiltra en todo aquello que no me dicen. Quizá sea por pudor, para no agobiarme, por olvido o por desprecio, «¿para qué íbamos a decírselo?». A la duda le gustan estos intersticios, se cuela por ellos como un veneno lento, luego se seca y se queda ahí. Mi ignorancia es abismal, todo me resulta una incógnita: ¿por qué Lewis tiene las piernas lastimadas y cada vez le cuesta más caminar? ¿Monica tiene realmente una cita con Mitchel? ¿Adónde van los niños durante el día, quién se ocupa de ellos? No sé cómo salir de la urbanización. No conozco a la *au pair* de los vecinos, ni a esos invitados sombríos que vienen todas las semanas sin hacer el menor ruido. No sé nada de la religión, de las creencias de la familia... Una parte de mí piensa en los sucesos más sórdidos que he leído en la prensa sobre las sectas, sobre esa gente totalmente tarada que de la noche a la mañana se aleja de la sociedad para vivir su fe, una fe siempre de pirados. ¿Por qué Lewis se negó a que leyéramos juntos la Biblia? ¿Por qué estaba a disgusto? Además de partirme el lomo limpiando, planchando y ordenando, además del estrés y el cansancio de mis horas de repaso para los exámenes, estas inquietudes me corroen viva.

Monica nunca se aleja mucho de mí. No trabaja, pero necesita ayuda con la casa y los niños, para «aligerarla», como me dijo James. Pero ¿aligerarla de qué? Yo hago de todo, y ella, tan poco... La oigo trajinar en la cocina y decido salir de su dormitorio para intentar tener una conversación con ella. Me dirijo al rincón de oración para limpiarlo. Agito el plumero sobre el banco mientras acecho sus movimientos. ¿Mira en mi dirección? No. En esta casa silenciosa, donde la música nunca hace vibrar el aire, le doy un empujoncito a la silla. El ruido de las patas contra el suelo tal vez la haga reaccionar.

—¿Emmylou? ¿Todo bien? —pregunta asomando la cabeza.

—Sí, gracias, es una habitación inspiradora —le digo señalando el rincón de oración.

—*Thanks!*

Le muestro la biblia y exclamo:

—¡Mi abuela tiene una igual en su casa!

Ella arruga la frente, se echa hacia atrás un mechón, como hace siempre que está un poco disgustada y se dispone a poner los puntos sobre las íes.

—Mmm... ¿La misma biblia? ¡Me extrañaría!

Se da cuenta de que ha reaccionado con brusquedad porque, acto seguido, me guiña un ojo y dice:

—La nuestra es única, es inglesa.

—Perdón, ¡creía que solo había una!

Parezco sinceramente apenada e ingenua.

—Esta es la King James Version, la «Biblia del rey Jacobo», el libro de los protestantes. Es una traducción de 1604.

Articula muy bien para que no me pierda nada de su lección de historia religiosa. Monica tiene ganas de comunicar, así que aprovecho su generosidad:

—¿Por qué este rey tiene su propia traducción?

—En Inglaterra, en aquella época, existían varias versiones, cada una con sus partidarios, lo que provocaba divisiones religiosas. De ahí la idea del rey Jacobo I de hacer una sola y única versión en un inglés accesible a todos, para apaciguar las tensiones y unificar el país.

Habla con pasión. Pienso: «Para ser ama de casa, es culta». Se me escapan algunas palabras, pero no tiene importancia, me siento aliviada. No he ido a parar a una secta, sino entre protestantes practicantes y fervientes.

Paso por delante del despacho de James. Es de noche, todo el mundo está acostado, no se oye ni una mosca. Rozo la puerta de madera, creía que era dura e inviolable, pero es blanda. Aprieto un poco más, tengo la impresión de que mis dedos pueden atravesarla, eso me emociona, quiero saber qué hay detrás, poner la otra mano, apartar la materia y acercar el ojo para ver. De repente, la madera se cierra sobre mí, me duele, estoy aterrorizada, se me van a romper los huesos, retiro la mano derecha, que aprieto con la otra, no me atrevo a mirar, tengo la sensación de que está destrozada; finalmente noto que está entera, el dolor ha desaparecido, pero el miedo se ha congelado en mi cerebro. Quiero dar media vuelta y subir a mi habitación, pero mi cuerpo no me obedece, avanza en la oscuridad como un autómata, a través del inmenso ventanal veo el jardín al fondo del salón, las ramas de los árboles negros se doblan zarandeadas por el viento, fuera se ha desatado una tormenta. Mi corazón se para, grito. Una sombra imponente acaba de aparecer en el marco de la puerta, mi mente enloquecida distingue unos brazos anchos, unos hombros cuadrados, unas piernas separadas, bien plantadas. No puedo avanzar ni retroceder. Extiendo los brazos en busca de un interruptor, quiero luz, quiero ver, quiero dejar de tener miedo, no soporto este terror. Mi dedo índice encuentra la fina palanca de acero, la levanto, no ocurre nada, mi dedo se vuelve loco y, a fuerza de ir y venir, la luz termina por brotar. James está frente a mí. La sombra es él. Estoy aterrada y aliviada al mismo tiempo, no sé qué hacer, si reír o llorar... Él sabe. No sonríe. Me coge la mano, me atrae hacia él y me aprieta contra su pecho. Mi miedo se derrite contra su calor y se mezcla con mi asombro. Me agarra la cara. ¿Va a besarme? Da un paso atrás y me ordena silencio. La negrura se abate sobre mí, la electricidad ha dicho adiós muy buenas, y James también. Vuelvo a estar sola con mi pánico. Reúno fuerzas para

dirigirme a mi habitación, la veo como un refugio en lo alto de una torre, el trayecto se me hace eterno. Dos pisos arrastrando mi terror, veinte escalones que subir. Me aferro a la barandilla de roble. Llego al primer piso y mi cuerpo se niega a ir más lejos, empuja la puerta de la habitación de Simon; yo no le he pedido que lo haga. Se acerca al crío, que duerme boca arriba, y, al inclinarme, veo la mancha detrás de su oreja derecha, se ha agrandado, la acaricio con el dedo, no tiene relieve, solo es una marca, retrocedo, una aureola negra crece bajo su cabeza, ¡es sangre! Intento gritar, llamar a sus padres, pero no oigo nada. Toco la almohada, siento mi mano, la pruebo, el líquido no es espeso como la sangre, parece agua coloreada, pintura, tinte. Quiero despertar a Simon, pero ronca suavemente, con una leve sonrisa en los labios. Una mano se posa sobre mi hombro, estoy agotada, a punto de caer, en ese instante pienso en la clase de literatura de mi adorada profesora, estudiábamos con ella los grados del miedo, cómo se encarnaba en el vocabulario, dijo: «El miedo es un sentimiento leve, el espanto es un poco más fuerte y el terror es intenso». Lo escribí todo en mi hoja pensando que lo había entendido. No sabía nada. Siento un aliento en la nuca. Morgane está detrás de mí, apoya la barbilla en el hueco de mi cuello y me susurra al oído: «Es hora de irse».

Una arcada me saca del sueño. Tengo la sensación de salir de un coma convulso. Miro mi pequeño despertador de plástico, son las tres y doce de la madrugada. Inmóvil, los brazos a ambos lados del cuerpo, intento recuperar la calma, despegar del todo los párpados. No quiero dormir más. Detrás de ellos, el espanto. Enciendo la lamparita de noche y me aferro a lo que conozco: el papel pintado. Mis ojos se pasean por los coloridos motivos de animales entrelazados, se esfuerzan por reseguirlos, por perfilarlos, por recortar sus contornos. Mi vida no es en absoluto un cuento de hadas, pero no suelo tener pesadillas. Sin embargo, el espeluznante veneno de ese mal sueño sigue circulando bajo mi piel. Me duele la cabeza. Me levanto, muevo brazos y piernas, quiero deshacerme de este parásito, solo tengo unos cuantos metros cuadrados para hacerlo, pero en este instante prefiero estar aquí antes que en cualquier otro lugar de la casa. Mi cama está debajo de la ventana, quizá no sea lo ideal, el silbido del viento llega a mis oídos, debe de ser eso lo que perturba mi sueño. La falta de aislamiento. Intento tirar de la cama para alejarla. Solo la desplazo veinte centímetros. Miro el espacio que he creado. Sigo moviendo brazos y piernas, tengo que hacer que el aire circule aquí dentro.

Me doy cuenta de que el papel se ha despegado un poco a la altura del rodapié. Me sorprende que en esta casa perfecta haya un acabado mal hecho. Me tumbo en la cama para ver mejor, tiro despacio del papel pintado, una franja entera del decorado se desprende, dejando al descubierto el yeso blanco, en bruto. Unos trazos que parecen hechos con lápiz llaman mi atención. Me acerco, hay algo escrito con letra de médico. No consigo leerlo, está demasiado oscuro, imposible acercar la lámpara de noche hasta esa esquina. Lo toco con la punta de los dedos, el lápiz debió de

incrustarse ligeramente en la pared. Me acuesto de nuevo, estoy agotada, mañana lo veré.

«Emmylou, hi! Emmylou, hello!». Una voz detrás de la puerta. Es Monica. No he oído el despertador, me levanto, me pongo los vaqueros y la sudadera de todos los días. Empujo la cama contra la pared para volver a dejarla en su sitio. «¡Ya voy! *Morning and so sorry...*». Bajo las escaleras, el cansancio me cae encima, me lastra los pies, cada paso es un esfuerzo. Tengo los brazos rígidos. Llevo aquí setenta y cuatro días, he bajado y subido por estos escalones una media de veintitrés veces al día, he pasado unas trescientas cincuenta veces por delante del bucólico cuadro del comedor. *«Morning!»*. Monica está cortando la fruta de manera ostentosa, capto el mensaje. Cuando veo a James, mi corazón empieza a latir descontroladamente. El sueño de la noche anterior vuelve como un fogonazo, su silueta, el calor de su cuerpo... Me siento muy incómoda. Está elegante a más no poder con un traje negro y una camisa blanca de Dior; lo sé, la he planchado ya quince veces, conozco cada palmo de su tela, cada pliegue, cada botón, el cuello no tiene ningún misterio para mí, tengo la impresión de ser el algodón que ciñe su cuello, de sentir su piel espesa y fresca de la mañana. Este pensamiento no me gusta un pelo, me entran ganas de vomitar. Quiero lavarme todo el cuerpo, con mucha fuerza. En el tiempo que Simon ha tardado en pasarme un trozo de pan, James ha desaparecido. Me he levantado tarde, Monica me indica que vaya a vestir a Simon, ella ya está desbordada, no habla, hace gestos apresurados. Me llevo al crío. Frente al espejo de su habitación, se mira de arriba abajo. Qué hombrecito tan entrañable. Me pongo detrás de él, me arrodillo para estar a su altura, mi pelo le enmarca la cara. Atrapa un mechón rubio, lo acaricia, se lo pega a la mejilla. No sonríe, está en otra parte. Le doy un beso en la sien. Monica aparece de súbito en la habitación: «*Hurry up!* ¡Date prisa!». Se

abalanza sobre su hijo y lo abraza con fuerza, como si no lo hubiera visto desde hace tres semanas.

Los observo mientras se suben al todoterreno. Hace un tiempo característico de Bretaña: lluvia, nubes y la promesa del sol oculto detrás. Monica coloca a Simon en su sillita, le da un beso y comprueba varias veces que tiene bien abrochado el cinturón, se pone en el asiento del conductor, vuelve a comprobar el cinturón, cierra la puerta y se acomoda de una vez por todas. Pienso que tiene rasgos obsesivo-compulsivos, me inquieta. Cuando arranca, un Jaguar beige se dirige hacia la verja del recinto, se para a nuestra altura, la ventanilla del conductor se abre y reconozco a David, el padre de las gemelas, el espárrago esnob. Ambos intercambian unas palabras que no distingo, pero leo en los labios del hombre: *«See you tomorrow night»*. Mañana es jueves, la noche en que los vecinos vienen a cenar a casa. Cuando la verja se cierra tras los coches de lujo, subo a mi habitación. Quiero ver qué hay escrito detrás de mi cama. Tengo el corazón desbocado. Abro los postigos de la ventana para que entre el máximo de luz y tiro del somier con todas mis fuerzas. Deslizo la mitad de mi cuerpo entre él y la pared, me tumbo y, escritas en pequeñas letras negras inclinadas hacia delante como si huyeran, descubro estas palabras:

«I know why I'm here», «Sé por qué estoy aquí».

Lo releo varias veces, paso el dedo por las letras para comprobar que no estoy soñando.

«I know why I'm here».

Estoy atónita. ¿Quién ha podido escribir eso? ¿Los antiguos propietarios, Virginie, otras ocupantes de la habitación? Ahora me doy cuenta de que no sé quién sucedió a Virginie, quién cuidó de Simon al nacer. Ni de Lewis en sus primeros años. No me lo he preguntado y nadie me ha contado nada al respecto. En esta casa no se habla de las otras *au pairs*. ¿Discreción, pudor, miedo a herir, voluntad de no comparar, empezar de cero, no apenar a los niños?

No tengo tiempo para largas cavilaciones, tengo que reanudar rápidamente las tareas domésticas y luego ponerme a estudiar, llevo retraso con el temario para el examen de admisión, que es en junio. ¿Y si no estoy preparada?, me pregunto con angustia. La matrícula para el examen no ha sido gratuita, mis padres no se sacrificarán dos años seguidos; para empezar, no tienen demasiada fe en mí. Pero no pienso tirar la toalla. Es la oportunidad de mi vida, mi punto de mira. Saco un tubo de pegamento de mi estuche y fijo el papel que se ha soltado; no quiero que nadie me pueda acusar de estropear mi habitación. Vuelvo a dejar la cama en su sitio.

Estoy sentada a la mesa, en medio de los niños, enfrente de sus padres. Tengo la sensación de ser una adolescente, de estar aquí sin estarlo. Taciturna. Observo, ya que no puedo hablar. Cuanto más tiempo pasa, menos a gusto estoy en esta casa; el suelo firme que pisé el día de mi llegada se vuelve cada vez más blando, imprevisible, accidentado. Pensaba que podría integrarme y conocer a la familia, adoptar sus códigos, pero cada día me sumerge un poco más en una niebla y una inseguridad nueva. La mancha detrás de la oreja de Simon, el comportamiento desconcertante de Monica, sus citas secretas, la imposibilidad de salir cuando quiero, el ojo que me acecha, la frase flipante en el papel pintado, las paredes que lloran, las oraciones de Lewis que me están prohibidas. En esta casa, cada vez es todo más oscuro.

Así que esta noche escudriño a los padres para entender lo que pasa. Tal vez sea yo, que estoy devorada por el cansancio, que no estoy a la altura de este entorno que no es el mío y que, a todas luces, es más complejo de lo que imaginaba. Monica. James. Tienen un carácter diferente y, sin embargo, se parecen, sin duda por los efectos de una larga vida en pareja, un cierto mimetismo. Los dos son morenos y altos. Sí, son personas altas. Lo digo porque mis padres, por ejemplo, son bajitos y achaparrados. Parecen dos cómodas. Pero James y Monica tienen algo más en común. Una nariz fina, pómulos prominentes, brazos y dedos interminables. Un porte. Podrían ser hermanos.

El baño es el momento dulce del día. Son las cinco y media, y Simon está sentado en la alfombra antideslizante, entretenido con sus juguetes de plástico. Un baño cada dos días, ha pedido la madre, tampoco vamos a rasparle la piel al niño. Y nada de champú, de eso se encarga ella los fines de semana. Me ha explicado que a Simon no le gusta que le toquen la cabeza, eso es solo cosa suya. Paso la esponja redonda por su pequeño cuerpo rechoncho, la deslizo delicadamente por el cuello, subo por detrás de las orejas, le hago cosquillas en las mejillas y repito lo mismo en sentido contrario... No veo la mancha detrás de la oreja. ¿Dónde se ha metido? Miro a izquierda y derecha. Ha desaparecido. No salgo de mi asombro. Pero entonces, si no era una mancha de nacimiento, ¿qué pudo haberle marcado la piel? Se lo comentaré a Monica. Simon hace molinillos con los brazos, lo salpica todo de agua. Se ríe con una risa que sale de las entrañas, que no encuentra ningún obstáculo, ningún decoro, que no conlleva ironía alguna, un chorro puro. Miro a Simon retozando y me digo que, gracias a él, soy a la vez una adulta responsable y una niña alegre; en estos momentos, valoro la suerte que tengo de ser *au pair*.

He pasado toda la noche dándole vueltas a la mancha que aparece y desaparece en la piel de Simon, y, al despertarme, he tenido una idea. Descabellada. Espero a que el coche de Monica desaparezca tras el recinto y corro con mi cubo de productos de limpieza al dormitorio de los padres. La cama está completamente despanzurrada, el edredón, mitad en la cama, mitad en el suelo, sugiriendo algo indecente. Hay prendas y ropa interior tirada por el suelo, recuerdos de una noche no del todo tranquila. Nunca he entrado en la habitación de mis padres por la mañana, nunca me habrían dejado vislumbrar su intimidad, son demasiado pudorosos. No soy una mojigata, pero no me siento a gusto. Esto dice mucho de lo que soy para Monica y para James. Una asistenta, invisible, una chica que limpia y ordena en la sombra de su humanidad. Voy al cuarto de baño y abro el armario, cojo el frasco de tinte y me echo una gotita en la mano, la extiendo y la dejo secar. Vuelvo a colocar cuidadosamente el frasco detrás del bote grande de crema hidratante. Paso del cuarto de baño al dormitorio, pienso que se me va la pinza. ¿Qué quiero demostrar? ¿Qué voy a hacer con este descubrimiento? ¿Qué significa? ¿Es trivial o escalofriante? Me hago la pregunta, pero conozco la respuesta: es escalofriante. Enciendo la radio en la repisa de la ventana, reconozco el éxito de Shania Twain: *Man! I Feel Like a Woman!* Subo el volumen. Oh, oh, oh, sí, quiero ser libre, sentir lo que sienten los hombres, sentirme mujer, ¡la, la, la, la! *Hey!* La canción me electriza y me entran ganas de mandarlo todo a paseo. Bailo como una loca hasta el final del tema. Me miro la mano. La mancha marrón es idéntica a la que había detrás de la oreja derecha de Simon.

Al despertar, la mancha sigue ahí, a pesar de que me he lavado las manos. ¿Qué hacía ese resto de tinte detrás de la oreja de Simon? Con dos años, aún no es capaz de trepar a los taburetes para alcanzar los armarios, a menos que le haya pedido a su madre que le tiña el pelo. Me río bajo el edredón.

Y luego dejo de reír.

Me levanto, hago la cama y me visto. Bajo mi ventana, el jardín se ve asilvestrado, las lluvias regulares lo han nutrido, pero el otoño lo ha empobrecido. El verde oscuro bordea el rojo, el naranja, el marrón de las hojas aún vigorosas, pero algunas ramas desnudas están esqueléticas y sus retorcidos dedos son amenazantes. Otro día que me quita las ganas de salir de la casa. Echo de menos Bretaña, que ya es decir.

En la cocina, la pequeña familia, la fruta en rodajas, las tostadas, los cereales, la compota y la leche para los niños. Las migas de James, la taza de té con la marca de los labios rojos de Monica. Se va con los niños, vuelve con las manos vacías después del gimnasio. Quiero provocar la conversación antes de que se ahogue en su jornada de ama de casa superocupada y de que yo empiece mi jornada gris. Recojo el lavavajillas. Monica entra en la cocina para prepararse su segundo té, el que la acompañará durante la lectura de su agenda. Me ofrece una taza, es el único miramiento que tiene conmigo desde que llegué.

Deja en la mesa la caja verde que, a estas alturas, tengo grabada en la retina. La inscripción de *FORTNUM & MASON* brilla en letras doradas. Es el nombre de una de las casas de té más grandes de Londres. Monica solo bebe Royal Blend, un té creado para el rey Eduardo VII en 1902, ideal para la mañana por sus suaves notas de miel. Tengo la impresión de que, cuando me lo cuenta, recita el argumentario del vendedor; se nota que disfruta tanto de la

explicación como del té. Concluyo que a los ricos les gusta tanto el continente como el contenido.

Le digo:

—¡Simon y Lewis estaban alegres esta mañana!

—Sí, les encanta ir al colegio, ¡ponemos música en el coche y cantamos!

Monica siempre está radiante cuando habla de sus hijos, así que aprovecho su buen humor.

—Sus niños son adorables, en mi casa somos una familia de chicas, ¡es diferente!

Sonríe, pero está claro que le resbala. Saco los platos grandes del lavavajillas y los guardo en el armario blanco.

—Monica, Simon tenía una mancha oscura muy rara detrás de la oreja derecha, del tamaño de una moneda. Se la he visto varios días seguidos y luego ha desaparecido.

La miro de soslayo para ver su reacción, pero no detecto nada.

—¿Una mancha? —pregunta—. No me había dado cuenta. Gracias por decírmelo.

Tiene otras cosas que hacer. Me siento boba por haberla molestado con algo así. Se dirige al salón con su taza. Oigo que deja caer la agenda encima de la mesa. El *ploc* cuando la abre, el *frufrú* de las páginas mientras las pasa una a una, el *clac* del tapón de la pluma estilográfica. Estos sonidos cotidianos ya no tienen nada de reconfortante. Todos estos ruidos se acumulan y me oprimen.

Subo las escaleras para ir a mi habitación. Voy a trabajar, tengo que trabajar. Ahí arriba, el éxito, la escapatoria, mi libertad. Pero, al llegar a la planta de los niños, algo me impide continuar. Siento ardor en el estómago, placer y pánico, gula y asco. No puedo pasar de largo. Entro en el dormitorio de Lewis, que he limpiado y ordenado esta mañana. Cierro la puerta con sigilo. Y me pongo a buscar. Quiero saberlo todo. Saberlo todo de este niño que parece desaparecer un poco más cada día. Habla poco, y cada vez menos. Tengo la impresión de que podría atravesar su piel macilenta sin que se diera cuenta. ¿A qué centro va? ¿Qué parte de sus estudios se dedica a la teología? ¿Cuáles son las otras asignaturas? ¿Qué lee? Empiezo por la pila de libros. Están tan a la vista en su mesilla de noche que nunca los he mirado en detalle, a excepción de la Biblia, que sobresale por su grosor y por su cubierta de piel negra. Miro las novelas dispuestas encima: *Truckers (Camioneros)*, de Terry Pratchett; *The Witches (Las brujas)*, de Roald Dahl; *Five on a Treasure Island (Los Cinco y el tesoro de la isla)*, de Enid Blyton... lecturas infantiles. La biblia se parece a la del salón. La misma cubierta espantosa y viva. En la primera página, la inscripción que ya conozco: HOLY BIBLE, KING JAMES VERSION. Hojeo el libro sagrado y descubro que tiene los mismos pasajes subrayados a mano.

> Corinthians 13:4-7
> Love does not delight in evil but rejoices with the truth. It bears all things, believes all things, hopes all things, endures all things.

«El amor no se alegra de la injusticia, sino de la verdad. Todo lo perdona, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».

Esta frase siempre me incomoda. No, el amor no lo soporta todo. No se puede hacer cualquier cosa ni cometer cualquier acto por

amor. ¡Me gustaría tanto hablar con ellos de esto! Pero no me atrevo.

Al hojear el libro sagrado, encuentro una postal. Por delante, una foto de unas manos juntas orando; por detrás, el siguiente texto escrito a mano:

Daily prayer:

I am a passing being, it is my nature, my humility.

I kneel before you, eternal God, in acceptance of my condition. I am a transitional being, I am here and soon I will no longer be. I agree to step aside without complaining.

I accept my mission.

«Oración diaria:

»Soy un ser pasajero, es mi naturaleza, mi humildad.

»Me arrodillo ante ti, Dios eterno, en señal de aceptación de mi condición. Soy un ser transitorio, estoy aquí y pronto ya no estaré. Acepto hacerme a un lado sin quejarme.

»Acepto mi misión».

No recuerdo haber visto esta oración en el libro de los padres. ¿«Soy un ser transitorio»? Menudo mensaje. ¿Lewis recita esto todos los días? ¿En serio? ¿Cada día de su joven vida debe leer que no es otra cosa que un ser transitorio? Es escalofriante. Antes de cerrar y dejar la biblia en su sitio, me demoro en la última página. En la parte inferior derecha, en el interior de la cubierta, tres palabras trazadas finamente en tinta negra, seguidas de un pequeño dibujo: «Reginald + Eileen White». Nunca he oído hablar de ellos, pero estos nombres de pila parecen antiguos. ¿Esta biblia es un regalo de los abuelos paternos de Lewis? Después del apellido, un árbol minúsculo dibujado a pluma, con el tronco grueso y ramas horizontales que forman pisos hacia el cielo. ¿Qué significa este símbolo?

Un ruido. Una voz que resuena. ¿Cuánto tiempo he estado sumida en la lectura? Me acerco a la puerta, la abro para oír qué hace mi jefa, está al teléfono. No he terminado de explorar la vida de Lewis, el calor que me devoraba el estómago ha subido hasta el plexo y ahora me duele. Cierro con cuidado y me dirijo al escritorio del mayor de los White. Está equipado con una decena de cajones que se abren con grandes tiradores plateados. Descubro los dibujos de un niño solitario, apasionado por la campiña o por lo que conoce de ella: campos, casas aisladas, cielos crepusculares, siniestros. Son ingenuos, repetitivos y ligeramente tristes. En otro compartimento, material de dibujo: lápices blandos, duros, rotuladores, tubos de *gouache*. Más abajo, varias decenas de hojas Canson. Todo está extremadamente bien ordenado, sin duda demasiado para un niño de diez años. Varios cajones están vacíos, y, en el último, encuentro unos documentos impresos sujetos con un clip de acero. Algunos llevan un membrete del que debe de ser su centro de estudios: «Cedar Protestant Education Center, 42 Dover St, London W1S 4NY, United Kingdom».

¿Cedar? Buscaré más tarde lo que significa esta palabra en mi diccionario. Pensaba que Lewis estaba en un centro adaptado a su discapacidad, no en un centro religioso. El resto de la documentación me sorprende y me fascina. Después de varias páginas consagradas a numerosas normas de buena conducta en el seno del establecimiento, descubro el horario de Lewis y las asignaturas que estudia:

Cristianismo medieval y moderno
Estudio de los textos fundacionales y de la Biblia hermenéutica
Teología sistemática, filosófica, dogmática y ética
Teología práctica: sociología de las religiones, musicología y pastoral
Lenguas antiguas: hebreo y griego
Historia

Estoy aterrada. Ahora entiendo mejor la modestia y la discreción de Lewis. ¿Cómo vas a ser feliz si ya de pequeño tienes que estudiar asignaturas tan difíciles y con tan pocas perspectivas de futuro? ¿Qué ve él del mundo? ¿Qué sabe de la curiosidad de los niños de su edad? ¿Sobre qué puede proyectar sus sueños, dibujar su futuro? Estas clases polvorientas y austeras le hacen recular en la línea del tiempo, quizá por eso cada día se aleja más de nosotros...

Esto es lo que descubres cuando vives solo, solo entre los demás: cada día es una nueva oportunidad, cada mal día es barrido por la noche, esa pausa obligatoria en tu calendario, aunque no la quieras, aunque no tengas tiempo, la noche está ahí. Y, aunque el día haya sido abrumador, aburrido, desastroso, aunque tu vida parezca acabada, irremediablemente acabada, gracias a la noche tu vida se salva; o, al menos, la imagen que tienes de ella. No sé qué pasa en mi cerebro mientras duermo, tengo la impresión de que un hada madrina se afana por adormecer el moho, la mierda, la putrefacción, y que al despertar todo parece más dulce, más razonable. Tú te acuerdas de que la cosa se torció, dio un vuelco, te acuerdas de lo extraño, de lo que te alertó, lo recuerdas, pero aceptas el velo que Campanilla ha posado encima, porque de otro modo no te levantarías esta mañana o te tirarías por la ventana, que está abierta de par en par sobre tu cama.

«Good morning! Mooorning!».

Las voces son claras, alegres. ¡Buenos días! La casa resuena con estas palabras que pueden cambiar el ánimo. Son una promesa. El día será bueno. Me visto y bajo para sumarme a la bonita familia inglesa que me acoge. Sonrío con ganas, hago honor a mi noche, al buen día, soy nueva y estoy lista para afrontar los meses que me quedan. Tengo un objetivo: convertirme en periodista, ser independiente, ser libre, evolucionar en un entorno culto, abierto, hacerme rica yo también, quién sabe. El desayuno va sobre ruedas, desempeño mi papel a la perfección, veo que están satisfechos conmigo, ya tengo en mente mi programa: limpiar la casa rápidamente y después salir y provocar un encuentro con alguna de las otras *au pairs*. Cualquiera de ellas, necesito socializar, encontrar a alguien que se parezca a mí, alguien en quien confiar, que me

entienda, tan solo alguien que esté presente de vez en cuando si lo necesito.

Monica se ha ido a llevar a los niños y su clase de gimnasia no se ha cancelado, puesto que estoy sola en casa. Después de ordenar, doblar, limpiar y respirar el olor agresivo de los productos de limpieza, prueba fehaciente de que todo está limpio, salgo a dar un paseo por la urbanización. Aunque parece que todo el mundo está ocupado, terminaré por encontrar a alguien, estoy dispuesta a esperar, a hacer varias idas y venidas.

Paso por delante de la vivienda de mi vecino favorito: Mitchel. Su casa siempre está tranquila, lo sé porque es la más cercana a la nuestra. Observo poco movimiento, casi nunca oigo la puerta de la entrada, ni tampoco el motor del coche varias veces al día. Sé por James y Monica que trabaja muchísimo. Es arquitecto y tiene su estudio en el centro de Londres. Él y su mujer me fascinan por completo, además de ser accesibles y amables, son brillantes y artistas. Holly pinta, se desplaza con frecuencia a la ciudad para ir a clase. Es de locos, pero todavía no he visto a su *au pair* ni a su hijo; huelga decir que en este complejo residencial las niñeras son chicas de interior. Se ocupan de la casa y de los críos entre cuatro paredes, mientras que los padres se reservan las actividades y las salidas al exterior. Después de dejar atrás la villa de Mitchel, llego a la casa de la familia de Nela, cuyos jefes son John y Eve. Me parece reconocerla de espaldas, por la larga cabellera morena hasta la cintura y la figura extremadamente delgada. La llamo:

—¡Nela!

Ella se vuelve, pero no termino de reconocerla. La mujer que me mira es de más edad.

—¿Disculpa?

—Oh, disculpe, creí que era usted...

—¿Nela? No, soy Eve, su anfitriona.

No doy crédito.

—¿Conoces bien a Nela? —me pregunta.

—No, solo la he visto una vez, en la barbacoa de James y Monica.

Mi respuesta parece satisfacerla, incluso aliviarla. No me invita a entrar ni a volver más tarde para ver a «mi colega». Se despide y

entra en casa. Me ha dejado de piedra. No quiere perder su tiempo ni el de su empleada. Una *au pair* resulta tan cara... Un puñado de libras, calderilla a cambio de una servidumbre de veinticuatro horas al día. Estoy asqueada, con ganas de volver a llamarla y meterle un sopapo. Los pobres me sacaban de quicio en Bretaña, pero los ricos tampoco es que sean mi rollo, aunque sigo siendo el animal dócil en el que me he convertido aquí. Desando mis pasos y regreso a la caseta.

En mi mesa. El libro de historia económica de Europa del siglo XX es un muermo. Busco en mi diccionario bilingüe algunas palabras y expresiones que he anotado en la habitación de Lewis para saber más sobre su programa. *«Founding texts?».* Los textos fundacionales de la civilización occidental: la Biblia; la *Odisea*, de Homero; la *Eneida*, de Virgilio, y las *Metamorfosis*, de Ovidio. *«The Hermeneutic Bible?».* La ciencia de la interpretación de los textos, entre ellos la Biblia. Vaya tela. Me doy cuenta de lo comprimido que es el horario de este niño de diez años. Y luego está el enigmático nombre de su colegio: «Cedar Protestant Education Center». *Cedar* significa «cedro». El cedro del Líbano es una madera legendaria y sagrada, también llamada «cedro de Dios». Se menciona setenta y siete veces en la Biblia, en particular en boca de Salomón cuando se habla de la construcción de la estructura del templo de Jerusalén. Es un símbolo de pureza y poderío. Junto a la definición, una foto: el árbol tiene la misma silueta gruesa y asombrosamente aérea que el dibujo en tinta negra después de los nombres de Reginald y Eileen White. De modo que Lewis es un alumno aplicado del Centro Protestante de Educación del Cedro, una escuela londinense que imparte exclusivamente conocimientos protestantes y que reivindica una idea de poderío y pureza.

Una aguja se me ha clavado en la piel, una pequeña aguja muy fina, minúscula, no duele mucho, pero la noto, y me recuerda a cada instante que no es todo miel sobre hojuelas. Me impide estar completamente serena.

El aguijón nunca me pica en la misma zona, depende del día: a veces lo noto en la parte inferior del cuello o entre los omoplatos; otro día se desliza a la palma de la mano; otras veces tengo la impresión de que está en el pie y me imprime una ligera cojera. Un día me senté, miré de cerca para localizarla y apreté la piel alrededor de la zona donde creía que se había hundido, para intentar verla, para hacerla salir. Nada. Otro día, en el cuarto de baño de Monica, tomé prestada la pinza que utiliza para dibujar arcos perfectos sobre sus párpados, pero ni siquiera presionando su herramienta dorada sobre mi piel, restregando, hurgando, encontré nada.

Sin embargo, la aguja está ahí.

Siento una inquietud permanente, un temor a poder descubrir algo incómodo, incomprensible, espeluznante; es como si mi vida cotidiana hubiera empezado a renquear un poco. Pero es imposible quejarse, ¿qué podría decir? Me duele aquí; no, espera, más bien aquí. ¿Qué imagen daría? La de una hipocondríaca, una mentirosa, una plasta. Quiero que me quieran y que me respeten, pero sobre todo no quiero que me compadezcan.

Por eso me callo y, cada día, me pregunto: «¿Dónde se clavará esta vez?».

Aquí.
Ahora.

Esta noche, en una muestra de confianza, Monica me deja acostar a Lewis. Incluso me permite ayudarlo a desvestirse. Es un auténtico acontecimiento para mí. Todo es tan rutinario que el cambio más nimio se convierte en una fiesta. Le pregunto a Lewis cómo quiere que procedamos para quitarle los pantalones. Me dice: «Tira del pantalón con cuidado, pero antes cierra los ojos». Es pudoroso. Lo entiendo. «Y sobre todo mantén los ojos cerrados, *closed eyes*». Pero cuando le bajo los pantalones, se quedan atascados. Los fuerzo un poco, no quiero hacerle daño. Y, por reflejo, abro los ojos y lo primero que veo son sus piernas, dos palos flacos y deformes. La aguja me perfora la parte baja de la espalda. Reacciono echándome hacia atrás, unos pelos largos y negros surcan su piel lechosa, una piel que nunca ha visto el sol. Parecen hebras de lana resecas e hirsutas sobre un cuero blanquecino. Es un niño, yo soy una adulta, no debería reaccionar así, pero la visión me repugna. Veo decepción en su mirada. «Te he dicho que cerrases los ojos», me regaña, impidiéndome que le pregunte a propósito de ese dolor que lo corroe y que todo el mundo me oculta. ¿Qué enfermedad le deforma así los miembros? ¿Sigue algún tratamiento? Durante la semana, pasa sus días en el Centro Protestante de Educación; los fines de

semana está con nosotros: no sé en qué momento recibe atención médica. Cierro los ojos otra vez y consigo ayudarlo. Me dice: «Puedo acostarme solo, gracias». Estoy triste, cuanto más intento acercarme a él, más se aleja, con su cara sombría y sus piernas de madera.

James está sentado en la cocina, con una mano sostiene un vaso lleno anegado en cubitos de hielo y con la otra juega con la botella. Una botella de cristal robusta, decorada con una etiqueta roja y dorada. Bebe Gibson's London Dry Gin. James está medio de espaldas, va vestido con un pijama a cuadros de color azul marino y verde, la tela es gruesa y dan ganas de acurrucarse en ella. Se vuelve, parece sorprendido y contento de verme. Me sonríe, yo retrocedo un paso. ¿Le sonreía igual a Virginie? Quiere saber si todo ha ido bien con Lewis. Su voz es inusual, pausada y pastosa. Podría aprovechar para preguntarle, para hablarle de las piernas de su hijo, pero no me decido. No quiero romper el diálogo. Si no me han dicho nada antes, ¿por qué iban a hacerlo ahora? Hay tantas cosas que necesito saber, me gustaría profundizar un poco en su religión y en su familia. ¿Quiénes son los abuelos de los niños? ¿Por qué nunca los vemos? Me preparo una infusión y me quedo pegada al frigorífico.

—Sí, todo ha ido bien con Lewis, es muy mono, *cute*.

Pienso que James podría haber ido a darle un beso a su hijo antes de dormir.

Me lanzo:

—Monica me ha contado la historia de la Biblia del rey Jacobo, yo no sabía que existían varias versiones de ese libro sagrado. En mi familia somos católicos. De hecho, ¿qué diferencia a los protestantes de los católicos?

James hace un esfuerzo por concentrarse:

—*Well*... Para nosotros, los protestantes, no hay intermediario entre los creyentes y Dios, no vamos a ver a un sacerdote para confesarnos y que nos perdone nuestros pecados. El ser humano es el único responsable ante Dios. Como debe asumir sus actos y responder directamente ante él, eso lo hace mejor. Lo que lo salva

es tan solo la fe en Jesucristo, la *sola fide* en latín. Y solo por la gracia de Jesucristo, la *sola gratia*, el ser humano es perdonado y sus pecados se borran.

Si me hubiera cruzado con James en el Salón de la Fe y las Creencias, habría abandonado el estand católico para convertirme al protestantismo.

—¿Sus padres también son creyentes?

Me aventuro en su árbol genealógico. La casa está tranquila. La noche sabe lo que hace, ha corrido su velo de intimidad. Es suave como la seda, pero sigo en guardia. James toma un sorbo de su fuerte bebida y me corrige:

—¡Eran creyentes!

Entiendo que están muertos.

—Nuestros padres eran muy piadosos —continúa—, filántropos muy apreciados por la comunidad. *Philanthropists?* ¿Entiendes? Gente que hace el bien, por así decirlo. Eran miembros devotos de su Iglesia, ayudaban a los más necesitados del barrio, la gente los quería mucho.

Me habla de sus maravillosos padres, menea los cubitos de hielo en su vaso, está en otra parte. Me pregunto por qué utiliza la palabra *our*: *«Our parents»*. ¿Monica y James están hasta tal punto fusionados que los padres del marido se conviertan en los de la esposa? ¿O se refiere James a sus hermanos y hermanas, de los que tampoco he oído hablar nunca?

Esta tarde, Monica ha tenido que marcharse apresuradamente. Una cita olvidada, me ha dicho en un soplo mientras salía por la puerta. Se ha llevado a Lewis. James está en el trabajo. Yo me quedo con Simon. Lo veo en plena forma. Los sábados hay más movimiento en la urbanización, todo el mundo se queda en casa, es el momento de pasearse, de cruzarse con los otros residentes. Visto al hombrecito con su chaqueta de tweed y le pongo un gorro rojo dándole un beso en la mejilla; está feliz, él también parece contento de salir. Lo subo al cochecito; él coge su peluche de león, y yo, su biberón lleno de agua. En la calle hace frío, pero ha salido el sol. Nos cruzamos con Mitchel y Holly. Detrás de ellos, veo a una chica que se parece a la que vi con Mitchel en su jardín. La chica a la que él le tocaba el brazo. Supongo que es su *au pair*. Carga con la compra, no se vuelve para mirar. Pero ¿quién cuida de su hijo? La pareja de encantadores vecinos nos saluda y nos sonríe.

—¿Vais a dar un paseo? —me pregunta Holly.

—Sí, por ahí —respondo vagamente.

—*Have fun* —dice volviéndose—. ¡Que os divirtáis!

La verja del recinto se abre para dejar pasar a un todoterreno, el coche habitual de las mujeres que viven aquí. Eve me reconoce y me saluda con un gesto. Decido salir del recinto. Es la primera vez. Siento una sensación feroz de libertad. Desde mi llegada a bordo del Jaguar de mi jefe, no he vuelto a pasar por esta carretera, no he vuelto a ver estos árboles, no he vuelto a respirar el aire que flota más allá de Hidden Grove. La carretera es perfecta, un lazo de asfalto que serpentea por el bosque. Sin embargo, no hay acera, y ahora que soy una transeúnte con un niño, tengo que encontrar una solución: ¿por dónde circulo sin que me atropellen los coches que pasan a toda velocidad? Veo un caminito de tierra que discurre entre las villas y la carretera. Pasar por ahí con el cochecito no es un

camino de rosas, está lleno de hierbas y de piedras, pero al menos caminamos a resguardo. El paseo es agradable, tengo la sensación de que podría caminar sin tener que detenerme nunca más, es embriagador, empujo el cochecito cada vez más rápido, mis pasos se desatan, mis pies disfrutan de cada zancada, devoro cada metro. A la izquierda, veo algunas casas. A diferencia de las de mi urbanización, son todas diferentes, todas tienen una cara, un porte, una personalidad, no se copian, son únicas. Siento que he recuperado el aliento. Pienso: «Tendría que haber salido antes. ¿Por qué he permanecido encerrada? ¿Por qué me he dejado embotar por el trabajo y la presión de un examen incierto y lejano?». En el fondo, nadie me ha obligado a salir ni me lo ha impedido. Nadie, de acuerdo, pero el inmenso cansancio, sí. Este agotamiento desconocido que, cada día, me chupa los nervios y los mastica como una bestia inmunda que se nutre de mis fuerzas a mi sombra.

En cambio, al aire libre, cada paso abre mis pulmones, me libera. De pronto oigo los pitidos de un coche. Es Monica, que me mira furiosa. Se para a nuestra altura. Ojos furibundos, gritos. No lo entiendo todo, pero parece indignada por haberme encontrado fuera con Simon. Me pregunta: *«WHY?! WHY?! WHY?!»*. ¿Por qué he salido? ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué no la he avisado? Me da miedo. Está aterrorizando a Simon, que se echa a llorar y, cuando se pone a berrear, Monica se calla. No quiere asustar a su hijo, se arrodilla y lo estrecha con fuerza entre sus brazos: «*Darling baby*, mi pequeñín...». No entiendo nada de esta escena, es una exageración total. ¡No he puesto en peligro a su hijo! No iba caminando en medio de la carretera. ¡Solo estábamos fuera del recinto! Su locura me paraliza, me quedo callada.

Monica nos hace subir al coche, ata a Simon en su sillita, agarra el cochecito y lo arroja al maletero. Luego rodea el vehículo, abre la otra puerta y, con el mentón, me ordena que me siente. En la parte de atrás, como un bebé. Me degrada. No vuelve a abrir la boca, la cierra a cal y canto. Cuando entramos en casa, le da la merienda a su hijo y me despide con la mirada. Subo a mi habitación. Las siete y veinte, oigo a James cuando vuelve del trabajo. Abro la puerta de mi cuarto. Murmullos, Monica le cuenta lo que ha pasado. Entiendo que

estoy en una prisión que no lleva escrito su nombre, no me prohíben salir, pero si lo hago, me castigan. Me siento mal, empiezo a morderme las uñas. Soy incapaz de bajar a cenar, de acostar a los niños. Estoy paralizada. Rígida, tendida en mi cama. Para huir de la angustia, me sumerjo en esta novela en la que todo es peor que mi vida, una historia que me reconforta: *American Psycho*.

Devoro la obra maestra de Bret Easton Ellis. Este tipo está completamente grillado, pero hay algo en su exploración del mal que me fascina. Son las nueve y media de la noche, los niños ya están acostados. Salto de la cama para lavarme los dientes. No se ve luz por debajo de la puerta del dormitorio de los padres. ¿Estarán durmiendo? Mi planta está sumida en la oscuridad. En la casa reina un silencio absoluto. Sin embargo, distingo sombras en la escalera. ¿Hay un intruso? Me siento atraída, quiero saber. Bajo los escalones con la agilidad de un gato doméstico. Una tenue luz danza en las paredes de la cocina, contoneándose con desparpajo a medida que avanzo. Oigo unas voces, son las de James y Monica. Se superponen. Percibo palabras susurradas.

—*Thank you, Lord, you are great and you forgive our sin. We were reckless and we take full responsibility for it, we failed but the child is safe. We are worthy of your offering.*

«Gracias, Señor, eres grande y perdonas nuestro pecado. Hemos sido imprudentes y asumimos toda la responsabilidad, hemos fallado, pero el niño está a salvo. Somos dignos de tu ofrenda».

Un largo silencio.

A continuación, ruidos de asfixia, como si alguien se ahogara o estuviera ahogando a otra persona. No veo nada. Mi imaginación cabalga por las llanuras del lejano oeste de mis terrores. Oír y no ver nada: un tormento. Sombras negras ribeteadas de luz reptan por las paredes, intento distinguir las formas: unas manos, unos hombros, un cuello... El miedo me empuja al frente de la escena. Entro en el salón, me acerco al rincón de oración. Monica y James están de espaldas, de cara a la pared. Entre ellos, la cruz. Ella los une. Monica + James. Sensación de *déjà vu*. La llama alargada de una vela blanca confunde sus contornos, suaviza sus siluetas. Me parece ver que cada uno sujeta al otro por el cuello con una cuerda. Se están

estrangulando mutuamente. Todo mi ser grita y quiere huir. No me muevo. La tormenta en mi cabeza contrasta con el silencio caliente de la escena. Sé que no debo ver esto. Lentamente, retrocedo y desaparezco en la escalera. ¿Es posible que mañana nada de esto haya existido?

El despertar tiene un gusto de acero. Siento nostalgia de mis primeros días en esta casa. La escena de ayer es una herida, y la noche no la ha cauterizado. ¿Por qué mis jefes estaban sujetos por una cuerda delante de la cruz? ¿Por qué se castigaban? ¿Porque salí de la residencia con Simon? Es imposible, eso sería una locura. Esa escena representada en el corazón de la noche bajo la fina llama de una vela brota a cada segundo y barre el resto de mis inquietudes. Esa es su única virtud. La mancha detrás de la oreja de Simon ha dejado de ser un problema. La crisis nerviosa de Monica a raíz de mi salida de la urbanización ha quedado en anécdota.

Me levanto mecánicamente y bajo a hacer mi trabajo. Monica está en la cocina con los niños, me ve y me sonríe. Parece en plena forma, como si hubiera dormido profundamente y le esperara un día maravilloso. *«Morning!»*. Le sigo el ritmo para no vacilar. Sonrío y me pongo a cortar la fruta. Trabajar, estudiar, no reflexionar. Básica, ser básica. Limitarme a mis tareas, no indagar, no rebuscar. James ya se ha ido.

De pronto, se abre la puerta de la casa, James está de vuelta, dice a gritos que ha olvidado un dosier. Pienso: «Despacho, habitación secreta, saber más». Le digo a Monica que voy al baño. Veo que la puerta del despacho está abierta. Me acerco discretamente, pero el corazón me frena. Tengo ganas de ver qué esconde esa estancia a la que nadie tiene derecho a entrar. Miro por la rendija. No me lo puedo creer. Estoy frente a mí. Tardo unos segundos en darme cuenta de que estoy en este despacho, que mi cara y mi torso están dentro. Me entra pánico, tengo la sensación de estar en un episodio de *The Twilight Zone (La dimensión desconocida)*. En realidad, estoy frente a un espejo grande que me refleja. El cansancio me juega una mala pasada. Aparto la mirada del espejo y busco con los ojos. Como hambrienta. Debajo del espejo: un escritorio, un voluminoso

ordenador gris como los que se ven en la tele, una pila de carpetas. Y un marco con una foto de James y Monica, Lewis y, en brazos de su madre, Simon. La puerta se cierra bruscamente desde dentro. Tengo el tiempo justo de volver a la cocina y seguir desempeñando mi papel. Unos segundos más tarde, James sale del despacho y cierra con llave su guarida. Dos vueltas.

Chapucera. Esta mañana he hecho una limpieza chapucera; estoy empezando a desarrollar estrategias para trabajar menos, todo por sacar más tiempo para el estudio. A veces tengo la impresión de que nunca lo conseguiré. ¡Qué mierda de cansancio latente, pegajoso! Algunos días es insoportable, tengo dolores desconocidos, me molestan los pechos cuando los rozo mientras me visto y cuando duermo boca abajo. ¿Estaré somatizando? Intento verlo de forma racional. Estoy aquí para aprender, para progresar y, aunque el precio es alto, tengo que luchar. Estoy en mi cuarto, estudio el vocabulario de la actualidad y de las ciencias políticas. Es un trabajo titánico. Tengo la impresión de escalar una montaña de palabras complicadas. *«Press release, foreign trade, a knock-on effect, blaze, specialized press...»*. Es un suplicio, pero sé por qué lo hago. No estoy serena. La sesión de castigo en el rincón de oración, el comportamiento lunático de mi jefa, la imposibilidad de salir, la sensación de que las paredes de mi habitación se estrechan para conspirar... Me asfixio.

Y una cosa más.

Mientras intento escribir un artículo en inglés sobre el origen de internet, los cuatro miembros de mi familia de acogida aparecen en las líneas de mi cuaderno de trabajo. Su disposición me resulta familiar. ¡La foto en el despacho del padre! Los miro: James, Monica, Lewis y Simon. Me duele la piel de la cabeza.

El pelo de Simon.

Eso es lo que me ha molestado desde el principio. En la foto, Simon es rubio.

Rubio como el trigo.

Rubio entre las otras tres cabezas morenas.

Peso una tonelada, mi cuerpo es un edificio. No puedo levantarme de la silla. Simon era rubio y hoy es castaño oscuro. ¿Un niño rubio

puede volverse castaño de forma natural en tan poco tiempo? No lo creo. Si la naturaleza no tiene nada que ver, ¿a qué padres se les pasaría por la cabeza la idea de teñir a su hijo de dos años? ¿A unos padres a los que no les gusta el color de pelo de su hijo? ¿Unos padres que no aprecian la diferencia? Los tres son morenos y el pequeño es rubio, queda raro en la foto: queremos que nuestro hijo vaya a juego con nosotros, como un bonito bolso de piel cuyo tono puedes elegir. En este mundo es posible, no conozco suficientemente los códigos. Acabo de pensar en esta realidad cuando otra se impone. ¿Y si estos locos buscaban esconder a su hijo para que no lo reconozcan porque está amenazado? ¿Y si los negocios de James hubieran puesto en peligro a la familia? Sí, tiene sentido. Eso explicaría el ataque de histeria de Monica. El niño puede ser trasladado en coche, pero no en el cochecito, sin protección...

El terror me clava a la silla.

Tengo miedo de las preguntas que me hago. Miedo de saber lo que han hecho o lo que tienen en mente. ¿Hasta qué punto están trastornados? ¡Joder, estoy completamente atrapada! No puedo ir a verlos y decirles: «Así que ¿a eso se debía la mancha detrás de la oreja de Simon? ¿Le habéis teñido el pelo a vuestro hijo? No estaréis enfermos, ¡¿no?!». Desencadenaría la ira de Monica, la desconfianza de James, la incomprensión de los niños.

¿Y yo qué hago? ¡Menuda mierda! ¿En qué momento mi vida se ha convertido en una mala versión de las novelas negras que leo? ¿Por qué y cómo se ha invertido todo? ¿Adónde he ido a parar? ¿Por qué me pasa esto a mí? Estos tres meses de encierro me están desquiciando, el cansancio me corroe los nervios y la lucidez. Estoy tan cansada...

Empujo fuerte con los brazos, aparto la silla hacia atrás y, con todo el dolor del mundo y el pánico que entumecen mis piernas, me pongo de pie. Tengo la sensación de estar fuera de mi cuerpo. Me veo abriendo la puerta de mi cuarto, aguzo el oído para asegurarme de que no hay nadie más en la casa. Entro en el dormitorio principal. Como una zombi, me veo avanzando hacia el cuarto de baño, me planto delante de la pila, abro el pequeño armario que hay encima y miro dentro. Ahí siguen los frascos de lujo, el maquillaje de alta

gama, todos los accesorios necesarios para tener una buena apariencia. Aparto los productos en busca del tinte de color castaño.

No lo encuentro.

Me tomo mi tiempo y miro en cada estante, detrás de cada frasco. Nada. Rebusco en la papelera. Nada. Es como si el tinte se hubiera evaporado; peor aún, como si nunca hubiera existido. Yo soy quien vacía los cubos de basura todos los días, lo habría visto, mide unos doce centímetros. ¿Dónde lo han escondido o tirado? Mi cuerpo autómata se sienta en el borde de la bañera, y mi cabeza, que planea por encima, se dice: Puede que ese frasco no haya existido nunca, puede que esté loca, puede que invente historias a causa de la rutina, la lengua extranjera, los nuevos valores, los ritos religiosos, el alejamiento, la muerte de Morgane, la casa, el encierro, las paredes que veo y las que imagino. Estoy al borde del colapso, ya no sé lo que hago, ya no sé nada. Me siento como en un cuento de Richard Matheson, estoy bien jodida. Mi cerebro se pone a vomitar mis lecturas nocturnas. Ahí están, todos mis compañeros de piso tarados, pero ¡a quién se le ocurre vivir rodeada de esta panda de pirados! ¿Por qué lo hago?

¿Por qué no tengo una vida normal, de chica normal, que devora novelas románticas, que se apunta a danza, que tiene novio? Pero ¿se puede saber qué estoy haciendo con mi vida?

Le doy una patada a la papelera con todas mis fuerzas, todo se derrama por el suelo, todo se esparce. ¡Qué placer hacer lo contrario de mi trabajo! La antítesis de mi profesión de chica que todo lo ordena, de chica que todo lo hace desaparecer. Como no me queda nada que perder, decido hacerme más daño si cabe, caer muy bajo. Escudriño el fondo de la papelera, pequeños trozos de ellos, desechos de humano, lo peor de la humanidad, lo que no quieres, lo que escondes. Lo que veo me da asco: bolitas de pelo, bastoncillos de algodón amarillentos por haber hurgado en orejas sucias, un envoltorio de jabón aplastado y un preservativo usado, manchado de semen. Vomito.

Se abre la puerta.

Estoy a cuatro patas vomitando sobre el contenido de la papelera. Monica me mira fijamente, permanece inmóvil. No sé si tiene ganas

de destriparme, si le doy pena o si todo le resbala. Me observa. Los trocitos de mi vómito cubren el resto de los deshechos.

—Lo siento, Monica, creo que tengo el estómago revuelto.

Su mirada cambia y adopta un semblante compasivo, una expresión que todavía no le había visto. Le pega. Añado que voy a limpiarlo todo, claro. Para ella, es una obviedad.

Estoy tumbada en mi cama, boca abajo, con los brazos metidos debajo de la almohada. Siento el algodón de la sábana bajera, froto mi cuerpo contra su suavidad natural, me acomodo. Quiero dormir, voy a descansar, no quiero despertarme, no quiero tener pesadillas, solo dejar que el algodón de la noche absorba mi cuerpo y dormir. Estoy al filo del sueño. Lo veo desde mi sitio, en equilibrio. Me balanceo ligeramente, cualquier movimiento en falso puede hacerme caer, pero sigo ahí arriba. De pronto, bajo mi pecho, una sensación de calor; bajo mis manos, otras manos; mi mejilla reposa sobre otra mejilla, y mis cabellos se enredan con otra cabellera. Delicioso, espantoso. Hay alguien en mi colchón. Estoy a un tris de gritar, pero al final me abandono a esta extrañeza. No tengo nada que perder, nada que lamentar. Y luego una evidencia: es Morgane.

Mi doble soterrado.

Estamos tan cerca... Tengo ganas de llorar, de estrecharla contra mí, de decirle: «Ya está, ya está... todo ha terminado». Pero no puedo, ella vive en su mundo.

Recluida.

Mi cama zozobra. Me encuentro abajo; ella, arriba. Ahora ha entrado en mi habitación. Ella vive mi vida y yo descubro su limbo. En ningún momento nos reuniremos; ella siempre a ras de mí. ¿Por qué no se ha ido del todo?

Cuando bajo a desayunar por la mañana, no consigo ponerme la máscara de la chica servil y lo bastante tonta como para sentirse contenta de serlo; tengo el semblante torcido. Este detalle no se le escapa a Monica, que finge preocuparse por mí.

—Emmylou, pareces muy cansada. ¿Quieres tomarte la tarde libre para recuperarte? Yo puedo ocuparme de los chicos.

No me apetece nada hacerme la víctima, me apetece decirle que puedo apañármelas, pero respondo:

—Sí, gracias.

Después de hacer la limpieza, me tumbo en mi cama, un lugar en el que, desde ahora, duermen dos personas. Yo en el anverso y Morgane en el reverso. Cojo la antología de cuentos de Richard Matheson. Esta tarde no pienso trabajar, estoy hasta la coronilla de empollar asignaturas que están a tres mil kilómetros de mi vida cotidiana. Leo un cuento increíble: *Mad House* (*Una casa enloquecida*). En esta historia, un hombre iracundo es devorado, engullido poco a poco por su casa. Pero ¿quién de los dos tiene la culpa? ¿La casa que se estropea metódicamente y convierte la vida diaria de su habitante en un infierno? ¿O el ser humano roído por una cólera creciente que altera al edificio hasta tal punto que lo incita, día tras día, a vengarse más? Es cautivador e inquietante. Me gusta ese peligro externo a mí. Oigo a Monica, son las tres, se marcha a buscar a los niños. James no está, claro.

La casa desocupada me llama. Bajo las escaleras y paso por delante del despacho. Intento abrirlo, pero está cerrado. Voy al salón, a la biblioteca, pocos libros, algunas revistas gruesas de decoración y de deportes refinados e inaccesibles, como la vela y el golf, muchas fotos enmarcadas. Son ellas las que me interesan. Miro las imágenes del pasado en sus marcos de madera clara, es un bonito álbum de una familia perfecta y feliz, todo lo que uno puede

soñar. Imágenes en las que todos están sonrientes, claro, y bien vestidos. Un anuncio familiar gestionado de manera impecable. Pero ¿a quién va dirigido? En mi casa, las fotos hechas con cámaras desechables suelen ser feas. Dicho esto, son instantáneas fieles a nuestras vidas, desordenadas, caóticas, ruidosas y, con los meses de alejamiento, yo diría que enternecedoras. ¡Me estoy ablandando, joder! Aquí las imágenes son bonitas. Siempre con el sol detrás, iluminándolo todo, luces cálidas, inofensivas, tranquilizadoras. En esta foto de vacaciones en el mar, los padres van vestidos con ropa ligera: él en bermudas, ella con un vestido. Posan delante del agua azul laguna, los niños llevan bañador y, sobre todo, tienen el pelo oscuro. De hecho, en las fotos del salón, Simon sale con el pelo oscuro o no sale. Todos los temas de la vida cotidiana de una familia feliz aparecen plasmados: vacaciones, fiestas escolares, boda, actividades extraescolares, nacimiento. La foto en la que Monica sostiene a un recién nacido en brazos es muy bonita. Imposible ver el color del pelo del niño, lleva un gorro blanco. Imposible también saber si es Lewis o Simon. Monica está radiante, increíblemente bien peinada y muy maquillada para ser una mujer que acaba de dar a luz. Está orgullosa de mostrar a su bebé. Yo no sé nada de esa alegría de reproducirse, de haber fabricado a un ser humano y de entregarlo a tiempo, pero no creo que una pueda estar tan en forma solo unos días después de parir. Recuerdo que mi madre, cuando me presentó a mi hermana en la Sala de Maternidad, tenía el cabello graso, aplastado, y una sonrisa tímida que significaba: «Hala, venga, ¿ya estáis contentos con vuestra dichosa foto?». O tal vez, visto ahora con distancia: «Largaos, tengo ganas de dormir». Escudriño la vida de esta gente, su decoración, su pasado verdadero o simulado.

Quiero entender por qué Simon no tiene su pelo original, eso me devora por dentro.

Subo a mi ratonera para escribir a Virginie.

Londres, 28 de noviembre de 1996

Hola, Virginie:

Espero que estés bien. No sé cómo eran las cosas cuando tú estabas aquí, pero yo no doy abasto y estoy agotada. ¿Cómo te las arreglabas? No me dijiste que era tan duro. Además, aquí pasan muchas cosas raras. Monica se puso hecha una furia cuando salí de la urbanización con Simon sin su permiso. He descubierto que el pequeñajo lleva el pelo teñido de moreno. ¿Sabes la razón? Tampoco me habías hablado de su religión. ¿No serán miembros de alguna secta? Presencié una oración superrara. Y Lewis está enfermo, eso es seguro, pero nadie me dice qué le pasa. Puede que nada de esto sea de mi incumbencia, pero no puedo guardármelo para mí, me asfixio, cada vez tengo más miedo.

Dame noticias tuyas, tranquilízame. Besos.

Emmylou

PD: He encontrado esta frase en inglés debajo de la cama de nuestro dormitorio: «Sé por qué estoy aquí». ¿La escribiste tú?

No pensé que me invitarían a cenar en casa de los vecinos. Nunca me han recibido en otra casa, como si yo fuera la marioneta de un solo teatro, de un único espectáculo. No hay muchos metros que recorrer, la residencia de David y Lisa está a la izquierda de la nuestra. Es ella la que ha abierto el baile de los adornos navideños en Hidden Grove: hay guirnaldas luminosas enrolladas a las balaustradas del porche, y grandes coronas de acebo atadas con cintas rojas cuelgan de puertas y ventanas. Han colocado cuatro faroles de hierro forjado en los escalones de la entrada que guían los pasos de los visitantes y emiten una luz cálida.

Nos han invitado a una cena temprana porque los niños de ambas familias estarán presentes. Son las cinco y media de la tarde. Tengo la sensación de ser una privilegiada. Paso por delante del dormitorio de Monica, la puerta está abierta, la veo delante de su cama, sobre la que hay varios vestidos, parece reflexionar. ¿Cuál de ellos? Entro en mi cuarto y juego a ser ella. Es una noche de fiesta. Extiendo mis dos vaqueros, mi jersey y mis dos sudaderas. Miro, tengo opciones. Monica aparece en el marco de mi puerta. Devora mi espacio en un instante. Su cabello suelto y peinado exhala el aroma de su perfume Chanel, tengo ganas de hundir mi rostro en esa masa flexible. No sé si me siento atraída por la madre que ella podría ser para mí, por el modelo de esposa que proyecta o por la mujer que es. Me siento seducida, incómoda. ¿Por qué me pone en esta situación? ¿Qué busca? «Emmylou, ¿quieres que te preste un vestido para esta noche?». Su sonrisa me desarma. En el fondo, los vestidos me importan un bledo, no me gusta estar sexi ni llamar excesivamente la atención, pero me rindo al encanto de su repentina amabilidad, de su belleza. Acepto. Me coloca delante del espejo. Ha sacado dos vestidos. «El blanco y negro es bonito», comento, pero ella me corrige y precisa: «Negro con un ribete blanco». El otro es burdeos y

de terciopelo. Son recatados, me llegan ligeramente por debajo de la rodilla, puesto que soy más baja que Monica. Ella se pone detrás de mí y pasa su brazo por delante para valorar la caída de la prenda sobre mi cuerpo. Mi opinión no cuenta. Monica me pone el vestido de terciopelo rojo en los brazos. Siento que es una noche un poco especial, no he tenido que vestir a los niños, ya están listos. Los tres varones de la familia nos están esperando a los pies de la escalera en traje de chaqueta. James sonríe cuando nos ve bajar. Parece que va a hacer un cumplido, pero cambia de opinión. ¿A quién iba dirigida esa palabra amable? ¿A mí? ¿A ella? Me lo pregunto mientras camino con los padres y sus hijos hacia la casa de los vecinos, rogando que no estuviera destinada a mí.

Esta noche, somos una familia.

Me encanta entrar en casas ajenas. Hace tres meses y medio que fantaseo con estas villas gigantescas, cuyos ventanales ofrecen la única vista a su vida privada. He recorrido tantas veces arriba y abajo mi casa de acogida que estoy ávida de novedades, necesito desplazarme por un espacio diferente, sueño con chocar contra algo, equivocarme de puerta, perderme en un pasillo, no encontrar los vasos, tener que abrir tres armarios antes de localizar la ensaladera, quiero que una lámpara mal orientada me deslumbre, equivocarme de interruptor, engancharme los pies en una alfombra demasiado gruesa. Sorprendedme, perdedme.

—*Good eveniiing!*

David es quien nos abre la puerta; es tan alto que me entran ganas de reír, tengo la impresión de que va a doblarse a la menor ráfaga de viento. A él no lo ha vestido Monica, eso seguro: pantalones de pana beige, camisa a cuadros rojos y azules, chaleco de lana caqui y botones de cuerno... Está feísimo. Nunca lo había visto sonreír y no le pega nada, pero es un alivio: es un ser humano. Nada más entrar, una bocanada de lujo nos reconforta. Una mezcla de luz cálida, muy amarilla, procedente de varias fuentes —lámparas, plafones, velas— y la humedad que desprenden los radiadores, y los cuerpos también. Huele a madera y fuego, es envolvente. Esta velada me reconciliará con mi trabajo, mis jefes, los ricos y los ingleses. Entramos en el salón, donde tampoco está el ama de casa. Pero ¿dónde se ha metido Lisa? Si tuviera que describir la decoración del lugar para una de esas revistas en papel satinado que los White adoran, diría que es «forestal». Los colores predominantes son el marrón rama de árbol, el verde pino y el naranja hoja otoñal. Nos invitan a sentarnos en un sofá de terciopelo caqui, frente a una cabeza de ciervo colgada sobre la chimenea. Como una Gioconda del cazador, no me quita ojo. Cuando me

levanto para impedir que Simon se hunda el atizador en el pecho, siento el dolor de ese ciervo sobre mí. Pero ¡qué mierda es esta! ¿Voy a pagar toda la velada por un asesinato que no he cometido? Más lejos, hay un rifle colgado en la pared. ¿Es una obra de arte, un recuerdo de familia o de un glorioso día de caza? Lewis se ha sentado en el extremo del sofá, como para no molestar. Se pone a leer la novela que ha traído. Está quieto como siempre, pero sobre todo parece débil. Tengo la impresión de que se aferra al libro para no caer. Monica se ha sentado a su lado y apoya una mano en su muslo, como para impedir que se desmorone. Nuestras miradas se cruzan, parece preguntarme: «¿Por qué te metes?». James, de pie, apoyado contra una pared, habla con David. Justo en ese momento, Lisa hace una entrada triunfal con unos pantalones anchos verdes, un jersey abullonado ocre y un pañuelo multicolor. Lleva una bandeja grande en la que se adivinan filas impecables de canapés. Se vuelve y parece llamar a alguien con los ojos. Dory aparece detrás de ella, mucho menos segura de sí misma, menos señora de la casa con su bandeja cargada con una botella de champán y copas que deja sobre la mesita de madera mientras me lanza miradas incómodas. David se aposta al pie de la escalera y llama a las gemelas: «¡Alice! ¡Abbie! *Come on, darlings!*». Siento un pinchazo de celos: las niñas parecen ser las invitadas en su propia casa. Risas, pasos precipitados, Alice y Abbie bajan corriendo por las escaleras. Tienen la misma cara redonda de chiquilla de cinco años enmarcada de rizos pelirrojos, el mismo cuerpo rollizo, el mismo vestido naranja de terciopelo. Los padres parecen tan contentos de tener una hija duplicada que se divierten subrayando las copias perfectas, la ropa, los nombres. ¿Quería novedades? Pues voy bien servida. Todo el mundo está aquí, David y Lisa dan por inaugurado el aperitivo. Me empacho de todo lo que puedo ver, escudriñar. Es mi noche. Monica y James no escatiman en cumplidos cuando hablan de mí: soy fiable y muy seria. ¿Han olvidado el episodio de la salida con Simon? ¡Una futura gran periodista, se va a hablar mucho de mí! ¡Recordad su nombre! La situación me incomoda, se pasan de rosca. David y Lisa escuchan educadamente y levantan una ceja de vez en cuando. Me molesta ser el centro de atención. Lisa cambia de tema y le pregunta

a Monica si sus dalias han florecido bien este año. Mi mirada se pasea por la estancia. ¿Esta familia también tiene un rincón de oración? Sí, distingo una silla baja en un rincón. Protestantes, creyentes. Si exhiben su práctica religiosa es porque se sienten cómodos y porque, en este país, debe de ser algo corriente. Dory está sentada en un sillón de tartán amarillo. El tejido no le sienta bien al color de su tez. Parece enferma. Es una joven de veinte años, diría, pero parece mucho mayor que yo. ¿Está indispuesta esta noche? ¿O es vergonzosa por naturaleza? Nadie se toma la molestia de presentármela. Lisa le pide que vaya a buscar los rollitos de salchicha, *sausage rolls*, para los niños. Me levanto para ayudarla. Lisa y David no tienen tiempo de detenerme, ya estoy en la cocina. James asoma la cabeza, necesita un plato pequeño para Simon. Hay un desorden indescriptible en esta estancia, pero distingo el horno, lo reconozco, mi familia de acogida tiene uno igual.

La cocina está dispuesta exactamente como en mi casa de acogida: el horno encima de un gran armario blanco, la pila honda de mármol beige y, debajo, a la derecha, el cubo grande y rectangular de la basura. Mis manos y mi mirada deambulan por esta otra cocina que, sin embargo, me resulta tan familiar. Abro el armario de debajo de la isla por inercia y hay una pila de platos pequeños. Imposible confundirlos, son de color azul oscuro con ramos de flores rosas en el centro. La mano me tiembla cuando la acerco a la porcelana. David y Lisa tienen la misma vajilla que James y Monica. Cojo rápidamente un plato, que dejo al lado de los hojaldres, y corro hacia el armario de los vasos. Vasos de pie transparentes y de tallo corto, con cálices finamente estriados. Los mismos. Abro el cajón de los cubiertos, los cuchillos también son idénticos, con pequeños dientes separados y mangos de cuerno negro tachonados y dorados. Dory empuja la puerta, viene a buscarme. Nos miramos. Yo tengo el plato de hojaldres en las manos; ella, un signo de interrogación en la cara.

No nos diremos nada.

Durante el resto del *cocktail dinner*, una expresión que aprendí esa noche —una especie de aperitivo con mucho que picotear porque a la anfitriona de la casa le da pereza preparar una cena de verdad—, me colgué mi sonrisa de escaparate, pero en la trastienda intentaba comprender por qué tenían la misma vajilla. Desde los platos hasta los cuchillos. Desde los vasos hasta la ensaladera. ¿Por gusto? Imposible, mis anfitriones son sobrios y elegantes, mientras que David y Lisa compiten en la categoría de «nuevos ricos». ¿Por qué la cocina está dispuesta de la misma manera en las dos casas? ¿Por dejadez del arquitecto? Comprendo que, una vez descolgados mentalmente los numerosos cuadros, bordados y cabezas de ciervo, arrancadas las pesadas cortinas, resquebrajados los grandes jarrones y tirados por tierra los libros de tapa dura y dorados, la casa de David y Lisa es idéntica a la de James y Monica. No veo qué une a estas dos parejas. Ni siquiera se llevan muy bien. Con un ojo siempre puesto en Simon, escucho su conversación, cada cual cuenta el infierno y la pasión de su trabajo «Menos mal que podemos contar con las bonificaciones» (una prima que te dan si has trabajado bien, no conocía ese concepto); presume de su clase de gimnasia «Mucho más relajada con el nuevo profesor, Jim. ¿*Gym*/Jim? ¡Ni hecho adrede! ¡Ja, ja!». (risotadas); saborea la calidad de la enseñanza en los colegios privados de los niños «Es caro, pero es la mejor educación que podemos darles a nuestros hijos en Inglaterra». Frases en cascada, exclamaciones ruidosas, excesivas, demostraciones de orgullo, pero sin un verdadero intercambio o debate. No tenemos nada que decirnos, pero nos lo decimos. Cada cual da brazadas en su carril, largos interminables. Seguro que piensan que están pasando una buena velada y que, en la intimidad de su dormitorio, cada pareja comentará lo simpáticos

que son los vecinos: «*So nice, aren't they?*». Qué velada tan agradable y distendida. Porque ninguno de ellos ha mirado a su alrededor.

Ninguno de ellos ha visto a Dory.

Mientras los vecinos se despiden a la luz de la entrada, descolgando los gruesos abrigos y las bufandas calientes de los percheros de madera, prometiendo volver a verse pronto al mismo tiempo que están contentos de encontrarse por fin en la tranquilidad de su hogar, mientras los niños corretean alrededor de las piernas de sus padres como para recordarles que existen en medio de tanto ajetreo adulto, mientras el frío se cuela por la puerta por fin abierta, nadie se ha fijado en la *au pair*, uno de los muebles de la casa de David y Lisa. Dory, cuerpo redondo, brazos caídos a los costados, mirada lúgubre, sola frente a todos. Dos ojos desorbitados cuyas profundidades he visto tapizadas de angustia.

Noche pegajosa sin luna ni descanso. No conseguí cerrar la puerta de la casa de David y Lisa. Todos se marcharon, yo me quedé. Pies de plomo. En la oscuridad. Frente a Dory. Muñeca oronda, miembros flácidos, pero mirada dura, de las que se clavan, perturbadora. Atrapadas en el salón en un mudo cara a cara. En una fracción de segundo, mi cuerpo se deslizó hacia el suyo. A diez centímetros de su cara. El mismo silencio aterrador. Me sumerjo en la oscuridad de su ojo, angosto al principio. Para fraguarme un camino y no ahogarme en la víscera grasienta, tengo que empujar con todas mis fuerzas, mis manos resbalan sobre la materia, se agarran de nuevo, intentan avanzar, no morir en este tubo viscoso. Y, de pronto, el vacío, un vacío infinito, caigo. No como una piedra, sino como un pétalo, me siento ligera. Unos segundos de respiro, quisiera agradecerlo, gracias por haber puesto la pesadilla en pausa. Pero no hay nadie a quien dar las gracias en este agujero sin bordes. Las imágenes me golpean la cara, me atraviesan, me sobrevuelan. Mi cerebro pesca algunas escenas: Dory rodeada de las gemelas, con esa redondez compartida que evoca a una madre con sus hijas, todas se arrodillan, rezan y se sujetan con una soga. Cada una tira del cuello de la otra, se tambalean sin cesar. David y Lisa, que se parecen a sus hijas, que se parecen a su hija *au pair*, codo con codo en el marco de la puerta de su opulento hogar, sonrisa maquiavélica y dedo sobre la boca para imponer silencio. Bruscamente, una cabeza de ciervo montada sobre un cuerpo humano detrás de un ventanal, las manos aterradas ante el ser híbrido intentan arrancar esta boca añadida, tiran, pero no lo consiguen. Ya no puedo respirar. La imagen es insoportable. De repente, la cabeza salta, el cuerpo es el mío, veo mi cara deformada, mi piel morada; espeluznada, intento salir de ahí, hago como cuando era pequeña. Mis pesadillas eran tan realistas y me tenían tan harta que una noche, antes de acostarme,

me dije con la mayor de las seriedades: «Cuando estés en tu sueño, dirás en voz alta: "Estoy en el sueño de Emmylou Laénec", lo dirás y dejará de darte miedo, habrás tomado el control». Logré salir de aquel terror nocturno, pero la sensación, la huella que dejó aquella incursión terrorífica cuya fuente de inspiración es mi vida real, es peor que cualquier otra cosa.

Ahora lo sé.

Hay algo detrás de este mundo que se esfuerza por parecer hermoso.

—¿Cree que usted será reina?

—No, no lo creo. Me gusta reinar en el corazón de la gente, pero no me veo convirtiéndome en reina de este país.

Acabo de encender la televisión, son las nueve y media de la noche, imposible concentrarme en mis apuntes, estoy cansada, revuelta, dolorida, y los padres siguen cenando en casa de unos vecinos. Cuáles, lo desconozco, siempre me dicen lo menos posible. Me he quedado de pie delante de la pantalla, con el mando a distancia en la mano para convencerme de que solo estoy zapeando y enseguida subiré a repasar la asignatura de la Unión Europea. Pero no puedo. Estoy hipnotizada por un rostro de una dulzura y una tristeza abismales. La que habla es la princesa Diana. Está sentada en su salón, en un sofá de tela blanca con un acabado de tachuelas doradas. La decoración es clara y elegante, femenina. Han colocado numerosos marcos de fotos encima de una elegante mesa lacada en marrón, donde se distinguen siluetas de todos los tamaños, sus hijos, cabe suponer, su familia. Luce unas piernas interminables, enfundadas en medias muy finas y negras, y una falda corta oscura a juego con una chaqueta de terciopelo oscuro. La cámara abandona rápidamente el plano general para acercarse a su cara levemente inclinada hacia la derecha, su seña de identidad, su maldición. Tiene unos ojos inmensos perfilados de negro.

—Creo que a mucha gente no le gustaría que fuera reina. Cuando digo «mucha gente», me refiero al establishment *con el que estoy casada, porque han decidido que estoy destinada al fracaso.*

La fuerza de esta entrevista. Habla plácidamente y con gran sobriedad, las frases son cortas, contundentes, entiendo su inglés sin trabas. Me acerco al sillón y me siento lentamente. No salgo de mi asombro. Compruebo el canal que estoy viendo. BBC One.

El periodista le insiste:

—¿Por qué cree que piensan eso?

—Porque yo pienso de otra forma, no me atengo a las normas, escucho a mi corazón, no a mi razón, y eso supone un problema. Puedo entenderlo, pero alguien tiene que estar ahí para querer a la gente y mostrarlo. No tengo mucho apoyo en esta familia, me ven como una amenaza, estoy aquí para hacer el bien, no soy una persona destructiva.

—¿Por qué la ven como una amenaza?

Pero ¡qué bueno es este periodista! Deja hablar a Lady Di, la escucha y, al mismo tiempo, sabe imponerse y formular las preguntas correctas. Envidio a muerte a este entrevistador que nunca seré si no mejoro mi inglés. Me fascina esta mujer, me cautiva su valentía, su sinceridad. La audacia de convocar a la televisión a tu casa para decir simplemente la verdad y hacer que todo estalle, incluso sin quererlo. El descaro de plantarle cara a la familia real, de desenmascarar su cobardía, su crueldad. Está hablando ante millones de personas. En las clases de inglés del año pasado hablamos de esta cadena, la BBC One. En un día bueno tiene quince millones de espectadores... Esta noche, la cadena batirá todos sus récords de audiencia.

«¿Por qué la ven como una amenaza?».

Hechizada, me acerco, me siento en la mesa baja, estoy a treinta centímetros de la cara de Diana. El cámara ha renunciado a filmar el entorno, zoom a toda máquina. Devora a la princesa. Estoy... estamos tan cerca que creo oler el perfume de su piel, los efluvios de sus rubios cabellos, bien peinados y, sin embargo, ligeros y vivos. En este instante, uno querría ser su amante, su madre o sus hijos para tener derecho a deslizar los dedos por su pelo, sentir su calor, para consolarla, para decirle: «Calma, calma... Todo se arreglará».

—Creo que todas las mujeres fuertes de la historia han tenido que enfrentarse a esta clase de situación. Y es su fuerza lo que causa confusión y miedo. ¿Por qué son fuertes? ¿De dónde sacan esa fuerza? ¿Adónde van con ella? ¿Cómo van a utilizarla?... ¿Por qué la gente, el público, sigue apoyándome? Cuando digo «público», me refiero a todas las personas con las que me cruzo, y son muchas.

Me he quedado a ver toda la entrevista, no sé cuánto tiempo ha durado. Es lo más increíble que he presenciado jamás, nunca había visto una bomba atómica explotar de una forma tan amortiguada. Vuelvo al sillón y dejo que los programas de BBC One sigan desfilando. Su voz. Una voz pálida y plácida, sin historias, una voz que se toma su tiempo, que no deja lugar a dudas, una voz con todas las palabras en su sitio, palabras fuertes, justas.

Esta mujer tiene un poder. El poder de hacerte existir. Con ella a tu lado, ya no estás sola.

Ya no estoy sola.

Esta tarde, la BBC emite de nuevo algunos fragmentos de la entrevista a la princesa.

—*Oh my God!* No me lo puedo perder por nada del mundo. ¡Está completamente zumbada! He leído en *The Guardian* que lo había contado todo: su bulimia, su depresión, lo de su amante... ¡Tenía un amante!

Monica es la primera en sacar el tema durante la cena. Debe de estar absorta, fascinada, porque no le ha dicho nada a Lewis, que sigue con los auriculares de su discman en las orejas. No tengo el valor de hacerle una seña para que se los quite; parece muy relajado bajo la espuma naranja.

James sonríe. Monica saborea este regusto salado de escándalo, la desgracia ajena que endulza su vida diaria. Ella también quiere más. Se levanta, se dirige hacia la entrada y regresa con un periódico doblado en dos. Lo abre y lee:

—«Éramos tres en este matrimonio, y eso es mucha gente para una pareja. En público, todo iba bien; en privado, todo era diferente».

Monica no se percata de que me siento incómoda por la mención de la pareja, la infidelidad, el matrimonio a tres.

—¿Has visto, James? Suelta lo de la infidelidad de su marido, habla de Camilla, incluso acusa a la familia real de haberla rechazado desde el principio. Mira lo que dice: «El Palacio no me ha ayudado en nada. Nadie estaba ahí para guiarme».

En la portada de *The Guardian*, el rostro de Diana y esta frase en grandes letras negras: *«I will not go quietly»*. No entiendo realmente el significado, pregunto qué quiere decir, y James, que de los dos es al que le gusta explicar las cosas, me responde:

—Significa que no se va a callar, que nada le impedirá hablar.

Monica está que echa humo. No parece en absoluto prendada de la princesa. Les cuento que anoche, cuando ellos salieron a cenar, vi la entrevista. Monica parece sorprendida, como si yo hubiera hecho algo a sus espaldas, algo malo. He visto su mirada, la ha corregido enseguida, pero la he visto. A James le gustaría saber qué pensé acerca de la entrevista. ¡Estoy tan cansada! Hace unos meses, me hubiera encantado intentar debatir, hablar, mejorar mi inglés; hoy, no me quedan fuerzas. Balbuceo:

—Es... es valiente, esta mujer. Seguro que es la primera vez que ven algo así en el palacio de Buckingham. Ellos procuran mantener las apariencias, y llega ella y dice toda la verdad.

Monica no da crédito:

—¡¿La verdad?! Pero ¿qué verdad? No sabemos nada. Puede que esté contando pamplinas, que quiera hacerse la víctima. Como no se adapta, ¿culpa a los demás, entonces? Es peligrosa, no respeta el trabajo, ¡su trabajo! En una familia, respetas las reglas y te callas.

Su agresividad y su visión de la familia me desconciertan. Miro a James para valorar la situación. Tengo la impresión de estar con mis padres y no saber a qué santo encomendarme. James se dirige a Monica con calma:

—Estoy bastante de acuerdo con Emmylou. Es valiente, esta mujer, no sabemos lo que está viviendo en ese castillo. En mi opinión, ahí dentro no son todos trigo limpio.

Monica me lanza una mirada glacial. El que acaba de hablar es su marido, pero está furiosa conmigo. Se levanta y desaparece en la cocina. Simon aprovecha para tapizar con puré de zanahoria la mesa de su trona. Hago aquello para lo que me han hecho venir: limpiar y ocuparme del crío.

Las seis. Me levanto antes que el resto de la familia para reflexionar. Me echo agua helada en la cara, tengo que tener la mente despejada. A mi jefa no le gusto. Los padres de Simon le tiñen el pelo de castaño oscuro, solo tiene dos años. Lewis tiene diez años y camina con una muleta, cada día con mayor dificultad, con más dolor, y sigo sin saber por qué. Los habitantes de esta urbanización viven en villas parecidas, como si las hubieran dispuesto el mismo día en cajas idénticas. Las otras *au pairs* son inaccesibles: no consigo cruzarme con Nela, Dory parece ausente de su propia vida y solo he entrevisto a la de Mitchel en el jardín y delante de la casa. Recuerdo la sensación de sencillez y orden que tuve al llegar, me dejó pasmada. Una urbanización sin historias, donde reinan la paz y la fluidez. Pero, bueno, ¿en qué sociedad de seres humanos todo es miel sobre hojuelas? Debería haberlo imaginado, ¡pobre mentecata, hija de pobres que fantasea con ricos! Este recinto del que no puedo salir sin provocar los gritos de mi jefa me resulta insoportable. ¿De qué tenía miedo Monica? ¿De que me escapara, de que le robara a su hijo, de que alguien lo viera, de que alguien secuestrara a su tesoro? Dejo mentalmente en mi pequeño escritorio todas las piedras que se han acumulado en mis riñones. Me veo otra vez a cuatro patas vomitando encima del preservativo usado en la papelera del cuarto de baño de los padres. ¿Por qué iba a usar un preservativo cuando está casada? Las mujeres que llevan mucho tiempo en pareja toman la píldora, ¿no? Quizá uno de los dos esté enfermo o James la ha engañado con otra. No sé nada de relaciones entre adultos, tal vez me estoy comiendo el coco por nada. ¡Es que ni siquiera tengo ganas de pensar en eso! Me asquea, me degrada. Después del desayuno, cuando todo el mundo se ha ido, salgo a la calle. Es un día gris y hace frío, el cielo inglés de diciembre es lo peor. Me la suda; hoy va a pasar algo.

Me encamino hacia la casa de Mitchel y Holly. De tanto observar cada mañana la urbanización por la *bow-window* de la primera planta, conozco sus hábitos. A las ocho, Mitchel sale de casa y va en coche al trabajo. Siempre lleva un maletín de piel marrón. Por lo general, se toma su tiempo: arranca las hojas secas del seto, recoge algunas ramas para tirarlas al contenedor de plástico negro y rodea el coche para comprobar que todo está en orden. Y todo está en orden. ¿Qué podría salir mal en una urbanización vigilada y cerrada a cal y canto? Es este lapso de tiempo lo que me interesa. Esos cinco minutos en los que es posible el impacto entre nuestras vidas. Cinco minutos que podrían disipar un poco la niebla. Finjo que me encuentro con él por casualidad.

—¡Buenos días, Mitchel! *Good morning, how are you doing today?*

—*Good, Emmylou.*

Le sorprende verme. Yo adopto un aire natural, sé que no podré hacerle mil preguntas. Me gustaría que nos lleváramos bien para que un día me invite a tomar un té, charlar, tal vez incluso tranquilizarme. Tengo que inmiscuirme, enterarme de más cosas sobre mis jefes, sobre la vida en esta urbanización. ¿Desde cuándo viven aquí?

—¿Se va al trabajo?

—*Yes, my dear!*

He establecido el contacto, intento mantener la conversación. Señalo su villa y la de mis jefes, y le digo:

—Me encantan estas casas, ¿hace mucho que vive aquí?

—*Well*, ¡ya hace bastantes años! Diría que ocho.

Ya se ha montado en su Mercedes cupé, me dedica una sonrisa simpática, solo me da tiempo a despedirle con la mano. La puerta negra se abre y lo engulle. Vuelvo a casa de mis jefes, decepcionada, no he conseguido gran cosa, he cogido frío en la garganta, me encuentro mal, soy una negada. Subo al primer piso, dispuesta a empezar las tareas domésticas. Por costumbre, echo un vistazo a la urbanización a través del ventanal y, de pronto, distingo a la *au pair* de Mitchel. La chica también está saliendo de casa. Viste un abrigo holgado, un gorro y una bufanda, todo negro. Bajo por las escaleras como una loca, ni siquiera me entretengo en ponerme el

plumífero, estoy fuera y camino hacia ella. Nunca sale al exterior, todavía no hemos hablado.

—*Hey! Hello!* ¡Soy la *au pair* de Simon y Lewis!

La chica, cuyo nombre ignoro, se queda inmóvil, la he asustado. No me saluda.

—¡Perdona por abalanzarme sobre ti, encantada!

No reacciona.

De pronto, la puerta de la casa se abre detrás de ella y aparece Holly. Va ultracolorida para ser un mes de invierno: bufanda rosa, abrigo violeta, gorro rojo. Un conjunto encantador, todo de lana. Me saluda y se dirige hacia su coche con tracción en las cuatro ruedas. Abre la puerta del pasajero y, con un gesto, indica a la niñera que suba.

—¿Vamos, Kristina, *darling*?

Las veo marcharse. Les digo *bye-bye* con la mano. En el fondo, siento una pizca de envidia, «Kristina, *darling*...». ¡Es tan cariñosa con su *au pair*! ¿Por qué no me tocó a mí esta familia? Daría lo que fuera por estar en casa de gente tan luminosa, abierta y feliz.

Entro en casa y subo las escaleras con el cubo de productos de limpieza. Echo un chorro de lejía en el baño de los niños y froto las gotitas de orina amarillenta que han salpicado el reverso de la taza. Repaso la película en mi cabeza: Mitchel, Kristina y Holly. Una familia adorable, unos vecinos simpáticos. Holly incluso comparte actividades con su *au pair*, salen juntas de casa. Esa complicidad me gusta y me corroe por dentro. Es como haber nacido en el hogar equivocado. Mierda, ¿cuántas veces va a pasarme lo mismo? Yo que pensaba que me había tocado el gordo y resulta que sigo sin dar una. Le doy vueltas a la frustración y, mientras tanto, mi cerebro no deja de cavilar.

Hay un problema.

Mierda.

El niño.

¿Quién lo cuida? No es la primera vez que me lo pregunto.

Todos han salido. Es imposible que lo hayan dejado solo. ¿Dónde está?

Monica vuelve a casa con los niños, son las tres y cuarenta y tres, los pequeños van abrigados con sus parkas azul marino idénticas. Incluso llevan la misma bufanda roja. Uno apoyado en su muleta, el otro en sus dos piernecitas. Auténticos hermanos, aunque no se parezcan mucho. Simon, un poco rechoncho; Lewis, larguirucho y flaco. Me acerco al pequeño, más que feliz por no estar en su cochecito; me pone las manos en las mejillas y me acaricia con torpeza. «¡Milou!». Dice pocas palabras, me encanta mi mote. Tiro de las mangas de su abrigo y mi mirada se cruza con la de Monica, dura y sombría. Me perturba, pero reanudo mi trabajo. Simon lleva un pantalón de pana azul real, un jersey de cachemira gris ratón y una camisa blanca debajo. Muy elegante. «¿Lo bañas y le pones el pijama? *Thank you so much, Emmylou*».

Monica tiene el don de hacer preguntas que no lo son. Ni siquiera espera la respuesta. Lo tendré en cuenta para más adelante, cuando también yo tenga una asistenta doméstica. Me parto de risa. Como si eso pudiera ocurrir. Como si, algún día, yo fuera a tener el dinero necesario para esclavizar a mi mundo. Cuando desvisto a Simon para meterlo en la bañera, que se está llenando, veo que lleva cosido el nombre de Lewis por dentro del pantalón azul. Vaya, reciclan la ropa del primero. Es lo único que tienen en común con mi familia, mi hermana nunca se ha puesto ropa nueva. A los padres les gusta eso; a los niños, mucho menos. Sin embargo, Monica y James tienen recursos económicos.

Durante la cena, oriento la conversación hacia los niños, los suyos son *so cute*, monísimos. Monica y James están encantados. Simon habla cada vez mejor y se esfuerza por mostrarnos que existe y que tiene voz y voto. Aprovecho este momento de convivencia para compartir mi entusiasmo.

—He conocido a la *au pair* de Mitchel y Holly. Es muy simpática, pero aún no he visto a su hijo. ¿Es niño o niña?

Monica y James se miran como si se hubieran preparado desde hace mucho tiempo para responder a esta pregunta.

—Es una larga historia... No te lo tomes a mal, pero preferimos guardar discreción sobre este asunto.

No es cosa mía y, de paso, me entero de que hay un problema.

Morgane, menos mal que estás aquí. Aun muerta, estás más presente que todos estos vivos a mi alrededor. Esta noche les he hecho una simple pregunta a los padres sobre el hijo de nuestros vecinos y he cosechado la respuesta menos tranquilizadora del mundo. Pues, mira, la Emmylou de antes habría aceptado esta nebulosa, esta puerta que se te cierra en la cara: Tranquila, bien modosita... la chiquilla de la limpieza. La vida de los adultos es muy complicada. Tengo que aprender a aceptar las zonas prohibidas y todas las cosas que se callan. Pero desde que mi día a día ha empezado a cojear y la aguja juega con cada centímetro de mi piel, solo tengo un deseo: meter un pie en la puerta. Para ver, para entender.

Virginie no responde a mi carta. A lo mejor le molestan mis quejas, mis preguntas, ¿o es que le resbalan? Pienso arrancar las respuestas a mis preguntas. Mañana iré a hablar con Mitchel.

Tengo una idea.

Estoy esperando a que mi vecino vuelva, he constatado que todos los días llega antes que Holly, en torno a las tres de la tarde. He terminado mis tareas, he guardado mis productos en el lavadero y he doblado mi ropa. Me he dado cuenta de que ya hablo como mi madre, lo que no es buena señal. Ella nombra todas las mierdas de su vida con adjetivos posesivos, *mi*, *mis*: «mi colada por doblar, mi comida por preparar, mi casa por limpiar». Una posesión que no la enriquece, sino que la rebaja cada día un poco más.

Decido tomarme un tiempo para mí, me pongo a rebuscar. En la biblioteca, alrededor del televisor, en los sitios donde están expuestas las fotos de la familia perfecta. Hay dos grandes cajones que nunca he explorado. En el de la izquierda encuentro multitud de cintas de vídeo, películas compradas y otras tantas copiadas con los nombres escritos a mano de forma más o menos legible, un poco de cine inglés y muchas producciones norteamericanas. Lo cierro y paso al segundo. Descubro una selección de novelas encuadernadas en piel —para mí es un signo claro de gente que no lee, pero compra el objeto-libro para aparentar—, una pila de revistas —siempre de lujo, reconfortante espejo de su vida— y, en medio, un álbum de fotos. Lo hojeo, es un batiburrillo de imágenes de los niños a distintas edades, un álbum hecho a toda prisa. Simon sale moreno en las fotos. Y Lewis, sin muletas, no parece mucho más joven, debe de tener nueve años. ¿Qué ha pasado en un año? Hay muchas fotos de vacaciones. Nunca he viajado, no reconozco los destinos, pero el cielo siempre es azul. El corazón me da un vuelco cuando descubro una foto de Virginie balanceando la cuna de Simon, que sale en primer plano; se ve un gorrito azul de ganchillo. Simon tiene unos meses. Lewis está a la izquierda de la *au pair*, y ambos sonríen. El injerto había arraigado bien. En otra imagen, Lewis es claramente más pequeño, en torno a los dos años. Luce el pantalón azul real

que Simon llevaba ayer. Curioso. El parecido entre los dos hermanos es sorprendente. ¿Es natural o ha sido subrayado por los padres?

Me gusta sumergirme en los archivos familiares. Pero lo que me choca es la ausencia de una cronología. Cuando veo el contenido del cajón con las cintas de vídeo clasificadas y etiquetadas... Me parece extraño. ¿Un álbum, solo uno, y tan mal organizado?

Mitchel aparca. Lo observo desde detrás de la cortina de lino crudo del salón. Dejo que entre. Cuento hasta diez y me acerco a su casa. Llamo a su puerta. Tarda un poco en abrir, supongo que mira por la mirilla. Aparece y sonríe con dulzura y curiosidad. Me deshago en lágrimas. Él se queda estupefacto, desconcertado. Me siento ridícula, pero permanezco fiel a mi plan. Quiero que se sienta obligado a recibirme, a escucharme. Se aparta para dejarme entrar. Un placer nuevo circula por mi cuerpo, ¿alivio o vicio, tal vez? Escruto cada metro de la casa, cuyas habitaciones están dispuestas sin sorpresas, como la mía y la de David y Lisa. Descubro la decoración, a imagen del estilo de Holly: las antigüedades compradas en los cuatro rincones del mundo evocan los países del sur, donde predominan el sol y los colores. Me siento inmediatamente reconfortada. Pero no debo abandonar mi expresión de dolor, tengo que utilizarla. Me siento en el sofá que me indica Mitchel, aprieto las piernas contra el pecho, fuerzo el drama.

—¿Qué ha pasado?

Tardo un tiempo en responder. ¡Tampoco va a ser tan fácil!

—Estoy agotada —le digo—. Trabajo mucho, no consigo repasar para el examen de admisión a periodismo, que es para lo que he venido aquí.

Me sorbo los mocos.

—¿Cuántas horas al día trabajas? —pregunta, apoyando una mano en mi brazo.

Ya está, lo he pescado.

—Cuatro horas limpiando lo que ya he limpiado el día anterior, además de un montón de pequeñas tareas. Pero hay algo más.

—¿Algo más?

—Pasan cosas raras en la casa.

Su silencio me invita a continuar.

—Es el pequeño. Simon. No sé qué le pasa.

Aguardo su reacción. Está pendiente de mis palabras.

—Creo que está enfermo. Tiene una mancha extraña en la piel, no sé...

No se lo cuento todo, le he puesto un anzuelo.

Mitchel se queda paralizado. Veo que intenta ocultar su inquietud. Empiezo a conocer a los adultos al dedillo. Lo dejo reaccionar.

—¿Una mancha?

—Una marca oscura detrás de la oreja...

Reflexiona, ya no es el alegre vecino de Hidden Grove. Está concentrado.

Mi mirada vaga y se fija en el magnífico cuadro colgado frente al sofá. Me fascina por la fuerza de sus colores y la suavidad de sus formas. Una pareja de enamorados flota sobre un paisaje de un rojo intenso, otra está tumbada y parece entrar en la tierra. A su alrededor, un caballo verde, un pájaro amarillo, vegetación de color azul real. Es un sueño.

—¿Quieres que hable con James y Monica para que te den más tiempo para repasar?

Me encojo de hombros.

—Gracias —respondo.

—Y en cuanto a Simon, voy a ver qué averiguo discretamente, ¿vale?

Me siento aliviada, está de mi lado. Este Mitchel nunca decepciona. Señalo el cuadro de la pared.

—¿Quién lo ha pintado?

—Marc Chagall. Lo llamó *El Cantar de los Cantares III*, porque pintó varios. *El Cantar de los Cantares* es un texto sagrado para los judíos y los cristianos, un canto de amor maravilloso que se puede leer en el Antiguo Testamento. Es el símbolo del amor de Dios hacia su pueblo, pero también del amor entre un hombre y una mujer. Encontré esta reproducción en un mercadillo de Portobello Road, ¡para mí es sobre todo un bonito objeto decorativo!

Mitchel es menos místico que mis padres de acogida, lo cual me tranquiliza.

Me has robado el corazón, hermana, esposa mía;
has apresado mi corazón con una sola de tus miradas,
con una gargantilla de tu cuello. ¡Cuán dulces son tus caricias, hermana, esposa mía!
¡Cuánto mejores que el vino tus amores!
¡Y la fragancia de tus perfumes es superior a todas las especias aromáticas!
Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa;
miel y leche hay debajo de tu lengua;
y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.
Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía;
fuente cerrada, fuente sellada.
Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves.
Con flores de alheña y nardos.

Atenazada por la curiosidad, he abierto la biblia de los padres y he buscado *El Cantar de los Cantares* en el Antiguo Testamento. He devorado cinco páginas que son un poema loco, carnal, erótico, la carta de amor más hermosa del mundo. Estoy conmocionada. Pronuncio las palabras en voz baja, me queman en los labios, tienen el sabor de lo prohibido.

Me has robado el corazón, hermana, esposa mía;
¡cuán hermosos son tus amores, hermana mía, esposa mía!
Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía,
huerto cerrado, fuente sellada.

No tengo derecho a salir de la urbanización. Lo sé. Aquí las cosas funcionan así, no lo dicen, pero lo sabes. Es terrible, porque eso te encadena más si cabe, no puedes rebelarte ni oponerte, puesto que nada se ha dicho con palabras, no hay reglas explícitas.

A mi alrededor se han levantado los muros de una cárcel invisible. Nadie los toca, pero todo el mundo los evita. Quisiera huir, pero no tengo fuerzas. Es más fácil quedarte haciendo tu trabajo y cerrar el pico que planear una salida. Tengo un objetivo y me aferro a él. ¡Estoy tan cansada! Cada vez más. Bueno, depende del día. Alterno los momentos en los que me siento en forma con los de absoluto agotamiento. Incluso me echo siestas, aunque muy cortitas, porque me da vergüenza. Soy joven, pero tengo demasiado trabajo. A veces no me queda otra opción.

Cuando los niños han llegado a las tres y media, Monica no me ha llamado y yo no me he despertado. Incapaz. Postrada. Al final, he conseguido levantarme en torno a las seis menos cuarto y he bajado al primer piso. La puerta de Lewis estaba entornada, me he asomado por la fuerza de la costumbre y lo he visto en la cama, de espaldas, arropado por el edredón. He entrevisto su cabeza de pájaro desgreñado y su cuello, raquítico. Precisamente es su cuello lo que me ha dado pena. Revelaba toda su debilidad. El niño guardó cama hasta el día siguiente. Pero, por la mañana, nadie hizo el menor comentario al respecto.

Desde que Mitchel habló con mis jefes, trabajo menos. Monica vino a verme. James no, porque, lo he captado bien, la limpieza de la casa, aunque no la hagas tú, es cosa de mujeres. Monica me propuso que me ocupara únicamente de las habitaciones cada dos días, igual que de los baños.

Bendigo a nuestro vecino, al tiempo que maldigo la estupidez de Monica, que no ha sido capaz de tener esta revelación por sí sola. Limpiar la misma habitación todos los días no sirve absolutamente de nada. Es vergonzoso, es explotación, una pérdida de tiempo que impones a los demás, ¡me cago en su mente enferma! Le di las gracias. Me preguntó cómo iban los estudios y le dije: «Con dificultades, pero voy a hincar los codos».

Media tarde, lluvia regular, cielo garabateado deprisa y corriendo. Un día inglés. Aparto la mirada de la ventana para mirar mis cinco libros: el temario del examen de admisión a periodismo.

Veo mis manos encima del escritorio, siento mis piernas bien afianzadas en el suelo. Todo está ahí, en su sitio. Excepto mi cabeza. No lo consigo. Consumida por el cansancio. Me muero de agotamiento. Pero ¿cómo narices es eso posible a los dieciocho años? Me levanto y voy a darme una ducha, pensando que el agua fría puede modificar mi estado.

Miro por el ventanuco del cuarto de baño, uno de los múltiples ojos de la casa a la vida de la urbanización. Reina la paz, las amas de casa aún no han ido a recoger a los niños. De repente, veo que alguien sale de casa de Mitchel por la puerta trasera, la del jardín. Es todo un acontecimiento para una observadora hambrienta como yo. Es una mujer, lleva un sombrero negro. No distingo su cara, pero reconozco ese porte elegante, seguro de sí mismo: Monica. Apenas ha puesto un pie fuera, da media vuelta y se inclina hacia el interior de la casa, besa a alguien. *My God!* Un adulto, alguien de su

estatura. Holly no está, Mitchel, sí, y mi jefa no es de las que besan a una *au pair*. ¿Monica y Mitchel?

Tengo la impresión de haber presenciado una escena prohibida, no quiero imaginar nada inapropiado, pero mi cabeza no tiene dudas, se trata de un beso, algo en su cuerpo, el ángulo de inclinación, todo lo delata. *Fuck, fuck, fuck*. Monica se vuelve y aprieta el paso hacia nuestra casa. Que le den a la ducha, ante todo quiero ver su mirada, ver su semblante. Soy joven, pero reconozco el amor cuando lo veo.

Bajo a toda prisa las escaleras y llego al recibidor en el momento exacto en que ella abre la puerta. Le sorprende encontrarme ahí. Tiene las mejillas sonrosadas. Cuelga su sombrero de fieltro en el perchero. Veo claramente que no me sonríe a mí, sino a la vida, a la alegría, al amor. No sé si quiero saberlo. Siento que he caído en una trampa. Los necesito. Sin inglés, no hay escuela de periodismo; sin escuela de periodismo, no hay trabajo, no hay carrera, no hay salida de emergencia, vuelta a la casilla maldita: Plouhernec. Para colmo, le pregunto a Monica, con una voz impostada de alegría, si ha pasado bien la tarde, y me responde: «Sí, he tomado un té con Eve, hemos... hemos hablado de la Navidad». Maldita vacilación... *Oh fuck!* Estoy de mierda hasta el cuello.

Cortada.

De ahora en adelante, soy dos.

La que limpia y cuida a los niños y la que observa y está al acecho. Ya no me siento segura. Cuantos más días pasan, más me consume la incertidumbre. Avanzo en medio de una realidad opaca, angustiosa. Me da miedo hacer descubrimientos que puedan desestabilizar mi vida diaria. Tengo la sensación de que todo el mundo juega un doble juego. Monica ha fragmentado mi tiempo, me pide que haga un montón de pequeñas cosas. Ha fraccionado las tareas: unas veces preparar la cena, otras planchar vestidos o camisas en el último momento, ordenar la habitación de los niños antes de acostarlos. No duda en interrumpirme en medio de mi hora de estudio para que la ayude a clasificar la ropa que se les ha quedado pequeña a los niños: «Una cosa rápida, ¿no te importa?». Guardar los juguetes que ya no sirven en el garaje: *«Is it okay for you?»*. Apilar algunas cajas, cambiarlas de sitio: «Aquí. No, mejor aquí, gracias por tu ayuda, de verdad». No sé exactamente cuándo ni cómo sucedió, diría que ha sido un proceso insidioso. Esta nueva carga ha abierto un resorte en mi cerebro. Eso, más la falta de respuesta de Virginie y de noticias de mis padres, me está desquiciando. He cruzado el Canal de la Mancha para aprender inglés en casa de unos ricos que están colgados porque mis padres son pobres, ¿y encima no son capaces ni de enviarme una carta? No espero ánimos ni palabras bonitas por su parte, pero ¡preguntarme cómo estoy es lo mínimo! Doble condena. Estoy triste y sola.

El despacho de James. Tengo que entrar como sea, seguro que encierra respuestas, algún alivio para mi inquietud. Nunca me habría atrevido si mi cerebro no hubiera hecho un clic. En mi casa no somos intelectuales, pero somos manitas. Recuerdo aquel día en que mi padre vino a recogerme al instituto debido a la huelga de

autobuses. Nos quedamos delante de la puerta de casa como unos idiotas porque él había perdido las llaves. Echó pestes, por supuesto, pero no perdió el aplomo. Se volvió hacia mí y me preguntó: «¿No tendrás una horquilla para el pelo?». Rebusqué en los bolsillos y tenía incluso dos. En el instituto, me molestaba que el pelo se me metiera en los ojos, así que siempre llevaba una o dos horquillas de esas de acero planas que apenas se ven, pero que, gracias a su ejemplar rigidez, sujetan muy bien los mechones. Papá metió el prendedor en la cerradura y la manipuló tranquilamente hasta que consiguió girar el pestillo. Y entramos. Yo tenía quince años y me sentí muy orgullosa de él. Ese fue uno de nuestros raros momentos de complicidad.

Aprovecho que Monica está en clase de gimnasia para abrir el despacho de James. Tengo el corazón desbocado. Me repito que debo andarme con cuidado para no romper la horquilla en el interior, que no pueden pillarme. Siento la presencia de mi padre, como si estuviera a mi lado, taciturno, huraño. Papá, te echo de menos. Nunca pensé que diría eso. Llevo diez minutos intentando desbloquear el pestillo. Monica podría volver dentro de media hora. Hago de tripas corazón por conservar la calma, por no romper la herramienta, entrecierro los ojos, ajusto mi vista un poco borrosa. Desde hace unos días, tengo la sensación de estar volviéndome miope, de verlo todo turbio. ¡Joder, solo me faltaba eso! En este momento se me ocurre una frase tonta: «Las desgracias nunca vienen solas». *Clac*, el cerrojo ha cedido, solo tengo que empujar la puerta con suavidad para que se abra.

Una descarga de alegría y, a estas horas, poco tiempo para hurgar. Me acerco a la pila de carpetas: veo números y comprendo que son facturas extremadamente bien clasificadas. Cero interés. Constato que la fotografía de los cuatro miembros de la familia ya no está en su sitio. Lástima, porque me hubiera gustado comprobar el color de pelo de Simon. ¿Era rubio, como me pareció? Ahora lo dudo, con toda esta neblina en mi cabeza. Levanto el tapete que protege el escritorio. El despertador antiguo que han dejado encima pesa una tonelada: acompasa mis pesquisas con su tictac militar. La manecilla

grande, la pequeña y el segundero, tres viejos carcas que van a su aire, tienen una misión: descuentan el tiempo sin despegar los dientes. En los cajones hay carpetas con el membrete de un abogado. Son casos de James. Algunas carpetas están marcadas con un «confidencial» en rojo, lo que explica que la puerta esté cerrada con llave. En caso de robo, el hurto de estos documentos sería gravísimo. James pondría en riesgo su carrera, imagino. Parece un abogado importante, nunca habla de sus clientes ni de los juicios. También hay una biblioteca llena de libros. Les echo un vistazo rápido: numerosas obras de derecho inglés y una biblia. Decididamente, cada habitación de la casa tiene la suya. No sé lo que busco. Tal vez algo que me tranquilice. Paso las manos por encima de la biblioteca. Me dispongo a arrodillarme para mirar debajo, pero me digo que es ridículo. Y, además, me ahogo. Lo prohibido, el tiempo que se desgrana, el temor a que me sorprendan. Salgo del despacho, pero algo me incita a volver a entrar, el instinto. Me pongo a cuatro patas, palpo debajo de la biblioteca y toco algo. Es frío, duro. ¿Una caja? No consigo atrapar el objeto. Me tumbo en el suelo. Una caja de galletas Carr's metálica roja y gris. La agarro y la empujo hacia mí. Le quito el polvo, nadie la ha tocado desde hace varios meses. La abro. Hay un montón de documentos en su interior. Expedientes médicos, nombres de médicos, certificados. El corazón se me sale por la boca, intento respirar despacio, pero no lo consigo. Lo primero que veo es mi cara, la foto que elegí para presentarme a la familia. Parezco feliz, relajada. No me reconozco con ese aspecto, parece algo lejano. Sobrevuelo rápidamente las páginas, tropiezo con mi minúsculo currículum, mi carta de motivación, mis análisis médicos. Y la foto de otra chica que no conozco. Parece tener la misma edad que yo. Luego están el retrato y el dosier de Virginie, que no hojeo por completo. No entiendo. Vuelvo al dosier de la desconocida. Solo tengo tiempo de leer su nombre: «Irina». ¿Puede que no la seleccionaran para mi puesto y la tengan en reserva? Oigo la llave en la cerradura de la entrada. Miro debajo de la pila de hojas y descubro dos carnés de identidad. Reconozco el mío, tiene una esquina doblada. Apenas ha viajado y ya está hecho polvo: la

historia de mi vida. No tengo tiempo de echarle un vistazo al otro. Cierro la caja y la dejo en su sitio empujándola con el pie. ¡Qué caja fuerte ni qué ocho cuartos! Mi preciado carné a salvo de los ladrones, ¡la gran promesa de Monica! No me lo puedo creer.

Pero ¡qué tonta! El terror se aferra a mis mejillas. Tengo frío y, de pronto, también mucho calor. No lo había pensado: puedo cerrar la puerta del despacho, por supuesto, pero no puedo echar el cerrojo porque no tengo la llave. Inevitablemente, James se dará cuenta. «¿Emmylou? ¿Emmylou?», me llama Monica. No tengo elección, cierro la puerta con delicadeza. Solo son las once. Sé, desde ya, que mi jornada será una bola de angustia que el tiempo sádico se complacerá desgranando en largos minutos. Empiezo a ver borroso otra vez. Avanzo apoyándome en las paredes. Llego a la cocina y me abalanzo sobre el frigorífico. Rápido, una excusa. «Monica, *sorry*, *but* ¡no queda leche para los niños!».

Esta tarde, los niños han ido al oftalmólogo con su padre para la revisión anual. Monica me ha pedido que les prepare unos sándwiches para la tarde. Cuando vuelvan, estarán cansados y hambrientos, así será más rápido. Mientras tanto, yo tengo una cita delante de la ventana de mi cuarto de baño para ver si Monica acude a casa de su amante. Sale por la puerta de atrás, son las cinco de la tarde. Es puntual. Tengo la vista borrosa y, ahora, migraña. La puerta se abre, pero esta vez Monica no se demora, entra corriendo. Así que se trata de una costumbre. Su forma de ser adúltera, dicho sea de paso, no es muy perspicaz. «17 h M» en su agenda. Podría haber escrito «fisio» o cualquier otra cosa, pero la inicial del amante... Ni siquiera yo, la novata, me habría atrevido. Voy a echarme un rato, no me quedan fuerzas, ya estudiaré en otro momento. Solo es un día, qué se le va a hacer. Tengo que recuperarme antes de que vuelvan los niños. Oigo entrar a Monica, que, como siempre, me llama a gritos desde la escalera: «¡Emmylou! ¡Emmylou!». Su voz y mi nombre se diluyen en mi sueño.

Cuando me despierto, tengo la sensación de que comienza un nuevo día, y eso me horroriza. Un nuevo día en un día ya empezado. Una muñeca rusa infernal. No consigo recordar lo que he hecho esta misma mañana. Me devora la inquietud. Me quedo acostada un buen rato, con la mirada fija en el vacío, los brazos a los lados, intento emerger, busco un hilo de Ariadna al que aferrarme para salir de este lodazal, pero estoy perdida en mi propia cabeza.

Y vuelvo a recordarlo todo, la angustia se concreta. La angustia de que me descubran. ¿Cómo justificar que la puerta del despacho ya no esté cerrada con llave? Mi cerebro me presenta la factura de mis despropósitos. ¿Y el polvo de la caja que he limpiado con la manga? ¿Y las huellas de mis dedos? He debido de dejar huellas por todas partes, ¿cómo voy a explicarlo?

Bajo a preparar la merienda que Monica les dará a los niños y por la que, como cada día, acaparará agradecimientos y besos. Me sirve un té, luego vuelve a hundir la nariz en su agenda y un dedo en el bucle de un largo mechón castaño. Está muy concentrada organizando sus citas de deporte, peluquería, esteticista, padres de alumnos, sus escapadas a casa de Mitchel. Esta mujer no me gusta. Me da mala espina.

Mientras unto mantequilla de cacahuete en las rebanadas de pan de molde, veo de nuevo la cara de Irina. Guapa, morena, cara fina, ojos más bien claros, aunque no he tenido tiempo de determinar su color. Se parece vagamente a Virginie, pero en morena. Su mirada me incomoda. ¿Quién es? ¿Una *au pair* rechazada? ¿La chica que sucedió a Virginie? Nadie me ha hablado nunca de ella. Y Lewis, ¿por qué nunca la ha mencionado? Los niños suelen irse de la lengua: «Pues Irina era así y Virginie era asá, no como tú». Es como si Lewis hubiera hecho borrón y cuenta nueva con el pasado. Como si las empleadas pasaran por su vida sin dejar rastro. Dejo la merienda en un plato. Algo me molesta. La aguja que juega conmigo desde hace semanas se me clava en la piel de la nuca. La descarga es violenta. Siento frío en la espalda, un frío indescriptible. En ese momento, Monica entra en la cocina y extiende la mano para coger los sándwiches. De ella solo veo los contornos, la cara, una papilla humeante, la migraña reaparece para dar otra vuelta al ruedo. La voz de Monica me llega desde muy lejos, tengo la impresión de estar en la misma habitación pero a treinta metros de ella; mi brazo, que se extiende en su dirección, se me antoja inmensamente largo. Me responde con un gracias deformado, su boca es desproporcionada, monstruosa. Pastosa.

El segundo carné de identidad.

En la caja había dos carnés, el mío y otro. Virginie tuvo que marcharse necesariamente con el suyo.

Entonces, el segundo documento, ¿de quién es?

¿Por qué lo guardan ahí?

Nadie se marcha sin su carné de identidad. ¿A quién pertenece?

Irina.

¿Es tuyo, Irina?

Pero entonces, si ese es tu carné, ¿dónde estás tú?

Me despierto. Tengo la sensación de salir de un largo coma. Monica está a la cabecera de la cama. Quiere saber si me encuentro mejor, parece muy preocupada. Me presenta a John, nuestro vecino, es médico. Ha venido para hacerme un reconocimiento. «Nos has dado un buen susto. Te has desmayado delante de mí...». Monica habla y habla. Es el acontecimiento del día para ella, noto una mezcla de temor y excitación ligada al minidrama que ha presenciado. Es algo que siempre podrá contar a sus vecinos, a sus amigas: me ha salvado. La oigo, pero he dejado de escucharla. Tengo el estómago revuelto. La impresión de que mi cama es una balsa a la deriva en un mar crispado. John me toma la tensión sin despegar los ojos de Monica. «Tiene la tensión muy baja, no es buena señal». Monica responde que, claro, no es buena señal. John añade que necesito reposo si quiero salir adelante. Monica asiente, parece muy preocupada. ¿Piensa en las tareas domésticas que quedarán sin hacer? ¿En las habitaciones que limpio cada día, espacios donde el polvo y la vida no tienen cabida? ¿Piensa en su tiempo libre, que le escamotearán mi salud frágil y mi necesidad de descanso?

El médico y mi jefa hablan por encima de mí como si yo no existiera. John no me pregunta qué me pasa, cómo me siento. Me gustaría hablarle de las migrañas, de toda esa niebla en los ojos, del cansancio profundo, extenuante. Del agotamiento. No, él actúa como si ya lo supiera. Ni siquiera me mira a la cara cuando me palpa las piernas, el vientre, donde se demora, el cuello... No sé lo que busca y no tengo fuerzas para preguntárselo. Si fuera la *au pair* de Mitchel y Holly, otro gallo cantaría. Me cuidarían, me hablarían, me tendrían en consideración. John me pide que me levante para ver cómo me desplazo, si no me mareo. Me tiende el brazo. Le digo que tengo hambre y que me gustaría bajar. Me dice: «Sí, pero despacio, agárrate a la barandilla». Llaman a la puerta. Es Eve, la esposa de John, con su hija. Ha venido a buscar a su marido para que los acompañe a alguna parte, no he entendido adónde. Es la primera vez que veo a su hija, la devoro con los ojos; cruzarse con alguien

en Hidden Grove es algo inaudito. Me recuerda a alguien... a alguien que... John me empuja amablemente hacia la cocina.

Morgane, te envidio. Puedo decírtelo en la intimidad de mi habitación, donde llevo acostada un día y una noche, quizá más: te envidio. Nunca conocerás el mundo de los adultos. Soñábamos con él, sentadas en nuestras camas, en el autobús, frente al mar. Era nuestro Grial. Pero este mundo es complicado y sucio. Está podrido. Desde tu muerte, me he visto envejecer, caminar por la línea de la vida, ir a la escuela de periodismo, trabajar en una redacción de prensa escrita, salir de fiesta, tener novio, dos hijos, un coche donde apretujar nuestra vida cotidiana, vacaciones en el camping de la isla de Groix. He atravesado todo eso mentalmente, y después me he dado la vuelta y te he visto a ti, ahí, atrapada en tu edad eterna. Dieciocho años. Mi alma gemela conservada en el ámbar del tiempo. Hoy, toda esta mierda mitiga el dolor de tu desaparición, porque sé que tienes suerte. Tu humanidad nunca habría soportado esta negrura. Ahora voy a cerrar mi cuaderno y te deslizaré de nuevo entre el colchón y el somier, en pleno centro de la cama. No me fío, cualquiera podría verte, podría leernos. Quiero salvaguardarte.

Mitchel acapara todo mi interés: es el amante de mi jefa, el jefe que me hubiera gustado tener, el padre de un niño invisible, el único vecino simpático y normal. Quiero saber más. Esta mañana, espío su partida desde la ventana, quiero entrar en su casa. Quiero mirar sus objetos, ver la habitación de su hijo, sus muebles, su vajilla. ¿También formará parte del club de las villas gemelas? Voy a aprovechar su ausencia para que su *au pair* me abra la puerta y así conocerla. Tiene pinta de ser tímida, pero estoy segura de que es simpática, a imagen y semejanza de sus jefes. Puede que me dé información sobre mi propia familia y sobre Irina, la desaparecida. Tengo la sensación de estar acercándome a una verdad.

Llamo a la puerta de Holly y Mitchel. Kristina no responde, insisto varias veces. Nadie. Sé que está ahí. Es posible que no se atreva a abrir cuando está sola. Para tranquilizarla, digo en voz alta:

—Kristina, es importante, necesito consejo.

La puerta se entreabre. Tiene la mirada huidiza. No quiero ser brusca con ella, pero tiene que dejarme entrar cueste lo que cueste. Le explico que necesito saber cómo comportarme con mis jefes, pues no siempre entiendo lo que esperan de mí.

—¿Puedes ayudarme?

Imito su forma de actuar, no reacciono como la chica desesperada y nerviosa que puedo ser a veces, me ajusto a su talante: tranquila y tímida. Veo que duda.

—¿Puedo pasar unos minutos? ¡Estoy tan cansada! *So tired*.

Entreabre la puerta; sigo el movimiento y avanzo con precaución para no asustarla.

Nos dirigimos a la cocina, no me invita a sentarme, se queda de pie al lado de la mesa, con los brazos cruzados sobre su holgada chaqueta negra. Es guapa, con su melena castaña por los hombros, no muy gorda, como diría mi madre, Holly en versión austera. Su

color es el negro. Su cara es como una miniatura: la nariz, los ojos, la boca, todo es pequeño, cincelado y concentrado en el mismo lugar. Extraño y atractivo.

—Estoy contenta de poder hablar contigo, no tengo noticias de mi familia, me siento sola.

Ella me escucha, pero no suelta prenda.

Como su silencio me incomoda, susurro señalando con el dedo el piso de arriba:

—El pequeño duerme, ¿es eso? Chist.

No responde, debe de ser obvio. Sé que solo tengo unos minutos y quiero enterarme de todo lo que pueda.

—¿De dónde eres?

—Eslovaquia.

—¿Cómo llegaste aquí?

Como se encoge de hombros, continúo:

—¿A ti también te pidieron muchas cosas, una carta, una foto, un análisis de sangre?

No está a gusto.

—¿Has salido alguna vez de la urbanización?

Se toma su tiempo para responder:

—Holly me ha prohibido salir sola. Demasiado peligroso.

Estoy estupefacta, la chica se ha resignado. Es dócil, ha aceptado su suerte. Le hago otra pregunta:

—Yo he venido a aprender inglés para mis estudios. ¿Y tú?

—¡Mis jefes me han prometido que me darán la nacionalidad inglesa!

Su rostro se ilumina durante unos segundos y luego se vacía de nuevo.

—¿Cuándo llegaste?

Hace seis meses, me da a entender con las dos manos. Intuyo que esta conversación no le hace ninguna gracia. La sufre. Quiere ponerle fin, avanza hacia la puerta. Va a despedirme y, no sé qué me da, pero le digo:

—¡Enséñame tu cuarto! ¡Me haría mucha ilusión!

Veo claramente en su mirada que me toma por una loca. A partir de ahora, seré la *au pair* majara de la urbanización. Me dice:

—Vale, y después, ¡trabajo! *Work!*

Subimos por la escalera. Primer piso, el de los niños, imagino, como en casa de mis jefes, solo que aquí las puertas están cerradas, el niño debe de estar echándose la siesta. Segundo piso a la derecha, el dormitorio principal y la habitación de la *au pair* enfrente, a la izquierda el cuarto de baño. Exactamente igual que en mi maldita casa. Kristina abre la puerta de su cuarto. Es tan pequeño como el mío y tiene el mismo papel pintado con motivos de la selva, ¡es increíble! No obstante, es más triste. No hay ningún libro, tan solo una pequeña cruz colocada en la estantería al lado de un collar de cuentas de madera, un rosario, quizá. El timbre del teléfono fijo interrumpe este gran momento de convivencia. Kristina me mira, paralizada. Me dice:

—Tengo que responder.

—Sí, claro, ve.

Me observa sorprendida.

—¿Bajas?

Asiento.

—Ve, yo cierro al salir.

Baja corriendo las escaleras. Yo la sigo a un ritmo más razonable, tengo una idea en mente. Cuando llego delante de la puerta del cuarto de los niños, la abro muy despacio. No quiero que me reprochen haber despertado al crío.

Pero no molesto a nadie porque la habitación está vacía. La cuna no está ocupada. No hay vida, ningún signo de infancia. Incluso cuando la habitación de Simon está ordenada, oyes sus gritos, sus risas, su vocecita de dibujos animados, huele a niño, a piececitos, a peluches, a cuello, a alegría, a llanto, huele a baño por venir, a baño reciente. Pero aquí no hay nada de eso. Los juguetes están en sus cajas originales, envueltos en plástico, las mantas bien dobladas, los cojines alineados. Cierro la puerta y bajo a toda velocidad. Soy consciente de lo que he visto, tengo que recuperar la compostura, respirar, no dejar traslucir que lo sé. El pánico ha encendido mi rostro, y la ira también. Tengo ganas de gritar: «Pero ¿por qué eres la *au pair* de nadie? ¿De qué va esta movida? ¿Qué estás haciendo? ¿De qué eres esclava? ¿Qué te han contado para que vinieras, para

que te quedaras, para que no huyeras?». Kristina está en el recibidor, cerca del aparador con el grueso teléfono lacado de color beige. Acaba de colgar. Le tomo la delantera y le pregunto si todo va bien. No tengo ganas de que me interrogue.

—Era Holly, tengo que poner el pollo en el horno —me informa.

—Gracias, Kristina —le digo—. Si necesitas ayuda, estoy aquí. *Anything!*

Parece sorprendida. Abre la puerta y me dice:

—¡Chist! No le digas a nadie que has entrado aquí, me lo tienen prohibido.

La puerta se cierra detrás de mí. Tengo una sensación de urgencia, quiero recorrer la distancia que separa nuestras dos casas lo más rápido posible. Quiero ponerme a resguardo y, extrañamente, es en casa de mis jefes donde quiero estar. ¿Qué es este infierno? En esta familia hay una niñera y ningún niño. Pero ¿a quién cuida Kristina? Me pregunto qué hace durante el día y quién más en Hidden Grove sabe que Mitchel y Holly no tienen niños. Cuanto más indago, más pronunciada es la caída. Cuanto más averiguo, mayor es mi miedo.

Estoy sola con Simon, lo estoy bañando. Golpea el agua con las manos, se salpica y ríe con ganas. El agua corre por su pequeño cuerpo rollizo, tiene el cabello castaño pegado a la cabeza, está contento. Estoy sentada a su altura en un escabel de plástico y lo observo. De los cuatro miembros de la familia, es él al que siento más cercano, no sabría decir exactamente por qué, pero estoy a gusto en su presencia. Sin embargo, me intriga. Quizá por el cariño excesivo que su madre le profesa. Quizá por su alegría natural. Es el único de su clan que me parece accesible de verdad. Intento vivir el momento, la simple dicha del baño, para no pensar en todo lo demás. Pero la migraña y mi mirada turbia me recuerdan que no estoy bien y que no es normal. Simon coge un barco de plástico azul e intenta hacerlo navegar, después coge un pirata y lo lanza con todas sus fuerzas contra el barco, que acaba volcando. Risas. A nuestro alrededor, vaho. El espejo está empañado. Una evidencia se impone. Miro a Simon y veo a Mitchel. La afabilidad, la sonrisa, la alegría en la comisura de los labios... Simon se parece a Mitchel. Por supuesto, a veces hay seres humanos que se parecen y no tienen un vínculo de parentesco; en esos casos, resulta gracioso y anodino. En este, es aterrador.

De pronto, oigo gritos procedentes de la planta baja. Me siento tentada de salir rápidamente para ver qué pasa, pero no puedo dejar a Simon solo en la bañera, es demasiado pequeño, podría ahogarse. Así que, con una mano, entreabro la puerta. Oigo que Monica dice: «¡Lo llevamos, será lo más rápido! *Hurry up!*». Y a James, que grita: *«No! Oh, no!»*. No quiero asustar a Simon, de modo que sigo sonriéndole y jugando con él. Luego oigo un portazo. Silencio. Cierro la puerta del baño para que Simon no se enfríe y me concentro en él. Lo envuelvo en su albornoz y lo llevo a su habitación. En la planta de los niños, ni un ruido. Tengo miedo de

entender. Con el pequeño en brazos, bajo por las escaleras agarrada con fuerza a la barandilla, con el dichoso dolor de cabeza y el miedo a caerme con el niño. No hay nadie en la cocina. Debe de haberle pasado algo a Lewis.

Preparo la cena de Simon, se come su puré de zanahorias con tranquilidad, el incidente nos ha sumido en una espera silenciosa. Tengo una idea, es una locura. Nadie me ha avisado de nada. Tengo derecho a estar preocupada, ¿no? Cubro a Simon, me enfundo mi chaqueta y voy a llamar al timbre de Mitchel. Pulso varias veces el timbre para indicar el peligro. La urgencia. Funciona, Holly sale a abrirnos. Le sorprende vernos, pero, sin darle tiempo a preguntarme, le suelto: «Monica y James se han ido a toda prisa sin decirme nada, creo que se trata de Lewis». Es la primera vez que veo a Holly desconcertada. Se vuelve y llama a su marido, que no responde. Me propone que entre con Simon. Estamos en el salón, Mitchel llega. Me dispongo a explicarle la situación, pero tengo muchas ganas de ir al baño, así que le encasqueto a Simon en los brazos. Mi reacción le sorprende. Ni siquiera le pregunto dónde está, conozco estas casas al dedillo. En el corredor, fotos de la pareja adornan la pared. Es una cronología inversa de su vida cuando vienes del salón y te diriges al cuarto de baño. Los Mitchel y Holly actuales, elegantes y alegres durante una lujosa fiesta; los Mitchel y Holly jóvenes, treintañeros en un velero con el casco rojo y blanco, Mitchel ya tiene el pelo entrecano, pero rejuvenecen a medida que me acerco al baño, y, por último, los Mitchel y Holly hippies, con mochilas a la espalda y melenas al viento, tienen veinte años y son rubios. El Mitchel original es rubio. Me lo temía tanto como me lo esperaba. Le da sentido a este caos. Cuando vuelvo al salón, nuestro amable vecino tiene todavía a Simon en brazos, están cara a cara, dos perfiles muy parecidos. Holly vuelve de la cocina, mira a su marido y al pequeño. Veo cómo el asombro deforma su rostro. Veo que se esfuerza por no mostrar nada, pero la emoción se impone. ¿Ha descubierto Holly la verdad? ¿Se da cuenta de que Mitchel es el padre de Simon? ¿De que Monica es la mujer secreta de Mitchel? Mitchel sonríe, hace rebotar su dedo índice en la nariz del niño, que

suelta una carcajada. Un momento suspendido sobre la escena de un drama. Veo el salón dando vueltas sobre sí mismo, las siluetas soltándose. Holly, la mujer ultrajada, con los brazos muertos a ambos lados del cuerpo, los ojos amarrados a su felicidad, que se le escapa de las manos. Mitchel y Simon, indiferentes a todo.

En cuestión de segundos, Holly se vuelve hacia mí, ha recuperado la compostura y, posando su mano en mi hombro, me dice:

—No te preocupes.

¡No me lo puedo creer! ¿Sabe que lo sé? Prosigue:

—Te llamarán para darte noticias. Estamos aquí si nos necesitas.

Cuando vuelvo a la casa no hay nadie. No hace ni media hora que mi familia se ha ido. Me esfuerzo por mantener la naturalidad, no quiero preocupar al pequeño, soy profesional. Empiezo el ritual de la tarde: cepillo los tres dientes de Simon, le leo su cuento, le hago mimos y le canto su canción de cuna, *Good Night, Sleep Tight*, les damos las buenas noches a la familia y a los amigos, a los juguetes y a los peluches. Miento cantando que nos veremos mañana. Miento bajo las estrellas de la noche.

Inclinada sobre él, lo arropo con la manta de cachemira azul cielo. Siento que lo protejo. Le sonrío. Nunca ha estado tan tranquilo. Me pongo en la piel de una madre que sabe muy bien que algo pasa, que está ocurriendo una tragedia, pero que no dejará que la desgracia alcance a su pequeñín. Enciendo la lamparita quitamiedos con forma de conejo. Todo este universo de hadas, repulsivo si lo comparas con lo que pasa en el mundo, es una felicidad frágil. Con la puerta abierta y la luz del pasillo encendida, Simon duerme tranquilo. Bajo a la cocina y recojo la cena. Me termino las sobras y miro el reloj: las ocho y veintitrés. Ninguna novedad. La espera se hace insoportable.

Subo y me tumbo en la cama con un libro, paso las páginas sin entender la historia. Demasiadas cosas que pensar y procesar. Estoy encerrada en esta bonita casa, estoy protegida y, sin embargo, un obstinado temor se ha apoderado de mí. El silencio, la oscuridad, todo me oprime. Tengo un regusto acre en la boca, me levanto para beber agua, no sabía que el miedo tenía sabor, ha contagiado cada una de mis papilas gustativas. Me tumbo otra vez y vuelvo unas páginas atrás. Intento concentrarme en esta nueva novela de Jay McInerney, *Model Behaviour (Modelo de conducta)*: lentejuelas y cinismo en el mundo de la farándula. No quiero pensar en todo lo que he descubierto, pero no logro entrar en la historia, me quedo en

lo superficial, las palabras que normalmente me atrapan se me antojan un ejército de caracteres refractarios que protegen con fiereza su mundo. No consigo seguir con la lectura.

Me levanto. Bajo una planta para escuchar la respiración de Simon. Es plácida. Continúo bajando y me acerco a la puerta de la entrada. A través del tragaluz, vigilo, observo los movimientos de la urbanización. Nadie sale ni entra. Deambulo por la casa, enciendo la tele. No consigo concentrarme en la oleada de anuncios ingleses, es una verborrea insoportable. Voy a la cocina a por un yogur. El frigorífico está medio vacío, como siempre. Sorprendente, tratándose de personas ricas; hacen las compras mínimas, hasta tal punto que a mediodía no siempre me atrevo a servirme. Así que como poco. He adelgazado. Estoy desesperada, mano sobre mano. Sigo vagando, paso por delante del despacho de James y, de golpe, tengo la impresión de que una mano salida directamente de la puerta me agarra del cuello y me aplasta la cara contra la madera marrón. Es una exhortación. Busco en mi bolsillo y encuentro la horquilla que siempre llevo encima, la llave maestra para abrir esta estancia prohibida. No sé cuándo volverán, pero algo me dice que van a tardar y que tengo que avanzar, superar el miedo. Dentro, todo está revuelto, como si lo hubieran saqueado. Como si un ladrón hubiera entrado y rebuscado para hacerse con dinero en metálico o documentos valiosos. Los dosieres en carpetas de colores están esparcidos sobre la mesa, todo parece mezclado. Me acerco al escritorio. Siento placer y terror. Dos sentimientos que se funden en una mezcla repugnante. Me siento culpable. Cojo una hoja suelta. Veo sumas en libras esterlinas con muchas cifras. No sé qué es, pero parecen sumas importantes. Sigo rebuscando. Abro una carpeta roja de la que se escapan algunas hojas. Es un documento médico, lo reconozco por el membrete, en el que figuran el nombre de un médico y el de un hospital. Los resultados de una analítica en un inglés científico que no domino: *«Red blood cells (erythrocytes), haemoglobin level, Mean corpuscular volume, Mean corpuscular haemoglobin concentration (MCHC), Iron tests (serum ferritin, transferrin saturation for thalassemia research)»*.

No entiendo nada. Busco el nombre del paciente. «Lewis White».

Una fecha: «25 de febrero de 1988».

En otro documento, los resultados de otro examen: *«Genetic analysis to identify specific mutations in globin genes (*HBB *gene for beta thalassemia). Genetic confirmation»*.

La prueba es positiva. Entiendo que es un análisis. Leo las palabras: «genéticos», «genes», «mutación»... ¿Qué padece Lewis? Adjunta a esta hoja, una factura de doce mil quinientas cuarenta y tres libras, una suma considerable, ¡el equivalente a cien mil francos! También encuentro una receta con una lista de tres medicamentos que hay que tomar todos los días: *«Deferasirox, Folic acid, Hydroxyurea»*. Nunca los he visto en la cocina ni en la habitación de Lewis.

¿Es posible que nunca le hayan dado el tratamiento?

Dejo las hojas en su sitio. Me pongo en cuclillas para coger la caja de galletas de debajo de la biblioteca. Busco el carné de identidad de Irina. En la parte superior derecha del documento, pone: «*Romania*». Cojo su historia médica y los análisis de Lewis y subo a mi cuarto. Lo escondo todo debajo del colchón. Me hago un ovillo bajo la colcha. Espero. Fuera, oigo la lluvia golpear el jardín, los árboles, el balancín y todo lo que se le pone a tiro. El cielo, indiferente a nuestras desgracias, vacía su pena.

Me despierto sobresaltada, son las cinco y cuarenta y cinco. Esta mañana no tengo migraña, ni mareo; es lo bastante raro como para que me llame la atención. Los acontecimientos de la noche afloran de nuevo y me revuelven las tripas. Lewis, hospital, enfermedad. Levanto el colchón para sacar los documentos médicos que he robado del despacho de James. Con ayuda del diccionario, traduzco aproximadamente los resultados del examen: «Análisis genético destinado a identificar mutaciones específicas en los genes (gen *HBB* para la beta-talasemia). Confirmación genética». ¿Lewis es portador de una enfermedad genética? ¿Una enfermedad transmitida por sus padres? Padecería beta-talasemia. No conozco esa patología.

Me visto, salgo de mi habitación y voy a ver si la de mis jefes está abierta, como todas las mañanas antes del desayuno. Anoche no los oí llegar. La puerta está cerrada. Bajo una planta y entro en el cuarto de Simon. Con el peluche encima de la barriga y los brazos relajados a los costados, duerme a pierna suelta. Decido dejar que descanse un rato más. Veo que la silla salvaescaleras está abajo, no la han utilizado. El cuarto de Lewis también tiene la puerta cerrada. La abro, la cama no está deshecha. Mareo. Me agarro a la barandilla y voy a la cocina. James está ahí, con el traje desceñido de la víspera, la cabeza inclinada sobre una taza de café. No me ha oído entrar. No consigo hablar, me quedo detrás de él, siento asco. Mi presencia es una pregunta en sí. Se vuelve, descubro un rostro devastado, seguramente no ha dormido y ha llorado mucho. No sé si debo preguntarle qué está pasando, dónde está Lewis. Las lágrimas reaparecen, tiene los hombros encorvados por la pena. Esta tristeza... la conozco. Es total, definitiva.

James dice:

—*Lewis is dead.*

Repito la frase en voz baja.

—Lewis ha muerto.

Niego con la cabeza. No estoy segura de haber oído bien. ¿Puede repetirlo, reformularlo? Mierda, ¿cómo se puede anunciar algo así, de esta forma, durante el desayuno, a primera hora de la mañana, en la cocina familiar, el lugar donde todas las mañanas del mundo la familia se reúne después de una noche de sueño? El lugar donde los niños se frotan los ojos tantas veces, como diciendo: «¡Esto es para siempre, estamos vivos, estamos aquí!». La mañana es el momento en el que todo vuelve a ser posible. Miro a James y lo culpo por todo este sufrimiento, toda esta desdicha. No obstante, sé que no hay otra forma de expresarlo. Lewis ha muerto.

—James, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Monica?

—Monica está en nuestra habitación.

Lewis ha muerto.

La única frase irreversible en el mundo. Simon... Tengo la descabellada idea de no despertarlo, para que no se entere jamás.

No he visto a Monica desde hace tres días y me siento en forma, como cuando llegué. ¿Será por su ausencia, porque han desaparecido sus exigencias, su necesidad de perfección, de que todo esté limpio a más no poder? Ya no tengo las migrañas que me han dejado postrada las últimas semanas, ni la visión borrosa. Sin embargo, las ganas de vomitar persisten. Anoche asistí a una escena extraña: pasé por delante de la habitación de Simon y vi a James, su gran cuerpo adulto doblado en dos. Por el movimiento de su brazo izquierdo, adiviné que acariciaba el pelo de su hijito, era de una belleza y de una tristeza absolutas. Me quedé mirándolos y oí que James le susurraba a Simon: «Mi Lewis, *my dear Lewis*, cuánto te quiero...».

Tengo la sensación de revivir la desaparición de Morgane. Aquí, la vida ya no es la misma, es gris, muda. Los humanos de ayer son fantasmas condenados a vivir y a rondar por una casa que ya no tiene derecho a ser feliz. Monica ha terminado por salir de su habitación. Ya no come. Va y viene entre el sofá, donde se tumba en pijama de seda, y la habitación de Lewis, donde se encierra. Me la imagino acurrucada en la cama de su hijo, oliendo sus últimos efluvios en la almohada, en las sábanas, llorando, llorando mucho. No me gusta esta mujer, pero siento una pena infinita por ella. Es una sombra. Cuando camina por la casa, se aferra a las paredes, a la mesa de la cocina. Se tambalea. No parece verme. No me habla. Yo pienso en Simon. No he visto que sus padres le explicaran nada. ¿Sabe que su hermano ha muerto? No me atrevo a preguntarlo en esta casa donde reina el silencio. El crío no lo ha mencionado. Con dos años, es pequeño para expresar una emoción. El entierro es dentro de dos días. Ya no podremos seguir fingiendo. James ha vuelto al trabajo. Antes de irse, me ha dicho que limpiara su dormitorio mientras Monica descansa en el salón.

Hace unos días que no limpio la casa. Subo con mi cubo. Descubro un dormitorio en penumbra, los postigos cerrados, la mañana ha renunciado a filtrarse por las rendijas de las persianas. Corro a la ventana para abrir y ventilar. Me va a resultar insoportable trabajar en este espacio de desgracia, la tristeza es demasiado densa, invade toda la estancia. Empiezo por la cama, veo la huella del cuerpo de Monica, toda la pesadez del duelo. Las sábanas están arrugadas, el edredón revuelto, no queda nada de la perfección de esta mujer, ha dejado de aparentar, se ha abandonado. Tropiezo con algo, me agacho y descubro una biblia, ¡otra! Es de cuero negro, como las del salón y la habitación de Lewis, pero el texto de la cubierta es diferente. Leo:

No **SIN**
Oh my **LORD**
No **REMORSE**
Yes, my **LORD**
Only
Your **GRACE**
And
Our **PURITY**

Ningún **PECADO**
Oh, mi **SEÑOR**
Ningún **REMORDIMIENTO**
Sí, mi **SEÑOR**
Solo tu **GRACIA**
Y
Nuestra **PUREZA**

En el lomo, HOLY BIBLE, seguido de un cedro en miniatura. Tiemblo. Tengo frío. De pronto, la biblia se me cae de las manos, se estrella contra la moqueta, la empujo con el pie para dejarla donde la he encontrado.

En el cuarto de baño, limpio la bañera con lejía, el perfume preferido de Monica después del de Chanel. ¿No querías pureza? ¡Pues dos tazas! Froto y froto. Limpio el inodoro con la misma repugnancia de siempre. Los rastros de los demás me producen de nuevo náuseas, no logro acostumbrarme, cada día es peor. Cuando voy a tirar de la cadena, veo un papelito de color plata flotando. Lo cojo con la punta de mi guante de goma. Es redondo, no sé qué es. Lo dejo en el borde de la pila y sigo con lo mío. La pila del lavabo está llena de pelos de la barba de James y manchada de escupitajos de dentífrico. Froto con la esponja, tratando de concentrarme en otra cosa. Para no vomitar. Pensar que me encuentro mejor. A pesar de la desgracia absoluta que ha caído sobre esta familia, yo revivo, me siento bien. Miro el trocito de papel plateado, tiene un agujero muy fino en el centro. Lo enjuago y lo manipulo. Ya lo he visto

antes: cuando mi madre, que acababa de dar a luz a mi hermana, tuvo que ponerse inyecciones por la bajada de tensión. La enfermera vino a casa varios días seguidos. Para mí era todo un acontecimiento. La enfermera clavaba la aguja de la jeringa en un frasco del que extraía las vitaminas para mamá. Sin embargo, no recuerdo que Monica haya recibido un tratamiento de este tipo. Y tampoco James. Me guardo en el bolsillo lo que parece un tapón. Le hará compañía a la horquilla que nunca me abandona.

Al bajar por las escaleras, veo a Monica agarrada a la barandilla. Le veo la cabeza desde arriba. Tiene el cabello aplanado, aplastado. Como si hubiera envejecido muchísimo de la noche a la mañana. Cuando llega cerca de mí, señala la habitación y, con la comisura de sus labios secos, me pregunta:

—Puedo volver a entrar...

No oigo el signo de interrogación. A estas alturas me he acostumbrado. Respondo:

—Sí, por supuesto.

Tengo mala conciencia: cuanto peor se siente ella, mejor me encuentro yo. Cada una sigue su camino. Yo hacia la planta baja para terminar de limpiar, ella hacia su habitación para revolcarse en su duelo. La puerta se cierra, la imagino en su cama, abatida por el sueño y la depresión. Ni siquiera se habrá molestado en quitarse el batín.

Estoy limpiando el frigorífico cuando suena el teléfono. En esta casa, no suena a menudo. Al otro lado de la línea hay algo, lo sé.

James no está, me han prohibido contestar a causa de unos clientes que lo acosan, me lo han repetido mil veces. Pero Diana me susurra esa frase que es muy difícil de traducir al francés y que me gusta por encima de todo: *«Don't play by the rules!»*. Es una orden dada con mucha dulzura: «No respetes las reglas, rebélate contra el orden establecido». Gracias, princesa.

Me acerco al teléfono.

Levanto el auricular y me lo pego rápidamente al oído, como si temiera que alguien pudiera arrancármelo de las manos. Al otro lado:

—*Buna ziua? Buna ziua?*

No conozco la lengua, pero entiendo que es un hombre apurado. No es una llamada para preguntar cómo van las cosas. Me aferro al

cable. Respondo:

—*Yes?*

El hombre me dice:

—*You speak engleză? Vorbești engleză?*

—Sí, inglés.

—*Sunt tatăl Irina...*

—¿Irina?

—*Da asta e, Irina!*

De repente, un *clic* en medio de la frase.

Un grito interrumpe nuestra conversación. Un grito animal, un grito que me deja aterrada. Es Monica. Tengo la impresión de que su locura ha caído desde el segundo piso y se ha estrellado a mis pies. Presa del pánico, cuelgo el teléfono. Me arrepiento al instante. ¡Qué mema! ¿Cómo voy a volver a llamar a ese señor? No me atrevo a subir, me pongo al pie de la escalera y miro hacia arriba para valorar la situación. No veo a Monica. No sé qué hacer. ¿Y si le ha dado un soponcio? Cada escalón es un suplicio. ¿Con qué voy a encontrarme? ¿Qué pasa ahora? Estoy aterrorizada. La habitación de James y Monica está entreabierta, intento ver por la rendija, pero solo vislumbro el vestidor, así que me acerco y, sin querer, empujo la puerta. Monica está echada sobre la colcha de su cama. ¿Ha tenido un accidente? ¿Ha gritado para que colgara? Me acerco a ella, tengo la sensación de ser una cámara que pasa al modo primer plano, pero sin tanta destreza como en la entrevista a Diana: Monica tiene una expresión de hundimiento total y la piel gris. La cara de una muerta. Es fea, la verdadera Monica. Sí, en ese momento pienso eso. Como la he visto hacer tantas veces con sus hijos, me inclino y coloco mi dedo índice debajo de su nariz. Respira. Está completamente perdida en su nuevo mundo. Lo conozco un poco. Un mundo en el que todo tiene un halo negro. Abandono el dormitorio. Le echo una última ojeada a mi jefa. Antes de salir y cerrar con delicadeza detrás de mí, veo un cable que sobresale de la cama, a la derecha de donde duerme Monica. Me acerco y descubro un teléfono fijo que nunca había visto. ¿Estaría guardado en la mesita de noche? Nunca he abierto el cajón. ¿Habrá oído Monica la conversación e intentado ponerle término?

Irina... ¿Con quién he hablado? Era una voz madura, ronca, cansada, una voz de padre.

¿Por qué ha llamado? Seguramente para recuperar el carné de identidad de su hija, en caso de que lo hubiera olvidado o se hubiera escapado. Es evidente: no sabe dónde está Irina. No debería haberle colgado. ¿Y si no vuelve a llamar? ¿Este tipo de teléfonos tienen la función de devolver la llamada? El manual de instrucciones. Tiene que estar en algún sitio de la casa. Debo encontrarlo rápido, porque imagino que, si esa función está disponible, solo se podrá acceder al último número. Tengo que apresurarme antes de que otra llamada borre el número. Recuerdo que había documentos técnicos en el mueblecito de la tele. Así es, encuentro un fajo de manuales de instrucciones: televisor, vídeo, frigorífico, horno microondas, radiadores, cámara, pero nada para el teléfono. Quizá no lo han conservado. Vuelvo junto al aparato y veo cuatro botones cuyos símbolos no entiendo. Descuelgo y pulso uno: suena ocupado. Un segundo botón: es el altavoz, lo aprieto otra vez a toda velocidad. Presiono el tercero y oigo: *«The last number that called you is 00 44 181 1234567»*. Garabateo el número en la pila de pósits. Con las prisas, no he apuntado la primera cifra. Cuelgo, descuelgo otra vez y aprieto el tercer botón. Obtengo el número completo y me meto el papel en el fondo del bolsillo.

¿Qué te han hecho, Irina?

Se abre la puerta de casa, Simon balbucea. Voy al encuentro del muchachito, que sonríe al verme:

—¿Do ta Lewis?

Miro a su padre, James está lívido. No logro saber si ha hablado con él de la muerte de su hermano. Tengo que encontrar un momento para preguntárselo. James me dice que vaya a acostar a Simon. Es la hora de su siesta, está agotado. Subo al niño a su habitación, le leo un cuento, le doy un beso en la frente y entorno la puerta para que se duerma. Bajo rápidamente, con el corazón desbocado. Me planto delante de James, que se está sirviendo un té en la cocina.

—Me gustaría recuperar mi carné de identidad, por favor.

No responde. No es el momento, lo sé. Reformulo mi petición:

—Me gustaría recuperar mi carné de identidad.

Como presiento que no será suficiente, me invento una buena mentira.

—Lo necesito para mi dosier de la escuela de periodismo. Tengo que enviar unos documentos, es urgente.

James se dispone a salir de la cocina y veo que niega con la cabeza, de espaldas, como si lo sintiera en el alma:

—No.

No estoy segura de haber oído bien, no me creo que me haya respondido eso, es imposible.

—*Sorry?*

—No, no puedo dártelo —repite.

Luego sale de la cocina. Debe de pensar que es un no que pone término a la conversación, un no definitivo que no admite réplica. Pero, joder, ¡ese «no» me deja por los suelos! «No». Dos pequeñas letras de mierda que se lanzan a mi yugular.

«I can't give you»... «No puedo»... En vez de «no quiero»... ¿Por qué?

El pánico se ha apoderado de mí. Hago un repaso de todo lo que eso implica. Sin carné de identidad, no hay regreso posible a casa. ¿A no ser que me escape? Explicaré a la policía lo que me ocurre. Pero ¿me entenderán? Peor aún, ¿me creerán? ¿Por qué James no puede devolverme mi carné?

Me necesita.

Se trata de eso, me necesita. Me cuesta pensar con calma. Pero siento que esa necesidad no tiene nada que ver con las tareas domésticas, el cuidado del crío o el duelo. Algo en el fondo de mi ser grita: «¡Peligro!». Tengo la impresión de estar leyendo uno de mis *thrillers* y de descubrir que el chico que a lo largo de toda la historia parecía supersimpático es en realidad malvado y mezquino. ¡Joder, pero esas cosas no pasan en la vida real! No estoy en una ficción. ¡Eh, oye! ¡Esto es la vida real! Mi cerebro busca en el diccionario un término para describir lo que siento. Las palabras «terror» y «pánico» no son suficientes. Consulta como un enfermo. Indaga. Tiene que encontrar un nombre y dármelo rápido para guiarme. Necesita hacer su trabajo, pero no puede, no encuentra la palabra

de mayor rango, más fuerte. Mi cabeza explota contra ese muro desconocido. Subo a mi habitación y cierro de un portazo. Me siento en la cama, tengo la impresión de que mi jaula se ha encogido. Las paredes se han estrechado. Esta noche me aplastarán, no hay duda. Me levanto y tiro todos mis libros y mi ropa al suelo, quiero más espacio, respirar, pensar para comprender, tomar una decisión. ¿Quedarme aquí? Eso sería peor que la muerte.

¿Emparedada? ¿Recluida? ¿Es eso lo que buscan?

Arranco la colcha, la sábana bajera, la almohada, lo tiro todo al suelo. Empujo la cama contra la puerta de mi habitación. Choca contra las cosas esparcidas. La empujo con todas mis fuerzas. Estoy de pie entre el somier, la pared y la ventana. Tengo aún menos espacio que antes, pero respiro mejor. Estoy loca de rabia y de inquietud. Nunca me he enfadado tanto, ni siquiera con mis padres, no conozco este sentimiento, me siento capaz de cualquier cosa. Miro la ventana y lo sé, lo visualizo claramente, bastaría con abrirla y saltar. Es simple. Otros lo han hecho antes que yo. En el momento en que esta idea se me pasa por la cabeza, me sobrevienen unas náuseas irreprimibles. Me pongo a cuatro patas y arrojo todo lo que puedo, veo mi vida desfilar al revés, retrocedo en el tiempo. Vomito mi angustia y, en medio, las rodajas de manzana de la mañana. Vomito ese «no» y la espeluznante idea de saltar como Morgane. ¿Cómo he podido pensarlo siquiera? Mi pelo se empapa de esta inmundicia. No pido ayuda.

Sé que nadie vendrá.

He limpiado el suelo, frotando con frenesí el vómito y la bilis que ha salido después. Lo he vuelto a dejar todo en su sitio, aunque, en realidad, ya nada lo está. He dormido. Como un tronco. Despertar atroz, la cabeza dentro de una prensa, mal aliento. Entonces, ¿lo de ayer pasó de verdad? ¿El carné de identidad? ¿El «no»? ¿Se lo van a quedar para que me quede? Tengo que largarme de aquí. Esta tarde es el entierro de Lewis. Un día de desesperación y tristeza inconmensurable del que nadie me habla. No existo. Esta mañana, justo antes de que James se fuera a llevar a Simon a la guardería, Monica se ha mareado y se ha caído en la cocina. James ha llamado a una ambulancia. Desde entonces, no tengo noticias. Estoy atrapada entre dos pesadillas, dos paredes, ni siquiera poniéndome de puntillas veo nada.

La casa está silenciosa. La hermosa casa. Iba a ser el comienzo de mi nueva vida. Ahora siento que me retiene, que me vigila. La casa es mi caja, yo soy su objeto. ¿Cómo voy a salir de aquí? Tengo que recuperar como sea mi carné de identidad. Y luego llamar a mis padres para que me rescaten. Pero antes debo asegurarme de recabar toda la información necesaria. Primero, telefonear al padre de Irina. Sí, eso es, para saber. A continuación, a mis padres. Se lo contaré todo, vendrán a buscarme, no me dejarán aquí. Si tengo que renunciar a mis estudios, pues nada, lo haré. Pero es difícil pensar, hay demasiadas cosas mezcladas: el miedo, lo inédito, la locura, la decepción, la paranoia. ¿Lo he entendido bien? ¿Tengo los códigos, el vocabulario? Y este pavor que aplasta entre sus manos mis intestinos. Paso por delante del despacho de James. Tengo la tentación de entrar. No. Irina, y luego mi carné de identidad.

Descuelgo el teléfono y marco el número del padre de Irina.

Responde una mujer:

—*Buna ziua? Cine e la telefon?*

Arrastra ligeramente la «r», su hija se llama Irina y habla rumano. Me dirijo a ella en francés y en inglés.

—Soy la *au pair* de Londres, *au pair from London*.

Un silencio. Luego se aleja del teléfono y grita:

—Vino, Nicolae, e au pair-ul din Londra la telefon!

—Buna ziua? —dice el padre de Irina.

—Sí, *yes*.

Luego dice, separando las sílabas:

—Irina dis-se-pea-red. Twenty-two weeks. Where she? Where she?

¿Irina ha desaparecido? ¿Desde hace veintidós semanas? Estoy desamparada. El dolor de esas personas que dejaron a su hija marcharse lejos de casa, que confiaron en unos extranjeros poderosos, ricos, gente de bien en todos los aspectos...

Irina, como yo. Irina, mi doble. ¿Dónde estás? La puerta de la entrada se abre. Cuelgo y finjo estar pasando un trapo por la consola. James se encierra en su despacho sin ni siquiera mirarme. Mi carné de identidad.

No he entrado en la habitación de Monica desde hace cuatro días. Empujo la puerta, huele a muerte. Lo que más me aflige es la cama. Devastada, arrugada, apesta a descuido. Cambio las sábanas, limpio el cuarto de baño, quito el polvo y a continuación abro el armario, lo cual es algo inédito. Por lo general, después de planchar coloco la ropa en perchas que dejo encima de la cama y es ella quien se encarga de guardarla. Son sus reglas y siempre las he respetado. Pero hoy ya nada tiene sentido, es el entierro de Lewis. Abro las puertas correderas y miro. Toco. Siento la seda, la cachemira, el satén, el terciopelo, todo es bonito y sedoso. Todo está bien alineado, todo es caro y precioso. Pero he comprendido que en esta casa no hay que fiarse de las apariencias, que el exceso de orden con frecuencia esconde algo. Al diablo le gusta el orden. Debajo de la ropa colgada, una manta marrón. Tiro de ella y aparece un mueble. Es discreto, pero está ahí. Me arrodillo y abro el primer cajón. Parece una farmacia, hay compresas, esparadrapo y... jeringuillas. ¿Para qué sirven? En el segundo compartimento: una bolsa grande de algodón que ocupa todo el espacio. En el tercero: cajas de medicamentos, para el dolor de cabeza, el resfriado... nada interesante. Abro el del medio otra vez. Saco la bolsa de algodón, meto la mano dentro, está suave, mullido y, de pronto, bajo mis dedos, cristal. Hay cuatro viales escondidos ahí dentro. Contienen un líquido transparente y están cerrados con un tapón de aluminio idéntico al que encontré en el baño. En cada uno de ellos, una etiqueta con estas tres letras: «GHB». Me siento lentamente sobre la moqueta aterciopelada del dormitorio, su delicado contacto agudiza mi angustia.

«GHB», conozco ese nombre. Mi padre me hizo leer un artículo en *Ouest-France*. En una discoteca de Rennes, drogaron a una chica. Un tipo le echó algo en el cubata. Al día siguiente, se despertó

desnuda en casa de él, no tenía ningún recuerdo de lo que había pasado. Seguramente había sido violada. La noticia provocó una psicosis en el instituto, las chicas no hablaban de otra cosa. La moqueta se derrite bajo mi cuerpo, es como un vientre blando que se abre y me engulle, es a la vez agradable y asqueroso, tengo ganas de dejarme llevar, dejarme digerir. Desaparecer. En esta caída, retales de sensaciones, el cuerpo de James, náuseas, una mano de hombre en mi espalda, noches agitadas, un sexo en erección, un sueño de plomo, ruido detrás de la pared de mi habitación, Monica llorando, un cansancio abismal, vómitos, Lewis que se aleja solo, cojeando, por una carretera, Morgane prisionera de mi colchón y susurrándome «estoy aquí», Irina de rodillas entre mi cama y el tabique, escribiendo bajo el papel pintado: «Sé por qué estoy aquí». Un revoltijo de imágenes truncadas y efluvios nauseabundos.

—¡Emmylou!

James me llama desde el vestíbulo. Cojo un vial y una jeringuilla, escondo mi botín en la bolsa de la ropa sucia debajo de mi cama. Bajo, sin saber lo que me espera. Está en la cocina, me sonríe con tristeza. Me toca el brazo como para llamar mi atención, reacciono apartándome enérgicamente. Al notar su contacto, todo mi cuerpo se revuelve para escapar de él. Guardo las distancias. Me pregunta si me encuentro bien. Digo que sí con la cabeza y me pego a la pared de la cocina. No podré acercarme a él nunca más. Me dice: «Quería hablarte de esta tarde. Monica ha tenido una bajada de presión arterial muy fuerte, voy a recogerla a la clínica antes de ir a la iglesia. Simon va a pasar el día en la guardería. No puede... no puede... Bueno, ya entiendes...». Su frase queda en suspenso. Toda esta desgracia... Mi dolor compite con mi ira y mi odio hacia esta gente que puede permitírselo todo. James se pone a llorar, no lo consuelo. No puedo bajar la guardia. Sonrío, juego a ser la chica que lo compadece. Pero todo mi ser lo mira y le grita en silencio: «¿Qué me has hecho?».

El cementerio de Highgate se ubica a medio camino entre mi casa y el centro de Londres. Nunca habría imaginado que un lugar así pudiera encontrarse entre nosotros y la ciudad. Para mí, un cementerio es algo fuera de la vista, fuera de la vida, ni siquiera figura en un mapa, como el lugar de donde vengo, Plouhernec. La muerte es una cosa que se esconde, ¿no? Monica acaba de volver de la clínica. Parece un espectro. James lleva un traje negro, ha dejado de ser guapo. Yo no tengo nada que ponerme. No había previsto enterrar a nadie en Inglaterra. A diferencia de la cena en casa de los vecinos, Monica no me ofrece nada de su ropero. Se acabó lo que se daba. Desde que salí de la urbanización y pedí mi carné de identidad, he desaparecido del campo de visión de mis jefes. Voy a ir al entierro de un niño al que conocí hace tres meses y que no ha vivido más de diez años. Dentro de unos días es Navidad.

Esta tarde voy a encontrarme en medio de una comunidad de personas con las que apenas he tratado, que no saben nada de mí, e iré vestida como una palurda —enésima humillación—, pero yo no soy el problema. Pienso que nadie me verá. He almorzado sola, no he visto a los padres. Sin embargo, estaban en casa. Nunca están lejos. Es asfixiante. Monica baja por las escaleras con su vestido negro, el cabello bien peinado alrededor de su cara blanquecina de madre en duelo.

Está tan guapa como aterradora, coge su abrigo y su sombrero oscuro. Entiendo que es hora de irse. James sale del salón y también coge su abrigo en el recibidor. Abre la puerta. Durante un instante, me pregunto si van a olvidarse de mí, si piensan que voy a quedarme en la casa. James me dice sin volverse: «Emmylou...». Deja la puerta abierta y sale. Lo sigo y me meto en la parte trasera del coche. Ambiente gélido, cielo cargado de lágrimas, gris lúgubre, asientos neutros y fríos, me froto las manos para calentarlas. En

señal de duelo, los vecinos han apagado las luces navideñas, las casas han dejado de brillar. La luz ha sido desterrada de este día. Monica le pregunta a James en qué zona del cementerio está el crematorio. Esta palabra provoca en mí una arcada. Me siento incómoda. No quiero tener un aspecto más infeliz que ellos. Monica me echa una ojeada por el retrovisor. No le gustaría que estuviera más enferma que ella. La víctima es ella. «Crematorio». Mi cerebro asocia a Lewis con un féretro en llamas, una imagen insoportable; el pensamiento es tan fuerte, tan loco, que no puedo reprimirlo. Lo suelto como un globo cuyo hilo serpentea entre mis dedos. Se ahoga en las nubes. No es más que un punto. Ha desaparecido. Todo ha terminado. Nunca ha existido.

Monica apoya una mano en el muslo de James. Es el primer gesto de amor que veo entre ellos, es hermoso y desesperante. Pienso en Mitchel y en ella. Pobre James, si él supiera. La muerte seguramente acerca a las personas, o lo borra todo, o impide pensar demasiado, un poco de todo a la vez. Veo sus nucas rígidas, blanquecinas. Tengo la extraña sensación de ser su hijo único, abrochado en el asiento de atrás. Pero sin el amor, sin la atención. Fuera desfilan las casas residenciales, la Navidad lo ha invadido todo: guirnaldas luminosas a lo largo de los troncos y las ramas de los árboles, abetos profusamente decorados y lucecitas intermitentes en los marcos de las gigantescas ventanas. Esta normalidad, esta indiferencia a nuestra desgracia, recrudece el dolor.

Aparcamos delante de la entrada del cementerio. La inmensa verja de hierro forjado está abierta de par en par y devora tanto a los paseantes con mochila como a las familias en duelo. A primera vista, parece un parque salvaje, nada que ver con nuestros cementerios en Francia, donde el hormigón y la tristeza dominan la naturaleza, donde las tumbas se apelotonan unas contra otras por falta de espacio. Aquí, la vegetación es omnipotente y pone coto a la desesperación: árboles gigantes, maleza que esconde los pequeños senderos que llevan a las criptas... El crematorio se encuentra a la derecha. Un discreto cartel lo indica. Es un sencillo edificio de ladrillo rojo, coronado por una chimenea. El detalle es escalofriante. Entramos, todas las caras me resultan familiares, son las de los vecinos. Todos van vestidos de negro, todos llevan sombrero. ¿Conocen las razones de la muerte de Lewis? Había mucha más gente en el entierro de Morgane, amigos, amigos de amigos, tenderos del barrio, compañeros de trabajo de los padres, incluso mi tío y mi tía, mi prima, todo el mundo quería a Morgane. Aquí estamos en *petit comité*. Mitchel abraza a James y le susurra algo al oído, palabras de consuelo seguramente. Una mujer enclenque, que uno imagina al servicio de la muerte, se acerca a nosotros y nos indica que avancemos. Estoy abatida. Intento captar la mirada de alguien, una mirada que comprenda. Holly me roza y me aprieta el brazo. Llegamos a una sala que parece una capilla moderna. Las paredes son de hormigón blanco y, en lo alto, unas vigas dibujan un techo de catedral. Una amplia cortina de terciopelo rojo oculta la pared del fondo, a la manera del telón de un escenario de teatro. No consigo dar un paso más. Veo a los vecinos sentarse de dos en dos, en familia, en las sillas dispuestas en semicírculo. Lo último que quiero es acercarme, solo tengo ganas de irme. Alguien me empuja

y me vuelvo. Es Monica, que quiere pasar. Me deslizo hasta la penúltima fila para esconderme.

La sombra de la mujer reaparece delante de la cortina carmesí. Se inclina hacia James para preguntarle si ya han llegado todos, si estamos listos, si están listos. James se da la vuelta. No sé por qué, hago lo mismo. John y Eve hacen su entrada. Adivino tras sus pasos a su hijita y a su *au pair*, Nela. ¿Es este un lugar adecuado para una niña tan pequeña? Se sientan detrás de mí.

Unos acordes de guitarra y una voz femenina que canta sobre un más allá por encima del arcoíris, sueños que soñamos que se vuelven realidad. Una cancioncilla. Una canción infantil en un crematorio. Cruel. Insoportable. Reconozco *Over the Rainbow*.

Se abre la cortina.

Aparece el féretro de Lewis. Una minúscula caja blanca para un ser humano que no ha tenido la oportunidad de crecer. Encima, su foto enmarcada —su cabecita morena, su tez lívida, su semblante serio— y una corona de flores azules. Mitchel se levanta para rendir homenaje a Lewis. A mi alrededor, los ojos se cierran y las cabezas se inclinan.

—Lord our God,

»We come to you with heavy hearts, full of pain and sorrow. We know why our dear child was taken from us so soon. Your will is done and we know that love can forgive everything. Grant us the grace to remember Lewis with love and gratitude, and to live each day knowing that your promise of eternal life is true. In the name of Jesus Christ, our Savior, we pray.

»Amen.

«Señor, Dios nuestro,

»Venimos a Ti con el corazón apesadumbrado, lleno de dolor y de pena. Sabemos por qué nuestro querido hijo nos ha sido arrebatado tan pronto. Tu voluntad se ha cumplido y sabemos que el amor lo perdona todo. Concédenos la gracia de recordar a Lewis con amor y gratitud, y de vivir cada día sabiendo que tu promesa de vida eterna es verdadera. En el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador, oremos.

»Amén».

«Sabemos por qué nuestro querido hijo nos ha sido arrebatado tan pronto... ¡Sabemos! Pero ¿qué saben ellos?». Y de nuevo estas palabras que ya he leído en la biblia de los White: «El amor lo perdona todo, lo disculpa todo». ¿Todo, de verdad? ¿Los White perdonan a Dios o es el amor de Dios lo que se lo perdona todo a los White? Pero ¿qué hay que perdonar? ¿Qué han hecho?

De repente, no consigo escuchar nada más, es todo una ida de olla. Estoy aquí y en el funeral de Morgane, estoy en mi cuerpo sacudido por oleadas de náuseas. Estoy atrapada en una casa atrapada en una urbanización atrapada en un país extranjero. Cautiva. ¿Cómo irme, cómo volver a mi casa, a ese hogar que tanto he detestado, del que tanto he querido huir? Lo lamento todo, dejadme volver. La pared se abre sobre las últimas notas de música. Al fondo, un agujero enorme, llamas en danza. La congregación se echa hacia atrás, los «oh» recorren la comunidad, es un atisbo del infierno. ¿A quién se le ha ocurrido semejante escenificación? Mientras el féretro avanza hacia el intenso fuego, Monica se desmorona. James la sujeta a tiempo y la estrecha contra él. El féretro ha entrado, la cortina se cierra. Mi cerebro carbura como un loco para no imaginar lo que ocurrirá a continuación. ¿Cómo puede esa maldita cortina hacer olvidar algo así? Y la música almibarada... Es peor, todo es peor. ¿Qué va a pasar ahora? James y Monica se levantan. Salen despacio de la sala y se apostan delante de la puerta. ¿A qué esperan? Dejo que todo el mundo me adelante. *«Sorry for your loss»*. Hacemos cola para dar el pésame. Me vuelvo y veo a John, a Eve, a la *au pair* y a la niña. No sé si es por las lágrimas, que me nublan la vista, pero abro y cierro los ojos varias veces y veo que esos cuatro humanos alineados tienen un aire familiar. No son cuatro personas de la misma familia, sino un padre, una madre, una hija y la niñera. Oigo a la madre decir: «Edwige, haz el favor de portarte bien». Miro fijamente a la niña, es menuda, morena, de cabellos finos y ojos verdes. ¿Se parece a su padre? Sí. ¿A su madre? Aparte del pelo largo, no mucho. ¿A la *au pair*? Totalmente. Sí, totalmente.

James y Monica no han esperado a que les dé el pésame. Ahora están rodeados de los vecinos. Pero ¿dónde está la familia? ¿Los

tíos, las tías, los primos, los sobrinos? Los abuelos están muertos. Bueno, por lo menos los padres de James, si entendí bien la conversación sobre el tema en plena noche.

Han preparado una mesa. La misma mujer que tiene un pie en la vida y todo lo demás en la muerte hace las veces de camarera. Me acerco, sirven ginebra y whisky: «No, gracias, agua para mí». También hay salchichas y canapés de aperitivo. Al cabo de unos minutos, todo el mundo tiene un vaso en la mano, las voces se elevan, casi parece que reina un buen ambiente. Estos brindis fúnebres me fascinan; estás en el fondo del hoyo y, de golpe, lo riegas todo con unas gotas de alcohol y la vida reanuda su curso. Me apoyo en una pared junto a una planta verde, que es para mí como una colega. Quiero desaparecer. Veo sin mirar, veo las caras, los movimientos, las siluetas, las actitudes. Todo este mundo en duelo se mueve, se inclina, se lleva un vaso a los labios, conversa, apoya una mano en un brazo, se seca las lágrimas. Extraña sensación de armonía, de baile coherente. ¿Será por la afinidad, el mimetismo de personas que viven juntas en la misma urbanización desde hace varios años, la comunidad de Hidden Grove? Los pómulos, las sonrisas compasivas, los ojos tristes, las nucas inclinadas. De pronto, lo veo: sus rasgos y sus gestos como una danza silenciosa, una coreografía milenaria. Algo en común, inefable y obvio, cada persona es una variación de la precedente, una versión apenas modificada del mismo modelo. Fragmentos de un mismo espejo. El puzle se reconstruye lentamente a mi alrededor. Las *au pairs* se parecen a los niños que se parecen a los padres que se parecen entre ellos. Vértigo. Entiendo que soy la única extranjera en esta pintura en movimiento.

Y ellos saben que lo sé.

En sus miradas, leo una dulce amenaza: de la sangre no se escapa, de la familia no se huye.

Salimos del crematorio. Cada paso es una tortura. ¿Qué va a ocurrir ahora? La empleada de la funeraria sostiene entre sus manos un jarrón de porcelana coronado con una tapa. Se acerca a los padres. Les entrega el objeto inclinándose y luego desaparece. Es comprensible, tiene otros seres humanos que reducir a cenizas. James se encarga de llevar el jarrón. Monica llora. Nela se acerca a mí y me susurra que Lewis está en la urna. Porque es una urna. No conozco esta palabra, es como un pequeño ataúd para las cenizas. Se dice incluso «urna funeraria», *«funeral urn»*. Son sus jefes quienes le han explicado cómo se desarrollaría la ceremonia. Es afortunada, la tienen en cuenta.

James y Monica salen con su hijo de polvo y se adentran en el cementerio. Todos los seguimos, los unos detrás de los otros, en una procesión silenciosa. Tengo la impresión de entrar en un bosque prohibido poblado de robles, plátanos, tilos y todos esos árboles cuyo nombre ignoro, una red vegetal que parece haber sido tejida por una araña. No se ve a tres metros. Hay que apartar las ramas, levantar una pierna para no tropezar con las raíces, es un largo paseo por el campo, solo que falta la alegría. A ambos lados del camino, cada veinte metros, una cruz celta, una estela mortuoria en forma de piano, una tumba sobria y decrépita, devorada por el musgo húmedo. La naturaleza es una fuerza invisible que inmoviliza la tristeza, te sientes atrapado, sepultado, digerido poco a poco. Veo a Morgane bajo tierra, las raíces que entran en su féretro en descomposición y atraviesan su cuerpo, imagino los hongos creciendo boca abajo desde la madera de la tapa, cerca de su boca, como una promesa de festín en el más allá, los gusanos que pululan en sus órganos calientes, haciendo sus nidos. Toda esa vida que se deleita con la muerte, que se alimenta de ella. Una energía sin fin.

Mitchel y Holly se me acercan. Cada uno me coge de un brazo. ¡Cuánta amabilidad! Mitchel me explica que no es habitual que puedan enterrarte en este cementerio, solo hay cincuenta nuevas tumbas al año. Solo pueden enterrarte aquí si tu familia tiene una tumba o *«a concession for a family columbarium»*, como es el caso de los White, que son muy privilegiados. En este punto pierdo el hilo. Holly aclara que el columbario es un panteón donde se pueden poner varias urnas de personas de la misma familia. Highgate es un cementerio prestigioso, continúa Mitchel. Forma parte de los Magnificent Seven, los siete cementerios que se construyeron en torno al centro de Londres en el siglo XIX para liberar a las parroquias del centro de la ciudad, que estaban desbordadas de cadáveres. En el pasado, los estudiantes de medicina saltaban las verjas y desenterraban cadáveres para sus prácticas. *«Stop it, Mitchel!»*, le ordena Holly. «¡Vas a asustar a la muchacha con tus historias!». Les pido que repitan muchas palabras que no conozco. Caminamos durante un buen rato. Este cementerio es inmenso. En algunas tumbas veo coronas trenzadas con ramas de pino, acebo y bayas rojas; en otras, farolillos llameantes. Aquí también es Navidad. Con el dedo, Holly señala una cripta a la derecha: «Estamos al final de la avenida egipcia, y este mausoleo blanco pertenece a un banquero londinense muy famoso, Julius Beer. Vivió a finales del siglo XIX. Perdió a su adorada hija, que tenía ocho años. Se sumió en una tristeza tan profunda que mandó erigir esta tumba para ella. Si te acercas al cristal, en el interior puedes ver una estatua de mármol blanco de su hija conducida al cielo por un ángel. Más tarde, lo enterraron a su lado con su esposa». Holly está muy emocionada. Mitchel añade que a veces vienen a pasear por aquí y que jamás habrían imaginado que un día vendrían por un niño al que conocían y querían. «Siempre pensamos que las desgracias les ocurren a otras personas y, secretamente, eso nos sirve de consuelo». Los escucho, acunada por sus palabras, reconfortada por su contacto, me rodean y me prestan la atención que necesito, pero no olvido su parecido con los miembros de la urbanización, con James y Monica. ¿Quiénes son en realidad para ellos? ¿Primos hermanos, primos

segundos? ¿Y cómo se explica la relación entre Mitchel y Monica? Si de veras son primos, es retorcido, ¿no? Tampoco olvido la habitación infantil en su casa, donde todo estaba envuelto en plástico, la cuna vacía, su *au pair* sin niños que cuidar. ¿Han perdido un bebé o están esperándolo? Me gustaría preguntárselo, pero no me atrevo. ¿Quién soy yo para ser indiscreta? Desde hace unos minutos floto en una indolencia que no había sentido en meses.

Monica y James se han parado al pie de un árbol gigantesco cuyas ramas paralelas se elevan hacia el cielo. Conozco este árbol: es un cedro del Líbano, el cedro de la familia White, el que está dibujado junto a los nombres de Reginald y Eileen White en la biblia de Lewis. Bajo su copa, un enorme monumento de mármol negro dividido en decenas de compartimentos. Ya tiene muchos nombres escritos, pero no consigo leerlos desde donde estoy. Los White deben de ser una familia numerosa. Uno de los compartimentos está abierto. James se acerca y deposita la urna de Lewis, mira a Monica como para preguntarle si está preparada, pero ella no reacciona. Él cierra despacio la puerta, la empuja hasta sellarla definitivamente. El polvo de niño emparedado para siempre, su hijo, su carne, su piel, su sangre, su cotidianidad, su futuro, su legado. No es una vida la que se apaga tras esa puerta, sino todas las vidas de esta familia. Absorbo su tristeza, la mezclo con la mía, y se forma una ciénaga de desgracias que remueve imágenes macabras.

LEWIS WHITE 1986-1996

Monica se derrumba, varios vecinos se acercan corriendo y la sostienen. Veo al pequeño grupo, sólido, solidario, todo brazos y hombros para proteger y consolar. Avanzo también, me acerco mucho al columbario, leo los nombres grabados en letras doradas.

MILLICENT WHITE 1890-1941
WILFRED WHITE 1883-1949
AMBROSE WHITE 1917-1966
HARRIET WHITE 1919-1969
REGINALD WHITE 1940-

EILEEN WHITE 1942-
JAMES WHITE 1965-
MONICA WHITE 1967-
MITCHEL WHITE 1958-
HOLLY WHITE 1962-
DAVID WHITE 1969-
LISA WHITE 1965-
JOHN WHITE 1963-
EVE WHITE 1969-
LEWIS WHITE 1986-1996

Asimilo la información metódicamente para no caer. Reginald y Eileen no están muertos, al contrario de lo que me contó James. ¿Por qué me mintió? ¿Están peleados? Pero eso no es lo más inquietante. White, ese apellido repetido en el mármol hasta la saciedad. James, Monica, Mitchel, Holly, David, Lisa, John, Eve: ¿miembros de una única y misma familia?

Me vuelvo hacia el bosque y echo a correr.

Corro como una posesa, salgo del sendero para adentrarme en la negrura del sotobosque, huyo. No me cruzo con nadie. Me duelen los pies dentro de mis botines de cuero, los he ceñido demasiado, no quería que los cordones se desataran durante el funeral, ahora me rozan en los tobillos y ralentizan mi carrera. Corro, pero ¿para ir adónde? No conozco este lugar, ¿dónde están las salidas? ¿Y después? Llevo mi bolsa de tela, que me sirve de bolso, y apenas tengo dinero, solo diez libras. El parque del cementerio es inmenso. En la parte donde estoy no hay nadie; debo de estar en el norte de Highgate. Tuerzo a la izquierda, ninguna indicación, atravieso un claro jalonado de lápidas deterioradas, desprendidas. Dientes podridos que bailan en una boca desternillada. Me falta el aliento, no he hecho deporte desde hace meses, me duele todo, huyo de las sensaciones, una amenaza sorda, un pánico monstruoso y nuevo, algo ha quedado atrapado entre mi inconsciente y mi consciente, algo repugnante. Delante de mí, una frontera vegetal, la cruzo, suelto un grito. Veo un rostro con el pelo de hiedra, mirándome con sus desorbitados ojos de piedra. Sin darme cuenta, he subido a una inmensa sepultura coronada por un busto de mujer. Bajo y continúo la carrera, descubro una puerta de hierro gigantesca. ¿Una salida? Es un trampantojo. La verja da a una pared de piedra descomunal. Una salida amordazada, bloqueada. Me tomo unos segundos para respirar, pensar rápido. ¿Puedo trepar por ella? ¿Pasar por encima? Imposible, es demasiado alta. Rompo a llorar. ¿Qué hago aquí? Pero qué narices hago... Voy a seguir el recinto, a bordearlo, terminaré por encontrar una escapatoria.

Me vuelvo y veo a Mitchel.

Pronuncia mi nombre con un tono interrogativo, como si se preguntara qué me pasa. Me gustaría saltar, y sigo avanzando, pero su mirada me paraliza, apoya una mano en mi brazo. Me dice:

«Tenemos que irnos ya. No montes un escándalo. Ven». Reconozco su amabilidad, pero también percibo una firmeza, una frialdad nueva, no me deja elección. Caminamos por el cementerio sin pronunciar palabra. Me sujeta el brazo como si temiera que fuera a escaparme, sabe por qué me he ido. Ha venido para llevarme de vuelta. Conoce el lugar como la palma de su mano.

A la entrada del cementerio, James y Monica están sentados en su coche. Veo sus nucas blancas, tensas. Se diría que son unos padres que esperan a su hija fugada, parecen hastiados. Mitchel se inclina en la ventanilla del conductor. James y él susurran unas palabras. Mitchel vuelve hacia mí, abre la puerta y me hace subir al asiento de atrás. James y Monica no me hablan, sumidos como están en su pena. Yo, en mi miedo.

James se marcha al poco rato de llegar a la casa. Lo sigo con la mirada a través de la ventana, no coge el coche, atraviesa la urbanización a pie. Monica se ha quedado dormida en el sofá. Cierro la puerta del salón sin hacer ruido, corro hacia el teléfono y marco el número de mis padres. Tienen que venir a buscarme. Les suplicaré. Comunica. He debido de marcar demasiado rápido. Me tiemblan los dedos, es infernal. Marco otra vez el número respirando con fuerza. Sigue comunicando. Saco el trocito de papel del fondo de mi bolsillo y llamo a los padres de Irina. Comunica. El teléfono está fuera de servicio. ¿Fuera de servicio? O... ¡Joder, han cortado la línea! Veo el bolso de Monica colgado en el perchero, su bolsón de piel de lujo dentro del cual pasea toda su vida. Aparto un asa, meto la mano, quiero pruebas tangibles de su locura. Palpo con la punta de los dedos la agenda obesa que se desborda. La saco y la hojeo; en su interior, decenas de papeles, recetas, facturas que se intercalan entre las páginas. Es una maraña, un caos. Nada interesante. Me dispongo a cerrarla cuando veo unos sobres. ¿A quién escribe Monica? La aguja vuelve a clavarse en mi cuerpo, entre mis omoplatos. Son mis dos últimas cartas destinadas a Christine Le Bihan para Virginie, con mi letra. Están abiertas.

Subo a mi habitación. Las piernas me fallan. Una sensación de urgencia. ¿A quién puedo pedir ayuda? Exploro las salidas: ¿Kristina, la *au pair* de Mitchel? Todos los martes va al centro con Holly. Quizá ella pueda enviar mi correo. Hoy es lunes. Me lanzo sobre el bloc de notas que me sirve de papel de carta.

Virginie:

No has recibido mis últimas cartas, acabo de descubrir que Monica nunca las envió. Te preguntaba por Lewis y Simon. Debes saber que Lewis ha muerto. No me han explicado por qué, pero he deducido que estaba muy enfermo. He intentado llamar a mis

padres, pero han cortado la línea de teléfono. Y luego está esa au pair *que ha desaparecido, Irina, y la hija pequeña de John y Eve, que se parece a Nela, como si fueran dos gotas de agua, y todos los vecinos, que son de la misma familia. ¿Te das cuenta? No sé qué está pasando aquí. Perdona, te hablo de mil cosas a la vez, pero no consigo entenderlo, estoy agotada, a menudo me duele la cabeza, tengo náuseas, creo que me drogan, quiero marcharme. En cuanto recibas mi carta, avisa a mis padres, dile a mi padre que venga a buscarme, te lo ruego, date prisa, nunca he pasado tanto miedo. Suplícaselo, aunque te diga que soy una miedica y que fui yo quien insistió en venir.*

Emmylou

No he oído el despertador de la mañana, he dormido como un tronco. Me levanto a toda prisa, miro por la ventana del cuarto de baño y veo que el coche de James ya no está, debe de haber llevado a Simon a la guardería. Veo a Mitchel y Holly marcharse juntos al trabajo. Me acerco a la habitación de Monica, está durmiendo. Cojo la carta para Virginie y bajo muy rápido. Abro la puerta principal sin hacer ruido, llamo a la puerta de los vecinos, inspiro hondo, no quiero que Kristina note mi nerviosismo. Se sorprende al verme. Murmura, mirándose los pies, *«Sorry for your loss»*, «mi más sentido pésame». Le pregunto si puede enviar mi carta por correo. Le digo que es importante, que es para mi escuela de periodismo, que una amiga tiene que matricularme y que prefiero no pedírselo a Monica y a James porque están de duelo, no quiero incordiarlos. Ella acepta la carta sin pronunciar palabra; empiezo a conocerla y confío en ella. La carta debería llegar dentro de cuatro días. Me informé antes de viajar, cuando fantaseaba con mi estancia e imaginaba que mantendría una correspondencia con los amigos y la familia. El tiempo que mi padre tarde en venir... Dentro de seis días, seré libre. Feliz Navidad, mamá y papá.

Estoy tan estresada que no regreso a la casa de inmediato. Después de mi fuga, no me dejarán libre mucho más tiempo. Aprovecho estos últimos instantes para explorar Hidden Grove. El ojo negro me vigila, pero que le den, me he acostumbrado a que me observen de forma permanente. Me dirijo hacia la casa en venta. La quinta. Forma parte del paisaje. Nadie la menciona nunca, es el lugar que nadie quiere, es un hecho, la han olvidado. Pero ¿por qué un inmueble tan bonito no encuentra comprador o inquilinos? Pienso en el ojo, no me quedo parada delante de la casa, la rodeo por el sendero que la separa de la de Nela. Al final del todo, un muro de árboles y ramas. Compruebo si puedo colarme para entrar en el jardín. Hundo las manos y las saco con arañazos. Palpo el seto que rodea el espacio verde. Tiene una fisura: en un punto, debajo de mi cintura, está blando, uno de los arbustos debe de haber contraído alguna enfermedad. Aprovecho y aparto las enclenques ramas, que ceden bajo la presión. El trozo de césped está abandonado, lo cual contrasta con la perfección del resto del recinto. Doy una vuelta entera a la villa: es idéntica a la mía, lo cual me viene de perlas. Voy a entrar por la puerta del garaje. Hurgo un poco con mi horquilla y el pestillo cede sin resistencia. El lugar es frío y oscuro, anuncia su soledad. La planta baja se parece a todas las demás: los mismos volúmenes, la misma distribución de las habitaciones, pero sin calor ni vida. Empiezo a subir por las escaleras, imagino las grandes habitaciones vacías, los baños donde el vapor no se forma jamás. Para qué. Me dispongo a bajar de nuevo cuando huelo una ligera humedad. El aire es tibio, desprende un ligero perfume a humano. La inquietud me paraliza, no quiero seguir adelante. Arriba, distingo dos puertas abiertas.

Con la mano en el pomo de la habitación de la izquierda, titubeo. Intento razonar: la villa está abandonada, no existe, ¿por qué iba a

ser una amenaza? Entro. La cruz que adorna la pared blanca frente a mí se me antoja ridícula en ese espacio inmenso. Una pequeña cruz de madera, sin el cuerpo de Cristo; se diría que son dos palos unidos. Bajo el símbolo religioso, un escritorio y una silla de madera pálida, humilde. A la derecha, un radiador. Pongo la mano, está encendido. Encima, una estantería y una biblia idéntica a la que encontré en la habitación de Monica. La cojo. En la cubierta leo:

Ningún **PECADO**
Oh, mi **SEÑOR**
Ningún **REMORDIMIENTO**
Sí, mi **SEÑOR**
Solo tu **GRACIA**
Y
Nuestra **PUREZA**

Al lado de la Biblia, un grueso libro blanco de oraciones. En cuanto lo cojo, aparece un cuaderno fino. Estaba atrapado entre los dos pesos pesados. Es un cuaderno escolar. Lo abro. Descubro una sucesión de sumas seguidas del símbolo £. Es un libro de cuentas. Cada página corresponde a un año, y empieza en 1987.

1987
JW: 800 000 £ + 200 000 £
JW: 800 000 £ + 200 000 £
DW: 800 000 £ + 200 000 £
MW: 800 000 £ + 200 000 £

1988
JW: 30 000 £
JW: 30 000 £
DW: 15 000 £ + 15 000 £

1989
JW: 35 000 £
JW: 35 000 £

DW: 17 000 £ + 18 000 £

1990
JW: 40 000 £
JW: 40 000 £
DW: 40 000 £

«JW, DW, MW...», ¿de James White, John White, David White, Mitchel White? Pero ¿por qué desaparecen las iniciales «MW» a partir de 1988? ¿Y a qué corresponden las cantidades de ochocientas mil libras? ¡Es una fortuna! Se trata de sumas idénticas abonadas por cada uno de los habitantes masculinos. Quizá por la compra de las villas... ¿Y las doscientas mil libras adicionales? Hago el cálculo: doscientas mil por cuatro... ¿Ochocientas mil? El precio de una sola residencia... ¿Han pagado cada uno una parte de la quinta casa? Pero ¿por qué razón? Entonces no está en venta. ¿Es de su propiedad? ¿Y esta urbanización, Hidden Grove, es un proyecto común? En 1988, Lewis tenía dos años. Es la fecha que figura en el examen médico que revela su enfermedad genética. ¿Por eso decidieron vivir todos juntos aquí? Todo se esclarece y todo se espesa. ¿A qué corresponden estas sumas abonadas a lo largo de los años? ¿A quién se las dieron? ¿A Mitchel, puesto que es el único cuyo nombre no figura en la lista? En las páginas siguientes, veo otras líneas con cantidades y fechas. Paso los primeros años, pero el año en curso, 1996, me llama la atención.

1996
Jardinero: 8 234 £
Fontanero: 4 700 £
V: 10 000 £
Videovigilancia: 6 089 £

Una letra y una cifra me intrigan: «V: 10 000 £». Repaso el cuaderno al revés, remonto la línea temporal.

1995

V: 10 000 £

Pero antes de eso, nada. Hay algo que desentrañar, pero me atasco. Los minutos pasan, dejo el libro y cojo el otro más grueso. Es de cuero blanco. No hay nada en el lomo, pero la cubierta tiene una «W» dorada inmensa. ¿Otra biblia? No es oficial, porque el texto está escrito a mano, lo descifro.

Oh, Señor, creador del cielo y de la tierra, nos dirigimos a ti en este día, portadores de la herencia de nuestros antepasados, unidos por la sangre y la fe. Nosotros, hijos de un linaje preservado en la pureza, hemos escuchado Tu llamada en el susurro de los vientos y el canto de las estrellas. Cuatro generaciones han transcurrido desde que nuestros padres y madres sellaron su unión bajo tu mirada, con el poderoso deseo de preservar esta pureza que tú nos has confiado.

Traduzco lentamente, lo mejor que sé. No conozco todas las palabras, pero el estilo parece ampuloso, como una gran oración llena de deferencia hacia Dios.

En la claridad de tu designio, hemos mantenido los lazos sagrados de la familia, sin fallar ni desviarnos. Los frutos de nuestras entrañas nacieron de la unión de nuestras sangres, y creímos, oh Altísimo, que ese era el camino trazado para nosotros. Caminamos juntos, bajo tu luz, apartando toda tentación ajena, para no dañar lo más valioso que tú nos has dado.

Vértigo.

Son oraciones, pero también confesiones. Unos seres humanos que se dirigen a Dios. La pureza desde hace cuatro generaciones... El cementerio, los nombres en el columbario familiar y el mismo apellido compartido por todos los miembros: White. Un mismo patronímico para personas de la misma sangre que quieren

preservar su pureza. ¿Qué implica eso? ¿Quién es quién? ¿Quién está con quién?

Sigo leyendo:

Oh, Señor, en tu silencio sagrado, una sombra se ha abatido sobre nuestra comunidad. El fruto de nuestro linaje, un niño amado, ha sido golpeado por la enfermedad. Juntos hemos implorado tu misericordia, buscando en nuestros corazones los pecados ocultos, las faltas inconfesables que podrían pesar sobre todos nosotros. Que nuestros padres nos perdonen si, en nuestra búsqueda de la pureza, nos hemos desviado del camino que tú nos habías trazado. Hemos percibido el murmullo de la duda, la pregunta insidiosa que se ha colado en nuestras mentes colectivas: «¿Acaso, en nuestro fervor comunitario, nos hemos desviado de Tu designio? ¿La pureza que tanto atesorábamos, esa promesa común, se ha vuelto contra nosotros?». Los cuerpos de nuestro linaje han empezado a debilitarse, su vigor, sostenido por nuestra unidad, se marchita como una flor privada de sol.

Lewis es el niño aquejado de la enfermedad. Devoro el texto dividido en oraciones, en conjuros, me tiemblan las manos, hago un esfuerzo infinito para no desmayarme.

Oh, tú, que escrutas los corazones y los riñones, hemos comprendido nuestro error, y de ese entendimiento han nacido el tormento y el deseo de huir de las miradas acusadoras de los demás. Hemos cerrado nuestras puertas y hemos levantado muros alrededor de nuestra morada. Hemos decidido vivir recluidos para renacer mejor. Ha llegado sangre nueva, una esperanza ofrecida por tu gracia para recuperar la pureza de antaño, aquella que tanto hemos atesorado y, sin embargo, hemos corrompido. En este aislamiento, esperamos recuperar la pureza perdida, recomenzar nuestro linaje con una nueva promesa, la de la rectitud y la redención.

«Ha llegado sangre nueva, una esperanza ofrecida por Tu gracia para recuperar la pureza de antaño...». Mastico y mastico estas palabras. «Sangre nueva...». Tengo una intuición espeluznante.

Oh, tú, que eres nuestro refugio y nuestra fuerza, nada te ocultamos, escucha nuestra verdad. Una de las nuestras, muy querida por todos, ha desaparecido. No hemos podido protegerla, se ha desvanecido como un suspiro en la noche. Señor, perdónanos, reconocemos nuestra impotencia y nos encomendamos a tu misericordia. Concédele la paz y a nosotros la redención.

¿Quién es el autor de este libro redactado en nombre de la comunidad? ¿Cuál de los habitantes de Hidden Grove es el embajador y viene a escribir regularmente a la quinta casa? Dios en línea directa. ¿A esto se refería James? Esta cercanía de los protestantes con su Dios, sin sacerdotes para confesarse. Sin penitencia, solo el perdón inmediato de Dios, que limpia los pecados.

Oh, Señor, protege nuestra doctrina, fruto de tu aliento divino, reflejo de tu sabiduría insondable. Ella es la estrella que nos guía a través de las tinieblas de la duda, el ancla que mantiene nuestra fe en la tormenta del mundo. Que sea siempre fiel a tu voluntad, firme como la roca bajo Tus cielos, inmutable y pura como la aurora naciente.

¿Nuestra doctrina? Entonces, estos tarados no son verdaderos protestantes, han desvirtuado su religión para legitimar su locura. Es como si hubieran creado su propio evangelio. El evangelio según White. Y todo empezó hace cuatro generaciones... No doy crédito.

Señor, una inquietud sorda pesa sobre nuestras almas, uno de los nuestros ha roto el pacto sagrado que nos unía. Con su desviación, ha abierto una brecha por la que podría infiltrarse de nuevo la desgracia, golpeando nuestros cuerpos y nuestros espíritus como un castigo inevitable. Oh, Señor, protégenos de

este flagelo, líbranos de los tormentos de una nueva prueba y concédenos Tu perdón para que podamos volver a caminar bajo Tu luz.

¿De qué pacto habla este pasaje? Decenas y decenas de páginas han sido oscurecidas con la misma escritura, una sola voz para una comunidad de creyentes locos.

Un ruido abajo.

Salgo de la habitación y subo con el mayor sigilo a la segunda planta. Entro en la estancia que se corresponde con el dormitorio de mis jefes, me meto corriendo dentro del vestidor vacío y cierro las puertas correderas. Me hago un ovillo, tengo el corazón desbocado y ganas de vomitar. Aprieto los párpados para aguzar el oído. Aguardo unos pasos, una puerta que se abre, pero nada. ¿Habré imaginado el ruido? Abro los ojos. La luz se filtra a través de la mampara calada, no hay cama con un colchón grueso ni manta de cachemira, sino una butaca grande. Descubro un esqueleto metálico con dos patas horizontales. El asiento es de plástico gris. Me cuesta creer lo que veo. Sin embargo, no cabe duda: es una silla como las que hay en la consulta del ginecólogo, con dos estribos para encajar los pies y ofrecer el sexo al médico. Salgo del vestidor, rodeo la butaca y me dirijo al cuarto de baño. Hay un carrito con utensilios: reconozco un espéculo y los instrumentos que se usan en las operaciones. De repente, la habitación se invierte, pierdo todas las referencias. Me siento despacio en el suelo, necesito tumbarme. Morgane deambula en torno a mí, tiene la cabellera trenzada de hiedras en descomposición, parece salida directamente del cementerio. A cuatro patas en mi habitación, Irina escribe: «Sé por qué estoy aquí», se vuelve y me mira, con los ojos vacíos y el vientre redondo, del que sobresalen dos manitas; James abre la puerta, su sombra monstruosa lo precede, la sombra me posee y reaviva mis náuseas. Virginie se ríe a carcajadas, apoltronada en su sofá, con una risa enfermiza; Edwige corretea por el cementerio entre su mamá y su *au pair*, se vuelve hacia ellas llamándolas a las dos: «¡Mamá!». Una ira fría me arranca de mi delirio, un cubito de hielo me recorre la

columna vertebral. Es imposible. Imposible que Virginie no viese nada. Tuvo que notar necesariamente los comportamientos retorcidos de los padres. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué me dejó marchar? La rabia me da fuerzas, me pongo en pie, salgo de la habitación. En el rellano, aguzo el oído, ningún movimiento, me lanzo. Quiero salir de esta casa de locos.

La carta salió ayer.

Hoy es Navidad. Han vuelto a encender la guirnalda luminosa del abeto que decoré con Lewis mientras nos tomábamos un chocolate caliente. Nunca me dejan sola. James o Monica siempre están en la cocina, el salón o el despacho. Siempre presentes. Nunca lejos de la entrada. El bolso de Monica ha dejado de ser accesible, imposible echarle el guante al mando a distancia de la verja. Finjo ser una adorable *au pair* que no da problemas, porque dentro de unos días todo habrá terminado, me habré ido. Pienso en mis padres, pienso en todo lo que echo en falta y en todo lo que nunca he visto, su solidez —a falta de amabilidad y apoyo—, su sencillez. Voy a venerar esta vida, prometido, voy a amarla como nunca. Pienso en todo lo que les voy a decir. ¿Me creerán? Bajo a desayunar, temo el momento de cruzarme con Monica y James. Ambos están en la cocina. Me ofrecen lo que están comiendo ellos. Han preparado una variedad de sándwiches de pan de molde con *tarama*, pepino y paté. No tengo ningunas ganas de estar con ellos. Me dan asco y me aterran. ¡Hay tantas preguntas que no puedo hacer! Pero no debo perder los estribos, tengo que ser paciente. Saco un plato del armario. «¿Un poco de té?», me pregunta Monica. Asiento, me sirve. James me cuenta que ha hablado con Simon, que le ha explicado con palabras sencillas que su hermano se ha sumido en un sueño profundo, porque estaba muy cansado y era lo mejor para él. Y concluye: «Así que ya lo sabes. Ya sabes cómo hablarle». Saber eso no es saber mucho, la verdad, pienso. ¿Por quién me toman? Monica añade que, a partir de ahora, prefiere que Simon duerma en la habitación de Lewis. A mí eso me parece extraño, y seguramente se me nota en la cara, porque añade de inmediato: «La habitación de Lewis es más grande, Simon estará contento». Le pregunto si tengo que guardar la ropa y los juguetes de Lewis en alguna parte para

hacerle sitio a Simon. Me responde con sequedad: «No toques nada». Luego se corrige, inclinando la cabeza hacia la izquierda: *«Thank you so much, Emmylou!»*. Muy perturbador... Cambiar al crío de habitación cuando acaba de perder a su hermano mayor, haciéndole ocupar el lugar del muerto. Simbólicamente, es un desvarío total, ¿no? Termino de comer, recojo la mesa y salgo de la cocina antes que ellos. Subo a estudiar. En el recibidor, distingo un sobre encima de la consola, al lado del teléfono que ya no suena.

Me acerco, veo la «V» mayúscula de Virginie, reconozco mi letra. Es la carta que le confié a Kristina. La traición me desmoraliza. Pero la letra «V» se me queda grabada en la retina. «V» como en el libro de cuentas de la quinta casa. Intento recordar la cifra. ¿Diez mil libras? ¿Quién habría pagado diez mil libras a Virginie? ¿Y por qué motivo?

Me siento derrotada, me vuelvo instintivamente hacia la cocina, Monica me sonríe levantando su taza de té como si brindara a mi salud. En este instante comprendo que mis padres no van a venir. Corro a mi habitación, subir las escaleras es un infierno, apenas me da tiempo de tumbarme cuando las paredes comienzan su danza y tengo la sensación de ser un líquido, un charco. Pienso que desaparecer podría ser incluso agradable. Vuelvo a ver a Monica y su taza de té, pienso en la que he bebido. El té envenenado.

Sensación de *déjà vu*. Oigo la voz de John, el vecino médico. ¿Cuánto tiempo hace que estoy en cama? Esta vez no voy a abrir los ojos, voy a escuchar. Sé que me han drogado. Pienso en todos los tés que James y Monica me han servido. El tradicional té inglés, el té educado, el té que paraliza. Me llega el olor de John, un olor de hombre, un efluvio repugnante de sudor que me recuerda a James. John se acerca. ¿Me habrá puesto los dedos debajo de la nariz para asegurarse de que no estoy muerta, de que todavía respiro? Podría saltarle al cuello, despellejarle la mejilla, masticarla. Me atengo a mi objetivo: salir de aquí. Respiro profunda y lentamente, como si aún estuviera dormida. Mi hermana y yo jugábamos a eso cuando queríamos hacer creer a nuestros padres que ya estábamos dormidas. El vecino parece nervioso cuando reprende a Monica:

—Pero ¿qué has hecho? No puedes dárselo así como así, es muy fuerte. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Monica responde:

—Chist, la vas a despertar...

John continúa:

—Si lleva tres horas durmiendo es porque se te ha ido la mano, ¿no?

Luego susurra:

—¿Te das cuenta de que es peligroso para tu bebé?

Su voz se aleja bruscamente, como si mi cuerpo se estuviera precipitando dentro de un pozo. Mi cerebro, como un alumno aplicado, el primero de la clase, levanta la mano y pregunta: «¿De qué bebé están hablando?».

Pero mi cuerpo lo sabe. Mi mano posada sobre mi vientre ligeramente abultado. Los pechos sensibles. Todo cobra sentido. En esta gran locura, todo cobra sentido. «Ha llegado sangre nueva, una

esperanza ofrecida por tu gracia para recuperar la pureza de antaño». Yo soy la sangre nueva.

La portadora de su bebé.

Abro los ojos. Después de la visita de Monica y John, me he dormido otra vez. El sueño reflejo, protector, para no volverme loca. Ahora es de noche. Tengo ganas de vomitar. Es más fuerte que las náuseas, es como una poderosa ola que me sacude el cuerpo y lo derriba. La repulsión. El descenso a los infiernos. Creía que estaba enferma y cansada. Estoy embarazada. Tengo dieciocho años y estoy embarazada. No me lo puedo creer. Hice el amor por primera vez este año con Tristan, es mayor que yo, ha repetido el último curso de bachillerato, es mi primer novio. Intento contar: tres veces. Hago esfuerzos por recordar... Sí, siempre usamos preservativo. Tengo ganas de arrancarme el vientre, molerlo a palos, quiero hacerlo desaparecer. Aprieto los puños, me muerdo el interior de las mejillas para no golpearme. ¿De quién estoy embarazada? ¿Cómo ha podido ocurrir? Me hago preguntas cuyas respuestas conozco, respuestas que corren como lágrimas, una lluvia ácida de evidencias y desgracias pasadas, de terrores futuros. La droga, James. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué otro hijo? Lewis, enfermo, muerto. «Los cuerpos de nuestro linaje han empezado a debilitarse». Otro hijo. ¿Para reemplazarlo? «Esperamos recuperar la pureza perdida, recomenzar nuestro linaje con una nueva promesa, la de la rectitud y la redención». Simon ocupa el lugar de Lewis y deja libre el del hijo menor; el hijo menor por fabricar. ¿Por qué yo? Monica ha parido a sus hijos, tiene un vientre, ¿no?

«Sé por qué estoy aquí».

Oigo la voz de una chica a la que no conozco y que me resulta extrañamente cercana.

«Sé por qué estoy aquí».

Irina, oigo tu voz.

«Una de las nuestras, muy querida por todos, ha desaparecido. No hemos podido protegerla».

«Entonces, ¿tú también? Pero ¿dónde estás?».

«Se ha desvanecido como un suspiro en la noche».

«¿Y tu bebé? ¿Dónde está?».

Salgo a duras penas de la cama, me pongo otro jersey encima, tengo mucho frío. Me repugna desplegarlo sobre mi vientre. Llevo a alguien que no he buscado dentro de mí. Le tengo miedo. No podré volver a dormir jamás. Camino hasta el cuarto de baño. No tengo ganas de verme, me doy asco, no tengo la culpa, pero no puedo mirarme, me odio. Pobre chica. Me cruzo con mi reflejo en el espejo pegado a la puerta, tengo el vientre abultado, como si hubiera crecido durante las últimas horas de sueño, como si se hubiera atrevido a salir. Me molesta. Me desabrocho los vaqueros, me agacho para hacer pis, estoy sentada en el inodoro, noto la orina caer, noto el interior de mi sexo, los labios, los mayores y los menores, todo, tengo la impresión de que es enorme, de que ocupa todo el espacio y de que está sucio, abominablemente asqueroso. Una sensación de irreversibilidad, nunca volveré a ser la misma. Soy la más minúscula de las muñecas dentro de una muñeca rusa. Embarazada, encerrada en la habitación más exigua de una casa, prisionera de una urbanización perdida en una ciudad extranjera de un país que no es el mío.

Han echado una vuelta definitiva a mi cerrojo.

Bajo las escaleras y llego a la primera planta, la de los niños. Empujo la puerta de la habitación de Simon. Es la que hay que dejar libre para su bebé. El bebé que llevo en mi vientre. ¿Cómo se han atrevido a concebir esta idea? Es tan delirante que dudo, me digo que nada de esto es real, que estoy confundida. Vuelvo a ver a James inclinado sobre Simon, tumbado en su cama en la linde del sueño. Le susurra: «Mi pequeño Lewis, te quiero, te quiero tanto...». Simon ha ocupado el lugar de Lewis, el bebé ocupa el de Simon, y todo está en orden.

Hemos cerrado nuestras puertas y hemos levantado muros alrededor de nuestra morada. Hemos decidido vivir recluidos para renacer con más fuerza.

No es un arrebato de locura, es un plan. James... ¿Cuántas veces me ha...? No alcanzo a formular las palabras. ¿Cuántas veces me ha... forzado? ¿Cuántas veces me ha penetrado..., violado? Cuando tú no quieres, cuando no sabes, se dice «violado», ¿no? James me ha violado. Palabras que desgarran mi inocencia. Tengo mucho frío, me meto en la cama de Simon, me hago un ovillo bajo el edredón. ¿Cómo voy a escapar de ellos? Y aunque lo consiguiera, siempre sería prisionera de mi útero, de lo que crece dentro. Un rayo atraviesa mi cuerpo. Esta quemazón, esta sensación, la conozco bien, es la de la toma de conciencia, la de una revelación. Joder, ¿cuánto tiempo hace que no me ha bajado la regla? No he prestado atención, he tenido retrasos importantes con frecuencia, sobre todo en momentos de estrés. Mientras repasaba para el examen de selectividad, recuerdo que no me vino durante tres meses. Cuento rápidamente, me vuelvo a ver a mediados de septiembre buscando

tampones en mi maleta, ¿y desde entonces? Nada. Hace dos meses y medio, puede que tres, que no me ha venido la regla. ¡Qué idiota!

Estoy pariendo, hace un daño de mil demonios. No me atrevo a mirar entre mis piernas separadas. Tengo la impresión de que voy a expulsar los órganos, me quema, me desgarra, gimo, chillo. Estoy en la quinta casa, en la silla ginecológica. En mi mano, otra mano. ¿Un consuelo? Monica está ahí, pero no me mira a mí, está escrutando mi entrepierna. Para ella, solo soy una tierra fértil, un vehículo. El médico tiene la cara de John. Grita: «¡Ya viene!». Arroja sobre mi vientre una masa caliente, pegajosa y movediza. No quiero saber. Monica me tira del brazo: «¡Pero bueno, míralo! Es tu hijo». Miro y veo la cabeza adulta de James, me sonríe y agita sus puñitos de recién nacido. Me desmayo.

Cuando abro los ojos, la cama de Simon está empapada en sudor. Y, como cada vez que despierto, la ducha fría, la realidad que se impone brutalmente: estoy embarazada, soy prisionera, Virginie me ha tendido una trampa. ¿Por qué? ¿Por qué me ha arrojado a esta pesadilla? Ella, la amiga de mi amiga Morgane, no lo entiendo. Además, tuve que suplicarle que me pusiera en contacto con la familia, me dio la impresión de que quería guardarse su sueño inglés para ella sola. No tiene sentido.

Se abre la puerta.

James lleva a su hijo de la mano, se acercan a mí. El niño se ríe, me señala con el dedo y dice: *«Milou, Milou, bed!»*, «¡Milou, Milou, cama!». James me tiende la mano y me ayuda a levantarme. Me pide amablemente que me dé una ducha y que vaya a preparar la habitación de Lewis para Simon, como Monica me ha sugerido. Este pirado no se achanta ante nada.

Es nuestra primera cena a cuatro. No, me equivoco, seguimos siendo cinco: Monica, James, Simon, su anhelado bebé y yo. Me da miedo mirarlos a los ojos ahora que lo sé. Estoy estupefacta. ¿Qué podemos contarnos? ¿Cómo me comporto? No me imagino hablando con ellos. El pequeño está a la mesa, no puedo montar un escándalo, estoy atrapada una vez más. Monica sirve la comida y me pregunta:

—¿Has podido trasladar las cosas de Simon a la habitación de Lewis? ¿Está todo listo para su noche?

Pienso: «Está todo listo para su vida, es más bien eso lo que querías decir, ¿no? ¿El resto de su vida en la piel de Lewis? ¿Y el resto de mi vida? ¿Le importa a alguien? ¿Cómo puede preguntarme eso con ligereza cuando su hijo está muerto y yo estoy embarazada del próximo? ¿Cuál es la idea después? ¿Que me quede a vivir aquí para ocuparme del recién nacido? ¿Hasta cuándo? ¡Qué delirio!». A James parece que todo le resbala, se dedica a leer un dosier mientras se toma una copa de vino. Esta gente se comporta como si todo fuera normal. Ante mí, dos opciones. O vuelco la mesa, grito y le salto a Monica al cuello, que es lo que me muero por hacer, o les sigo la corriente en esta locura de la vida cotidiana que sigue su curso como si nada para enterarme de más cosas y descubrir la manera de escapar. Quiero recuperar las riendas, dejar de sufrir, no voy a hacer lo que se espera de mí, a ser lo que debería ser, lo que soy: la desesperada, la que está jodida. No voy a inquietarlos.

Me siento.

Dejo que Monica me sirva su ragú a la inglesa. James deja su dosier y ayuda a Simon a comer. Una familia ideal. Si a mí me trajeron para concebir a su bebé, ¿trajeron a las otras *au pairs* para concebir a sus primeros hijos? ¿Irina, la desaparecida, consiguió escapar? Si fue ella quien escribió en nuestra habitación «Sé por qué

estoy aquí», ¿huyó con su bebé? Simon me llama: «¡Milou, Milou!». Me tiende un trozo de pan de molde. *«Take, Milou!»*, «¡Toma!». Adorable Simon. Simon y su cabello moreno, un muchachito regordete, de complexión robusta, un muchacho como los que pueden verse en Plouhernec recogiendo cangrejos con los dedos en las rocas o jugando al fútbol todos los días del año en el estadio, delante de las casas adosadas.

No puedo creerlo.

¡Simon! Lo llamo con todas mis fuerzas, grito en silencio.

«¿No comes nada? ¿Prefieres una ensalada, algo más ligero?», me pregunta Monica. Sus palabras son como un jarro de agua fría sobre mis nervios como brasas. La miro con cara de loca. Me cuesta controlar mis emociones.

Estaba equivocada.

«Simon, tú no tienes nada que ver con Mitchel. Sin duda eres hijo de tu padre, tienes la misma sonrisa, de oreja a oreja. Y reconozco la forma suave y ovalada de las uñas de tu progenitor. Te he cogido tantas veces las manos y he mirado tantas veces las de James, tan bonitas... En cambio, ¿qué has heredado de tu madre, aparte de tu falso pelo moreno? Nada. No te pareces a tu madre, aunque ella se muera por lo contrario y esté dispuesta a todo, incluso a teñirte el cabello de bebé rubio. ¿Y por qué? ¿Lo sabes?».

«Sangre nueva».

Mis padres no vendrán. No tengo forma humana de avisarlos. No están preocupados, los conozco, irme fue una decisión mía. Las cartas no se envían, el teléfono ya no funciona, el recinto no se abre, he registrado cada rincón de la casa, todos los bolsillos de la ropa: ni rastro del mando a distancia. Soy su prisionera. Han sabido ponerme cadenas, su chiquillo en mi vientre; el terror y la vergüenza me confinan. ¿Qué va a ser de mí? ¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Qué dirán papá y mamá? No lo soportarán, me repudiarán, casi puedo oírlos: «Te largas, tú y el crío». Es una vergüenza para ellos, para mí. ¿Puedo abortar? ¿De cuántas semanas exactamente estoy embarazada? No consigo llevar la cuenta, el calendario está borroso, todo se me escapa; por más que intento remontar la línea del pasado, flaquea.

Me resulta imposible dormir. Son las cuatro y cuarenta y seis. Tengo náuseas; ahora sé por qué. Ya no puedo dormir boca abajo, me duelen los pechos. Estoy hecha un ovillo en la cama y nos veo, a Morgane y a mí, en la playa de Bréhec. Es junio. La vegetación que rodea esta cala está repleta de clorofila, la ligera brisa hace chasquear los mástiles de los barcos alineados en el puerto, nos bañamos en bragas después de clase, no estaba previsto, pero hace un tiempo magnífico. Tenemos diecisiete años y cero ganas de volver a casa. El mar está un poco frío, pero las olas y la claridad del agua nos atrapan. Somos felices y aún no lo sabemos. La cosa que tengo en el vientre viene a ensombrecer este recuerdo, a ensuciarlo todo. Estoy aterrorizada, no tengo manera de informarme sobre el embarazo, los síntomas, nunca he hablado de eso con mi madre ni con mis amigas, nunca pensé en quedarme embarazada, al menos no hasta dentro de muchos años, décadas. Este secreto me desquicia, este secreto en mis entrañas, que se hincha y que cambia mi cuerpo, este secreto que yo no he buscado me devasta. Vuelvo a

contar, intento reconstruir la cronología de mi vida para saber si puedo abortar. Ocho, nueve, diez semanas, ¿hasta cuándo es todavía posible? Nunca me he interesado por este asunto. ¿En qué momentos me han drogado? ¿La víspera de los días en que estaba enferma, extremadamente cansada? ¿Cuántas veces ha pasado James por mi cuerpo? ¿Cuántas veces me ha penetrado con su sexo? Quisiera abandonarme, extirparme de mí misma, arrancar la carne que crece dentro. Me estoy volviendo loca. No me atrevo a decirles que lo sé.

Bajo como una furia al salón, abro el cajón de debajo del televisor y cojo el álbum de fotos, busco la única foto en la que se ve a Virginie paseando a Simon, con Lewis a su lado. La arranco de la página y vuelvo a mi habitación. Me cuesta mirar esta imagen. La sostengo durante un buen rato contra mi abdomen. Pero me he prometido ser valiente, tengo que avanzar. Lentamente, cojo la foto y la examino con detalle, escudriño el rostro de Virginie paseando con Simon. Simon, adorable niño regordete, rubio, fornido. Un pequeño bretón. Es evidente. Tengo que vivir con esta verdad insoportable y aceptar que las últimas zonas sólidas de mi mundo se desmoronan. Simon es el hijo de Virginie.

«Sangre nueva».

Me precipito por las escaleras, no sé ni qué hora es. He perdido la noción del tiempo, corro como una descosida. En la palma de mi mano derecha, la jeringuilla llena de la droga que he robado de la farmacia secreta en el dormitorio de Monica. Mis jefes ni siquiera me han despertado. Están de vacaciones, es Navidad. Debí de quedarme profundamente dormida después de las horas de insomnio. Ya no me necesitan. Al fin y al cabo, nunca me han necesitado para el día a día de los niños, el pequeño va a la guardería y la madre siempre está en casa. Lo que les interesaba era mi vientre. Miro fuera, no veo el coche de James, no oigo a Simon. ¿Han salido? Busco a Monica. No está en el salón ni en la cocina. Oigo ruido en el trastero. Nunca entro ahí. Es el almacén de las conservas, los pañales y los licores. El reino de la madre de familia. Me acerco con sigilo. Está de espaldas, lleva un jersey de cuello

redondo de cachemira blanca, está rebuscando en lo alto de los estantes.

Le clavo la aguja en la nuca y le inyecto el líquido en la carne.

Monica pega un grito animal y se vuelve hacia mí con los ojos desorbitados. Con la mano intenta agarrar lo que acaba de penetrar en su cuello. Se tambalea, está frente a mí, su boca roja hace un mohín. Pienso: «Ahora no se hace la listilla». La dejo sola en el trastero, con la jeringuilla y sus chillidos de animal malherido, y salgo corriendo. Abro la puerta de la casa, no veo a ningún vecino ni a ninguna *au pair*. Corro hacia la izquierda, detrás de los árboles: el muro de piedra. Voy a intentar trepar por él, no tengo nada que perder. Parece kilométrico. Rápidamente llego a la mitad, pero me faltan puntos de agarre. Imposible avanzar. Bajo de nuevo despacio. Respiro y me concentro. Recuerdos fugaces de mi iniciación a la escalada en el colegio. No mirar nunca abajo, siempre arriba, pensar solo en el objetivo. Unas piedras que se han salido de su sitio me permiten agarrarme. Estoy casi en la cima, es una locura. Tengo un sobresalto de alegría, un chute de adrenalina, mis piernas son como dos ganchos asegurados en la roca, nunca me había sentido tan fuerte. Me aúpo empujándome con los pies y lanzo la mano izquierda con todas mis fuerzas para pasarla al otro lado del muro. El dolor que me atraviesa es desconocido; es como el dolor que se siente al haber perdido un miembro. Por un lado, mi mano empalada en algo que no veo y que paraliza toda la palma, cientos de dientes afilados clavados en mi piel, mis nervios, mis tendones, como la mordedura de un animal horrible y, por el otro, el resto de mi cuerpo a punto de resbalar. Dentro de unos segundos, me quedaré colgando solo de los dedos. Y la carne se desgarrará. Tengo que retirar la mano. Pienso en la playa. Pienso en mi padre haciendo bricolaje conmigo, en Morgane y yo encima de su manta, en la mirada a veces dulce de mi madre. Pienso en todo lo que quiero, y arranco la mano.

La sangre gotea encima de mi cabeza, me cae por los ojos, por la nariz, por la boca, es espesa. No quiero ver la herida que me devora entera, no soy más que este sufrimiento. No puedo bajar, mi mano ha quedado inutilizada, estoy atrapada arriba. De pronto, un grito. Al

pie del muro, Kristina. Tiene el rostro desfigurado por el pánico. Me llama:

—*Can I help?* ¿Puedo ayudarte?

No le respondo, no puede hacer nada. El dolor me entumece, las piernas y la mano sana ceden, caigo al suelo cubierto de hojas y tierra, sobre las piedras en las que nunca había reparado. Es un suplicio, la espalda y las nalgas se han llevado la peor parte. Kristina se arrodilla junto a mí, todavía lleva la ropa negra y holgada, como si siguiera de luto. Nunca me he atrevido a preguntarle por qué. La *au pair* de Holly y Mitchel observa mi herida y constata:

—*It's bad, really bad*, es muy grave.

Le respondo:

—Te lo suplico, ve a tu casa, llama a Emergencias.

Ella duda. Le grito:

—¡Diles que estoy embarazada!

Su rostro se descompone.

—*Pregnant!* ¡Estoy embarazada de esos tarados, Kristina!

Está postrada a mi lado. Con mi mano sana, toco la suya y vocalizo lo más despacio que puedo:

—Kristina, llama a Emergencias, por favor.

Es mi única salida. Veo que se levanta con precaución. La miro y veo a mi madre, mi madre embarazada de mi hermana pequeña. Una silueta muy delgada que carga con el peso de su vientre. Kristina tiene los mismos andares. ¿También está embarazada? La llamo:

—Kristina.

Grito:

—¡KRISTINA!

No vuelve.

Estoy tumbada boca arriba, no me atrevo a mirarme la mano, sé que está hecha jirones. No quiero afrontar los estragos, no soy valiente. Querría estar en brazos de mi madre, mi madre gruñona, mi madre cansada, pero siempre ahí cuando me duele algo. Si supiera lo mucho que la necesito... Espero que Kristina llame a Emergencias. Una vez en la ambulancia, podré explicarlo todo, mi embarazo, mis jefes locos, la droga, los falsos vecinos, la comunidad enferma, la consanguinidad de sus miembros. Me protegerán, seguro. El cuerpo médico ha prestado juramento. Me salvarán. Tengo que irme antes de que hablen con Monica. No me atrevo a imaginar de lo que son capaces esta mujer y sus vecinos, su familia. Debe de estar grogui en el suelo del trastero, con la jeringuilla clavada en la nuca. ¡Toma GHB! Dormirá dos o tres horas, el tiempo justo para largarme de aquí. ¿Es posible que Kristina también esté embarazada? Tienen una habitación sin vida, con todo envuelto en plástico, cierto, pero sus jefes, Mitchel y Holly, los simpáticos de la urbanización... No, ellos no... Mitchel, el vecino alegre y atento, el tipo abierto de mente, majo. Me lo imagino tumbado encima de Kristina, violándola tantas veces como sea necesario para dejarla embarazada. ¿Mismas casas, mismas prácticas?

Oigo una sirena. Es una sirena de coche de policía o de ambulancia. No sé si debo alegrarme o preocuparme. Veo que se abre la verja, el sonido de la sirena se acerca. Una voz dice:

—*Hello, hello!* ¡Por aquí!

No es Kristina. No distingo el vehículo entre los árboles, pero veo que ha entrado y se ha parado. Se abre una puerta. Un hombre pregunta:

—¿Es aquí? ¿Es usted quien ha llamado?

¿Está hablando con Kristina? Alguien responde. No puedo más, me duele tanto, ayudadme. Pasos en mi dirección. Estoy aterrorizada, pero me río, me siento aliviada, me orino encima. Dos hombres con monos azules se acercan a mí, yo les sonrío.

—*How are you, young lady?* —me pregunta uno, preocupado por mi salud.

Tengo ganas de besarlos. De contárselo todo. Pero me trago las palabras impacientes. Primero que me atiendan en la ambulancia, primero salir de esta urbanización de enfermos. Me deslizan en la camilla y me levantan. Me miran la mano, hablan rápido entre ellos, capto algunas palabras: *«hand»*, *«surgery»*, «mano», «operación». Solo unos metros más y se habrá acabado. Descubro el voluminoso vehículo blanco con una franja roja en el lateral, la palabra *«ambulance»* que despeja cualquier ambigüedad. Mientras giran la camilla, avisan en voz alta de que está todo en orden:

—*It's fine, we've got her back!*

Busco a Kristina, pero al otro lado de la ventanilla del vehículo veo una cara.

Holly.

Mirada glacial. Nunca la había visto así. El dolor se intensifica. La puerta se cierra. Uno de los enfermeros se queda a mi lado y me dice:

—*It's going to be okay*, todo va a ir bien.

Lo dudo. Espero a que arranquen. Los ojos de Holly desaparecen. Espero el sonido tranquilizador del portal al abrirse, pero no oigo nada. El vehículo circula despacio, parece dar vueltas sobre sí mismo. Aparca. Por la ventana horizontal veo árboles y hojas que se aplastan contra el cristal. Nos hemos parado en el ángulo muerto de la urbanización, cerca del muro que he intentado escalar. El conductor abre la puerta trasera, sube y me dice:

—Bueno, vamos a curarte eso...

Tengo la sensación de que me han pisoteado el pecho, lloro como una niña pequeña, entiendo que no saldremos de este recinto. Que me van a curar aquí.

Que me van a retener aquí.

Uno de los enfermeros se ocupa de mi mano lacerada. Me dice: «Respira bien, voy a desinfectar la herida». Una sensación helada paraliza mis dedos y la palma de mi mano, es un alivio, el dolor desaparece durante unos segundos, luego la sensación de que mi mano se quema, de que se está asando. Chillo, me retuerzo como una alimaña. Me colocan una mascarilla en la cara. Respira, respira fuerte. Mis ojos se hunden en mi cráneo, mi cuerpo se proyecta en un espacio paralelo donde todo se ha vuelto gigantesco, fuera de mi alcance. Oigo a los enfermeros a lo lejos, muy lejos. Siento que me trituran la mano, como si hurgaran dentro, extraen los trozos de piedras y hojas que se han incrustado en la herida al caerme. El gas anestésico no alivia el dolor, lo aleja, como si flotara fuera de mí, nunca había sentido nada igual, he perdido el control. El enfermero me quita la mascarilla y me limpia la sangre de la cara. Quiero decirles: «*Please*, ¡por favor! ¡Me tienen secuestrada, me hacen daño! ¡Llévenme al hospital!». No cruzo su mirada, no consigo vocalizar, tengo la boca de algodón, los labios entumecidos. Me dicen: «Te curarás. Descansa». Fingen no saber nada. La palabra de Holly ha tenido más peso que la de Kristina. Holly les ha impedido que me lleven al hospital. Se obedece a los poderosos. Los enfermeros continúan con sus recomendaciones. Hay que desinfectar la mano y volver a vendarla todas las noches. Tengo la palma destrozada, tardará varias semanas en curarse. Me vuelvo loca. Les digo: «Estoy embarazada. *I'm pregnant!*».

No me oyen.

Levanto una pierna que proyecto con todas mis fuerzas contra uno de los hombres. No se lo esperaba y se da un golpe en la cabeza. No quiero morir aquí. El otro tipo me inmoviliza inmediatamente, vuelve a colocarme la mascarilla en la cara y el olor a gas se intensifica. No puedo mover ni la parte inferior ni la parte superior del cuerpo,

tengo la lengua de trapo y se desliza al fondo de mi boca. Me han encarcelado viva.

Salgo de mi sopor sin sueños entre las manos de James. No consigo saber si quiere reanimarme o estrangularme, pero todo se aclara bruscamente, noto la crispación de sus dedos alrededor de mi cuello, oigo su voz retorcida, furiosa, que dice: «*Crazy*, *crazy*, ¡loca!». Me zarandea. Ha perdido toda su elegancia. Intento hablar, pero no sale ningún sonido, apenas me deja respirar. Es la primera vez que tenemos un contacto consciente y tan violento. Prefiero esta agresión a plena luz a las violaciones regulares que he debido de sufrir en la penumbra de mi habitación. Intento ver su mirada, está loco de rabia. ¿Va a matarme? Afloja las manos y llora tapándose la cara. «¿Qué hemos hecho? ¿Otra vez con lo mismo? Lo mismo...». ¿De qué está hablando? Parece un niño que espera que lo consuelen. Estoy estupefacta. Solo pienso en una cosa: no avivar su ira. No quiero morir por culpa de su locura. Entonces, James me mira de nuevo y me pregunta: «¿Qué le has hecho a mi mujer, *freak*, pedazo de tarada? ¿Acaba de perder a su hijo y tú la atacas?».

No doy crédito, esta gente solo sabe mirarse el ombligo. ¿Qué soy yo para ellos, un vientre, una pobre, una débil, una francesa? Su cara está a solo unos centímetros de la mía, veo su mandíbula apretada, sus ojos enrojecidos de odio. Siento que su rabia crece de nuevo, sus manos vuelven a caer sobre mi cuello, le digo con una voz sosegada: «Cuidado con el bebé...». Se para en seco.

He encontrado la clave. Se levanta y se marcha.

Inmóvil en mi cama, aguzo el oído para captar los ruidos de abajo. Intento discernir la voz de Simon. ¿Quién se ocupa de él? El padre enfurecido, la madre dormida por el efecto de la droga que le he inyectado... Lo compadezco. ¿Por qué le ha tocado esta familia? Y, de hecho, ¿a qué familia pertenece? ¿A la de James o a la de Virginie? ¿Cómo puede Virginie vivir sin su hijo? Quizá cuando te violan es diferente, no te encariñas tanto. No, no lo creo. Me preguntó por Simon, precisamente por él, y también me pidió una foto. Había afecto. Una ternura, un vínculo muy fino que ni siquiera el papel de carta más grueso podría ocultar. Lo intuí, pero no le di importancia, lo guardé en algún lugar de mi cabeza. Y ahora es evidente. Virginie quiere a su hijo. Pero, entonces, ¿por qué se marchó? ¿De qué tenía miedo?

No oigo a Simon. Miro la hora en mi despertador: son las cuatro y treinta y cuatro, ya debería estar aquí. ¿Dónde está? ¿Al cuidado de quién lo han dejado?

Escudriño el techo de mi cuarto y tengo la impresión de que ha encogido. No posee el mismo tamaño que el suelo que tiene enfrente. Es imposible, lo sé. Y, sin embargo, lo veo: las paredes a ambos lados intentan tocarse. Arriba, veo que el papel pintado se ha despegado, forma olas a izquierda y derecha, los animales se desplazan, los han liberado. Encima de mi escritorio, un leopardo con la boca abierta recorre la jungla dibujada, su andar felino me fascina. ¿Siguen drogándome? ¿Me están dando otra cosa? Mi habitación está viva y dispuesta a devorarme.

Tiene hambre.

Deslizo la mano sana entre la almohada y su funda para sacar la historia médica de Irina que robé del despacho de James. *«Irina Popescu, 19 ani»*. También hay una fecha: *«20 iunie 1994»*. No me extraña ver un análisis de sangre, yo misma tuve que hacérmelo para convencer a mis futuros jefes de que me escogieran. Nuestra buena salud era un requisito previo para contratarnos. Este detalle no me alarmó. Al fin y al cabo, yo era una desconocida al cuidado de sus hijos, imaginé que era una garantía básica. Leo cada frase del análisis de Irina, está en rumano, pero logro entender algunas palabras:

VIH: negativ
Tată de hemoglobină: 12,1 / 13,4 / 15,1 g/dL
Teste de fer (feritină serică, saturaţie şi transferină): 50 / 140 / 170 µg/dL
Analiza genetică pentru a identifica mutaţii specifice în genele globinei (gena HBB *pentru beta-talasemie): negativ*

VIH, hemoglobina, hierro... y de pronto esta palabra: «talasemia», la enfermedad de Lewis, una enfermedad genética.

Evidentemente.

Querían asegurarse de que no fuéramos portadoras del gen defectuoso y que no pudiéramos transmitirlo, que fuéramos cuerpos sanos, capaces de reproducirnos. «Sangre nueva». ¡Qué pesadilla! Todo estaba en el análisis. Me habría bastado con leerlo de verdad, con hacer el esfuerzo de descifrar los resultados en lugar de obedecer ciegamente porque mis potenciales futuros jefes ricos lo habían pedido. Sí, señor, sí, señora. Es normal, señor, lo que usted diga, señora. Este análisis es la garantía de procreación para esta familia de pirados. Irina no tenía el gen de la talasemia, estaba lista para su uso. Pero, entonces, ¿qué le pasó? ¿Qué le hicieron?

La puerta se abre bruscamente. Por instinto, cierro los ojos. Reconozco a John, el médico, su olor a sudor rancio. Noto que se acerca a mi mano herida. Luego coloca un estetoscopio sobre mi corazón. Unos segundos más tarde, sus dedos corren por mi vientre. Palpa mi redondez. Sin duda quiere comprobar que todo va bien después de la caída. ¿Cómo está el feto? Ni siquiera he pensado en ello, quizá he soñado que todo se para y que el golpe detiene la vida que se desarrolla dentro de mí. Vuelvo a ver a John en el funeral de Lewis con su hija que se parece a su *au pair*; él también forma parte de la comunidad. ¿Quién es? ¿Un primo de Monica? ¿Él también ha mandado fabricar a su hijo? ¿Por las mismas razones? ¿Es portador del gen de la enfermedad? ¿De la enfermedad familiar? ¿Cuántos comparten este terrible secreto?

—A partir de ahora tienes que quedarte acostada, nada de salir de la habitación.

Abro los ojos y miro a John, asustada. ¿Atrapada en este ataúd? ¿Sin volver a salir? ¿Cuántas semanas, meses? Él añade:

—Tienes que guardar cama, es demasiado peligroso para ti.

Lo agarro del brazo. Le suplico:

—Espere. No diré nada de Nela ni de su hijita. Se lo prometo. ¡Deje que me marche!

John me observa impasible y sale de mi prisión cerrando la puerta tras él. No lo oigo bajar las escaleras, y eso que es gigante y tiene el paso pesado. Susurros al otro lado de la puerta. Salgo de la cama y pego la oreja a la madera, procurando no hacer ruido. Reconozco la voz de Monica, que le pregunta:

—Dime, ¿de cuántos meses estoy embarazada?

John responde:

—Yo diría que de casi tres.

Tres meses, una mano acaba de hundirme el plexo. Hago el cálculo... Doce semanas, sin duda es demasiado tarde para abortar... Tengo ganas de morir. Siguen hablando en voz baja. Es necesario descansar, descansar mucho después de la caída. La placenta ha tenido que acusar el golpe, hay que ser prudentes. Monica responde:

—Sí, voy a hacer reposo. Un reposo absoluto.

Me he quedado petrificada contra la puerta de mi celda, me asfixio. Esta mujer se ha apropiado de mi vida y de mi cuerpo. ¡Llevo a su bebé y es ella la que está embarazada! La imagino acariciándose el vientre, saboreando el momento, entusiasmada ante el deber de cuidarse. Lo cree a ciegas. Está embarazada de tres meses. Va a hacer reposo. Va a tener un hijo. Yo seré su esclava para siempre. El cepo se ha cerrado.

No hay ni un solo perro en esta urbanización. Es sorprendente, son la clase de personas que suelen tenerlos, personas con dinero y tiempo, personas que tienen a personas que se lo hacen todo y que, por tanto, disponen de tiempo libre para ocuparse de un animal. Sin embargo, ningún perro se pasea por aquí. Por eso me sorprende oír un ladrido. No es un gañido débil, no, es un ladrido que sale de una garganta gruesa, sólida, y que resuena contra unos dientes de depredador, de cazador. Se acerca, está armando un ruido de locos, la clase de ruido que te hace pensar: «Se va a liar una gorda, una crisis en toda regla». Lo sabes, va a pasar algo. Hace tres días que estoy acostada en mi cama, que James me trae de comer, que monta guardia delante de mi habitación. Todo apunta a que ha dejado de ir al trabajo. Es una angustia infernal. Aparte de tirarme por la ventana, no veo otra salida. No he vuelto a ver a Monica desde que la ataqué, debe de tenerme miedo, a mí o a la realidad. Yo estoy embarazada y ella no. Sí, eso es, debe de estar acojonada, debe de estar jugando a la mujer embarazada en su bonita casa de tonos blancos y beige, tranquilizadores, despreocupados, los colores de los ricos. Seguro que se recuesta en el sofá, resoplando ligeramente, sujetándose la zona lumbar, imaginando a su futuro bebé. Visualizo de nuevo la foto en la que posa radiante con su recién nacido. Simon, al que no parió, al que nunca llevó en su vientre. Oigo su perorata sobre la elección del nombre durante el embarazo, ¡escuchaba tanto a Simon & Garfunkel! Se ha contado muchas historias. Ahora veo a Virginie con el vientre pesado, tumbada en nuestra habitación, aterrorizada. La jefa sorbiendo un té en su blanca cocina, saboreando *The Sound of Silence*. Es mediodía y ya es una costumbre: sé que mi bandeja de comida no tardará en llegar. Sándwich de pepino, yogur de fresa o albaricoque, nada con lo que pueda atragantarme ni deleitarme.

Oigo ruidos en mi planta, alguien baja rápidamente por las escaleras, los ladridos se reanudan con más fuerza. Vienen del jardín. Me levanto y veo un animal gordo, de piel marrón y arrugada, un mastodonte. El perro más grande que he visto nunca. Corre en todas las direcciones, con el hocico en el suelo, buscando; ¿quiere jugar, comer? No tengo ni idea, nunca he tenido un animal de compañía. Mis padres estaban demasiado ocupados como para permitírselo. Este espectáculo me relaja. Veo al enorme chucho pisar los parterres. Está arruinando las futuras flores y los preciosos arbolitos. Esta locura me regocija, la vida irrumpe en este jardín demasiado controlado. Veo a Monica, intenta ahuyentar al animal. Corre tras él:

—*Go, go away*, ¡vete!

James se acerca a ella y, presa del pánico, le pregunta:

—Pero ¿de dónde ha salido este bicho?

La escena es cómica, ¡no es más que un perro! Los dos están fuera y mi puerta ya no está vigilada. Suena el timbre. Varias veces. Nadie responde. Bajo despacio las escaleras. Miro por la mirilla y veo que es Kristina. En sus brazos, Simon. Se me hace raro, abro la puerta. La *au pair* de Mitchel y Holly da un paso atrás, no esperaba encontrarme. No la dejo hablar, le suplico:

—¡Llama a mis padres!

Escribo en un pósit: «02 99 42 88 08» y se lo paso. Ella dice con una voz atemorizada:

—Irina está en el jardín.

No lo entiendo. En el jardín solo veo al perro y a James y Monica corriendo tras él. Ni rastro de Irina. Kristina deja a Simon en el suelo, se levanta un poco el amplio jersey negro. Me muestra un vientre redondo. Luego se vuelve sobre sus talones.

Monica entra hecha una furia en el salón de la casa por la cristalera del jardín. Ya no piensa en el reposo. ¿Ha olvidado quizá que está embarazada? Atraviesa la casa y se dirige hacia la puerta principal. Tiene el rostro consumido por la inquietud. Pasa por delante de Kristina, de Simon y de mí sin mirarnos. Se queda en el umbral y repite varias veces:

—¿De quién es ese perro?

Una voz de hombre le responde:

—Es mío. *Come on, Ruster, come on!* ¡Vamos, Ruster, ven!

Monica se vuelve y entra de nuevo en casa. Está furiosa. A su espalda, veo que el dueño del perro se agacha y le arranca algo de la boca. ¿Un papel, una rama? Lo tira a un parterre y hace subir al animal a su camioneta de jardinería con el letrero *THE JOY OF GARDENING*, «la alegría de la jardinería». Simon corre hacia Monica. Aprovecho esos segundos de distracción para ir a buscar lo que el perro ha desenterrado. Es un pedazo de tela gruesa, un trozo de una sudadera, color burdeos. Es más o menos del tamaño de mi palma, me lo meto apresuradamente en el bolsillo del pijama. Entro rápido y subo a mi cuarto. Cierro la puerta, me siento en la cama y saco el hallazgo. Lo huelo. Me echo atrás: huele que apesta. Desprende un olorcillo a mantequilla rancia, un hedor nauseabundo que me provoca una arcada. Tengo la sensación de percibir esta pestilencia por primera vez y, también, de conocerla desde siempre. Huele como en casa de mi abuela, que no tenía frigorífico y dejaba la comida en la mesa de la cocina. Una costumbre que me daba asco en verano, cuando las moscas venían a cenar. Insoportable.

Huele a carne en descomposición.

«Irina está en el jardín».

Corro a vomitar al cuarto de baño. La imagen y las náuseas son tan fuertes que me golpeo la cabeza contra la cerámica.

Voy a acabar en el fondo del jardín, como Irina. Eso es lo que les hacen aquí a las rebeldes. A las que se portan bien, a las educadas, les quitan los bebés y las devuelven a Francia después de obligarlas a cerrar el pico: «O te callas o si no...». ¿Si no qué? ¿Lo contaré todo por ahí y arruinaré tu reputación? Lo tengo crudo. Esperarán a que su hijo crezca en mi vientre y, después del parto, me desecharán. Me estoy volviendo loca, es la gente más tarada que he conocido en mi vida real y literaria, nadie me creerá. Pienso en Kristina, embarazada. Entiendo el horror de la situación: Mitchel y Holly han contratado a la *au pair* antes del niño. Para que lo fabrique. Para llenar la habitación vacía. ¡Mitchel, menudo cabronazo! ¡Holly, qué asquerosidad de mujer! Nadie me ha traído nada de comer hoy, me siento débil, el estrés extremo consume mis fuerzas, el terror me corroe por dentro. Órgano a órgano. Todo se debilita. No sé si seré capaz de levantarme. Sin embargo, tengo que largarme, no me queda otra.

Morgane viene a verme. Tengo la cabeza hundida en la almohada. Siento la suavidad de su cabello ondulado, reconozco su olor y el timbre melancólico de su voz. Tengo que aguzar el oído para entender lo que dice. Oigo la palabra «suicidio». Una palabra fácil de susurrar, que se desliza sola, con su ese y sus íes, una sinfonía macabra. Repite en bucle esa palabra que ninguna de las dos ha pronunciado nunca. Esa palabra intolerable. ¿Por qué me habla de su muerte? No tengo ganas de oírlo; ahonda en mi soledad, me vacía. Morgane nunca ha sido de las que se quejan o remueven las desgracias. De pronto, lo entiendo, me indica el camino que debo seguir. El suicidio como única escapatoria. Voy a escenificar mi suicidio. Si amenazo con matarme con el bebé, reaccionarán. Eso es lo que me susurras, Morgane.

Creo que se me han adelantado, solo me dan una de cada dos comidas. No sé cuántas horas o días llevo durmiendo. No es posible, no van a matar a su bebé, ¿no? ¿Qué están haciendo? ¿Intentan castigarme, someterme, debilitarme? Acostada, miro el papel de las paredes: está completamente arrugado, hay trozos desprendidos que se doblan como las ramas de una jungla salvaje y forman un arco sofocante sobre mí. Serpientes, panteras, chimpancés, cocodrilos, leopardos, los animales del estampado están despiertos y avanzan hacia mí. Son carroñeros atraídos por el aliento de la muerte. ¿Tienen ganas de probar mi piel, de lamer mi miedo? La habitación es más pequeña que ayer, me cuesta respirar en este calor húmedo, el olor rancio de la tela que el perro ha arrancado del cuerpo de Irina se multiplica por dos. «Irina está en el jardín». Parece una frase estúpida de una clase de inglés de primaria. *«Where is Irina? Irina is in the garden»*. Me veo en clase de sexto, en el colegio de Plouhernec. Es el principio del verano, uno de los últimos días de clase, un día de julio muy caluroso para Bretaña. La ventana está abierta. La clase de inglés me hace sudar la gota gorda: *«Where is Bob? Bob is in the kitchen!»*. El ruido de la ciudad, el viento en los árboles, el crujido de las hojas. Me siento atraída por el vacío.

Oigo un grito. Estoy sentada en la repisa de la ventana de mi habitación. Mis piernas se balancean. Dos pisos por encima de la terraza. Es la voz de Monica. Un rugido que sale de sus entrañas, que ha desgarrado todos sus órganos, que acarrea todas las iras y los odios acumulados. Ni siquiera logro darme la vuelta, me siento blanda, flotante. ¿Me han drogado otra vez? La comida, han echado algo en la comida. Creen que pueden guardarme como un vegetal en mi invernáculo, bien calentita para gestar a su mocoso, un poco viva, pero tampoco demasiado, lo justo para alimentar al niño. No recuerdo haber abierto la ventana y haberme sentado aquí, en equilibrio. Tengo un vértigo de locos.

Suicidio.

El consejo de mi amiga, mi única ayuda. Menos mal que te tengo, Morgane. Debo despejarme. Ahora es el momento decisivo. Debo aterrorizarlos, conseguir que teman perder al bebé. Con la poca lucidez que me queda, me doy una patada en el trasero. ¡Joder! Concéntrate, ahora es el momento. Con toda la lentitud del mundo, levanto un pie para subirme al travesaño, gano altura, mi mano sana se agarra a la pared, planeo sobre el jardín negro. Monica vocifera a mi espalda:

—¡NO! ¡NO!

Lo ha entendido. Me aferro para no caer, sé que el ímpetu de sus gritos puede precipitarme contra el suelo. Pero no quiero morir. Todavía puedo escapar. Respiro y me concentro. Aguantar para asustarlos lo suficiente. Monica llama a su marido.

—¡James, se va a tirar por la ventana!

La oigo pronunciar la palabra «suicidio» en inglés: «su-i-said». Suena más despiadado y espeluznante que en francés. Cada sílaba es un paso hacia una muerte atroz. Monica añade:

—No lo soportaré, otra vez no.

James responde:

—*I know, darling*, lo sé.

¿«Otra vez no»?

Noto una corriente de aire en la espalda, James ha entrado en la habitación. Está con Monica. Los noto a los dos, saturan mi espacio con su angustia. Les anuncio:

—Voy a saltar y todo habrá terminado.

Monica le susurra a James:

—¡Venga, dile algo! *Damn it!*

James se me acerca y me dice con su voz más tranquila y grave:

—*Emmylou, go down!* Tienes que bajar.

—Si no me dejan volver a mi país, encontraré la manera de matarme.

James le dice a Monica:

—Se matará tarde o temprano, tiene que volver a su país.

—¡¿Con mi bebé?!

Monica no da crédito a sus oídos. Es una afrenta.

—*Never!* ¡Jamás!

Luego empieza a golpear a James y grita:

—*I hate you!* ¡Te odio!

Yo me inclino hacia el vacío y repito:

—Voy a saltar, no puedo más, voy a saltar, no puedo más...

Estoy decidida. Apenas finjo, me siento agotada y el suicidio me parece una salida dulce. No será más doloroso que todo lo que estoy soportando aquí. Pienso en ello como en un final posible. Es un lujo poder escribir el último capítulo de tu vida. La experiencia de la elección llevada al extremo. James me suplica:

—¡Por favor, no te muevas! Voy a ayudarte a bajar. Cuidado, me acerco, ¡deja que te ayude!

Ellos creen que han salvado a su bebé, yo creo que me he salvado a mí misma. Todos hemos ganado, ¿no? En el momento en que pongo el pie en la cama, Monica levanta la mano. No tengo tiempo de ver lo que sostiene, pero siento un dolor agudo y profundo, el de la aguja que me ha herido durante semanas, la que se me clavaba aquí y allá, la que acosaba y torturaba mi cuerpo. Acaba de atravesarme el cuello. Ha desgarrado algo.

Las olas lamen la arena blanca en el mayor de los silencios y, cuando el mar se retira, se oye el canto de los miles de guijarros que arrastra y hace rodar hasta su vientre. Es su tesoro, su pitanza. El movimiento es infinito, mece. Me siento bien, floto, soy el agua salada, soy la miríada de granos de arena, soy la lluvia que salpica la superficie, soy el sol que lucha por abrirse paso. Soy todo eso. Gritos. Soy muy grande, soy inmensa, nadie puede atraparme, este es mi reino. Soy el paisaje, soy la vida, soy el mundo. Un chillido. El cielo es negro. El granizo viene a tocar otra música, a contracorriente. Tengo mucho frío. Soy muy pequeña, recojo mi cuerpo entre mis brazos. Tirito. Se oyen ruidos de muebles que alguien está moviendo. ¿Hay gente peleándose abajo? Hago mil esfuerzos por salir de mi letargo, intento tensar los músculos, quiero saber. Pero tengo los ojos pegados, la boca demasiado blanda y mi mente ha reanudado el camino hacia la playa.

He abierto los ojos. Ya no veo los animales salvajes del papel pintado, ni tampoco la ventana. No veo nada. Está oscuro. No sé dónde estoy. No oigo ningún ruido. Tengo la sensación de estar en el fondo de un pozo. Tengo un hambre de lobo. Tengo un agujero en el estómago, podría caerme en este vacío de mi cuerpo.

El piso helado me indica que estoy tumbada en el suelo. ¿Cuánto tiempo llevo postrada aquí? ¿Dónde estoy?

Extiendo los brazos para encontrar una pared, un asidero. Un dolor infernal en la mano izquierda. Recuerdo el muro, los dientes que me desgarraron la carne. ¿Cuántos días hace que no han desinfectado la herida? ¿Y que no han cambiado el vendaje? ¿Cuánto tiempo lleva supurando? Olisqueo mi mano. Huelo a Irina. Me estoy pudriendo.

Me obligo a hacer pequeños movimientos para que mi cuerpo se desentumezca. Muevo la boca, me lamo el labio inferior, tiene un sabor metálico y ligeramente amargo. Utilizo la mano sana para tocármelo, está grasiento. Tengo la frente llena. De sangre. Mis dedos se aventuran por mi cráneo y se hunden en una grieta: tengo un agujero en la cabeza. El dolor agazapado desde hace unas horas se libera y descarga todas sus fuerzas malignas. La sangre me chorrea por todas partes, por los párpados, por la oreja. Pero ¿qué me han hecho? Mis dedos bajan por mi cuello, noto un bulto de piel dura. Vuelvo a ver a Monica alzando su mano contra mí. Luego, nada. ¿Una puñalada, una jeringuilla? Después debí de golpearme en la cabeza. Es la madre del niño que llevo dentro, pero nada la detiene.

Por instinto, me llevo la mano al vientre, pero no pienso «Mi bebé». ¡Nunca lo he querido y nunca lo querré! Unos lagrimones ruedan por mis mejillas, no me liberan, me desuellan, son grava y

cólera. No sé lo que es tener un hijo y no quiero saberlo. Mierda, ¿dónde estoy?

Me siento apoyándome en la mano herida. La descarga de dolor es horrorosa. Me aprieto los dedos contra la boca y noto la pestilencia. Mantequilla rancia, pus, olor a hierro y a moho. Nadie me ha curado la herida. Estoy en proceso de putrefacción. Tengo el cuerpo agarrotado. Me pongo de pie. Penoso. La oscuridad se me pega a los ojos, mi cuerpo se tambalea, voy a caerme. Extiendo el brazo sano delante de mí y avanzo. Busco un apoyo. Al octavo paso, mi dedo corazón choca contra una superficie dura. Alivio breve en plena secuencia de pánico. Apoyo la palma de la mano en la pared y acoplo la espalda. Respiro para calmarme.

¿Dónde me han encerrado? Pego la oreja al tabique. No circula ningún sonido. ¿Hasta qué punto estoy aislada? No creía que pudiera estar más sola de lo que lo he estado en los últimos cuatro meses. No veo ninguna puerta. Tengo la impresión de que me han enterrado viva. El olor a humedad me recuerda a un sótano. Me da miedo lo que voy a descubrir, las paredes están heladas. Me da miedo pasar frío; un miedo peor que el frío mismo. Quiero quedarme pegada a la pared, acurrucarme contra el hormigón hasta que vengan a buscarme, a tranquilizarme, seré buena, lo prometo, llevadme de nuevo a la luz. Puedo fingir que todo irá bien.

Sin embargo, todo ha cambiado, lo sé.

Me arriesgo a caminar por el centro de la habitación dando pasos cortos, es un salto en el vacío, no tengo ninguna noción del espacio, me da miedo caerme, lastimarme, me da miedo sentir miedo. Tengo la sensación de que avanzo a pasos agigantados, pero apenas araño unos centímetros. De pronto, mis dedos rozan algo, se echan a temblar. Es otra piel. Entre ellas se reconocen, por supuesto. Una piel fría y suave. En mis entrañas se forma un grito que brota a borbotones. Un grito enloquecido, ronco. La piel no reacciona.

Retrocedo. No me atrevo a mover los dedos, a alargar la mano. Aquí hay un cuerpo, un cadáver.

La noche total en la que estoy sumergida acentúa mi terror, mi exhausta mente dibuja rostros, siluetas, imagino a una *au pair*. ¿Dory? ¿Nela? ¿Qué les han hecho? De pronto, un calor muy sutil.

Muevo la mano derecha para sentir de dónde procede la tibieza. Acerco los dedos, que tocan de nuevo la piel. No es una piel muerta, está viva, respira.

—¿Quién eres? —pregunta una boca pastosa—. ¿Quién eres?

No reconozco la voz. Respondo:

—Emmylou.

Silencio.

—Emmylou, estás aquí, has...

Pronuncia las sílabas con dificultad, no entiendo gran cosa de ese balbuceo. Me mantengo en guardia, dejo que la voz continúe.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es el...?

La voz se vuelve más clara. No, no es posible... ¿Se puede saber qué hace ella aquí? No puedo creerlo, y sin embargo esa voz... Me siento en el suelo para no caerme. Tengo que calmarme. Necesito pensar, recomponerme. ¿Qué podría estar haciendo ella aquí? No me atrevo a preguntarlo. Preferiría no saberlo. Estoy dividida entre la curiosidad y la ira.

—Virginie, ¿eres tú?

Silencio absoluto, luego:

—Sí.

Apenas oigo su respuesta. Me dan ganas de molerla a palos, zarandearla, gritar. La oscuridad y el silencio juntos, un abismo. ¿Cómo no volverse loca? Me levanto con esfuerzo a causa del dolor, estoy mareada, pero mi agresividad me infunde ánimo. Intento localizarla. ¿Dónde narices está? Mis brazos hacen molinillos en el vacío. Mi rodilla choca contra un mueble, el dolor recrudece mi furia. Le agarro la pierna, parece que está tumbada en el banco contra el que me he golpeado. Dice con una voz pastosa:

—¿Qué... qué haces?

Ahora tengo un punto de referencia, subo por su cuerpo y la sujeto por los hombros. Todo es culpa de esta cabrona. Pego mi cara a la suya. Mira, un poco de sangre, la tengo por todas partes. Froto mi cara contra la suya, se la impregno de rojo y arramblo con sus

lágrimas. Embadurno nuestras mejillas. El cabreo me asfixia. Ella se deja, la sacudo, vuelve a caer sobre el banco. Un ruido sordo al desplomarse. No sé si se ha hecho daño, creo que está drogada.

—¿Sabías lo que iban a hacerme? ¿Lo sabías?

No responde.

Estoy suspendida en la oscuridad. Ingrávida. Con los sentidos en guardia. Mi cuerpo ya no pesa nada. La falta de visibilidad me agudiza el olfato. Huele a rancio y a amoníaco. No sé si estos olores guardan alguna relación, pero asaltan mi cerebro al unísono. Un olor agrio, picante... ¡Joder, es orina! Me paso los dedos por la entrepierna y me los llevo a la nariz. Me he meado encima. ¿Cuánto tiempo llevo pudriéndome en este sótano?

Con la acidez, con el polvo. Olores a tierra, a hongos, a madera húmeda, a cera, puede que incluso a velas apagadas. Me gustaría explorar la habitación, pero una náusea ancestral me siega las piernas. Me arrimo a la pared helada, levanto la cabeza para no vomitar. Me esfuerzo por aspirar cada ápice de frescor para conseguir que la presión baje. Sobre todo, no potar. No añadir más hedor al hedor.

—¡Virginie! ¿Por qué me has metido en esto?

No hay respuesta.

¿Está durmiendo la zorra? ¿La muy zorra?

Soy un perro rabioso que no quiere soltar a su presa. Durante estos cuatro meses, he agachado demasiadas veces la cabeza para rascar algunas caricias y me he tragado muchos sapos. Ahora necesito desahogarme.

—¿Te fuiste, abandonaste a tu hijo aquí y me entregaste? A cambio de qué, ¿eh? ¿A cambio de qué? ¿Qué ganaste con eso? Me escribes y me preguntas por el niño, y me pides fotos. «Y, sobre todo, no le digas nada a la familia, no deben saber que nos escribimos, ¡por discreción!». Te has burlado de mí a base de bien.

Estoy a pocos centímetros de ella, le escupo en la cara, no me queda dignidad alguna. Solo oigo su respiración. Y sus movimientos: estira las piernas, se frota la cara, gime como si le hubieran dado una paliza.

¡Mierda, esta oscuridad me vuelve majara!

—No voy a esperar a que vengan a buscarnos.

En estos momentos estoy hablando conmigo misma. He tocado fondo. Virginie no reacciona, ha vuelto a desmayarse. Deslizo las manos por la pared, el ligero olor a madera húmeda tiene que venir de algún sitio. Nunca lo he percibido en casa de mis jefes, donde todo está demasiado limpio, seco y pulido. Olisqueo la pared, olfateo cada recoveco de mi prisión. Mis dedos chocan contra una protuberancia. Poco a poco, recorren el bulto, lo rozan, lo palpan, lo rodean. Mi dibujo hecho a ciegas toma forma, lo veo como a plena luz del día: es una cruz. No doy crédito. ¿Una cruz en un sótano? Vuelvo a pasar el índice por encima, quizá me he equivocado. No hay duda, es una cruz. No sé qué pensar. ¿También rezan en el sótano?

Virginie rasga el silencio. Tiene un hilillo de voz, frágil.

—Él me cuidaba.

—¿Qué?

—Él... me cuidaba...

—¿Qué estás diciendo? ¿De quién estás hablando?

—Veíamos películas juntos. Era la primera vez que alguien me prestaba atención.

Hace una pausa. Todavía tiene la boca pastosa. ¡Se nota que no está acostumbrada a que la droguen! Yo me recupero más rápido. Este detalle me hace sonreír. Me divierto como puedo. Intento comprender. Las películas, la complicidad... ¡James!

—Estaba enamorada. Y ella no lo soportó.

Intento reconstruir la historia: James cuida de Virginie, Virginie se enamora. ¿Y tienen un hijo? No entiendo nada...

—¿Te acostaste con él? ¿Conscientemente?

Me he apartado de la pared, estoy plantada sobre mis piernas, preparada para el combate. Mientras hablo, no paro de gesticular.

—Sí.

Al decir esta palabra de nada, su voz se quiebra. Las lágrimas ahogan sus cuerdas vocales. Quizá, por primera vez, no le ordenarán que se calle, dejará de tener miedo, hablará para salir de su cárcel, de esa cárcel en la que creyó encerrarse ella sola. Erróneamente.

Porque la empujaron dentro con su ingenuidad y su enamoradizo corazón.

—¿Te acostaste con él? Pero... ¿no tenías miedo de quedarte embarazada?

Virginie sigue sollozando, la oigo a través de los ruiditos que hace con la boca, con la nariz. Se frota los ojos. En el silencio, todo cobra otras dimensiones.

—Sí, tenía mucho miedo. Pero James me decía que no había ningún riesgo.

—¿Cómo pudiste creer eso?

Virginie no responde a mi pregunta y continúa su relato.

Ahora que se han abierto las compuertas, el agua va a salir en tromba.

—Después, dejó de venirme la regla. Llamaron a un médico, me hizo un análisis de sangre. Estaba embarazada. Me dijeron: «Demasiado tarde para abortar, hay que quedarse el bebé».

Como una patada en el estómago. Me obligo a respirar hondo para no ahogarme bajo el impacto. Para ayudarme, me concentro, digiero sus palabras, las rumio para asegurarme de haber entendido bien. Ese cabrón le hizo un hijo, ella estaba enamorada y él se aprovechó de la situación.

—Monica parecía contenta con el embarazo. Yo no sabía qué pensar, estaba atrapada. Pedí quedarme para ayudar. Prometí que se había terminado con James.

—Eso no tuvo que hacerle gracia a la bruja...

—¡Monica se negó! ¡Le supliqué! No quería volver a verme.

Pobre chica. Empiezo a entenderlo todo. Ojalá fuera un alivio, pero cuanto más avanzo, más se aprieta el tornillo en mi cabeza. La migraña me machaca el cerebro. Intento acercarme a Virginie. No siento lástima, pero necesito su presencia; el vacío, la oscuridad, este mareo, es demasiado para mí. Toco a tientas el banco en el que está tumbada. Me recuerda al rincón de oración de mi casa de acogida. Paso las manos por encima, toco la pierna de Virginie, se sobresalta, ahora está sentada.

—¿Qué buscas? —me pregunta.

—Una biblia.

—¿Una biblia?

No le respondo. Rebusco por todas partes, me arrodillo y palpo el suelo. La he encontrado. Un libraco. En la cubierta reconozco la piel gastada, su entrelazado de venas. Es aún más aterrador y repugnante en la penumbra de este sótano. Percibo el aliento de Virginie. Y su olor. Huele a desodorante de vainilla, a nuestros perfumes baratos de colegialas. Odio la vainilla. Demasiado dulce y empalagosa.

—¿Te pagaron para que no volvieras?

—¿Qué?

—Diez mil, ¿te suena de algo? ¿Te pagaron para que dejaras a Simon?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Te pagan cada año?

No responde.

—He visto las cantidades en el libro de cuentas, en la quinta casa.

Silencio.

—La quinta casa...

Pienso: «Sí, la casa donde tuviste a Simon». Pero no insisto.

—Diez mil al año por dejar a tu hijo y encontrar a otra *au pair*... ¿Es mucho para ti?

Percibo su incomodidad. Dejo que su malestar se prolongue. Me estoy vengando un poco.

—¿Por qué yo? Quiero saberlo.

Cuanto más nos acercamos a la verdad, más se refrena ella. Con mi mano sana, le pellizco la pierna.

—¡Venga, responde!

—¡Me haces daño!

—Esa es la idea. Respóndeme, Virginie.

—Monica quería otra francesa para que Simon hablara francés. Y quería a una chica sana que estuviera hundida en la mierda.

Su respuesta me fulmina: «Una chica sana que estuviera hundida en la mierda». Está todo dicho.

La miseria llama a la miseria.

Me duele la cabeza. Me pesan los ojos. Procuro mantenerlos abiertos, aunque soy consciente de que no sirve de nada; canicas abiertas en la oscuridad, visión sobre nada. Cambio el banco por mi pared-cubito de hielo. Todos los efluvios que he identificado se han cogido de la mano y hacen una ronda a mi alrededor: hongos, vainilla, pis, madera húmeda, cera, sangre seca. El desenfreno de hedores es tal que mi estómago da una vuelta entera. El hambre. Sí, eso es. No me había dado cuenta. Tengo tanta hambre que me hace daño. Es como si mi cuerpo hubiera bebido con una pajita todo el contenido de mi bolsa de comida y siguiera aspirando hasta tragarse los gorgoteos del estómago, a falta de algo mejor. ¿Cuántos días llevamos encerradas aquí?

—¿Virginie? ¿Sabes quién es esa gente? ¿Lo que hacen aquí? ¿Sabes que esos putos pirados son de la misma y única familia, que se reproducen entre ellos desde hace cuatro generaciones? ¿Y todo eso en nombre de qué? De la pureza. La pureza del linaje, el designio de Dios. Son protestantes, pero han pervertido su religión, han escrito su propio evangelio para legitimar su locura, lo han tergiversado todo para que sirva a su causa: «¡Solo respondemos de nuestros actos ante Dios! El amor puede perdonarlo todo. Lo perdona todo, lo cree todo, lo espera todo, lo soporta todo». Está escrito en su biblia, está subrayado, repetido una y otra vez, memorizado por todos los miembros del clan. Incluso Lewis tenía que tragarse todas esas gilipolleces. No quería que leyera la Biblia con él, imagino que se lo habían prohibido. La consanguinidad de esa gente terminó carcomiendo a su descendencia. ¿Lo entiendes?

El mutismo de Virginie me saca de quicio. Las palabras salen de mi garganta en chorros inmundos. El sabor acre del vómito. La verdad hasta la bilis. Ya no puedo detenerme.

—James y Monica, ¿cuál es su parentesco? ¿Son primos? En cualquier caso, por sus venas corre una sangre de ciento cincuenta años que nunca se ha aireado, que nunca se ha mezclado, ¡es cosa de degenerados! Pero Lewis cayó enfermo. Era la prueba insoportable de su pecado original, el principio de la decadencia. ¿Y sabes qué le hicieron creer sus padres? Que era un ser en transición, efímero. «Es tu misión en la Tierra, acéptala. Pásale el testigo a tu hermano». Sin embargo, existía un tratamiento para su enfermedad, yo vi la receta en el despacho de James, pero no lo curaron porque había que purificar el linaje, empezar de cero. ¡Menuda escoria! Murió por culpa de la demencia de su familia y nadie le pidió perdón. Nadie, Virginie.

¿Está viendo Virginie mi dedo acusador? Ni siquiera la oigo respirar. Mi relato es demasiado duro para su credulidad y su estupidez de chica extraviada. Virginie, lo que no entendiste cuando aceptaste irte, dejar a tu hijo, cerrar el pico a cambio de una buena tajada, cuando aceptaste hacer de gancho para enviarles otra chica, es que tenían un plan. Tú solo fuiste una excepción, un amorío de James, no necesitaron drogarte y violarte. Les vino como anillo al dedo. Pero no supiste ver a tu alrededor. Más allá. No viste a las otras *au pairs*, la sangre nueva para oxigenar, para limpiar la sangre mancillada por años de genes gemelos, incompatibles. Todas esas chicas que reclutaron en países extranjeros: Eslovaquia, Irlanda, Letonia, Rumanía, Francia... Bien separadas unas de otras, jovencitas frágiles cuyos padres carecían de los medios o la capacidad para protegerlas. Chicas para embarazar, para fabricar a sus hijos. Chicas sanas, como yo. No has entendido nada. Tampoco viste que los vecinos no eran vecinos, sino primos, hermanos y hermanas, los mismos genes removidos hasta la saciedad, una comunidad contaminada por su secreto. ¿No percibiste sus rasgos comunes, su lenguaje corporal, su infame parecido?

—¿Sabes quién es Irina?

Virginie no responde. Es extraño hablar en la oscuridad y no vernos las caras.

—Irina es la que vino después de ti y antes que yo. Estoy segura de que se suicidó cuando descubrió que estaba embarazada y que

no podía salir de la urbanización. Sus padres siguen buscándola, son rumanos y no saben nada. No saben que está enterrada en el jardín de esa familia de ingleses ricos a quienes la confiaron. No saben que, desde hace seis meses, los niños y los vecinos caminan sobre la cabeza y el cuerpo de su hija putrefacta. Si hubieras hablado, si no lo hubieras aceptado todo... ella seguiría viva. Y su bebé también. Yo he tenido más suerte.

El silencio de Virginie ceba mi ira. Vuelvo a su lado, necesito sentirla, tocarla. La cojo del pelo y tiro con todas mis fuerzas hacia mí, quiero que reaccione, que grite, que suplique, que pida perdón por toda su estupidez y su sucia miseria. No consigo nada. La empotro contra la pared y le digo:

—¿Sabes por qué tengo suerte?

Ella murmura:

—No.

Apesta a pánico y lo disfruto.

—Tengo suerte porque, a pesar de todo, estoy viva.

La suelto. Intento recuperar un poco la calma, respiro, respiro, con los brazos a los lados. Virginie habla por fin:

—Y a ti, no te... no...

Las palabras ensucian su boca.

—¿No te tocó?

Su voz se debilita al pronunciar las últimas sílabas. Soy incapaz de responderle. De decirle que estoy embarazada. Sería la primera persona de mi entorno a quien se lo confesaría, sería como dar carnaza a mi pesadilla. Tengo sed. Mis labios están secos, mi lengua es papel de lija. Me cuesta tragar, tengo la impresión de que me han centrifugado la boca, no me queda saliva. ¿Cuánto tiempo hace que no bebo? ¿Cuánto tiempo se puede estar sin beber?

Tengo que dejar de hablar. Ahorrar humedad. Una pregunta más:

—¿Qué narices haces aquí, Virginie? ¿Por qué has vuelto?

Entonces ella me salta al cuello, me golpea, la cabeza, los brazos, la espalda. Le agarro la cara y le aprieto la boca como si fuera a arrancársela. Ella me da un puñetazo en los pechos para zafarse. El dolor es agudo, la suelto. Luego me abalanzo sobre ella.

La empujo con todas mis fuerzas contra la pared, y ella me dice:

—No he venido por ti, he venido por Simon.

Tengo los ojos cerrados y las manos apoyadas en el suelo. No sé si he dormido o he delirado. Ha sido largo. Estaba aquí y en otro lugar. Me incorporo y me apoyo en la pared. No viene nadie. ¿Nos van a dejar morir? ¿Ese es el plan? La ira ha perdido efecto, mi cuerpo se ha enfriado, intento calentarme las manos con el aliento. Exhalo un hilo de aire tibio, me tiemblan los labios, están agrietados, necesitan agua. El frío como una obsesión.

—Virginie, ¿estás despierta?

—Sí.

—¿Cómo has entrado en la urbanización?

—Cogí el Eurostar de las cinco de la mañana en París, luego vine directa en taxi y esperé detrás del recinto a que salieran los coches que llevan a los niños al colegio.

—¿No tenías miedo de que te pillaran?

—Aproveché las idas y venidas, nadie se fijó en mí.

Un destello raja la oscuridad. Un ribete de luz recorta perfectamente la pared de enfrente. Tardo unos segundos en comprender lo que está pasando. Una puerta se abre, una sombra se inclina, oigo un ruido de cristal. La puerta se cierra de nuevo. Apenas unos segundos. La noche vuelve a rodearnos.

—¿Has visto eso?

—Lo he visto.

Me levanto rápidamente. He podido calcular el tamaño de la habitación. Es tan grande como el dormitorio de mis jefes. Me dirijo hacia la puerta. Busco la bandeja y, en cuanto la identifico, me abalanzo sobre el vaso de agua. Lo siento por Virginie. No debo perder de vista la salida. Antes de hoy, nunca había bebido agua. Nunca. Cada sorbo es un aluvión de vida. El fuego de mi garganta se apacigua. La angustia de la privación se desvanece. Siento una profunda gratitud. Tengo ganas de besar, de amar, de reír. En mi

bolsillo, mi horquilla. Mi existencia depende de ella. Busco a tientas la cerradura. Lo exploro todo a mi alrededor. Nada. Vuelvo a empezar ampliando la búsqueda, me tomo mi tiempo. La encuentro, estaba más hacia el centro de la puerta. Introduzco mi herramienta con el mayor sigilo posible, me cuesta controlar mis movimientos, tiemblo. Tengo un frío infinito. Empujo y espero un poco, manipulo y aprieto un poco más. Virginie me pregunta qué hago. Oigo un ruido. Mierda. Se ha roto. La horquilla se ha roto en dos. Me derrumbo. La frase de Virginie danza a mi alrededor: «Querían una chica hundida en la mierda».

Lloro.

Lloro por todo este desaguisado, por mis sueños ñoños, lloriqueo por mi ingenuidad. ¿Por quién me tomé? ¿Por una futura periodista? ¡Pobre imbécil! Todo el mundo lo sabía, todo el mundo dejó que me fuera pensando que estaba acabada. No vi nada. Estaba tan orgullosa de ir a buscar mi nuevo carné de identidad al ayuntamiento... Una llave de libertad que se abría como un libro, con mi bonita foto dentro, una promesa de otros lugares, de aventuras. Ahora estoy atrapada, encerrada. ¿Dónde? ¿En qué casa? Mis jefes no tienen sótano. ¿En la de los vecinos? ¿En la quinta villa? El aire helado, sí, quizá sea eso. Es el de la casa «en venta», donde solo está encendida la calefacción en la planta superior. Joder, de repente tengo una idea:

—Virginie, ¿llevas encima tu carné de identidad?

No responde. ¿Qué le pasa? Me levanto y me acerco a ella.

Se ha dormido otra vez. Rebusco en los bolsillos de su pantalón. Delante, nada. El carné debe de estar en su bolso, pero obviamente se lo habrán quitado. Miro en su chaqueta. Encuentro un pañuelo de tela en el único bolsillo. Decido girar a Virginie hacia un lado y le palpo los bolsillos traseros. Bajo la tela de los vaqueros noto una silueta rectangular. Es su carné. Lo saco.

Querían una chica hundida en la mierda. Sí, pero las chicas hundidas en la mierda no tienen nada que perder.

Doblo el carné para que sea más rígido y lo deslizo entre la puerta y el marco para descorrer el pestillo. Lo acciono de arriba abajo, de abajo arriba. Aguzo el oído, atenta al clic liberador. Empujo. No

ocurre nada. Me río. ¿Me he creído una ladrona profesional? Soy patética. Rematadamente. Pero ¿acaso me sorprende? No, todo encaja en esta historia. Y desde el principio. Es posible que alguien nos vigile, nos custodie. Me acerco a la puerta y pego la oreja. Algún ruido tendrá que filtrarse tarde o temprano. Cierro los ojos y me concentro. Nada. Detrás, otro vacío, ¿otra noche? No hay nadie. Intento escuchar a través de la madera. Es desesperante. Aplasto el carné con la mano sana. Imagino la cara de Virginie en la foto, una cara administrativa, sin sonrisa, despejada, el pelo recogido. ¿Qué tengo que perder? Intento deslizar otra vez el carné. Esta vez, mi gesto es firme, no le doy elección. El pestillo se retrae, la puerta se abre. Por el resquicio, todo está oscuro. Me pongo a cavilar, tengo que darme prisa. ¿Y si alguien vuelve? Me inclino para coger el otro vaso.

—¿Virginie?

Me dan ganas de echarle el agua en la cara para despertarla de una vez por todas, pero no quiero que grite.

—Virginie, voy a echarte agua en la cara, no te asustes. Tengo que hablar contigo, escúchame.

Meto los dedos en el vaso y le humedezco las sienes, el cuello, los labios. Los tiene fríos y agrietados.

—Virginie, ¿me oyes?

Sale de su letargo.

—Escúchame bien, es importante. Voy a salir.

La sacudo un poco y vuelve en sí.

—¿Estás ahí, me oyes?

Me agarra blandamente de la sudadera y me dice:

—Creí que ese dinero me salvaría. No me dejes.

No siento lástima por ella. Le susurro mi plan al oído, despacio, para asegurarme de que me entiende bien.

—Cuento contigo.

Empujo la puerta con el mayor sigilo posible. Necesito que no me oigan, que nadie me oiga. Contengo la respiración. Salgo de nuestro calabozo y me encuentro en otras tinieblas. Mis manos son mis ojos. Parece una esclusa, es muy pequeño. Acabo de darme un golpe, he tropezado con las escaleras, me duele, me pongo a cuatro patas y me quedo en esa posición para subir. Cuento los escalones. Son altos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce... Constato que, en efecto, estaba bajo tierra. Por fin veo un haz de luz, que dibuja el perfil de una puerta. La humanidad está detrás. Solo tengo que abrir, pero me invade tal terror que podría dar media vuelta, no parar hasta llegar abajo y encerrarme en la mazmorra para no saber, para no tener que enfrentarme a nada. Me quedo quieta, a cuatro patas, en lo alto de la escalera. De pronto, unos ruidos, unas voces. Hay gente hablando, pero no logro distinguir si el tono es alegre o serio. ¿Dónde nos han encerrado? ¿Qué quieren hacer con nosotras? Me incorporo y abro.

El olor asalta mis fosas nasales; es el olor de Monica y James, su perfume, los productos de limpieza que utilizo todos los días desde hace cuatro meses, huele a limpio. No puede ser: ¡estoy en mi casa de acogida! Abro un poco más la puerta. Estoy en la despensa, ese cuarto anodino donde se guardan las conservas, las botellas y los rollos de papel de cocina. Nunca tuve motivos para entrar en este cuarto, nunca faltaba nada en la cocina, ni en los baños, ni en el lavadero. Cierro de nuevo la puerta secreta, nunca la había visto: queda oculta por la del pasillo que lleva a la despensa. ¡Maquiavélico! Me encuentro en el pasillo, las voces se vuelven más precisas, pero no distingo las palabras. Me veo en el espejo. Mi cara es una costra nutrida de sangre fresca. Mi cuello está deformado por un bulto repugnante. Me acerco, parece que se me ha reventado una vena. La sangre brilla en la herida, la toco. Estoy horrible y me la suda, el espanto inunda mi cuerpo y me impulsa. Arrastro los dedos por la blanca pared; un rastro carmesí irregular marca la pared que me encarcela desde hace semanas. Sé muy bien que esas manchas no desaparecerán, que nunca me pedirán que las quite; se acabó el frotar. Son las manchas de la vergüenza y del fin de un reinado.

Estoy muy cerca del salón, el caudal de voces se vuelve nítido.

—Hay que decidirse. ¿Qué hacemos con ellas?

Reconozco la voz de Monica. Lisa responde lacónicamente:

—De Virginie, nos deshacemos. Ha venido a buscar a Simon, ha roto el contrato, es demasiado peligrosa...

Otra voz la interrumpe:

—Nos deshacemos de ella, muy bien, pero ¿cómo?

¿Es Eve la que ha hablado? Silencio. ¿El evangelio según White ha previsto algo sobre el asesinato, el homicidio? ¿Cómo justifican eso ante el divino?

—¿Quién vota por la supresión del problema Virginie?

Es la voz de Mitchel. ¡No doy crédito! Ha tomado las riendas del asunto. Es escalofriante.

—Tenemos mayoría. Lo apunto en el libro. Ya decidiremos los detalles más tarde.

—¿Y Emmylou? —pregunta una voz masculina.

Mitchel responde:

—Su presencia ha abierto una brecha en nuestra unidad, su sombra se ha infiltrado ahí donde solo debía residir la pureza de nuestra fe. Todos hemos acusado el impacto de ese mancillamiento. Debemos reconocer esta prueba por lo que es: un recordatorio de nuestra fragilidad, una advertencia.

Reconozco ese tono de predicador, es el del libro de confesiones. ¿Es Mitchel el autor de esas oraciones, el evangelista de la comunidad? ¿Qué ha sido del vecino simpático y moderno? Reanuda su discurso:

—No podemos liberarla, lleva a vuestro hijo en su vientre y sabe demasiado. Si sale de la urbanización, pondrá en peligro a nuestra comunidad y perderemos nuestra descendencia. A Emmylou hay que mantenerla confinada. La atamos, montamos guardia por turnos y la

vigilamos durante los seis meses que quedan. Hay que ser fieles al designio de Dios y cumplirlo. El Señor nos ha concedido una segunda oportunidad, hay que demostrar que somos dignos de ella.

Mitchel ha concluido su sermón. Lo ha articulado todo muy bien, parece un profesor de catequesis muy plasta. Sobre todo, me da mucho miedo.

Me acerco al escenario. Cada paso me supone un esfuerzo. Tengo ganas de saber y de huir, quiero verlos y esconderme, lo quiero todo y lo contrario. Los observo desde el umbral de la puerta. Están todos aquí. Una familia unida, sólida, convencida de sus derechos, habitada por el destino que debe cumplir. Mitchel está cerca del mueble de la tele, el rostro impasible, la camisa gris abrochada hasta arriba. Holly está a su lado, apoyada en la pared. Tiene los brazos cruzados y su ropa de colores vivos ha dejado de favorecerla. Monica y James están sentados en su sofá, están en su casa, se han reservado los mejores asientos. Están cogidos de la mano. Hoy van vestidos igual, de negro cuervo. Eve se ha sentado en el reposabrazos del sofá, parece aún más delgada que de costumbre, con una mano se alisa el cabello, ya muy lacio de por sí. John está en el centro de la habitación, con su aire de médico de familia. David y Lisa están pegados al ventanal, uno al lado del otro, como dos viejas cotorras mezquinas. Y pensar que yo envidiaba a esta gente...

Holly se levanta, tiene la tez cenicienta, señala a Monica.

—¡Si no fuera por ella, nada de esto habría pasado! ¡Ella! —exclama.

La comunidad se queda pasmada. Mitchel la mira fríamente, sin amor.

—Es ella quien rompió el pacto cuando dejó que Virginie volviese a su país. Cegada por sus ansias de venganza, dejó que sus celos la devorasen y puso en peligro a la familia para satisfacer su odio.

Monica la mira fijamente, altiva y tranquila. Clava sus ojos malvados en los de Holly.

—¿Celos? ¿Cómo puedes juzgarme por eso? Tú también los has probado. No te gustó, pero no tuviste elección. Te los zampas todos los días, en todas las comidas. ¿Estás saciada, Holly? No, porque el

objeto de tu codicia está encadenado a tu vida, los celos a perpetuidad.

Monica está exultante. Mitchell permanece inmóvil. James, hastiado, le dice a Monica:

—Por favor, ten un poco de decencia.

Monica no tiene decencia. Continúa:

—Te tocaron las sobras, Holly. El pobre Mitchel, que no pudo casarse con la que quería. El pobre Mitchel, que ama a otra. El pobre Mitchel, al que le buscaron una prima como premio de consolación. Una prima incapaz de tener hijos. Cuando se está maldito...

Mitchel se acerca a Monica. Su ira parece contenida desde hace años. Es un mármol de frustraciones y desgracias. Le habla con absoluta calma:

—Monica, por favor, no abras las heridas del silencio.

Pero la cosa no queda ahí. En un duelo siempre hay un perdedor, un herido grave, un moribundo. Holly quiere hacer daño y dice con voz cortante:

—Yo, al menos, no me acuesto con mi hermano.

¿Es la vulgaridad o la violencia de la sentencia lo que paraliza a los White? Monica sonríe y replica:

—Sin embargo, tu Mitchel soñaba con follarse a su hermana. Pero los padres eligieron al menor en detrimento del mayor, James en detrimento de Mitchel. Reginald y Eileen, papá y mamá, hágase vuestra voluntad para salvaguardar la pureza de nuestra familia.

Al final de su monólogo, se pone a llorar. Las murallas de su maldad se desmoronan. Reconozco esas lágrimas, las mismas que derramó detrás del tabique que separa su habitación de la mía. ¿Qué ser humano puede soportar esta demencia?

James y Monica, hermano y hermana, unidos por la voluntad de sus padres. Mitchel, el hermano mayor decepcionado.

Me agarro a la pared para no caerme. Ya no consigo recordar el camino que me ha traído hasta aquí. ¿A quién voy a contarle esto? ¿Quién me creerá? Mitchel le dice a Monica:

—Respeta a mi mujer, hazme el favor. Cuando Lewis cayó enfermo, fui yo quien diseñó nuestras casas, yo quien imaginó y convirtió Hidden Grove en un santuario, yo quien encontró la manera

de hacer fluir sangre nueva por las venas de nuestra familia, yo quien salvará nuestra descendencia. Algún día, nuestros padres volverán con nosotros. Mereceremos de nuevo y plenamente nuestro nombre y su respeto.

El hijo desafortunado en el amor ha encontrado una función en la familia, una misión, y se la cree a pies juntillas. Mitchel. Vuelvo a pensar en la etimología de su nombre, que tanto me gustó: Mika'el, «semejante a Dios» en hebreo. Mitchel, el príncipe de todos los ángeles negros. El tipo simpático de la barbacoa, el alma buena de la urbanización. El menda se cree Dios de verdad. Mitchel, el príncipe de todos los ángeles negros. Eve toma la palabra, su voz aguda recuerda al canto de un pájaro:

—Mitchel, te las das de buen samaritano, de salvador. Pero ¿a qué precio? ¿A David y Lisa también les chantajeas? ¿Treinta mil, cuarenta mil libras por comprar su silencio? ¿Así es como proteges a nuestra comunidad desde hace años? Monica y James, ¿vosotros también pagáis vuestra deuda en efectivo? ¿Cada año un poco más, porque el secreto es cada vez más difícil de guardar?

Mitchel mira fijamente a Eve. Sin remordimientos.

Al principio, no me ven. Mis dedos rojos se aplastan contra el respaldo blanco de las sillas alrededor de la mesa. Dejo un rastro en su decorado de locos de atar. Ya nadie finge. Sigo avanzando. Acaricio el mantel, ahora ya manchado y arruinado. Querían sangre nueva. Imprimo a su mundo el color que merece: sangre sucia.

Entro en el campo de visión de James, que no logra articular palabra, levanta la mano y me señala con el dedo. Holly se da la vuelta. Pasmada. Monica, que siempre tiene el sentido de lo prioritario, deja escapar un:

—¡Mi mantel!

Me acerco a ellos y todos retroceden por instinto. Creo que mi cara destrozada y llena de costras les da asco. Me habían escondido en el sótano, pero aquí, a plena luz, soy un feo espectáculo. ¿A qué espero? ¿A una toma de conciencia? ¿A que se disculpen? Nada. Quiero llevar la batuta. Ni siquiera necesito hablar, quiero aterrorizarlos. Eve se ha hundido en el sofá, con la mano sobre la boca. David y Lisa agitan las alas, un poco asustados, como gorriones pillados en flagrante delito. Me paso la mano por el cuello, donde la sangre aún está fresca. Mitchel retrocede, lo cual me tranquiliza, algo le toca y le hace reaccionar. El miedo ha cambiado de bando, para variar. Estoy contenta de que lo descubran. Extiendo mi mano ensangrentada hacia ellos y, cuando avanzo muy despacio, ellos retroceden un poco más. De repente, en ese silencio helado y placentero, oigo.

Toc, toc. Virginie lo ha conseguido. Dos golpes en la puerta de la entrada. Ha entendido el plan. Dos golpes para decir: «He encontrado el mando a distancia y voy a abrir la verja». Corro hacia el vestíbulo. Está abierto de par en par. Tirados en el suelo, veo todos los bolsos que ha registrado para encontrar la llave mágica. Virginie está fuera, extiende el brazo, la verja se abre despacio, demasiado despacio. Cojo el abrecartas de la consola. Corro hacia mi cómplice, veo cómo las paredes de acero negro se entreabren y ya me imagino al otro lado. Pero Virginie cae al suelo, James se ha abalanzado sobre ella y le da un puñetazo en la espalda. ¡Menudo tipejo! Los demás se acercan amenazantes, con Mitchel a la cabeza.

Ven, mi príncipe de los ángeles negros, te espero.

Meto la mano en el bolsillo y saco el abrecartas. Lo agarro como si fuera un puñal y, en el momento en que la copia sádica de Dios se acerca a mí, se lo clavo en el ojo.

Mitchel cae hacia atrás con un aullido de dolor, llevándose la mano al párpado. James corre hacia él. La verja se ha abierto. Levanto a Virginie, que está grogui, y le digo en tono imperioso:

—No desfallezcas, solo quedan unos metros.

Las hojas de la verja empiezan a cerrarse. James grita a los de la casa:

—¡Llamad a Emergencias! ¡Mitch está gravemente herido! *Seriously injured!*

John se precipita hacia ellos. Yo corro tirando del brazo de Virginie, pero ella me dice que la deje, apenas le quedan fuerzas. Se desploma sobre el asfalto.

¿La dejo y salvo mi pellejo? Se lo ha ganado con creces, ¿no? Pero entonces pienso en Simon. Me agacho al lado de Virginie y le digo:

—Virginie, tenemos que irnos, así podremos salvar a Simon.

—¡Emmylou!

La que me llama es Holly. Está plantada sobre sus dos piernas. Me mira. En la prolongación de sus manos, un rifle. El de David y Lisa, el rifle que decoraba la pared de su salón. Me tiene encañonada. No consigo asociar a esta mujer bohemia y chic con esta arma oscura y rígida. Hay odio en sus ojos. Quiere vengar a su marido y los años de humillación familiar, el desprecio silencioso, la vergüenza reprimida, todo lo que ha sufrido sin decir nada, todo lo que ha ocultado bajo sus capas de ropa colorida. Es su día, su toma de poder, su momento de gloria. No tiene nada que perder, el hijo que llevo en el vientre no es suyo. James grita:

—*Nooo, Holly, stooop!*

Holly no lo oye, ya no oye a nadie.

Pienso en la verja que se cierra sobre mi libertad. Virginie está a mis pies, hecha un ovillo. Nunca debí haberla esperado. Si corro, Holly me disparará; si me quedo, será para siempre. Entre dos muertes, ¿cuál elegir? Oigo ese ruido tan familiar para mis oídos de las puertas batientes que se juntan para formar una pared negra, uniforme, sin brechas, un recinto perfecto, aislante. La música tranquilizadora y sofocante de Hidden Grove.

Estamos paralizados en un silencio tenso. Buscamos un final. Una sirena rasga el aire. El ruido ensordecedor se acerca. James se dirige a los miembros de su familia, dispersos por la plaza central de la urbanización, y grita:

—¡Ya llega la ambulancia! ¡Abridles!

Holly no baja el arma. Resulta aberrante con su ropa hippie y su arma de gran calibre. La verja se abre de nuevo, pero ya no creo en nuestra liberación. Los conductores que les obedecen sin rechistar a cambio de algunos billetes, los enfermeros que te encierran... Me los conozco. No me muevo. El vehículo entra. Holly se dirige hacia él. Ha cambiado de objetivo. Me doy la vuelta. La luz de los faros surca el crepúsculo. Los cabrones van a salirse con la suya una vez más. James corre hacia el vehículo y señala a Mitchel, tendido en el suelo.

—*Take care of my brother!*

Ha perdido todo su encanto, se diría que un parásito le devora el careto, un parásito invisible e implacable: el pánico. Mitchel yace en el suelo con la mano sobre el ojo reventado. La sangre se filtra entre sus dedos. Detrás de la ambulancia, otro vehículo. Un furgón blanco. En el capó pone: *«Police»*. No entiendo. Las puertas se abren y bajan tres policías. Armados. Nos encañonan con sus pistolas, no sé a quién exactamente. Uno de ellos ordena a Holly que baje el rifle. Con la mirada encendida, ella apunta de nuevo su arma hacia mí. Monica abandona la escalinata de su casa y corre hacia Holly. Está como loca. No teme por mí, sino por su bebé.

Ahora lo sé. Será ella o yo. Yo elijo.

Será ella.

Grito:

—*Watch out!* ¡Cuidado, Holly! ¡Detrás de ti!

La mujer de Mitchel se vuelve, el disparo sale solo.

Monica se desploma.

Virginie se engancha a mi pierna, llorando. No puedo consolarla. James grita y corre hacia su mujer. Los demás están petrificados. Los policías apuntan a todo el mundo. Entonces veo a Kristina salir de su casa. Con la ropa negra, el cabello negro, parece un ángel desdichado en el atardecer que se derrama. Todo el mundo la sigue con la mirada. Se acerca a mí y me abraza. Le pregunto:

—¿Has llamado a mis padres?

Un policía le grita algo al enfermero con un fuerte acento. Este último se dirige hacia Virginie, despliega una manta térmica y la arropa. Luego se levanta y me arropa a mí también. Nos conduce a la ambulancia. Virginie y yo, apretadas la una contra la otra. Veo que los policías se acercan. Uno de ellos agarra a James de los brazos para ponerle las esposas. Él se deja hacer, lo ha perdido todo. Luego, el policía sortea el cuerpo de Mitchel, que no es una prioridad. Se dirige hacia Holly, apuntándola con la pistola. Le ordena que suelte el rifle, ella grita:

—*Fuck!* ¡Atiendan a mi marido!

El policía aprovecha su arrebato de violencia para tirarla al suelo y desarmarla.

A veces, la gente rica no es escuchada.

Siento a Virginie contra mí, su aliento como una cuchilla en el aire gélido. Apesta a pánico. Noto una mano en mi espalda, ancha, grande, cálida, sólida. Mi padre. Es inmenso y muy pequeño, nunca lo había visto así, ha perdido sus certezas de patriarca, está devastado.

Los policías suben a los White al furgón. Ponen a Mitchel en una camilla y lo llevan a la ambulancia. Monica lo acompaña. Yace en una funda negra. Su último vestido de gala. Me acerco a un policía, le señalo mi casa de acogida y le explico. Me da permiso para ir.

Simon está durmiendo boca arriba, con los labios abiertos y los puños apretados. Lo abrazo contra mi pecho, cojo la manta de cachemira para protegerlo. Bajo las escaleras por última vez en mi vida, sé que no olvidaré ninguno de sus peldaños, conozco su número, su textura y su música. Doy un portazo al salir. Por última vez. Los malos han sido barridos, pero el miedo sigue latente, su recuerdo es tan poderoso como su presencia. Virginie ve a Simon y corre hacia nosotros, la perdono por este amor que no conozco y que me parece hermoso. Dejo al niño en sus brazos. Ella aprieta su cuerpo dormido. La inocencia acaba de caer por primera vez sobre Hidden Grove.

Papá. Apenas puedo creer que esté aquí. Tengo delante su corpachón de ostricultor. Todavía no ha abierto lo boca. Observa en silencio las grandes casas, los ostentosos coches, los esbeltos árboles y la sangre de Monica en el patio. Está atónito. ¿Siente el peso de mi vergüenza?

«No olvides». Detrás de mí, una voz que quiero. Me vuelvo, es Morgane. Me dice: «Sea cual sea tu decisión, nunca estarás sola». Desde su muerte, nunca hemos estado tan unidas. Quisiera tocarla, estrecharla entre mis brazos, darle las gracias, compartir mi pena con ella, el temor que me inspiran las próximas semanas. ¿Podré abortar? ¿Debo tener el niño? ¿Mi niño? Apenas me atrevo a pensarlo. Morgane desaparece, la veo alejarse con partes enteras de mi vida, de mi infancia, tengo que aceptarlo, es un dolor nuevo. Un dolor que me libera.

—¡Emmylou, hija mía!

Mi padre nunca me había llamado así.

—Hija mía...

Ya no hay pudor y sí mucho amor.

Plouhernec, miércoles 14 de agosto de 2019

Cuánto he maldecido esta población. Cuánto he deseado huir de ella. Plouhernec, el poblacho bretón perdido a orillas del mar, el villorrio alejado de las grandes urbes y los grandes destinos turísticos, con sus casas adosadas y sus gentes sencillas apiñadas, buena gente, mi familia, la gente bien de verdad.

Nunca pensé que tendría ganas de volver, que me gustaría observar a los niños corriendo en la orilla del mar, caminando entre las frescas olas, jugando al voleibol, de pícnic incluso cuando llueve. A los cuarenta y un años, sabemos de qué es capaz la vida, sabemos que la felicidad no existe, que es una alegría difractada en cientos de guijarros que hay que recoger a la mínima oportunidad. No siempre encuentras tesoros, pero existen, y hay que saber reconocerlos. Hay que atreverse a elegir, a tomar decisiones.

Dentro de unos días vuelvo al trabajo. Ahora soy periodista y escribo en las páginas de sociedad de un importante periódico nacional. Adoro mi trabajo. Entrevisto a personas corrientes que han vivido historias extraordinarias. Aprobé el examen de periodismo a la primera, con notas excelentes... excepto en inglés. He hecho mi vida en París, porque es el único lugar en el que me siento segura. Me gusta perderme en sus calles, entre la multitud, no reconocer las caras. Ser libre.

—Va, mamá, ven a bañarte, cuando te metes está buena.

Es guapo, Simon. Tiene veinticinco años, es un chico de aquí, robusto, deportista. Virginie lo ha criado sola en Plouhernec con la extraña sensación de que eran tres. Porque Simon también se parece mucho a su padre. Ese padre al que él siempre se ha negado a ver, cuya cara nunca ha visto.

Cuando Simon cumplió los veinte, me pidió que le hablase de Hidden Grove. No quería preguntarle a su madre, no podía. Lo entiendo. Se lo expliqué, nunca le he hablado mal de su madre, me tragué mi ira hace mucho, y el tiempo ha hecho su trabajo. Le conté los hechos, omitiendo los detalles sórdidos. Lo que le interesaba a Simon eran las condenas, los castigos. A su padre le cayeron veintiún años de prisión, como a Mitchel y a todos los hombres de la comunidad. Saldrán el año que viene. A Holly la condenaron a veinte años por complicidad en secuestro y violación y por homicidio involuntario. A Eve y a Lisa las condenaron a doce años. Actualmente están libres. Reginald y Eileen —los padres de Mitchel, James y Monica— murieron pocas semanas después del juicio. De tristeza, al parecer. Simon también me pidió que le hablara de Lewis. No olvida que tuvo un hermano, no lo recuerda, pero piensa en él. Reuní los recuerdos felices que tengo de Lewis —son pocos— y se los regalé a Simon. Nunca le dije que James y Monica lo dejaron morir, que no lo curaron para no contravenir la voluntad de Dios y porque el sufrimiento era para ellos una prueba y una purificación espiritual.

Para mí, cada nuevo día es un día por reconstruir. Superar la huella de la violencia, las noches de droga, las violaciones, el terror, la pesadilla de esos ciento veintiséis días ingleses. La sensación de ser una superviviente, y no doy gracias a Dios por ello.

Pienso a menudo en Irina, Dory, Kristina y Nela. Mis hermanas en el dolor. Durante el juicio me enteré de que Irina había muerto pocos días después de saber que estaba embarazada. Cayó de la ventana de su habitación, nuestra habitación. Se partió la crisma y el cuello contra las baldosas de la terraza. La comunidad la enterró en el jardín de mis jefes por superstición. Eso es lo que James explicó al tribunal. Conocí a los padres de Irina en los pasillos del Crown Court y los estreché contra mi pecho. Tuve la impresión de que los conocía desde siempre. Nela crio a Edwige, para su gran felicidad, en su casa, en Letonia. Se enamoró y ahora tiene un padre para su hija. Dory no quiso hacerse cargo de las gemelas. Estaba demasiado rota, sufría demasiado. Volvió a su casa, en Irlanda, y no he vuelto a saber nada de ella. Kristina interrumpió su embarazo. En Inglaterra,

ya en 1997, el plazo para abortar era más largo que en Francia. La ley establecía veinticuatro semanas si el embarazo ponía en peligro la salud física o mental de la mujer, sobre todo en caso de violación. Regresó a su ciudad natal, Bardejov, en Eslovaquia, donde es paisajista. Más tarde tuvo un hijo. Un niño deseado y al que quiere.

A menudo imagino a mi hija, hoy tendría veintidós años. La veo, rubia como yo, adora el agua y se adentra lejos en el mar. Cuando vuelve, se tumba en su toalla a mi lado y se pone los auriculares para escuchar música. La miro con el amor que una madre siente por su hija.

—¡Emmylou!

Simon me saca de mi ensoñación y me pregunta si puede tumbarse a mi lado. Le sonrío y respondo que sí.

El sitio está vacío porque yo lo he decidido.

Estoy en paz.

Estamos bien, vivimos en tribu con nuestros fantasmas.

AGRADECIMIENTOS

Infinitas gracias.

A vosotros, lectoras y lectores, por haber tenido la curiosidad de aventuraros en mi novela. ¡Estoy deseando conoceros para comentarla!

A mis padres y a mi hermano, que me han colmado de amor y confianza, que han leído todas mis historias, desde *Voyage au pays des bonbons* («Viaje al país de los caramelos»), cuando tenía ocho años, hasta *El secreto de la niñera*.

A Jérôme, mi marido, que me repite desde que nos conocimos: «Cariño, sé que eres una novelista. ¡Así que escribe!». A veces conviene hacerle caso a tu marido.

A mis adorados hijos y sus notitas, que han calentado mi corazón: «Bravo, mamá, la nueva novelista», «Te quiero con toda mi alma, trabaja mucho».

A mis editoras de Albin Michel: Anna Pavlowitch, que creyó en mí y en mi proyecto.

A Caroline Ripoll, con quien aprendí a elaborar una obra de ficción con precisión y pasión.

Saboreo cada día la suerte de tenerlas a mi lado.

A Delphine Bourgoin, Pascale Doré y el servicio de revisión de textos de Albin Michel por su relectura extraordinariamente minuciosa y perspicaz.

A todos los equipos de Albin Michel que me han leído, sostenido y acompañado en cada etapa con entusiasmo.

A mi agente y asesora, Axelle Schmitz, que ha sabido respaldarme con su lectura, sus palabras, sus ánimos y su fuerza legendaria.

A mis amigas y amigos, que me han querido a lo largo de este camino alegre y sembrado de dudas, repitiéndome a menudo esa

frase mágica (y también aterradora): «¡Tengo tantas ganas de leerte!».

El secreto de la niñera
Sidonie Bonnec

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *La fille au pair*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, adaptación de un diseño original de Philippe Narcisse
© de la fotografía de la portada, Des Panteva / Trevillion Images

© Éditions Albin Michel, París, 2025

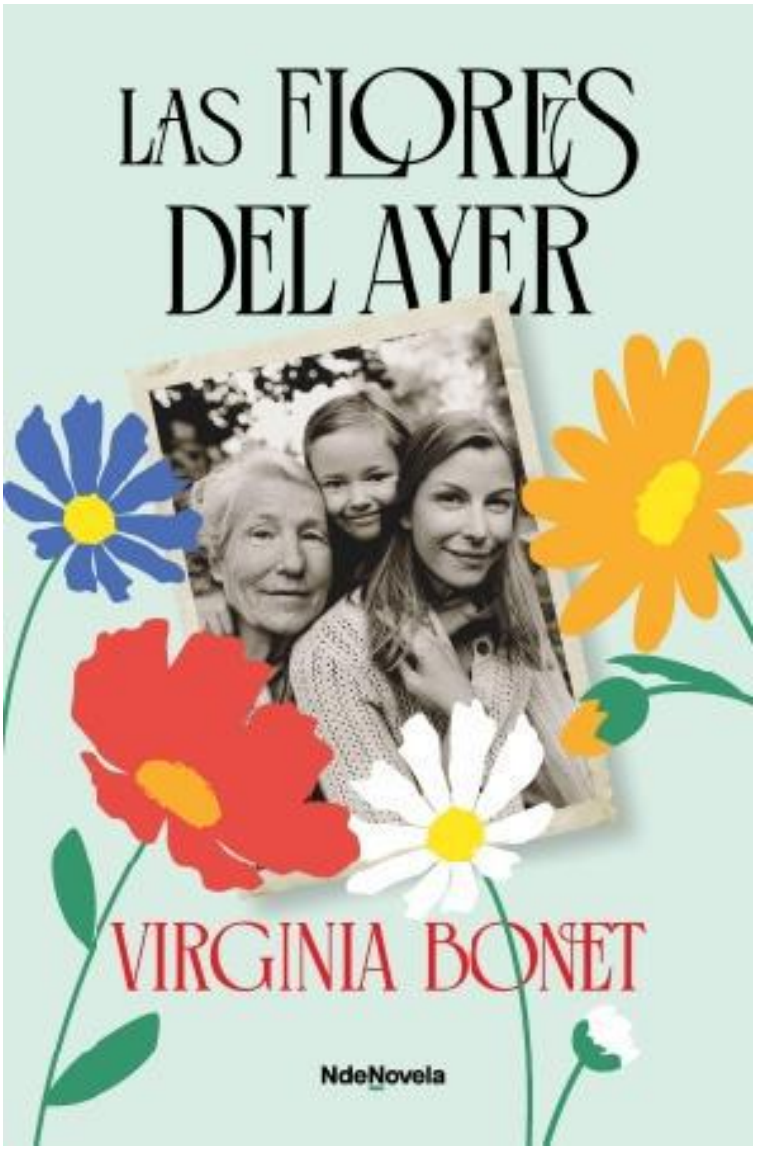
© de la traducción, María Enguix Tercero, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2026

ISBN: 978-84-08-32298-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Las flores del ayer

Bonet, Virginia
9788410140592
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tres mujeres. Una ciudad. Y un secreto que se resiste al silencio. Una novela profundamente emocional sobre la fuerza de las mujeres en tiempos difíciles y los secretos que marcan a una familia.

El Día de Todos los Santos, Tina acompaña a su madre y a su tío al cementerio para honrar a su abuela. Al descubrir unas flores sobre la tumba y presenciar la reacción nerviosa de los adultos, Tina intuye que **en su familia hay un capítulo borrado a conciencia**.

A través de Aurora, Marga y Tina recorremos la posguerra, la Transición y la España de los 2000 para mostrar cómo las **decisiones tomadas por amor, miedo o lealtad** pueden convertirse en herencias invisibles: culpas, heridas, pactos y ausencias que pasan de madres a hijas.

Desde los maquis del Maestrazgo hasta los pasillos de un colegio privado americano, *Las flores del ayer* traza un **retrato íntimo del trauma heredado**, la maternidad en todas sus formas y **la fuerza —y el precio— de sobrevivir**. Todo con Valencia como un escenario vivo que, al igual que sus protagonistas, también cambia con el tiempo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Zapatos de lluvia

Magdalena, Mayte
9788410140226
472

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela inolvidable que removerá tu corazón

Madrid, principios del siglo XX. Paola es apenas una muchacha cuando, cansada de ser una carga para su familia, decide mudarse a la capital con **una maleta repleta de sueños** anhelando experimentar la vida lejos de su pequeño pueblo. Allí espera encontrar lujos, romance y sofisticación, pero pronto comprenderá que la realidad es mucho más cruda de lo que había imaginado.

Alejada de sus raíces y de los suyos, como muchas otras jóvenes, casi niñas, entra a servir en una casa donde no solo hay trabajo sin descanso, sino también envidia y la inquina más profunda, lo que la obliga a madurar con precipitación.

Sin embargo, en medio del caos y de todo un entramado de vidas que se entrecruzan con la suya, Paola hallará también el amor en todas sus formas: **la amistad, el valor de una familia escogida y la pasión de un romance auténtico**. El estallido de la guerra y la necesidad de sobrevivir la fuerzan a cruzar unos límites que jamás imaginó.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Vientos de ira

Magdalena, Mayte
9788410140455
672

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, lo peor empieza el día que acaba una guerra. Tras el éxito de Zapatos de lluvia, Mayte Magdalena vuelve a

conquistarnos con una historia que emociona desde la primera página.

En una España desgarrada tras la Guerra Civil, **el mundo tal y como había sido hasta entonces se desvanece**.

Mientras **Paola lucha por sacar adelante a sus hijos** en un Madrid arrasado por el miedo y la represión, **Manuel cruza los Pirineos en busca de libertad**, pero el exilio le depara hambre y humillación. En su huida conocerá a Sonsoles y a Pablo, quienes, perseguidos por amar sin permiso, sueñan con un futuro que parece imposible. Sus vidas, marcadas por la pérdida, se entrelazan en esta **magnífica novela de pasión, sacrificio y esperanza**.

Vientos de ira nos sumerge en la **fuerza arrolladora de hombres y mujeres que se negaron a rendirse**. Es la historia de los anónimos, de quienes amaron, resistieron y sobrevivieron cuando todo estaba en contra. **Una novela intensa y profundamente humana** que emociona y conmueve en cada página.

Tras el éxito de *Zapatos de lluvia*, Mayte Magdalena regresa con una obra inolvidable, un viaje literario que nos recuerda que incluso en la oscuridad más absoluta, siempre late la esperanza, y que confirma a su autora como una de las voces más emocionantes de la narrativa histórica actual.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Al subir la marea

Odriozola, Ane
9788410140363
608

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un familia rota por la ambición, la venganza y la muerte. Un linaje condenado a morir con el último Irigoyen.

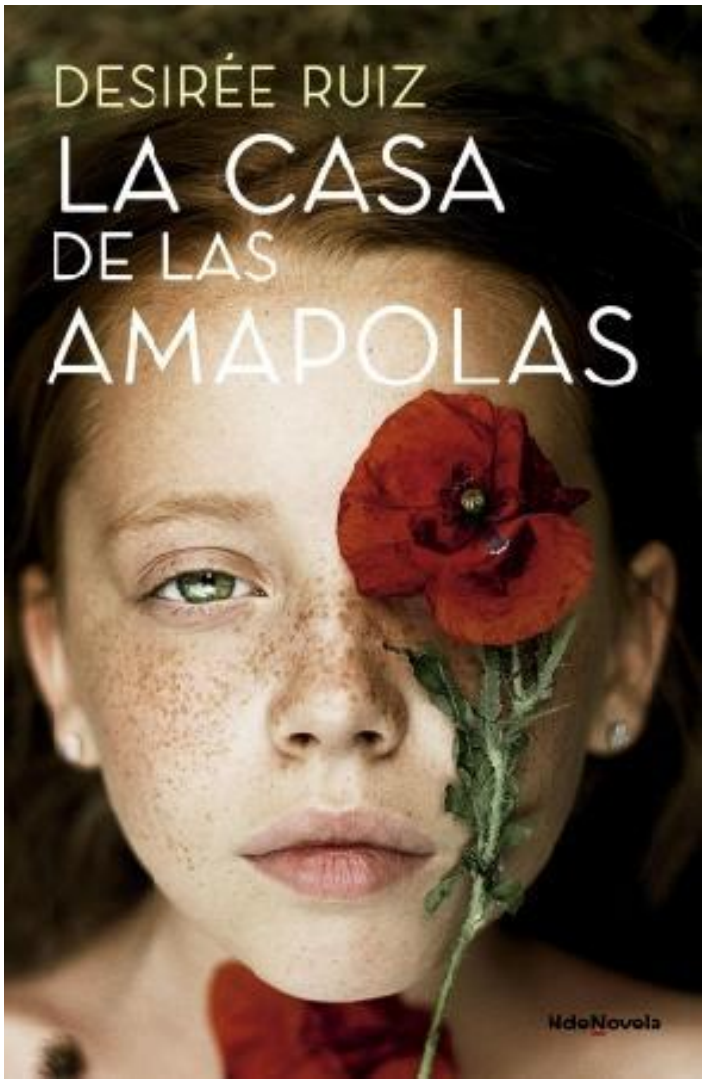
Zarauz, 1568. Bartolomé de Irigoyen, maestro astillero, lucha por preservar su legado tras el desastre sufrido en la construcción del galeón más ambicioso de su carrera: la Santa María.

En un intento desesperado por salvar su negocio y el honor familiar, se adentra en una vorágine de créditos, herencias y alianzas matrimoniales, arrastrando consigo a sus dos hijos.

Cuando Beatriz, una muchacha llena de sueños y convencida de haber encontrado el amor, irrumpe en sus vidas, lo que parecía la solución se convierte en una tormenta que saca a la superficie las heridas del pasado que nunca sanaron entre los dos hermanos Irigoyen, amenazando con el naufragio de la familia.

Dolida y humillada, la joven se verá obligada a huir de Zarauz, no sin antes plantar la semilla de una venganza que, tarde o temprano, lo cambiará todo para siempre.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La Casa de las Amapolas

Ruiz, Desirée
9788410140257
424

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un secreto enterrado durante décadas. Un refugio donde cicatrizar las heridas

Flora, una solitaria mujer envuelta en un halo de misterio, vive retirada en La Casa de las Amapolas, un lugar idílico pero apartado de todo en plena sierra de Albarracín.

Tras la desaparición de su hija, Aurora, y de la amiga de esta, Blanca, Flora dejó atrás todo su mundo: su hijo Dani, su marido y el trabajo, y se trasladó allí. Eso fue hace más de veinte años. Nunca más se supo de las chicas desaparecidas y ambas familias quedaron destrozadas. La Casa de las Amapolas se convirtió entonces en el refugio donde intentar cicatrizar sus heridas.

Ahora que el hijo de Flora también ha fallecido, su nuera y su nieta planean mudarse a La Casa de las Amapolas con ella, lo que trastocará la vida de las tres mujeres, removerá el pasado y sacará a la luz la terrible verdad de la desaparición de Aurora y Blanca.

Una apasionante novela en la que la autora combina con gran sensibilidad una tragedia familiar y la esperanza de un nuevo comienzo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
EL SECRETO DE LA NIÑERA
Agradecimientos
Créditos